

Edurne Portela y José Ovejero

Una belleza terrible





© Asís G. Ayerbe

Edurne Portela

Doctora en Literaturas Hispánicas por la Universidad de North Carolina-Chapel Hill (Estados Unidos). Ha sido profesora titular de Literatura en Lehigh University (Pensilvania) hasta 2015. Como parte de su investigación académica publicó numerosos artículos y el ensayo *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women Writers*. En 2016 publicó en Galaxia Gutenberg *El eco de los disparos: Cultura y memoria de la violencia*, un

ensayo que reivindica la cultura como herramienta para dirimir el pasado de violencia en Euskadi.

En septiembre de 2017 salió a la luz su primera novela, *Mejor la ausencia* (Galaxia Gutenberg), una indagación en la Euskadi posindustrial de los años ochenta que ha sido galardonada con el Premio 2018 al mejor libro del año de ficción del Gremio de Librerías de Madrid. Publica en 2019 su segunda novela, *Formas de estar lejos*, y en 2021 *Los ojos cerrados* (ganadora del Premio Euskadi de Literatura), ambas en este mismo sello. Ha realizado, junto con José Ovejero, el documental *Vida y ficción* (2017). Colabora regularmente en los principales medios españoles. Su libro más reciente es *Maddi y las fronteras*. (Galaxia Gutenberg, 2023).



© Asís G. Ayerbe

José Ovejero

(Madrid, 1958) ha vivido la mayor parte de su vida fuera de España, principalmente en Alemania y en Bélgica, y ha escrito poesía, ensayo, libros de viajes, cuentos y novelas. En todos esos ámbitos, su obra ha merecido premios como el Ciudad de Irún de poesía 1993 por *Biografía del explorador*; el premio Grandes Viajeros 1998 por *China para hipocondríacos*; el premio Primavera de novela 2005 por *Las vidas ajenas*; el premio Gómez de la Serna 2010 por *La comedia salvaje*; el premio Anagrama de ensayo 2012 por *La ética de la crueldad*, y el premio Alfaguara de novela 2013 por *La invención del amor*. José Ovejero no deja de indagar nuevos territorios narrativos, como por ejemplo con la novela *Los ángeles feroces*, publicada en Galaxia Gutenberg en 2015; o *La seducción* o *Insurrección*, ambas publicadas en este mismo sello en 2017 y 2019, respectivamente. En 2021 publicó la novela *Humo*. En 2023 recibe el XVIII Premio Dulce Chacón de Narrativa Española por su obra *Mientras estamos muertos*. Su libro más reciente es *Vibración* (Galaxia Gutenberg, 2024).

Esta novela, que han escrito juntos Edurne Portela y José Ovejero, cuenta la historia de Raymond Molinier, Jeanne Martin des Pallières, Vera Lanis, Jean van Heijenoort, Elisabeth Käsemann y tantos otros hombres y mujeres, de orígenes humildes o aristócratas, obreros o intelectuales, que compartieron sus luchas y su intimidad mientras ponían su vida al servicio de la revolución, de la transformación radical de un mundo que les parecía injusto.

En un arco temporal de casi un siglo que va desde el París de la Primera Guerra Mundial hasta el de los años 80, pasando por la España de la guerra civil o la Argentina peronista y de las posteriores dictaduras, los protagonistas de *Una belleza terrible*, organizados alrededor del trotskismo, se enfrentaron a enemigos siempre superiores, ya fueran la Alemania nazi, el estalinismo, o las dictaduras militares en América Latina, confiados en la validez de su causa.

Con un trabajo intenso de documentación y conversación con testigos, Ovejero y Portela también escriben sobre su propia búsqueda, sus dudas y dificultades a la hora de retratar personajes con vidas tan complejas e intensas.

El resultado es una novela fascinante e inolvidable que se basa en personajes y hechos reales para retratar en profundidad las tragedias individuales y colectivas, las contradicciones, las dudas, los errores, la generosidad, el heroísmo incluso, de quienes, a pesar de saberse en el bando perdedor, nunca dejaron de luchar por la construcción de una sociedad más justa.

EDURNE PORTELA Y JOSÉ OVEJERO

Una belleza terrible

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo de 2025

© Edurne Portela y José Ovejero, 2025

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Imagen de portada:

Republicana en la fiesta anual de *L'Humanité*, 1936.

© Marcel Cerf / BHVP / Roger-Viollet

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-10317-33-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

¿Y si un exceso de amor
los deslumbró hasta su muerte?
(...)
Ha nacido una belleza terrible.

«Pascua, 1916»,
W. B. YEATS

Ya no pertenecemos al futuro
pertenecemos por completo a esta época:
es sanguinaria y vil en su amor por la humanidad.
Somos sanguinarios y viles como los hombres de este tiempo.

«Confesiones»,
VICTOR SERGE

I EUROPA

Paseos por Le Marais

AÑO 2024

Oigo hablar chino, ruso, inglés, alemán. No escucho yiddish ni polaco. Las calles están impolutas, con muy poco tráfico, las gentes visten ropa cómoda pero cara, de turistas que quieren recorrer mucha ciudad, cargar con bolsas voluminosas de tiendas exclusivas, agotarse sin esfuerzo. Nadie con quien me cruzo por la calle tiene aspecto de estar yendo o viniendo del trabajo o de trabajar en una fábrica, una imprenta, ni siquiera en un comercio. O por lo menos de tener que hacerlo hoy, mientras pasean con su ropa de turista y su cara de turista. Igual, de vuelta a casa, tienen un trabajo que requiera usar su fuerza o ciertas habilidades especializadas, pero ahora solo necesitan una tarjeta de crédito para pasear por Le Marais.

Es difícil y a la vez fácil imaginar el barrio hace ciento veinte años. Lo fácil es imaginar su aspecto arquitectónico: las casas se han conservado intactas, al menos en las que vivió Raymond Molinier. Visito su primer hogar en la calle Vieille-du-Temple 24. Tomo un par de fotos de la fachada. El portal es demasiado elegante para la descripción que aparece en las memorias de Molinier. Tiene una doble puerta enorme, verde y con apliques de bronce, el arco decorado con dos grifos de alas desplegadas que reposan sus patas en sendos escudos con la letra D, que no sé a qué se refiere. Los pisos superiores tienen grandes ventanales, parecen amplios y luminosos, nada que ver con la descripción del propio Molinier. El bajo y la entreplanta se alquilan, no sé a qué precio: ciento diez metros cuadrados en tres niveles, reza el anuncio.

Envío las fotos a José. Relee lo que Molinier cuenta en sus memorias y me dice que, efectivamente, ese es el portal, pero que vivían en el último piso, una buhardilla retranqueada que desde la calle ni siquiera se ve. Posiblemente tenga las ventanas chiquitas, los techos bajos y se acceda a ella por una escalera estrecha. José me envía la dirección de la segunda casa de Raymond. Está a solo cinco minutos de la primera, en una especie de pasaje coqueto, adoquinado, flanqueado por tiendas caras. Hago fotos y un vídeo, me enfoco en el primer piso, que es donde vivió la familia una vez que Germaine Huot d'Anglemont entra en sus vidas, amadrina a Raymond y suben de estatus. A un lado del portal hay un restaurante elegante; al otro, una tienda de calzado UGG. Se lo envío también a José. Miro más escaparates, veo unos botines rojos divinos pero cuestan casi cuatrocientos euros, así que ni entro.

Lo difícil es imaginarse el ambiente del barrio hace ciento veinte años, sin tiendas ni restaurantes chic, poblado por inmigrantes judíos, polacos, trabajadores franceses como el padre de Raymond y su hermano Henri. Hay algo incongruente entre la belleza de las calles y los edificios y el testimonio de las vidas obreras de aquellos años.

Es un día frío de febrero, son las cuatro de la tarde y empieza a chispear. Llevo horas andando por las calles de París. El cansancio me puede y decido volver al hotel. Atravieso la plaza de los Vosgos y me detengo, brevemente, a observar la fachada de los edificios donde vivieron Victor Hugo, el Cardenal Richelieu, Théophile Gautier, entre otros. Me los imagino pululando por esos espacios, pero el presente me descoloca: los soportales están descuidados, con residuos de basuras, las paredes descascarilladas, locales cerrados a cal y canto. Continúo mi camino ya sin paradas, atravieso el Sena de vuelta a Montparnasse. Llamo a José desde la habitación del hotel:

—¿Qué te parece? ¿Te imaginas a Raymond y a su hermano por esas calles?

—Sí, es emocionante que podamos ver las casas y las calles donde vivieron. Pero también inquietante. Parece un barrio súper pijo, ¿no?

—Mucho. Hay que abstraerse bastante del presente, la verdad.

–Al ver las fotos, pensaba en que, aunque vayamos a los sitios que recorrieron y fueron escenario de sus vidas, siempre nos quedaremos fuera. Como tú, delante de la fachada, pero sin poder entrar. Y, si entraras, sin poder acceder a lo que fue su buhardilla. Y, aunque también lograras esto, todo estaría cambiado: muebles diferentes, quizá derribaron tabiques o levantaron nuevos, incluso puede que hayan subido los techos. Por mucho que consigamos testimonios, nos documentemos, vayamos a los escenarios de la historia, siempre tendremos la impresión de que, de alguna manera, no podemos penetrar del todo en el pasado.

–Para eso está la ficción, ¿no? Si lo piensas, la imaginación nos permite entrar en los sitios como si fuéramos fantasmas, atravesando paredes, presenciando escenas del pasado...

–No va a ser fácil. Vamos a escribir sobre personajes muy diferentes. Fíjate que de algunos tenemos un montón de información, de otros apenas nada...

–Y a algunos los seguimos durante décadas, en dos continentes. A otros en un momento concreto de sus vidas. Por eso debemos darnos la libertad de escribir como mejor convenga a cada personaje, a cada situación, sin buscar una voz común y desde distintas perspectivas. Algunos personajes llenarán páginas, otros tal vez se asomen un rato y desaparezcan. Intentaremos vislumbrar, aunque sea a retazos, la complejidad de todas esas vidas.

–Te escucho y se me ocurre la metáfora de un caleidoscopio en el que cambia la imagen en cuanto lo mueves, pero las piezas siguen estando ahí.

–Apúntate esto. Es una idea fantástica.

–A ver si la retomo más tarde.

–Y otra cuestión que me ronda: sería interesante escribir sobre las dificultades de abordar esta historia, nuestras dudas, también sobre el reto de escribir juntos...

–Tenemos que pensarnos si esto aporta algo a la novela, pero podemos hacer como siempre hacemos: lanzarnos y luego decidir si es útil o no.

Seguimos hablando aún un rato sobre las dificultades que nos vamos a encontrar durante la escritura pero también con entusiasmo ante las escenas

que comenzamos a imaginar. Yo, en una habitación de un pequeño hotel de Montparnasse, en medio de esta ciudad tan vasta y ruidosa; José, en nuestra casa de un pueblo minúsculo al borde del bosque. Tan lejos uno del otro y sin embargo en el mismo sitio.

AÑO 1910

Quienes no les conocen pensarán que son madre e hijo. Léonie tiene veintitantos pero podría tener más, su cara tan ajada como sus manos; él, un niño escuálido, imposible calcular su edad, sentado en una incómoda silla de ruedas que ella empuja con determinación, haciendo un enorme esfuerzo, por las calles del barrio. El niño lo mira todo con sus grandes ojos azules, hundidos en la carita demacrada. Ella se detiene cada poco: necesita parar y frotarse las manos, doloridas por el esfuerzo y entumecidas por el frío; continúa, pero la frena un montón de basura que desborda la acera; sigue empujando, la rueda queda atrapada en un boquete. Hace una parada en el taller del zapatero judío que le ha remendado una bota; después, ante la puerta de la panadería que hornea los pasteles que vuelven loco a Raymond; si no pueden comprar, por lo menos disfrutarán su olor y saludarán a Marie, la dependienta amiga de Léonie que, de vez en cuando y sin que la vea su jefe, regalará al niño enfermo un trocito de pastel de manzana.

Quienes les conocen saben que son hermanos, que Léonie es la tercera y Raymond el pequeño de cinco. Ella tiene vocación de monja y él padece tuberculosis ósea; ella acabará ingresando en el convento y él, él no se sabe todavía qué llegará a ser, o si llegará a ser algo más que un niño enfermo. Léonie lo pasea siempre por las mismas calles porque tiene un objetivo: salir del barrio y visitar Notre Dame. Se lo toma como una peregrinación: cuanto más frío hace y más incómoda es la travesía, incluso con nieve y el viento helador del Sena, mejor, más grande será la recompensa. Dios, le dice al pequeño Raymond, es amigo de los obreros, de quienes llegamos

aquí extenuados por la vida y el esfuerzo, de quienes a pesar del dolor y la miseria seguimos creyendo en su bondad y su justicia. Dios, insiste Léonie, está del lado de los trabajadores y de los desarraigados. Raymond asiente y no lleva la contraria a Léonie porque para él su hermana es pura bondad y no merece ser contrariada, pero piensa que los argumentos de Henri son mucho más convincentes. Henri, cuando le saca en su carrito de ruedas por el barrio, no le cuenta historias de santos, no le habla de Dios. Si salen de Le Marais, no visitan Notre Dame, sino que vuelan, gracias a las grandes manos y el brío juvenil de Henri, hacia el este de la ciudad, a las calles donde se forjan las huelgas, donde estalla, cada vez con más frecuencia, la indignación revolucionaria. Henri es todavía un niño, apenas doce años, seis más que Raymond, pero sus manos ya conocen el trabajo, su estómago el hambre, sus ojos la necesidad. Henri y Raymond han escuchado a su padre, de normal silencioso, narrar su participación en los sucesos de la Comuna, han visto sus ojos, de normal apagados, encenderse al contar la resistencia ante los prusianos: las bombas caseras, los hierros y las piedras, los puños para defender lo propio, que es propio doblemente: el suelo que pisan y el sueño de transformación que imaginan. Los dos hermanos, hijos de comunero, no saben todavía que unas décadas después ellos también organizarán la resistencia contra los descendientes de Bismarck. Pero sí imaginan, Raymond en su silla de niño enfermo, Henri en su papel de cicerone del mundo obrero, que continuarán la lucha de ese padre que ahora ha bajado los puños, al que la vida ha sumido en el silencio y la derrota.

El pequeño Raymond primero tendrá que luchar contra su enfermedad, aceptar, pese al miedo y al desvalimiento, que lo internen en un hospital durante meses de los que apenas le quedará el recuerdo de un olor indefinible, entre podredumbre extrema y limpieza cuartelaria, y el sonido del llanto de los niños que le rodean pero no el suyo, él no llora porque las lágrimas debilitan y porque sabe que saldrá de ahí: se lo dice Henri en cada visita, Léonie también, que además está convencida porque se lo ha dicho Dios durante sus oraciones; Henriette y Marguerite no asoman mucho por el hospital porque dicen que para qué, si ya lo van a mandar a casa, aunque van más que su madre, atada a las telas, la aguja y el hilo, con la espalda

encorvada y las manos deformadas por la artrosis que la obliga a coser cada vez más lento, con lo que los encargos se acumulan tanto que ni siquiera puede visitar a ese pobre hijo, nacido tan a destiempo que es normal que sea un niño enfermo; el padre tampoco va porque no soporta la mirada desvalida de su hijo y porque después de la jornada solo puede beber y jugar una partida; a pesar de que su cuerpo ya no es tan fuerte, él sigue cargando y descargando bultos en el mercado, como si tuviera veinte años en vez de sesenta o setenta, nadie sabe cuántos, ni siquiera él.

Tarda un poco más de lo que sus hermanas y su hermano le habían prometido, pero seis meses después Raymond está en la calle y, al poco, pueden revender la silla de ruedas a una familia menos afortunada. A partir de entonces Raymond luchará por convertirse en un hombre fuerte, imbatible, fiero. Desechará de su vida la debilidad y el cansancio, la enfermedad y la flaqueza, y todas esas otras cosas que un buen revolucionario desprecia: estabilidad, una vida predecible y cómoda, paz.

El demonio soy yo

Lo primero que escucho en la mañana, aún de madrugada, es el crujir de los escalones de madera bajo los pies de mi padre, cuando sale a trabajar en Les Halles. Quizá son precisamente sus pasos los que me despiertan. Mi hermana Léonie, en el camastro de al lado, ni siquiera se mueve. Gimotea algo que no entiendo, pero eso lo hace casi todas las noches y despierta siempre con cara de susto, como si saliese de un sueño en el que está a punto de sucederle algo terrible. Lo sé porque siempre me despierto antes que ella y, aunque la habitación está a oscuras, veo su cara pálida y sus ojos muy abiertos. También sé que tiene pesadillas porque no es raro que me diga: «Raymond, esta noche he soñado con el infierno. Y yo estaba en él». A mí me parece imposible que Léonie, que no ha hecho nada malo en su vida, pueda ir al infierno y se lo digo. Nunca le pregunto si me ve a mí también en medio de las llamas. Prefiero no saberlo.

Por las mañanas aguardo en vela desde que se levanta mi padre y poco después oigo el sonido continuo de la máquina de coser de mi madre. Si viviésemos un piso más abajo, me asomaría a la ventana para ver el ajetreo de los obreros y las criadas que marchan para el trabajo, vigilaría la llegada del día. Pero en nuestra buhardilla los ventanucos solo permiten ver un trozo minúsculo de cielo, los tejados de las casas vecinas y el alero del nuestro. Una madrugada me descubrieron sentado sobre la pizarra, con los pies en el canalón, mirando hacia abajo. Creo que tenía cuatro o cinco años. Yo ni me acuerdo. Ahora una malla metálica me impide cualquier escapada por los tejados.

De todas formas, esta hora de la mañana es mi preferida del día. Me gusta incluso más que jugar con los niños del barrio. Me quedo así, respirando despacio, pensando en lo que me ha ocurrido y sobre todo en lo que me va a ocurrir, en lo que quiero que me ocurra. Porque yo estoy haciendo planes para el futuro. Aunque tenga ocho años, ya soy un hombre. Mi padre se ríe cuando lo digo y mi madre pregunta si he hecho los deberes, pero es verdad. Mi padre puede que lo haya sido en algún momento. No es que no lo crea; supongo que las cosas que me cuenta de la Comuna son ciertas, también que tiraban piedras y disparaban a los prusianos que vinieron a acabar con ella. Yo le escucho e intento imaginar cómo era mi padre entonces. Por mucho que me esfuerce, solo consigo recordar el día que me llevó a Les Halles, cuando yo tenía tuberculosis y mis hermanas me acarreaban de un lado para otro en un carrito, pero ese día andarían ocupadas, mi madre lo estaba siempre, y mi padre tuvo que encargarse de mí.

Me dolió tanto. Me dieron unas ganas de llorar que apenas podía mirarle, y mucho menos cuando me hacía un gesto desde lejos como para decirme que no me había olvidado. Veía a mi padre acarreando bultos de hombres y mujeres que no parecían ni percatarse de su presencia, correteando de un puesto a otro para ofrecer sus servicios a cualquier comprador, recibiendo las monedas que le depositaban en la palma extendida como si diesen limosna a un pobre. Me había dejado sentado en mi carrito junto a una carnicería y aún no sé separar las náuseas que me producía el olor de la carne amontonada sobre el mostrador de la imagen servil de mi padre.

Cada día, al regresar a casa, cansado, con una mirada tan poco expresiva que sus ojos recuerdan los de un ciego, entrega a mi madre el dinero ganado, se lava en una palangana, se pone la ropa de calle y, cuando está listo, se acerca a mi madre, que saca unos céntimos de un bolsillo del delantal y los deja en una esquina de la mesa. Él los coge con la cabeza gacha y se va a beber y a jugar a las cartas con sus amigos. Desprecio la vida de mi padre. La sumisión. La derrota. Lo desprecio por el ejemplo que me da.

No se lo he contado a Henri. Sé lo que me diría y sé que tendría razón. Nuestro padre hace lo que puede para mantenernos. Ellos ya no son capaces de hacer otra cosa, son demasiado mayores para cambiar nada. Eran ancianos cuando me tuvieron. No contaban con más hijos –mi hermana Léonie tenía ya veinte años, las mayores ni lo sé– y de pronto aparecí yo. Se ríen contando que llegué justo el día que tocaba pagar el alquiler. Se ríen, pero el pánico les asoma a la cara cuando lo recuerdan. Sigue siendo un día terrible, también lo son los anteriores, cuando tenemos que elegir entre cenar o almorzar, para ahorrar los últimos céntimos; cuando mi madre rebusca en bolsillos y cajones por si ha quedado una moneda olvidada. Pero ¿quién va a olvidar una moneda en esta casa?

Por eso estoy tan enfadado con ellos. Yo soy un hombre y ellos son niños que no saben lo que hacen. ¿A quién se le ocurre? En serio. Yo tengo ocho años y sé perfectamente que no habría devuelto el maletín. ¿Para qué? ¿Por qué? O sea, que mi madre se encuentra en un taxi un maletín lleno de joyas y no se les ocurre otra cosa que localizar a los dueños. Yo, cuando mis padres empezaron a discutirlo en la cocina, junto al fogón apagado, me fui al dormitorio. Me daban ganas de ponerme a dar gritos. Henri estaba sentado en una esquina y miraba por el ventanuco. Mis hermanas no decían nada; ellas nunca dicen nada.

Henri dice que padre es un hombre inteligente. Quedarse con las joyas no habría servido de nada. Si hubiese sido dinero en metálico sí, pero ¿a quién vendes las joyas? Y si te descubren, ¿qué? A la cárcel y entonces ya me dirás quién gana el sustento. Me da igual. Yo me habría quedado las joyas y ya habría descubierto cómo venderlas, aunque fuese guardándolas unos años.

Los dueños del maletín, una pareja mucho más joven que mis padres, vestían como la gente que sale de la ópera. Olían distinto, a algo dulce y suave. Entraron en nuestro apartamento. Los hombres se sentaron a la mesa a conversar –él no aceptó el licor que le ofreció mi padre–. Ella sonreía todo el tiempo, sentada en la mecedora, mi madre en una silla delante de ella; la señora tomó las manos de mi madre, cuchichearon. De vez en cuando me miraban las dos, mi madre con lágrimas en los ojos, ella con mirada de cura

piadoso, como si me perdonase un pecado que ni siquiera he cometido. Nadie me consultó. No me preguntaron si quería que fuese mi madrina, ni si quería ir al colegio católico, ni si me parecía bien que nos mudásemos a otro piso. Me da igual que sea un primero y que tenga ventanas que dan a la calle. Yo no voy a deberles nada a esa gente. Que no esperen mi cariño ni mi agradecimiento. Además, después de una semana en el nuevo colegio, ya sé que no quiero ir a esa mierda de sitio. Lo peor es que tengo que llevar uniforme y un gorrito ridículo. Mis amigos judíos se parten de risa al verme regresar por la tarde a casa; lógico, yo también lo haría. Con esa ropa parezco medio marica.

De todas formas, no voy a durar mucho en el colegio. Esta mañana he robado la palmeta al maestro. Un chico que se muda a otra ciudad quería quedársela como recuerdo pero no se atrevía a cogerla. Se la he vendido por unos céntimos. El maestro ha dedicado un buen rato a buscarla por todas partes. No sabe que soy el culpable, pero los idiotas de mis compañeros no paraban de mirarme y de reírse por lo bajo. Que me echen, qué más da. Henri dice que va a haber una guerra, si es que no estalla antes la revolución, y entonces cerrarán los colegios y las fábricas.

Una cosa tengo clara: no me voy a rendir como esperan. Me imagino a mí mismo, tijera en mano, destruyendo las telas y los patrones con los que trabajará mi madre para hacer vestidos a las ricachonas, que eso también se lo ha prometido mi madrina: «no te faltará trabajo y tendrás una clientela selecta». Qué asco. Ni siquiera voy a ocultar que he sido yo. Que me castiguen. Que me echen de casa. De todas formas, me voy a largar de aquí, eso es seguro. Cuando se lo digo a Henri, sonríe, me revuelve el pelo y dice: «yo te voy a llevar conmigo». Creo que lo dice en serio y nada mejor podría sucederme.

Le acompaño por las tardes a repartir panfletos, también a reuniones que tiene con hombres mucho mayores que él, y a veces nos escondemos juntos de la policía, en una zanja o en un callejón. A su lado escucho, aprendo, me lleno de la rabia que todos ellos transmiten. Y cuando reparto los panfletos digo que hay que acabar con los burgueses y que la revolución

está cerca. No sé si es verdad, pero es como si al decirlo la posibilidad fuese más real.

Si llegase la revolución, iría a casa de mi madrina, le robaría las joyas y los vestidos de seda. Ella me suplicaría que no le quitase el broche de nácar que lleva en el pecho y yo le diría que bueno, que el broche puede quedárselo. Y si su marido intentase impedirme rebuscar en los cajones le pegaría un empujón que le haría caerse de culo. Tengo ocho años pero soy mucho más fuerte de lo que piensan.

Pero ahora estoy aquí, impotente, tumbado en la cama, viendo cómo la claridad va entrando poco a poco en la habitación y negándome a aceptar que hoy es la última vez que oiré los pasos de mi padre descendiendo por la escalera de madera, que no veré más a mi hermana Léonie despertando con cara de susto y quizá no escucharé el sonido tranquilizador de la máquina de coser de mi madre entrando por debajo de la puerta, porque hoy nos mudamos al nuevo apartamento y Léonie tendrá por fin una habitación para ella sola y mi madre un cuarto de costura y las escaleras serán de mármol y todo será tan distinto y tan poco nuestro, tan prestado.

¿Sabes con qué he soñado?, me pregunta Léonie, que se ha despertado sin que me dé cuenta.

Con el infierno, le digo. Y el demonio soy yo.

El encuentro y el desencuentro

Hace tiempo que ha dejado de retumbar el cañón de París con el que los alemanes sembraron el pánico en la ciudad. Trescientos cincuenta y un cañonazos entre el 23 de marzo y el 19 de agosto de 1918, eso hace una media de más de dos cañonazos por día. El 29 de marzo de 1918, Jueves Santo, un proyectil alcanza la Iglesia de Saint-Gervais, abarrotada de gente. Mueren noventa y una personas, sepultadas bajo el techo que se derrumba por el impacto. Raymond está en un local cercano, haciendo cola para el abastecimiento, cuando oye y siente la explosión. Vuelve a casa cubierto de yeso, como si fuera el fantasma de un chico muerto a los catorce años. El cañón de París, como el famoso Gran Berta, es una obra de ingeniería alemana fascinante. Logra un alcance de doce kilómetros, sus obuses pueden atravesar metro y medio de hormigón armado y, tras su impacto, romperse en miles de fragmentos mortíferos que cortan, penetran, destruyen todo lo que encuentran a cientos de metros de distancia. Es difícil imaginar el pánico de la población de París ante esta amenaza, no solo por la incertidumbre de dónde podía caer el proyectil nuestro de cada día, también por la certeza de tener un enemigo tan avanzado tecnológicamente, tan siniestro y sagaz como para crear un arma de guerra con tamaño poder.

A pesar de todo, Alemania pierde la guerra. Hace mucho que se apagó su estruendo, pero en las calles de París la guerra sigue viva, se mueve por la ciudad como un fantasma: cuerpos de hambre, mujeres de luto, hombres que exhiben muñones y caras deformadas, los miles de *gueules cassées* salidos de las trincheras como protagonistas de un cuento de terror. Y, como fantasmas, recuerdan a quien se cruza con ellos que la guerra no ha

terminado, que reside en sus cuerpos y rostros mutilados, en el dolor del miembro ausente y del cuerpo presente. Muertos en vida. Muchos bajarán la cabeza, cerrarán los ojos ante estos espectros, pero no Jeanne. Jeanne Martin de Pallières reniega de su familia condecorada, de las medallas y los títulos que atesoran, de sus privilegios obtenidos a costa de pobres hombres pobres.

Jeanne camina por París en otoño de 1919 y no baja la vista ante la pobreza y el dolor, mira de frente con sus ojos oscuros y algo hundidos. Hay ira en ellos, una ira que todavía no sabe bien hacia dónde dirigir, más allá de su familia. Estudia filosofía porque quiere entender, pero ya intuye que ahí tampoco están las respuestas. Por eso sigue buscando, se acerca a la sección universitaria del grupo *Clarté*, antibelicistas, internacionalistas, que desde hace meses se reúnen en la redacción de la revista para discutir enfoques, contenidos, distribución, difusión. Jeanne participa poco, prefiere escuchar. Es consciente de que tiene mucho que aprender; primero necesita leer y analizar, explorar. Las posturas políticas de los habituales varían: socialistas, marxistas, humanistas. Ella se decanta por el humanismo, tiene poca fe en la acción colectiva, no acaba de entender los análisis de *El capital*, aunque le conmueve la fuerza arrebatadora de *El manifiesto comunista*.

Llega a las siete en punto a la sede de la calle Wilhelm, se quita el sombrero y el sobretodo, algo mojados por la lluvia casi imperceptible que cae esa tarde oscura en París, y los cuelga en el perchero de la entrada, donde ya se amontonan varias chaquetas y gorras –apenas hay algún abrigo, un par de sombreros– de los compañeros que charlan animadamente alrededor de la gran mesa rectangular, llena de papeles y revistas, con dos montañas de libros apilados a cada lado. Huele a humedad, a tabaco, a calor corporal. Jeanne tiene un olfato demasiado sensible y le cuesta unos segundos aceptar ese olor. Los primeros días apoyaba disimuladamente la barbilla en su muñeca y aspiraba el olor del agua de rosas que emanaba de su manga, pero ya no necesita hacerlo. Detrás de ella sigue entrando gente, todos hombres, muchos se quedarán de pie, pegados a la pared. Ella se sienta entre dos compañeros de la facultad. La sala está a reventar.

Jeanne se fija en un chico que nunca había visto antes, ha llegado con varios obreros, imposible que asista a la universidad, demasiado joven. No tendrá ni quince años, es alto y enjuto, se hace notar. Entra en la sala como si pensara que lo están esperando a él y se sitúa frente a Jeanne, con un pie apoyado en la pared; se deja la gorra puesta. No le quita ojo, Jeanne tampoco a él, a pesar de la incomodidad que le genera ser observada como un monito de feria, la única mujer en la reunión. Jeanne, sin retirar la mirada, pregunta a sus compañeros si saben quién es ese niño impertinente. Uno responde que es el hermano pequeño de Henri Molinier, un agitador y un tarambana, de los del ala radical, si empiezan a venir estos, la revista se nos escapará de las manos, sobre todo con Barbusse dirigiendo ahora los hilos desde su sóviet. A Jeanne no le gusta el comentario, cada vez le molestan más las actitudes burguesas de esos estudiantes petimetres que se retuercen de incomodidad si se ven rodeados de obreros, los mismos a quienes dicen defender. Jeanne se levanta de su silla, cruza la sala y se sitúa de pie junto al mozo que la ha mirado de arriba abajo mientras se acercaba a él.

—¿Nos conocemos? —pregunta Jeanne.

—Ahora sí. Soy Raymond, ¿y tú?

—Deberías tratarme de usted.

—Pensaba que aquí dentro no había clases.

—Lo digo por la edad.

—Lo mismo da: otra fórmula burguesa que hay que tumbar. Y todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Jeanne.

—Hola, Jeanne. Eres la mujer más guapa de la reunión.

—Y tú el mocoso más impertinente.

Poco tiempo después, en 1920, comparten una habitación alquilada. Nadie se escandaliza en casa de él, están acostumbrados a que tome sus decisiones y haga su vida. Con dieciséis años ya ha sido detenido dos veces: la primera en 1916, por distribuir propaganda trotskista; la segunda, poco antes de mudarse con Jeanne. Las dos veces ha sido Henri quien le ha salvado de las garras del juez Joucelin con el mismo argumento: Raymond

es un niño, no le pueden encarcelar por tener unos cuantos panfletos. «Negociar y combatir», le dice Henri, es la estrategia de lucha y el hermano pequeño aprende la lección, aunque a él lo que más le gusta es combatir.

Jeanne tarda casi dos años en anunciar la relación con Raymond a su familia. Han dejado la habitación alquilada y se han mudado a un pequeño apartamento de la calle Gergovie, en un edificio sencillo de cinco plantas, fachada lisa sin balcones, con el hierro forjado en la parte inferior de las ventanas como único adorno; en la suya, Jeanne ha colocado unas pequeñas macetas con petunias y clavelinas. A su apartamento, en el cuarto piso, se accede por una escalera de madera, en el hueco algún día habrá un ascensor, pero de momento no es un lujo al alcance de los vecinos, la mayoría obreros, artesanos, funcionarios de nivel adquisitivo modesto: una lavandera, una modista, un ebanista, un empleado de correos, una mecanógrafa, un ferroviario, todos arrendatarios, la mayoría viven solos, algunos arrejuntados como Jeanne y Raymond, pocos niños porque los apartamentos tienen una sola habitación de unos doce metros cuadrados, quince los más grandes. A Jeanne no le importa, apenas para en casa y ha descubierto que se amolda fácilmente a las estrecheces. Lo único que le molesta es el baño compartido, la agresión de los olores y sonidos, de la mugre amenazante del retrete al descubierto, encajonado en el pasillo, apenas protegido por una vieja puerta de madera de tablones entreabiertos que dejan intuir el cuerpo de quien se sienta a hacer sus necesidades. El grifo al lado del retrete vierte agua siempre helada; se calienta si se introducen monedas en el contador de gas. Jeanne piensa en los avances tecnológicos al servicio del capital: se consigue instalar el sistema para calentar el agua, pero solo para quienes pueden pagarla. A veces se detiene a contemplar la belleza del aparato: una caja rectangular de hierro esmaltado en rojo, con sus esferas medidoras, su ranura para echar las monedas, su cajón, bien cerrado, donde el propietario del edificio encontrará los céntimos que con mucho sacrificio depositen los vecinos. Ella, por rabia y por necesidad, se lava la mayoría de las veces con agua fría. En el apartamento, un fogón de carbón sirve para cocinar y para calentar la pieza cuando hay combustible; los muebles son: una mesa con

dos sillas, un sillón, una cómoda, un pequeño armario y una cama oculta por un biombo de madera de castaño tapizado con tela de motivos chinoscos, el único lujo que se permite Jeanne. En esa cama intentan dirimir muchas de sus diferencias: de edad, de clase, de educación. Los siete años que Jeanne le lleva a Raymond no se traducen en experiencia sexual, más bien en un temprano complejo de cuerpo débil y enfermizo frente a la fogosidad del adolescente. Jeanne, por mucho que intenta desprenderse de la educación moral aristocrática y militar, no consigue superar el pudor que le provoca no tanto la desnudez, que abraza sin remilgos, sino el sexo como placer y descubrimiento, el sexo por el sexo. La rudeza de Raymond tampoco ayuda: es brusco, impetuoso, impaciente, voraz. A Jeanne le asusta ese hambre feroz, se sabe incapaz de saciarla.

Ha asumido que sus padres la dan por perdida y no van a oponer resistencia cuando anuncie su matrimonio. Ya no. Lo hicieron durante muchos años: cuando, sin molestarse en pedirles permiso, les notificó que iba estudiar filosofía y no tenía ninguna intención de comprometerse con el pretendiente que le habían buscado; también se opusieron cuando tiempo después les comunicó que abandonaba el hogar para vivir sola —o eso pensaban ellos— y renunciaba a recibir una asignación. De camino a casa de sus padres, acompañada de Raymond, sigue pensando en las palabras con las que anunciará la noticia. Él silba, sonríe a Jeanne, tranquilo y confiado, como si en vez de ir a conocer a sus padres fueran a dar un paseo por la orilla del Sena. Es solo una pose, en el fondo a Raymond le impresiona entrar en la casa Martin des Pallières, presentarse ante el padre y el hermano militares, ante una madre y una hermana que son todo de lo que Jeanne reniega: formas y apariencia, corsé y porcelanas, comodidad y vida resuelta. Según se acercan a la casa, Jeanne coge de la mano a Raymond, de la mano llaman al timbre, de la mano entran en el recibidor acompañados de una criada de uniforme que les lleva hasta el salón donde espera sentado el padre, que no se levanta al entrar ellos, y la madre, que parece posar para una fotografía, detrás del sillón de él, con la mano reposando sobre su hombro. La hermana y el hermano no están y eso a Jeanne le parece otra mala señal. Raymond se quita el sombrero y da las buenas tardes, nadie

responde, Jeanne entiende que no se lo van a poner fácil. Pasan unos pocos segundos, los suficientes para que Raymond se impacienta, empieza a cambiar el peso de un pie a otro, a jugar con el sombrero. Desde el otro extremo del salón, padre y madre los miran como estatuas de sal. Jeanne no carraspea ni duda, su voz suena firme y retumba contra las paredes forradas de seda, contra los muebles de caoba, contra los cristales de la lámpara de araña, contra la mirada inquieta y furtiva de sus padres, sobre todo de la madre, que mantiene la cabeza ladeada, la mano sobre el hombro del padre:

–Este es Ray. Nos vamos a casar el 1 de junio. Por lo civil.

Sin esperar respuesta, Jeanne vuelve a coger de la mano a Raymond y tira de él hacia la salida. No hay tiempo para el reproche o la trifulca.

–¿Qué ha sido eso? –pregunta Raymond ya en la calle.

–Eso ha sido todo –responde Jeanne.

No será todo. Su hermano buscará restituir el honor de la familia trayendo de vuelta a casa a la hermana descarriada. Ha escuchado desde el pasillo el exabrupto de Jeanne, ha visto después el gesto compungido de la madre, indignado del padre, ha salido corriendo de casa, a tiempo de seguir en la distancia a la pareja hasta la calle Gergovie. Antes de que entren en el portal, grita el nombre de su hermana, Jeanne se sobresalta, Raymond se crece. El hermano, todo un comandante del ejército francés, agarra a Raymond de la solapa, pensando que es solo un crío sin arrestos para enfrentarse a él, pero no cuenta con que Raymond está curtido en la calle, no espera el empujón que casi lo tumba, la ferocidad con la que el joven se prepara para la pelea. Jeanne mira fascinada, a pocos metros de distancia. No les pide que no se peleen, no ruega a su hermano que la deje en paz ni a Raymond que no haga caso de la provocación. Si no fuera por dos vecinos que los separan, Jeanne habría contemplado la pelea extasiada, comprobando que su hermano tenía todas las de perder. Tras otro breve forcejeo, interrumpido de nuevo ahora por tres vecinos, el comandante se va humillado, no sin antes hacer caer una maldición bíblica sobre su hermana pródiga y varios insultos poco propios de su clase sobre el desarrapado que la ha pervertido y a quien nunca más volverá a ver.

En casa de Raymond las cosas son muy diferentes. A su madre la tranquiliza que haya elegido como compañera a una mujer mayor que él, de buenas maneras y con educación, cariñosa. Algo refrenará el ímpetu de ese niño –para ella siempre será su pequeño Raymond– insensato y marrullero. Jeanne se muestra cariñosa con ella, sobre todo tras romper con su propia familia. Aunque no lo reconocerá frente a nadie, le ha costado separarse de ellos, sobre todo de su madre y hermana, más que renunciar a privilegios y comodidades, a la protección de una vida segura. Jeanne no puede evitar amarlos; a pesar del rechazo que siente hacia la vida burguesa y militar, a pesar de estar convencida de que la familia es una institución represora, ella sufre la amputación, los nervios que la unen a ellos están vivos y a la intemperie. Raymond no entiende su dolor y su pérdida, él no renuncia a nada por casarse con ella; además, para él solo hay presente, acción, es tan joven que no tiene memoria ni nostalgia. Tal vez sea eso lo que atrae a Jeanne: vive el ahora, su pasión es la de hoy, se renueva a diario como si fuera inagotable. Si piensa en futuro es en clave revolucionaria; no hay planes ni mapas para el yo y el nosotros. Pero Jeanne sí recuerda, sí proyecta, sí duda, sí siente. Jeanne siente de más.

Por fin, se dice Jeanne al escuchar las botas de Raymond en la escalera. Lleva esperándole desde que se han ido de la asamblea, cada uno por su lado, Raymond haciendo aspavientos, ofendido porque Jeanne le ha reprendido por lanzar una silla contra el grupo de estalinistas, que le abucheaban mientras intentaba leer fragmentos de «Las lecciones de octubre» de Trotsky. Así no vas a llegar a ninguna parte, te comportas como un niño. Cada vez que Jeanne le dice esto, Raymond se enrabieta y desaparece unas horas, a veces la noche completa. Pero esta noche vuelve. Su sonido en la escalera es inconfundible: pisa con fuerza cada peldaño, marcando un ritmo constante hasta el cuarto piso, sin aminorar la marcha ni detenerse un segundo para respirar. Se queda muy quieta en la cama, oye al otro lado de la puerta cómo Raymond busca la llave, que tintinea en su

pantalón al chocar con alguna moneda, abre despacio, susurra su nombre, cierra, se quita las botas y las deja al lado de la puerta, como ella le pide siempre; la chaqueta, los pantalones, la camisa, en la silla; la ropa interior y los calcetines, en el suelo. Jeanne escucha cada movimiento, casi sin respirar. Su cuerpo tibio se estremece con el contacto de las manos frías de Raymond, que susurra su nombre al oído. Jeanne le ofrece la boca y él la besa inseguro. Ella se aparta, intenta ver sus facciones en la oscuridad, intuye su expresión triste. Raymond esconde la cabeza entre los pechos de Jeanne, ella le acaricia el pelo.

—Lo siento —susurra Raymond—, pero no me voy a dejar avasallar por unos farsantes de mierda.

—Lo sé —responde Jeanne—, pero así no vas a conseguir nada.

Cualquier otra noche habrían hecho el amor y charlado hasta que les rindiera el sueño, pero esta vez ninguno de los dos ofrece una caricia que encienda el deseo. Yacen toda la noche espalda contra espalda escuchando el silencio del otro.

El secretario suplente de la sección hace una pausa cuando entra Raymond en la sala; al último secretario lo han echado hace un mes por sus contactos con la masonería; no es una gran pérdida, dijo Raymond cuando se enteró. En realidad, debería haberlo sustituido él, que es el secretario adjunto; pero ha habido confabulaciones discretas, pequeños tejemanejes para tenerlo alejado. Que es demasiado joven para esa responsabilidad, han llegado a decir. A él le parece justo lo contrario: que a los veinte años es demasiado viejo para perder el tiempo. Hay camaradas que parecen estar en el partido solo para poder conspirar en los pasillos; a dos incluso los sorprendió encerrados en un retrete preparando tácticas para imponer sus propuestas en la siguiente reunión de la fracción. A él todo eso le da igual, secretario o no, van a oír su voz, aunque tenga que callarlos a puñetazos.

Raymond ha llegado con un cuarto de hora de retraso; normalmente no es el único, pero parece que esa tarde todos los demás han sido puntuales,

incluso ya cuchichean en un rincón cinco estudiantes que siempre aparecen tarde y se sientan a la misma mesa y votan lo mismo, como si fuesen no personas diferentes sino un cancerbero de cinco cabezas; pero la imagen del cancerbero es demasiado terrible para unos niños; son cinco cachorros inofensivos. Ahora están sentados otra vez uno al ladito del siguiente, alrededor de un pupitre que alguien habrá requisado de una escuela vecina. Se vuelven a la vez a mirar a Raymond, juntan un poco más las cabezas y bisbisean. Esos están allí por el cosquilleo de la clandestinidad, pero seguro que en unos meses volverán a sus estudios de derecho o de medicina y se olvidarán de la etapa revolucionaria, serán médicos y jueces y abogados, reirán con sus esposas y sus amigos recordando las locuras de juventud. En eso tienen razón los camaradas soviéticos: hay que echar a patadas del partido a los intelectuales y atraer a los obreros.

Qué hartazgo de reuniones y discusiones y votaciones. Qué hartazgo de mociones, propuestas y soflamas vacías. No ha mirado el orden del día, pero da igual porque él ya sabe lo que va a decir. Denunciará la deriva autoritaria del buró político, defenderá las críticas que ha hecho Trotsky a la creciente burocracia en la Unión Soviética.

Ah, en el rincón opuesto a los estudiantes, junto al ventanal, está Jeanne. Conversa con una mujer que Raymond no acierta a identificar. Guiña un ojo a Jeanne, le sonríe, le hace un gesto con la cabeza para que vaya donde él se ha quedado de pie, junto a la entrada. Pero ella lo contempla con una expresión rara. ¿Por qué rara? No sabría decirlo, pero más sería de lo habitual, sin un atisbo de sonrisa en los labios ni en los ojos, casi como si no lo conociera. ¿Se ha enfadado otra vez con él? ¡Pero si acaba de llegar! Aún no ha tenido tiempo ni oportunidad de irritarla con sus intervenciones, según ella provocadoras y que dividen a la sección. Claro que divide a la sección: ¡es que la mitad sobra! Son peso muerto, gente que no desea la revolución, solo hablar de la revolución.

—Acaban de comentar los resultados de las elecciones —le dice un camarada mientras lía un cigarrillo a su lado, recostado contra la pared—. Están muy satisfechos.

—¿Y tú, estás satisfecho?

–Veintiséis por ciento de los votos en la región parisina.

–Y nueve por ciento en todo el país. Vamos a estar de oyentes en la Asamblea.

El hombre enciende el cigarrillo con un mechero y el olor de la gasolina le llega a Raymond antes que el del humo.

–Por algo se empieza –responde después de tres caladas ansiosas. Raymond le da una palmada en un hombro.

–En tres años hemos perdido la mitad de los afiliados. Por algo se empieza.

Va a sentarse en una silla vacía entre dos siderúrgicos con los que conversa a veces. Buena gente. Dura. De fiar. Busca de nuevo la mirada de Jeanne, que sigue conversando en voz baja con la otra mujer. A pesar de sus desavenencias puntuales, están de acuerdo en muchísimas cosas. Jeanne ha hecho un largo viaje desde su humanismo casi cristiano al marxismo. Y apoya la lucha contra la burocracia. Pero los separan las formas. Jeanne es de la escuela de Henri pero a Raymond le parece que las cosas se hacen al revés: primero combates; ya negociarás más tarde desde una posición de fuerza.

El secretario anuncia el siguiente punto del orden del día que, comunica, se ha añadido en el último momento a petición de varios camaradas: la expulsión de Raymond Molinier del partido.

Raymond disimula su sobresalto; se levanta y cruza los brazos. Se oyen voces de protesta. También de aprobación, aunque no es fácil distinguir unas de otras.

–El camarada Molinier... –comienza el secretario, pero Raymond apenas le oye porque él mismo está gritando.

Al menos van a oír lo que pretendía decirles antes de que lo expulsaran: que ganan votantes pero lo que necesita un partido revolucionario son afiliados y los están perdiendo, y eso es ir camino del desastre, que son los perritos falderos de la burguesía parlamentaria... Raymond empieza a perder el control. Pega una patada a la mesa. Insulta a la panda de burócratas reaccionarios.

Se dirige a la puerta, porque le da igual, absolutamente igual, lo que decidan. Pero cuando casi la ha alcanzado, se detiene. No se lo va a poner tan fácil. Venga, que voten. Que den la cara quienes prefieren deshacerse de él.

El secretario justifica la votación por las muchas controversias planteadas por el «joven militante», que distraen al partido de sus tareas y tienen un efecto disolvente. Intenta acallar las nuevas voces golpeando la mesa. Lo consigue en parte. Continúa antes de que se apaguen los murmullos.

—Quien esté a favor de la expulsión, que levante la mano.

No hay más de cuarenta personas en esa sala de la rue du Château, en el barrio de Montparnasse. Cuarenta personas envueltas en una nube de humo, tan difuminadas que a Raymond le parecen estar muy lejos. Echa de menos las reuniones de su distrito anterior, el IV, a los camaradas del barrio. Nunca se ha sentido del todo a gusto en el nuevo distrito, en la nueva sección del partido.

No le hace falta contar para darse cuenta de un vistazo de que una gran mayoría ha levantado el brazo. ¿Qué le reprochan, decir las cosas con claridad? ¿No agachar la cabeza? ¿Les molestan tanto sus críticas y su presencia? Al final, Jeanne va a tener razón con sus advertencias: las formas también importan. Se vuelve hacia ella con una sonrisa falsamente compungida, se encoge de hombros. Solo entonces se da cuenta de que Jeanne tiene la mano alzada. Y le mira a los ojos. La pequeña Jeanne, menuda como una ardilla, enfrenta su mirada; resuelta, combativa.

Raymond, durante unos segundos, siente algo parecido a la admiración, también un brote de deseo. Si estuviesen solos, iría hasta donde se encuentra y la abrazaría con fuerza. Incluso reiría, forcejearía en broma con ella. Pero no están solos. Bueno; él sí, más que nunca.

No se queda a averiguar quién se abstiene ni quién vota en contra de su expulsión. Al salir del edificio se dirige automáticamente hacia su casa, apenas a trescientos metros de allí. Se detiene antes del primer cruce. Se pregunta si todavía tiene un lugar al que llamar casa.

Jeanne prefiere aguantar los silencios hoscosc de su padre, las miradas reprobatorias de su madre, antes que la verborrea injuriosa de Raymond. Se va del piso porque no le soporta y sabe que Raymond no se va a mover de ahí. No te lo voy a poner fácil, le ha dicho, como si se lo hubiera puesto fácil alguna vez. Es un crío y quien con críos se acuesta, ya se sabe. Jeanne está de acuerdo con sus camaradas: Raymond es arrogante, insolente, soez, incapaz de respetar la disciplina de partido. Él le reprocha a Jeanne sus orígenes militares, la acusa de que para ella la disciplina sea más importante que el ideal. Pero a Jeanne, si le molestan su carácter histriónico y su exceso de pasión es únicamente porque pone en peligro su compromiso político, ese mismo ideal por el que es capaz de sacar los puños ante cualquiera, incluso sus compañeros. Jeanne también se alinea con las tesis de Trotsky, las cuales entiende mucho mejor que Raymond —de hecho, es ella quien constantemente aplica los escritos de Trotsky a la situación francesa—, y denuncia igualmente el arribismo de Stalin. Si ha votado en contra de Raymond no es por su defensa de las tesis trotskistas, sino porque está harta de su afán de protagonismo y de su matonismo, de su falta de control y de su soberbia. Piensa que con la expulsión Raymond va a madurar y admitir que debe conducirse de otra manera, que la humillación le va a hacer más dócil, pero de momento el resultado es el contrario: aspavientos, gritos, reproches. Jeanne vuelve a la casa familiar, ella sí con las orejas gachas, herida, débil, nerviosa. Es una solución temporal, pero necesita un poco de tranquilidad, si es que se la dan. Jeanne es, al fin y al cabo, la vergüenza de la familia: una hija revolucionaria, casada con un comunista perseguido por la justicia y para colmo siete años menor, detenida en varias ocasiones por actividades subversivas. Ni madre ni esposa ni ángel del hogar. La condición para vivir de nuevo con ellos en ese lujo cómodo ha sido suspender sus actividades políticas. Jeanne lo hace hasta que se reconcilia con Raymond.

La primavera también se nota en el cementerio. La luz cálida de la tarde hace que el paisaje trasmute de tenebroso y desangelado a radiante y amable. Jeanne lo atraviesa cada día entre las tres y las cuatro. Recorre su arteria principal bajo la lluvia o bajo el sol, abrigada con su gran bufanda de lana o buscando la sombra de los frondosos robles que flanquean las tumbas y los mausoleos. Disfruta sobre todo las tardes solitarias y lluviosas, cuando solo se oyen sus pasos en la gravilla, el graznido de un cuervo, el rebotar de la lluvia contra su paraguas, el maullido de algún gato en busca de amor o de sustento. Pero también le gustan las mañanas de los sábados, cuando lo atraviesa temprano, entre las ocho y las nueve, a veces perdida en una niebla fantasmagórica que le recuerda los cuentos de Poe y le hace estremecerse con el placer de sentir un peligro que no es tal. Su imaginación se dispara y piensa en tumbas abiertas de las que emerge un cuerpo en proceso de descomposición o en uñas clavándose y arañando un ataúd de madera o en una mujer amortajada que levita entre las tumbas, pero pronto su materialismo despacha esas imágenes absurdas, sonrío y dirige su pensamiento hacia los obreros y obreras que la esperan, cerca de la plaza Gambetta, para sus clases de lectura, escritura y cálculo.

Ahora que la primavera avanza y las nieblas se disipan, el cementerio se vuelve bullicioso, particularmente los sábados por la mañana: criadas de familias pudientes cargadas con cubos y cepillos se dirigen a limpiar un panteón, viudas con pequeños ramos de flores pasean entre las tumbas de tantos hombres muertos durante la década anterior, algunos niños corretean o caminan cabizbajos junto a sus madres. Apenas hay hombres vivos en el cementerio. Siempre mujeres: mujeres que limpian, mujeres que lloran, mujeres que no olvidan. A veces, Jeanne piensa en los hombres ilustres por quienes siente cierta admiración y cuyos restos yacen no muy lejos de su camino: Balzac, Chopin, Delacroix. Sabe que están cerca pero no los visita, para qué. De vez en cuando ve a un grupito de mujeres acercarse a la tumba de Allan Kardec y se pregunta si entre ellas algún día verá a Henriette, la hermana de Raymond, profesional de la cartomancia y ferviente admiradora del espiritista. Kardec es para Henriette lo que Marx es para Raymond y Henri. Henriette se sabe de memoria *El libro de los espíritus*, como sus

hermanos y la propia Jeanne *El manifiesto comunista*. A cada cual, su Biblia. Muchos años después, Jeanne recordará las palabras de Henriette cuando se empeñó en echarle las cartas nada más conocerla: «Deberías dejar a mi hermano. Vas a tener una vida llena de penurias y fatalidades. Y morirás sola», le dijo. Jeanne se rió entre acongojada y avergonzada por semejantes palabras y las interpretó como celos de hermana mayor. A pesar de aquel inicio tenso, a Jeanne le gusta Henriette. Coinciden en su respeto a todos los seres vivos, el naturismo, el vegetarianismo y el pacifismo; cuando se reúnen, mantienen largas charlas pese a las burlas de Raymond – que ni comprende ni comparte el sincretismo de Jeanne entre marxismo y naturismo–, y al espanto del marido de Henriette, subcomisario de policía que, por motivos que nadie entiende, se ha casado con una mujer así de extravagante y poco convencional.

Jeanne sale del cementerio por la puerta de rue des Rondeaux. El taller está a unos diez minutos a pie, en el bajo de un edificio destartado. La mayoría de los obreros que se acercan cada tarde, después de su larga jornada de trabajo, viven en el cercano barrio de Belleville; otros, llegan desde Le Marais. En el antiguo barrio de Raymond se ha corrido la voz de que el pequeño de los Molinier da clases de marxismo y su mujer enseña a leer y escribir en francés. La mayoría de los obreros y obreras que asisten son extranjeros: judíos rusos, judíos ucranianos, judíos alemanes; algún español, algún italiano, algún griego. Unos aparecen un día y ya no vuelven, otros llevan meses asistiendo a las clases.

Al principio, Jeanne se desespera; con cada nueva incorporación tiene que empezar de cero, sería imposible dividir el grupo en niveles y los más avanzados se quejan cada vez que aparece alguien nuevo y hay que dar marcha atrás. Ante tal desbarajuste Jeanne decide que, quien se sume, tendrá que espabilar para ponerse al nivel de la mayoría. Pero sufre mortalmente al ver a los nuevos tan perdidos y frustrados, tan deseosos de aprender sin lograrlo, así que decide llegar siempre unas horas antes del comienzo de la clase para enseñar los primeros rudimentos a los más rezagados. No siempre aparece alguien a esas horas ya que los obreros no salen de las fábricas hasta las seis o las siete de la tarde; normalmente

quienes tienen tiempo son desempleados, desempleadas, recién llegados a París. Esto significa que la mayoría de los días está en el taller desde las cuatro de la tarde hasta pasadas las diez de la noche. Jeanne no cobra por este trabajo, las clases son gratuitas. Gana el sustento con traducciones del alemán al francés y viceversa, a lo cual solo puede dedicar las mañanas, con lo que sus ingresos son escasos, apenas le da para pagar la mitad del alquiler; Raymond se ocupa de pagar el resto, también de conseguir el mínimo para el día a día. Normalmente comen en el restaurante de la cooperativa del Partido, el Famille Nouvelle. El menú es poco apetitoso pero barato y les mantiene al corriente de todos los vínculos y peleas, acuerdos y desacuerdos, de la familia comunista parisina. Un burgués diría que Jeanne y Raymond son pobres de solemnidad, incluso miserables; Jeanne, como muchos de sus camaradas, piensa que una vida frugal es una vida coherente: por eso no gasta en ropa ni en sombreros ni en vino ni en adornos; tampoco le importa dedicar seis horas productivas a un trabajo no remunerado. Está convencida de que solo educando a la gran masa obrera de forma libre y antiautoritaria triunfará la revolución internacional. Cada día imparte una asignatura diferente: el lunes gramática, el martes pronunciación, el miércoles ejercicios de lectura, el jueves de escritura, el viernes cálculo. El sábado, de nueve de la mañana a doce del mediodía, divide las horas en asignaturas. Raymond tiene su propio grupo, al que acuden obreros franceses o extranjeros con un conocimiento muy avanzado de la lengua, salvo un árabe que se sienta con ellos cada día a pesar de no entender una palabra de francés. Da una clase por semana, los miércoles, de ocho a diez, pared con pared con el aula de Jeanne. Ella tiene entre veinte y treinta estudiantes, Raymond apenas una docena.

Los miércoles vuelven juntos caminando a casa. Hablan como dos viejos amigos que en algún momento se distanciaron y llevan tiempo intentando, con tiento, volver a ese lugar limpio del pasado, antes del desencuentro y la decepción, antes de la ruptura que no ha conseguido ser borrada por la reconciliación, antes de la traición, los reproches, el abandono. El terreno donde limar las asperezas no es la cama sino la lucha, la militancia trotskista, los talleres pedagógicos, el Partido, ahora que

Raymond ha vuelto a ser admitido. Intercambian ideas, enfoques, prácticas para potenciar el aprendizaje y ganar adeptos a través de la educación. Raymond comenta *Las lecciones de Octubre, Rumbo nuevo, ¿Qué hacer?*

Jeanne ha leído las teorías de Proudhon y está convencida de que la educación se debe desvincular de un Estado que no quiere formar ciudadanos libres, sino obedientes. También defiende las tesis de Rocker quien, aunque anarquista, tiene razón en aquello de que la educación debe potenciar la sensibilidad natural del ser humano. A Raymond eso de la sensibilidad le parece poco materialista, poco marxista, ve en ello uno de los ramalazos naturistas y esotéricos de Jeanne que no acaba de entender. Así que prefiere ser él quien instruya en marxismo a los obreros que se acercan al taller. Jeanne sonríe para sus adentros, le deja creer que él puede ejercer esa función mejor que ella. Intenta buscar los terrenos donde coinciden para que su amor –no su camaradería, que ni tambalea ni falla– no se siga desgastando.

Los días de Prinkipo

Jeanne cierra la puerta del taller el 31 de diciembre de 1928. Se había comprometido a acabar el año y así lo ha hecho. En poco más de un mes viajará a Londres, donde espera perfeccionar su inglés y mejorar su salud. Aunque esto último va a ser difícil: la humedad y la falta de luz, igual que en París, no favorecen a sus huesos. Le da pena abandonar el proyecto del taller, pero necesita un descanso, sus piernas no le permiten seguir estando tanto tiempo en pie, cada vez aguanta menos las largas caminatas de ida y vuelta. Hay gente dispuesta a continuar su labor, ningún proyecto es individual o personal, puede desprenderse de ese trabajo sin sentirse responsable.

Jeanne quiere llegar a traducir con precisión todo lo que se publica en Inglaterra, sobre todo a partir de la huelga general de 1926 que ha insuflado nueva vida al movimiento obrero; también desea traducir del francés al inglés y así hacer llegar los escritos de la Oposición de Izquierda francesa a los marxistas británicos, que por lo general se mantienen fríos ante Trotsky. Jeanne viajará a Londres en apenas un mes: pasajes en tercera para el tren a Calais –nada de viajar en el lujoso «tren azul»– y para el barco en el que cruzará el canal. Dos años antes Gertrude Ederle lo ha atravesado a nado, la primera mujer, treinta y tres kilómetros, catorce horas y media inmersa allí donde se mezclan las aguas del Atlántico y del mar del Norte. No es que a Jeanne se le pase por la cabeza repetir la hazaña, pero piensa que, si tuviera la fortaleza física de Gertrude, la dedicaría a otros menesteres, como repartir panfletos sin cansarse, tomar parte activa en las huelgas y manifestaciones a tortá limpia si fuera necesario, desplegar la vitalidad

imparable de Raymond. Cómo lo envidia. Envidia la fuerza que arrasa con todo lo que debe ser arrasado, que no acepta un no cuando quiere un sí, que se enfrenta a cualquier impedimento con la tenacidad del iluminado.

Una vez en Londres, a pesar de la humedad y de sus condiciones de vida precarias, se siente más descansada, más robusta. Se nutre de la energía desbordante de la ciudad, la sensación de constante descubrimiento, de asombro ante lo grande y lo pequeño, como la que siente un día mientras camina por la Strand admirando la arquitectura, el bullicio, los carteles del cinematógrafo y el teatro y se topa con un atasco monumental: un rebaño de ovejas impide que pasen los autobuses de dos pisos en los que se agolpan obreros que gritan improperios al pastor, tan impasible que parece estar en medio de la campiña inglesa en vez de en una de las calles más transitadas de Londres.

Jeanne vive de alquiler en un cuarto que paga por adelantado, semana a semana, porque no sabe hasta cuándo se quedará, cuánto le va a durar el dinero. Entre sus vecinos parece ser la más adinerada, la miran con recelo y cierta admiración. Su acento francés, sus maneras educadas, su finura y elegancia a pesar de la ropa ajada. Los niños y niñas deambulan descalzos por las escaleras y por los estrechos e insalubres pasillos que separan las casas en ese febrero de témpano, sus padres ausentes salvo por las noches, a veces sus madres también: pobres niños, tan pobres o más que los de París, tan desamparados, tan feroces. Pobres madres y padres, tan pobres o más que los de París, tan desesperados, tan rudos. A pocos minutos caminando, Jeanne se encuentra en el Londres cosmopolita y chic, mujeres con vestidos por encima de la rodilla y pelo corto, del brazo de hombres bañados en brillantina y con botines de charol, escaparates repletos de joyas orientalistas de oro, perlas y diamantes, abrigo de animales despellejados. Los ricos de Londres, tan ricos y tan despiadados como los de París. Pero a Jeanne apenas le da tiempo a profundizar en la lógica del capitalismo británico ni en el idioma del imperio, apenas le da tiempo a ganarse la confianza de sus vecinos y de los círculos marxistas de la ciudad. A principios de marzo recibe un telegrama de Raymond:

«Voy Constantinopla con T.»

Pocos días después: «Vuelve urgente París stop ven inmediatamente Constantinopla stop pide dinero Henri para viaje y manutención».

Jeanne viaja de regreso a París ese mismo día. No cuestiona la orden, todo lo contrario. Se emociona al pensar que ha sido requerida para ir a Constantinopla y ponerse al servicio de Trotsky, al que han expulsado definitivamente de la Unión Soviética. Henri la está esperando en la estación, la acompaña a su piso para ponerla al día de las novedades y darle las indicaciones pertinentes. Raymond se encuentra ya con Trotsky. Ha ido acompañado de Gourget y Ségal en el Simplon Orient Express. Jeanne se asombra. ¿Cómo han conseguido fondos para tres billetes en el tren de lujo? Henri, que trabaja como consultor y cajero del Banco Industrial y Comercial, «ha tomado prestado» el dinero de unos empresarios del cuero. No solo para pagar los billetes, también parte de la estancia en Constantinopla.

—Raymond me ha pedido que lleve más dinero.

—Imposible. No puedo recurrir al mismo fondo y ahora mismo no tengo manera de conseguir más.

—Entonces, ¿cómo voy a llegar yo allí?

—Ya lo he estudiado. Lo siento mucho, Jeanne, pero tendrás que coger varios trenes: uno hasta Milán, de ahí a Venecia, de ahí a Belgrado y de Belgrado a Constantinopla. ¿Aguantarás?

—Por supuesto, no te preocupes.

—En tercera.

—Está bien.

—Te puedo dar cien francos por si hay algún imprevisto.

Con cien francos ya puede ser un imprevisto mínimo, piensa Jeanne. No se queja, pero sí siente una pequeña punzada de envidia al imaginar el viaje de Raymond y sus compañeros, durmiendo cómodamente en coche cama, comiendo en el restaurante de lujo, aunque se pregunta cómo actuarían rodeados de burgueses podridos de dinero, diplomáticos, hombres de negocios, señoras y señores del buen vivir, aventureros y aventureras de postín. ¿Destacarían entre ellos? Seguro. ¿Cómo harían para asistir a las cenas del vagón comedor sin un smoking y con sus modales de obreros? Le

arrancó una sonrisa imaginarlos comiéndose los panecillos a dentelladas o mojando el pan en las salsas, con la cabeza doblada sobre el plato y mirando de reojo a los otros comensales. Raymond le confesaría después que se saltaron las cenas; solo desayunaban y almorzaban en el comedor, cuando se relajaba la etiqueta y no era requerido el traje de gala. También le contó que sus compañeros estaban cohibidos, andaban por el tren encogidos y apenas salían de su compartimento, pero él se mordía los puños para no liarse a tortas con todos aquellos gusanos que los miraban por encima del hombro. Si no hubiera temido que los bajaran del tren a patadas, hubiera ido a cenar en calcetines y camisa, con el culo al aire.

—Raymond te estará esperando en Constantinopla y de ahí irás con ellos a Prinkipo.

—¿Prinkipo?

—Sí, una isla en el mar de Mármara, a unos treinta kilómetros de Constantinopla donde Raymond ha conseguido una casa suficientemente grande para que os establezcáis con Trotsky, Natalia y su hijo León Sedov. Protección y secretariado. No le podemos dejar solo.

—¿Y él ha aceptado?

—Con agradecimiento además.

Jeanne piensa en los tres jóvenes de apenas veinticinco años que se plantan en Constantinopla a las bravas y ofrecen a Trotsky sus servicios. Sin conocerlos, salvo por referencias a su trabajo político, acepta su ayuda, se pone en sus manos, los mete en su casa, consiente que ella se una al grupo. Sabe en quién confiar, piensa Jeanne. O está muy desesperado.

Jeanne pide a Henri que vacíe la habitación de las pocas pertenencias suyas y de Raymond que quedan en ella y que avise a la casera de que no volverán.

—¿No te gustaría venir, querido Henri?

—No podemos irnos todos y dejar esto abandonado. Además, ya sabes que a mí me gusta más la retaguardia.

Henri la acompaña hasta la estación de Paris Nord; la maleta, aunque pequeña, pesa demasiado para Jeanne. A Henri le preocupa que el viaje sea extenuante para ella; ¿cómo se arreglará en esos vagones atestados y de

incómodos bancos de madera, cargando el equipaje de tren a tren, sin apenas dinero? Le gustaría haberle conseguido un billete como el de Raymond, ella lo habría necesitado más que nadie, pero con tan poco tiempo ¿cómo volver a juntar tal cantidad de dinero?

Jeanne lleva un capazo del que sobresalen dos baguetes.

—¿Tienes suficiente con eso para todo el viaje?

Jeanne sonríe y, con ademanes de prestidigitadora, extrae primero un queso, después dos manzanas y, por último, tres zanahorias.

—Eres un ratoncillo.

Henri no puede evitar la ternura que siente hacia Jeanne. Es la mujer más decidida, valiente, tenaz e inteligente que conoce y, aun así, se le transparenta la fragilidad. O por lo menos, él la adivina. ¿Qué urgencia había para hacerla ir inmediatamente? ¿No podría Raymond haber esperado a que pudiera desplazarse en mejores condiciones?

—De verdad siento que tengas que viajar así.

—No digas tonterías, Henri. ¡Como si estuvieras hablando con una mujercita burguesa!

Recorren el andén pasando de largo el vagón de primera, el de segunda, las mujeres y hombres elegantes a quienes siguen los mozos cargados de maletas, sombrereros, baúles. Se detienen en el de tercera donde cada cual lleva su hatillo o su maleta, sus capazos. Se despiden con un abrazo muy apretado.

Qué pena estar aquí y no poder visitar la ciudad, se dice Jeanne. Pero lo más importante es llegar cuanto antes a Constantinopla. Al descender en Venecia, cargando la maleta hasta el andén del que saldrá su próximo tren, Jeanne siente un momento de nostalgia por una de esas otras vidas que podría haber vivido y a las que ha renunciado. La vida de una joven que llega a Venecia ilusionada y curiosa, hace que un mozo lleve su maleta a un hotel, y ella, impaciente, sin un minuto que perder, se lanza a visitar museos e iglesias, a admirar los cuadros de Tintoretto, a dejarse transportar por los canales, a tomar un aperitivo en cualquiera de sus plazas.

La nostalgia dura solo unos instantes. Si no se ha convertido en esa joven alegre y despreocupada no es porque el destino la haya empujado en otra dirección. Fue ella quien decidió ser una mujer distinta de lo que habrían deseado y esperado sus padres, alejada del privilegio y el ocio que ellos están seguros de merecer. Jeanne no quiere prolongar esa estirpe de parásitos. Y por eso está ahí, en Venecia, como podría estar en cualquier otro sitio para cumplir su misión: hambrienta, cansada, avanzando entre una multitud y envuelta en una nube de hollín. Orgullosa de su elección.

El tren de Belgrado a Constantinopla sufre un retraso de más de medio día. Jeanne no tiene ninguna dirección de Raymond, le preocupa llegar y que no haya nadie esperándola. Le cuesta bajar del tren. Tiene la espalda y las piernas agarrotadas y apenas puede con su maleta. Por lo menos el capazo ya no pesa, está vacío. Ha querido compartir sus pocas provisiones con compañeros de vagón, con los que apenas se puede comunicar en alemán, francés o inglés porque la mayoría habla turco o algún idioma balcánico que Jeanne ni siquiera distingue. Uno de ellos, el que ha aceptado con timidez el último trozo de queso que le ha ofrecido, coge su maleta y la ayuda a bajar del vagón. El joven se queda a su lado, sin soltar la maleta, como esperando algo. Jeanne se pregunta si debería ofrecerle una propina, pero no le queda nada de dinero. Siente angustia en la estación abarrotada, entre la gente que busca, se apresura, se abraza, llama. Examina el andén en una y otra dirección pero no es fácil distinguir a nadie en medio de ese barullo. Su compañero sigue sin soltar la maleta y le hace ahora gestos, señala hacia donde probablemente se encuentra la salida. Entonces oye la voz de Raymond que atraviesa incluso el estruendo provocado por un tren que parte. Raymond grita una y otra vez su nombre, agita los brazos, salta mientras avanza hacia ella, una imagen que la hace sonreír por primera vez en días, la cabeza de Raymond emergiendo y desapareciendo entre la multitud. Jeanne se vuelve hacia el joven, que también sonríe, contagiado quizá de la felicidad de Jeanne, le indica que deje la maleta en el suelo, a los pies de Raymond, que acaba de detenerse ante ella. Su ayudante

desaparece tan deprisa que no puede darle las gracias. Raymond la abraza con fuerza y los huesos de Jeanne crujen. Cuando se separan, Raymond dice, señalando al hombre que lo acompaña:

—Querida, tengo el grandísimo honor de presentarte a León Sedov, hijo de Trotsky y Natalia Sedova.

Jeanne tiende la mano al joven, que la coge entre las suyas. Aparenta incluso menos edad que Raymond.

—Gracias, camarada Jeanne Molinier, gracias por venir a nosotros —dice Liova en francés con un fuerte acento.

La mira sonriente y sonríen sus ojos azules cálidos y sus labios llenos y carnosos. Sigue con la pequeña mano de Jeanne entre las suyas, dos manos de gigante, dos zarpas de oso que no aprietan, más bien dan cobijo.

—Bueno, por fin llegaste, cuántas horas de retraso. Estarás agotada, pero tenemos que ponernos en marcha.

La voz de Raymond separa las manos, Jeanne se acerca a él y se apoya en su brazo.

—Sí, estoy realmente agotada.

Raymond coge la maleta con la otra mano y echa a andar.

—Tenemos que apurarnos, nos están esperando en el puerto para llevarnos a todos a Prinkipo.

Jeanne está tan exhausta que ni siquiera siente el deslumbramiento y la conmoción que había imaginado cuando estrechara la mano del admirado revolucionario. Las presentaciones son rápidas, el barco que les debe llevar hasta la isla les está esperando. Prinkipo, adonde el emperador de Bizancio desterraba a los príncipes caídos en desgracia, a menudo después de haberles arrancado los ojos. La travesía por el mar de Mármara dura algo más de una hora. Jeanne no comparte el asombro de sus acompañantes ante la belleza del cielo que entra en el crepúsculo cubierto de violetas y malvas. Débil y mareada, se tumba en un banco de madera y se adormila. Trotsky y Natalia se mantienen al margen, Liova y Raymond hablan animadamente sobre preparativos y arreglos pendientes para acomodarse en la casa. Apenas prestan atención a Jeanne hasta llegar al gran caserón después de una breve caminata desde el embarcadero. Raymond y Liova enseñan

orgullosos a Trotsky y Natalia la mansión que hasta ahora solo conocían por las descripciones y por el nombre: Izzet Pashá. Natalia se dirige a Jeanne, cariñosa.

–Usted descanse, ha hecho un viaje larguísimo. Mañana organizaremos todo.

Trotsky la mira subir las escaleras agarrada a la balaustrada y dice, con media sonrisa escéptica:

–Frágil flor parece la Molinier.

A la mañana siguiente Jeanne se despierta descansada, con nuevas energías. Todavía no ha amanecido. Sale sigilosamente de la habitación en la que sigue durmiendo Raymond y baja a la cocina. Busca en los armarios los enseres e ingredientes para hacer el desayuno: té, tetera, pucheros, revuelve los cajones y paquetes de provisiones hasta dar con una caja de latón llena de galletas, un gran pan envuelto en tela como si fuera un bebé; encuentra un aceite de oliva espeso y verde como la hierba fresca, un queso que, por el olor, debe de ser de cabra. Intenta no hacer ruido, la casa está en completo silencio. Deja todo preparado para solo tener que hervir el agua del té cuando se despierten Trotsky y Natalia. Pasea por el amplio salón donde puede imaginar las comidas comunes, los largos debates. Ya ha amanecido, así que sale al jardín algo descuidado, con la hierba crecida, varios arbustos que no sabe identificar, dos grandes palmeras, un anciano pino mediterráneo. El mar refulge con la primera luz del día, es tranquilo este mar de Mármara. Jeanne susurra de nuevo «mar de Mármara» y respira hondo: olor a mañana fresca, a pino, a salitre. Se gira y en la puerta que da al jardín distingue la figura de Trotsky, vestido de blanco impoluto. Jeanne se pregunta por qué en su entorno le llaman el Viejo, cuando apenas tiene cincuenta años y su apariencia es de un hombre aún vigoroso. Jeanne se acerca, se dan los buenos días, se escrutan el uno al otro y ella, sin pensarlo mucho, le dice:

–Usted se parece a sus retratos.

–¡Qué incómodo! Como si uno fuera un mueble –le responde Trotsky con tono indignado mientras vuelve a entrar en la casa.

Jeanne no sabe si correr detrás de él para pedirle disculpas o reírse. Pronto aprenderá a interpretar el sarcasmo del Viejo, su inclinación a poner mote, a hacer burla –a veces amistosa, a veces punzante– de las debilidades o peculiaridades de quienes le rodean. Al principio se siente cohibida –cómo no estarlo– pero pronto se dará cuenta de que tras ese sarcasmo y esa frialdad se esconde un hombre sensible al que le cuesta mostrarse y se protege constantemente contra la posible agresión, la decepción, la traición.

Esa misma mañana quedarán establecidas las tareas de Jeanne: secretaria, traductora, cocinera, limpiadora, confidente, chica para todo. Acepta la imposición de hacerse cargo de las labores de la casa, que realizará mano a mano con Natalia. Sabe que no pueden contratar servicio externo, y menos en cocina, por motivos de seguridad. Los hombres de la casa, incluyendo a Liova, se encargan de las labores de vigilancia y protección. La división de funciones por sexo es, de tan clara, escandalosa. Las obligaciones son muchas y, durante días y días, van a ocupar las horas de Jeanne sin darle un respiro. Por un lado, el trabajo de secretaria: leer los diarios extranjeros en inglés, seleccionar noticias de interés y traducirlas al francés para Trotsky, además de la organización puntual de papeles y correspondencia. Estas labores las hace sin ningún problema ni incomodidad, a pesar de la premura insistente del Viejo para que todo sea traducido al momento de ser recibido. En realidad, lo que le produce mayor nerviosismo e inquietud es tener que ocuparse, junto con Natalia, de la intendencia de la casa. Jeanne irá casi todas las mañanas al mercado, preparará una comida atendiendo al régimen especial de Trotsky y otra para el resto de los habitantes. Jeanne sufre cuando tiene que cocinar algún animal, cuando los hombres vuelven de caza y hay que despellejar un conejo o, tras la jornada de pesca, limpiar el pescado, que de tan fresco a veces da saltos en la cesta, boquea, palpita. En esos casos, es Natalia quien arranca la piel del conejo, saca sus tripas, aparta los riñones, el hígado y el corazón, manjares para su hijo Liova; asimismo es Natalia quien escama y abre el pez haciéndole una incisión a lo largo y, tirando con fuerza de las agallas, extrae en un solo movimiento todos los órganos del animal.

Respetar los horarios de la casa es otra exigencia añadida que llena de intranquilidad a Jeanne. Trotsky es estricto con el tiempo, cada día está cronometrado con precisión: el desayuno, el almuerzo, el té de la tarde y la cena se tienen que servir a su hora porque en torno a estos momentos de descanso gira el trabajo frenético de correspondencia, lectura de prensa extranjera, escritura de artículos, discusión de estrategia política, elaboración de planes para promover la Oposición de Izquierda, para actuar contra la persecución de Stalin. De vez en cuando, Trotsky sale a pescar de madrugada, a dar un paseo con Natalia o a cazar conejos a los montes cercanos, pero el horario se mantiene. La inflexibilidad es necesaria para imponer el orden que Trotsky necesita. Sin ese orden, su vida se diluiría en el caos.

Es un día previo a un festivo en la isla, Jeanne va al mercado como casi cada día para comprar los productos con los que elaborar la comida y que reúnan dos condiciones indispensables: ser frescos y baratos. El mercado está a reventar, Jeanne tiene que esperar en cada puesto mucho más de lo que acostumbra. Llega a casa con el tiempo muy justo para preparar la comida, Natalia se preocupa. Es la una en punto, oyen a Trotsky bajar las escaleras, Natalia corre al salón para avisarle de que todavía el almuerzo no está preparado, pero él ya ha visto la mesa vacía, ya se ha dado la vuelta, ya está subiendo las escaleras. No se queja, no protesta. Se encierra silencioso en su cuarto. Natalia vuelve a la cocina.

—No te apures más, querida Jeanne. León Davidovich se ha retirado.

—Pero bajará cuando le digamos que su almuerzo está listo, ¿verdad?

—No.

El desasosiego invade a Jeanne esa tarde. No sabría decir qué le sucede. Es como un hormigueo, en el cuerpo y en la cabeza. No para de pensar y sin embargo ninguna idea se fija el tiempo suficiente como para tomar forma. Busca la cercanía de Raymond, pero él tiene un día particularmente ajetreado. Lo ve de lejos, al pie de una palmera, hablando con el pescador Kharalambos, que, en su postura encorvada habitual, como si su cuerpo escuálido no lograra sostenerse por sí mismo, mira al suelo y asiente, como valorando lo que le explica Raymond con mucho énfasis; a veces se lleva la

mano a lo alto de la gorra, acariciándose la cabeza a través de la tela; probablemente están hablando de algún traslado necesario que habrá que hacer con el bote del griego. Luego Raymond se recluye un momento en la cocina con Natalia –cuando cierran la puerta de la cocina, por lo general de par en par, significa que no desean ser interrumpidos–; sube al despacho de Trotsky, también conversan a puerta cerrada. Sale con el coche y regresa una hora después. Entretanto Jeanne ha descubierto por Natalia que hay que llevar a Trotsky al dentista a Constantinopla –no es la primera vez– y que al día siguiente llegan visitantes de París. Raymond anda, como es habitual en esos casos, preocupado por la intendencia y, sobre todo, por la seguridad.

Solo entrada la noche, cuando casi todo el mundo está en su dormitorio, mientras Raymond hace guardia en el jardín recostado contra la palmera ante la cual había conversado con Kharalambos, Jeanne encuentra el momento que buscaba para hablar con él, aunque no tiene claro de qué. Se acerca a Raymond, más bien, hacia la camisa blanca que destaca en la oscuridad y que Jeanne sabe que es la suya. Apoya ella también la espalda contra el tronco irregular de la palmera. Deja caer la cabeza sobre un hombro de Raymond. Están lejos de las ventanas abiertas por donde se podrían colar sus voces; sin embargo, Jeanne habla en voz baja. Trotsky es insomne, a pesar de las pastillas de Nembutal, y todos respetan su sueño. Procuran hablar en susurros como si estuviesen en una iglesia; no siempre lo consiguen: tienden a elevar la voz sin darse cuenta porque la quinina que toman contra la malaria les ha dejado medio sordos.

–¿Para qué me has traído a Prinkipo, Ray?

La noche es cálida y estrellada. La luna ha decrecido hasta casi desaparecer. Raymond gira el rostro hacia el de Jeanne, pero no lo distingue más que de manera vaga. Raymond sabría reconocerla a ciegas, no solo por su voz, también por su estatura, su peso tan ligero, su cabello enmarañado, su manera de respirar.

–¿Sabes que mañana llegan Naville y Rosenthal? El Viejo quiere que creemos una revista.

–Pero si no podéis ni veros.

–Tendremos que aguantarnos. Yo no tengo nada en contra suya, son ellos los que se empeñan en ponerme zancadillas.

–Pues yo te he oído decir que son dos intelectuales burgueses jugando a hacer la revolución.

Raymond suspira. Frota la mejilla contra la cabeza de Jeanne.

–Raspas. A ver si te afeitas.

–Como si tuviese tiempo.

Se quedan un rato callados. Los grillos resultan casi estridentes en el denso silencio que solo rompe a veces un búho con sus llamadas o un pájaro acomodándose en las ramas cercanas. Muy a lo lejos se oye a un grupo de ranas que croan a la vez unos segundos y luego se callan, también a la vez.

–Es demasiado –dice Jeanne–. O demasiado poco. O las dos cosas a la vez.

–Estás molesta por lo de hoy, ¿verdad? No te lo tomes como algo personal, el Viejo es así. Además, si no ha dicho nada el pobre. Se ha ido a su cuarto sin comer.

–No estoy molesta. Estoy triste. Y agobiada. Y hecha un lío. Y no sé si este es mi sitio.

–Claro que es tu sitio. Junto a Trotsky y Natalia. ¿Te parece mal sitio? Mucha gente daría un brazo por estar donde estamos nosotros ahora: en el centro de la Historia.

–Ya. Lo que pasa es que...

Callan otro rato. Raymond vuelve a frotar su mejilla rasposa contra la cabeza de Jeanne. Ella le da un puñetazo amistoso en la cadera. Se separa de él. Al retirarse del tronco, el hilo de luz de la luna menguante ilumina su rostro lo suficiente para que Raymond pueda distinguir sus rasgos, también su ceño fruncido.

–¿Te acuerdas de una de nuestras primeras discusiones? –pregunta Jeanne.

–¿Cuál de ellas? Tuvimos muchas, ya desde el principio.

–Al volver una tarde de una reunión del partido, me diste un cachete en el culo y dijiste: «¿No vas a hacer la cena, camarada?». ».

Raymond suelta una carcajada. Ella le tapa la boca y vuelve la cabeza hacia las ventanas. No se enciende la luz en ninguna.

—Vaya si me acuerdo. —Raymond imita la voz de Jeanne—: «El sitio de una camarada no es la cocina». Entraste en ella, cogiste un plato y lo rompiste contra el suelo, a mis pies. Creo que te contuviste para no tirármelo a mí —Raymond vuelve a reírse, a un volumen más bajo—. Y aprendí la lección. Aunque no a cocinar.

—Pues ahora yo me paso la vida en la cocina. O haciendo la compra. O recortando noticias de los periódicos para Trotsky.

—Es temporal.

—Me siento inútil.

—Natalia te valora muchísimo. Y te ha cogido cariño.

—No te estoy hablando de eso.

—Yo hago de chófer y de agente inmobiliario. Pero lo veo como una manera de contribuir a la revolución.

—No es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo? ¿Ser chófer y revolucionario?

—Lo tuyo y lo mío.

—No lo entiendo.

—Ese es el problema, que no lo entiendes.

Raymond toma a Jeanne por la cintura, le da un beso cariñoso en la frente como si así pretendiera alisar su ceño. Jeanne se tensa, murmura algo que Raymond no oye. Él sabe que su enfado no es una pataleta, una reacción al desplante de Trotsky, lleva días rumiando su insatisfacción, atraviesa las habitaciones de la casa a paso rápido y cabizbaja, como si una nube negra flotara sobre su cabeza.

—Esto no va a durar eternamente. En cuanto tengamos dinero para contratar a una chica y resolvamos el problema de la seguridad... Estamos improvisando.

—Vine en cuanto me llamaste. No es que no quiera estar aquí.

Raymond se vuelve hacia la puerta metálica de entrada. Da unos pasos hacia allí, echando una mano a la espalda, a la altura del cinturón, donde lleva la pistola.

Se quedan escuchando. Se oyen pasos, pero de animal, algo pequeño escurriéndose entre los arbustos. Aún aguardan unos segundos. Al otro lado del muro, alguien, quizá borracho, canta en griego. Su voz se va alejando hasta desvanecerse por completo.

—¿Qué decías? Mañana tengo que ir a Constantinopla, no sé si te lo he dicho.

—Claro que no me lo has dicho. ¿Cuándo me lo ibas a haber dicho? Al menos tú entras, sales, tomas decisiones.

—Hago lo que me mandan. Pero mira Liova, él está peor que tú. Deberías estar contenta.

Jeanne se aparta de él con un empujón que le pilla de sorpresa, se separa retrocediendo dos pasos y, en un susurro pronunciado como un grito, le responde:

—¿Tú crees que llevo militando una década, dándolo todo por el partido para acabar fregando los cacharros de Trotsky?

—Haces muchas más cosas. Ya te digo que los dos estamos...

—Vete a la mierda, Raymond.

Jeanne se va a paso ligero hacia la puerta de la casa. Sus pies sacan crujidos de la grava del camino.

Raymond no la sigue, no la llama. El enfado se le va a pasar; aunque deteste esas tareas, las va a seguir haciendo porque no hay más remedio, se acostumbrará a las necesidades y las manías del Viejo. Y sí, se le revolverán las tripas cuando tenga que cocinar un conejo pero será feliz cuando se ponga a trabajar mano a mano con Trotsky y con Liova, cuando alaben sus traducciones y su capacidad analítica y le confíen trabajos más de acuerdo con sus capacidades. No conoce a mujer más inteligente y con mayor espíritu de lucha y sacrificio que ella. No hay otra como Jeanne, piensa Raymond, ni siquiera Natalia.

Raymond se irá en unos días a París. Hace tiempo que lo reclaman para el servicio militar. Jeanne se quedará en Prinkipo y terminará dando la razón a Raymond. Nunca va a coger el gusto por esas tareas domésticas engorrosas,

pero tratará de aliviarlas con el trabajo intelectual y político que cada vez le acerca más a Liova. Hay algo en él que la atrae irremediablemente, pero Jeanne se dice que no puede ser, que es demasiado joven, que es el hijo de, que Raymond, cómo traicionar así al pobre Ray. Su juventud, aunque un impedimento, no es lo más grave –le lleva nueve años, dos más que a Raymond–; lo que más preocupa a Jeanne es la posible reacción de Natalia, de L. D., y, por supuesto, de Raymond. Sabe de sobra que él tiene sus amantes, no se molesta en ocultarlo. Pero son mujeres que simplemente se le cruzan, con las que no pierde el tiempo porque la revolución es siempre primero y porque nunca cambiaría a Jeanne por ninguna de ellas. A Jeanne no le importa la promiscuidad de Raymond, es parte de su glotonería insaciable, de su deseo de catarlo todo. Desde su reencuentro, la relación amorosa ha languidecido mientras que la política ha salido reforzada.

Con Liova todo es distinto, se dice Jeanne. Su pasión no es destructiva ni volátil, es una pasión seria, con un objetivo, como todo lo que hace el hijo de Trotsky. A pesar de su tenacidad, su sed de vida, su madurez –parece mentira que apenas tenga veinticuatro años recién cumplidos– hay en él una melancolía, un fondo de tristeza que lo suaviza, aunque esa melancolía lo vuelve inestable y la asusta. «Si vuelves con Raymond, me suicido», le dice cuando ella se plantea volver a París después de su primera noche juntos; Jeanne piensa que es capaz de hacerlo. No puede evitar comparar a los dos amantes. La pasión de Raymond la devora, la hace más pequeña, más consciente de su fragilidad; Liova, sin embargo, la trata con tal adoración que Jeanne se hace más grande, más fuerte. Los dos hombres han elegido una mujer mayor como amante; ella ha elegido dos hombres más jóvenes, llenos de vida, fogosos, entregados. Jeanne no cree en la poligamia, tampoco ellos aceptarían compartirla con el otro. Tiene que tomar una decisión.

Pasan los meses y desde París llegan noticias preocupantes de Raymond: a pesar de haberse presentado ante el ejército, es acusado de desertión. Se le somete a un juicio militar en el que, para defenderse, inventa una enfermedad psíquica. Todo se complica y acaba unos meses en

prisión. Mientras Raymond se hunde en sus propias tramas rocambolescas, Jeanne y Liova están cada vez más unidos.

La detención de Raymond, sus mentiras estrambóticas y exageradas para librarse de la condena, el escándalo en torno a su supuesta locura, que hace que Trotsky grite a Jeanne, como si ella tuviera la culpa, que el movimiento no necesita de locos desmadrados, contrastan con la estabilidad que le ofrece Liova. A pesar de que Jeanne sabe que también con él vivirá una vida revolucionaria y, por tanto, llena de sobresaltos, privaciones y amenazas, reconoce en el amor de Liova eso que tanto ha buscado en Raymond y no ha encontrado, que le cuesta poner en palabras pero siente de forma profunda. Paz.

Me llamo Vera Lanis (I)

Me llamo Vera Lanis y, aunque no sea del todo verdad, este es el nombre por el que debéis conocerme, que es también el que usaba cuando me conoció Raymond, poco después de que Jeanne lo abandonara por Liova. Mi nombre me da igual, pero de mi apellido –ese sí es auténtico– estoy orgullosa, porque es el que usaron Trotsky y Natalia en sus documentos de identidad para vivir un tiempo de incógnito en Francia en 1934.

Me llamo Vera Lanis y, antes de que me lo preguntéis, no seríais los primeros, yo no estaba presente cuando el asesino Ramón Mercader reventó la cabeza de Trotsky con una piqueta. Si hubiese estado allí, le habría sacado los ojos. Le habría roto cada uno de los huesos. Le habría desgarrado a dentelladas.

Mentira; eso es lo que me gustaría ser capaz de hacer, pero probablemente me habría apresurado a socorrer a Trotsky dejando escapar al traidor, esa habría sido mi primera idea: no luchar sino auxiliar. Si lo pienso bien, y hasta ahora no lo había pensado, mi vida ha consistido en eso: ayudar, cuidar, asistir, ser el soporte invisible de más de un edificio.

Debería haber estado allí y si hay una decisión de la que me arrepiento es la de no haberme embarcado hacia México en lugar de quedarme con Raymond. De haberlo hecho, al menos no habría estado en deuda con él por el resto de mi vida. Estar en deuda con la persona que más daño te hace no es fácil de soportar.

Mi hermana me advirtió de que era un hombre peligroso y cuando lo dijo tuve un estremecimiento y la alegría me recorrió el cuerpo, porque yo lo que necesitaba era eso, un hombre peligroso, una posibilidad de salir de

la vida de pensiones miserables en la que la máxima aventura era pasear por el parque y que te piropease un descarado.

Galia y yo llevábamos ya un tiempo en París. Aunque nacimos en Odesa, nos mudamos de niñas a Besarabia, entre otras cosas porque mi madre estaba harta de las infidelidades de mi padre y prefirió irse a vivir con mi abuelo a un caserón triste y en mal estado en lugar de quedarse en Odesa, por mucho que con mi padre llevara una vida desahogada. Aquella casa, que acabó heredando mi madre, aunque la fue arreglando y reparando poco a poco, era demasiado estrecha para mí. Yo leía mucho y a través de los libros veía el mundo; agotaba la biblioteca del colegio buscando nuevos sitios a los que llevar mi imaginación, nuevas vidas que habitar. Si más tarde elegí París es porque había leído a Zola y a Flaubert, a Dumas y a Victor Hugo. No mucho más, pero bastaba para empujarme a buscar las calles y los salones que me habían descrito –las calles las recorrí pronto, los salones no llegué a frecuentarlos– y también una forma de vivir que se me antojaba más rica, más cuajada de posibilidades que la mía. Pero ¿qué adolescente inquieta no cree que cualquier vida es más atractiva que la suya?

El día que conocí a Raymond yo tenía veintitrés años y ni un solo amigo de verdad en París. Aun así, le insistí a mi hermana para que no le contestara cuando se nos acercó en los Jardines de Luxemburgo. Íbamos a ese parque cada vez que nos aburríamos porque era agradable y gratis. Mirábamos pasar a la gente, a los niños jugar, a los ancianos matar el tiempo que les queda –siempre me ha llamado la atención cuánto tiempo desperdician los viejos, como si solo esperaran a que se les agote–, hablábamos de naderías, soñábamos con lo que haríamos más adelante, cómo sería nuestro futuro. Éramos jóvenes y para nosotras el presente era solo una antesala, un prólogo de lo que estaba por venir. Pero cómo iba a imaginar yo cuál sería mi vida. Yo nunca he sido una persona extraordinaria; sin embargo, mi vida sí lo ha sido.

Raymond se sentó en nuestro banco y nada más hacerlo comenzó a contarnos historias. Antes de que supiese nada sobre mi hermana o sobre mí ya nos sabíamos media vida suya: sus orígenes en Le Marais, cómo huyó de

casa con un amigo cuando era un crío, cómo escapó al servicio militar. También, mientras nos acompañaba dando un paseo, nos contó su actividad política, que a los doce ya estuvo detenido y a los catorce llevaba pistola, y nos enseñó una que llevaba al cinto, orgulloso y creo que con el deseo de escandalizarnos. Contaba a dos desconocidas acciones que podrían haberlo llevado a la cárcel. Me gustó ese atrevimiento que rayaba en imprudencia. Yo soy un revolucionario, nos dijo, siempre lo he sido, desde niño, y no dejaré de serlo hasta que el proletariado se haga con el poder.

A mí aquella frase me pareció algo pomposa; además, la política no era lo que más me interesaba en aquel momento. Yo creo que empezó a hablarnos de todo eso cuando descubrió que éramos de origen ruso, aunque le decepcionó que no recordáramos gran cosa de la revolución. También nos contó que de adolescente había participado en la campaña para evitar la extradición de Trotsky y que lo conocía personalmente. Esperó a que le preguntáramos algo más, quizá a comprobar si sabíamos quién era Trotsky y si estábamos debidamente impresionadas, pero ninguna de las dos preguntó. De hecho, mi hermana intentaba hacerle callar, porque nosotras estábamos en Francia sin papeles y mira tú si un gendarme nos detiene porque aquel joven no puede dejar de presumir en voz alta –Raymond no conocía otro volumen– de sus actividades subversivas. Él hablaba sobre todo con Galia pero en realidad buscaba captar mi interés. Me echaba miradas de reojo, me sonreía. Tenía espaldas anchas, brazos musculosos, manos fuertes sin callos y con las uñas limpias, frente despejada (no tardaría en perder bastante pelo). Era una mezcla de obrero y galán de cine. Se sabía seductor. Nos hacía reír. Aunque nos contó su vida y milagros y dejó caer que había tenido una larga relación con una aristócrata francesa – así se refirió la primera vez a Jeanne–, se guardó mucho de revelar que seguía casado con ella.

Yo, la verdad, era muy guapa. Ahora que me he convertido en este trapo arrugado a lo mejor es difícil imaginarlo, pero podría haber sido actriz. Además tenía una memoria fabulosa, me acordaba de todo lo que leía, así que habría aprendido los papeles sin esfuerzo.

Sí fui cantante y bailarina. Y artista de circo, pero esto fue uno de los tejemanejes de Raymond que a lo mejor cuenta alguien después. Lo de cantante y bailarina lo hice porque era una manera más fácil de ganarme la vida que dar clases de ruso o de rumano, y mucho más que ponerme a coser o a hacer de criada. Además, era divertido. Cantaba en el Casino de París; el director me alababa mucho y un eléctrico se enamoró tanto de mí solo viéndome bailar, o eso me dijo, que insistió en casarse conmigo e incluso amenazó con suicidarse si no lo hacía; pobre hombre, querer suicidarse por amor, qué desperdicio. Llegué a estar en el mismo escenario, aunque yo solo formase parte del elenco del Casino, que Joséphine Baker y Maurice Chevalier, que luego se volvió colaboracionista. Nunca me he fiado de los artistas, para ellos el mundo es su escenario y les da igual quién sea el público.

Me aprendía enseguida las letras y los pasos de baile, aunque no tenía formación. Era deslumbrante cantar y bailar en aquella sala enorme, de columnas doradas, pero siempre tuve claro que no era mi entorno. Ser chica de revista significaba aceptar un futuro de mantenida, si tenías suerte, y después de abandonada, también de abortos clandestinos y de tabernas y apartamentos sórdidos. Estaba convencida de que había mejores lugares destinados para mí. Podía parecer tímida pero en realidad siempre fui muy decidida y desenvuelta. Pero de una manera tranquila, sin estridencias. Al lado de Raymond, la gente no me veía al principio. Él ocupaba toda la escena, era el centro de atención, por su tamaño, por sus aspavientos, por su vozarrón, porque intervenía sin parar en las conversaciones. Pero después comenzaban a fijarse. Me descubrían. Yo era más sólida que él, menos voluble. Más fiel, también.

Empezamos a salir juntos muy pronto. Él era ya un activista conocido. Dirigía tal o cual revista, participaba en asambleas, iba en la primera línea de las manifestaciones, estaba a la cabeza del trotskismo en París, aunque siempre a la gresca con otros dirigentes. Más que violento, era explosivo. Yo no tenía una gran cultura política, pero era socialista por instinto, ya antes de conocerlo. Sí tenía más cultura literaria que él. Raymond amaba todo lo ruso –como si la revolución hubiese santificado lo que se escribió

antes de que estallara o, más bien, como si los autores rusos del XIX hubiesen sido la semilla del bolchevismo—, y me hablaba de Dostoyevski y de Gorki, me contaba los argumentos de sus novelas y las analizaba desde un punto de vista materialista. Yo no le decía que las había leído, y que había leído también a autores que él desconocía, como Tolstói. ¿Por qué no se lo decía? Él necesitaba mi admiración y yo no necesitaba la suya. La nuestra era una relación desigual, como lo son todas. Yo, gracias a él, me adentraba en el mundo excitante de la clandestinidad, de la agitación. Un mundo mucho más abierto e imprevisible que el mío de origen, en el que tenía la impresión de intervenir no ya en el curso de la historia —a mí no me salen esas afirmaciones grandilocuentes— pero sí en la vida de la gente del barrio, de la ciudad. Tampoco voy a pecar ahora de modesta: he viajado por Europa y por América. He conocido a casi todos los grandes dirigentes de la izquierda francesa. He cenado con Malraux. He convivido con Trotsky y Natalia Sedova. No está mal para una niña criada en una aldea de Besarabia.

Sabía que junto a un hombre como él no estaría segura, pero la seguridad —la mía, al menos— nunca ha sido una de mis grandes preocupaciones. La policía podía irrumpir en nuestra casa en cualquier momento; no era improbable que nos pegasen una paliza o incluso un tiro en una manifestación o que nos encarasen cuando íbamos a hablar a los obreros en huelga; que me detuvieran una de las muchas veces que me dirigía a enviar prensa clandestina; que allanasen la imprenta. La otra inseguridad con la que tenía que vivir era que un día Raymond me dejase por otra mujer.

Nunca he sido una persona celosa. No me importaba que Raymond mantuviese un contacto muy estrecho con Jeanne y que no se divorciara de ella. Yo la traté en París, en las reuniones del partido, luego convivimos en Saint-Palais, con Trotsky y su familia, y llegué a quererla mucho. Además, sabía que Raymond no era capaz de ser fiel: necesitaba demasiado la atención y la admiración ajenas, sentir sobre sí el deseo de las mujeres. Es verdad que las utilizaba, como utilizaba a todo el mundo, no para sus fines, sino para aquello que él consideraba necesario para el partido o para los

objetivos políticos que defendía. Durante años pensé que Raymond era un hombre infiel pero leal. Más tarde empecé a tener dudas de lo segundo.

Si hubiese sacrificado mi vida por él —¿y no la he sacrificado en cierto sentido?—, Raymond no le habría dado importancia. Lo habría considerado natural. Lo mismo sucedía con Trotsky. Como estaban entregados a una causa más grande que ellos, no recibían el sacrificio ajeno como algo que debieran agradecer, puesto que el beneficio no era para sí mismos, sino para el socialismo. Y cualquier persona decente debía ofrendar la vida a cambio de su avance. Al fin y al cabo, ellos lo hacían.

Me llamo Vera Lanis y yo conviví con Trotsky durante su exilio, en Saint-Palais, en Saint-Pierre-de-Chartreuse... ¡Qué años difíciles y a la vez felices! Yo limpiaba la casa, hacía la compra, escribía a máquina y traducía del ruso hasta que contrataron a una secretaria, cocinaba, cuidaba a Trotsky cuando estaba enfermo y lo estuvo, mucho, al principio de su estancia en Saint-Palais, como testifiqué en el juicio aquel para decidir si las calumnias de Stalin contra Trotsky tenían algún fundamento. Yo ahora no estoy bien y quizá no me acuerde de todo, pero los recuerdos que me quedan son más intensos que la vida entera de muchas personas. Los recuerdos de antes, claro, antes de embarcarme para Brasil. Después todo ha sido una lenta decadencia, sacrificio sin entusiasmo, entrega sin fe.

Pero los años que pasé en Francia fueron felices. Aunque «felices» quizá no sea la palabra. Nunca he buscado la felicidad sino tener la sensación de que yo elegía mi vida y actuaba de acuerdo con mi conciencia. Si hubiera perseguido la felicidad, quizá me habría ido a vivir con Van. Aún no he hablado de Jean van Heijenoort, pero junto con Raymond y con Trotsky fue uno de los hombres más importantes de mi vida. Me acuerdo de él a menudo, y todavía mi cuerpo de vieja se estremece al recordarlo, como me estremecía de adolescente leyendo novelas y poemas: aquella intensidad, aquel entusiasmo, aquella vibración en el pecho regresan a mis carnes flácidas si fantaseo con cómo habría sido estar con él.

Era tan joven, tan niño cuando comenzó a venir a los encuentros de la Liga Comunista en París. Pero también era serio, culto, inteligente. Y tan decidido. Yo le propuse a Raymond que se lo llevase a Trotsky como

secretario y guardaespaldas; entonces aún no sabía que yo también viviría con ellos tras su traslado de Turquía a Francia. A Van lo llamábamos Van porque su apellido holandés era imposible de pronunciar y su nombre, Jean, era tan común que daba pena llamarlo por él. Aparte de que en las casas por las que pasamos con Trotsky a veces también estaba Jeanne, y si llamabas a una venía el otro, y viceversa, o venían los dos o no venía ninguno. Así que Van. Se ocupaba de la seguridad de Trotsky y Natalia. En Saint-Palais, que tenía dos pisos —el de arriba era solo para Natalia y Trotsky—, le oía asegurar pestillos, revisar que las puertas estuviesen bien cerradas, a veces salir al exterior y dar una vuelta a la casa. Iba siempre armado. Trotsky también tenía una pistola muy vieja pero dudábamos de que ese cacharro funcionaría llegado el caso. Van se ocupaba de los desplazamientos, de ir a buscar a los muchos visitantes que recibíamos. Era quien arreglaba con Raymond y Henri las cuestiones logísticas. Raymond y su hermano procuraban el dinero, buscaban las casas para Trotsky y sus acompañantes cada vez que se veían obligados a mudarse porque la prensa los descubría y comenzaba a acosarlos o cuando las autoridades de tal o cual país decidían deshacerse de huéspedes tan incómodos. Si hasta los franceses pensaron en deportar a Trotsky a Madagascar. Allí se habría muerto, sin visitantes con los que discutir, sin información de lo que sucedía en el mundo, teniendo que esperar meses a que llegaran al movimiento sus artículos y sus arengas. Que pudieran marcharse a México nos pareció un alivio, aunque el resultado fue terrible.

Van no cobraba un salario. Era igual de pobre que los demás. Si Raymond y Henri no hubiesen hecho sus famosos negocios, la fracción se habría hundido en aquellos momentos, no habríamos podido publicar el *Boletín de la Oposición* ni *La Vérité*, Trotsky y Natalia no habrían tenido ni para comer. Van apreciaba la necesidad de personas como Raymond y Henri. Era un hombre práctico. Lo pasó muy mal cuando Trotsky y Raymond acabaron enfrentados. Luego él se fue desencantando. Que alguien tan honesto, que se jugó literalmente la vida por Trotsky, acabara renegando del trotskismo y del marxismo, es algo que nunca entenderé del todo. Seguro que le dolió que lo expulsaran del Workers Socialist Party

después de la guerra, ya en Estados Unidos. Pero en aquella época siempre acababas expulsado de algún grupo. Si empiezo a decir las siglas de todos los partidos trotskistas que había, os vuelvo locos. Era así. Estábamos empezando. Éramos..., no, dogmáticos no. Fervientes. Y Van lo era a su manera tranquila. Yo debería haber tenido una relación con él, tan guapo y tan amable, pero acabé ayudando a su mujer y su niño. Ahí sí tendría que haber sido más decidida y aún me pregunto qué habría sido de mí, de nosotros, de haberme ido con él. Luego fue profesor en varias universidades estadounidenses y se convirtió en un matemático famoso, escribía sobre cosas de las que no entiendo nada. Tenía una cabeza muy especial. Recientemente, aquí me llegan ya pocas noticias, me he enterado de que hace apenas cuatro años lo asesinó su última ex esposa en México, adonde había ido a visitarla desde Estados Unidos. Le pegó tres tiros y luego se suicidó. Eso sí que no lo habría imaginado; que a Raymond lo matase un estalinista o una mujer despechada me habría parecido lógico. Pero ¿Van? Él, que parecía a salvo de las venganzas sangrientas de la GPU y que era siempre tan correcto con las mujeres, al menos así era cuando lo conocí yo. Es cierto que hace unos años alguien me contó que su vida sentimental era más turbulenta y oscura de lo que se habría podido esperar de aquel hombre.

No deja de ser una coincidencia terrible que lo mataran precisamente en México.

Cuando me enteré de su muerte, me pasó como cuando me informaron del asesinato de Trotsky. Me senté en la calle. Más que dolor sentía una desesperación muda, sin imágenes. Un vacío que parecía abarcar toda la ciudad. No sé cuánto tiempo. Yo no podía hablar con nadie, consolar o que me consolaran. También creo que tuve una sensación de inutilidad, de que nuestras luchas se terminaban sin haber dado fruto. Me sucedió lo mismo al enterarme de que Jeanne había fallecido. No, no es su muerte lo que me impresionó, aunque tenía poco más de sesenta años. Lo que me hizo tambalearme, sujetarme a una pared con miedo a desmayarme, fue saber que a su funeral solo habían ido dos personas. Mi pobre Jeanne, que quiso irse a vivir conmigo en París pero yo intenté convencerla de que se fuera de

Francia porque la persecución a los comunistas durante la guerra fue feroz; y luego fui yo la que se marchó. Mi pobre Jeanne, que, a la muerte de Liova, se quedó en la calle con lo puesto –la policía no les permitió ni siquiera entrar a hacer las maletas–, con Sieva, el nietecito de Trotsky, de la mano; Jeanne, a la que sus ex compañeros fueron aislando, difamando, hasta dejarla tan sola que casi nadie quiso acompañar su ataúd.

Yo debería haberme ido a México. Natalia me lo pidió. Pero permanecí junto a Raymond. Si me hubiera ido, ¿habría muerto Trotsky? ¿Se habría quedado Van conmigo en México en lugar de irse a Estados Unidos? Si Van no se hubiera marchado, Mercader no habría podido acercarse a Trotsky, de eso estoy segura. A Van no se le habrían pasado por alto todos los detalles que no cuadraban en el asesino. La Historia habría sido diferente. Nuestra historia habría sido diferente.

Qué inútil todo. Qué desgaste. Qué cansancio. Y qué dolor cuando Raymond me dejó por aquella casi adolescente. ¿Puedo decir que me alegro de que luego ella lo abandonara y se fuera a vivir con un ex nazi? ¿Que lo dejara con tres hijos a cargo? Aunque eso no es verdad: él nunca se hizo cargo de nadie, salvo del partido. Para que se entienda quién era Raymond: en sus memorias cuenta que en 1940 nos embarcamos en Ámsterdam hacia Francia, él, nuestro hijo y yo. Y dice que el niño había nacido unos meses antes. ¡Pero si tenía siete años! Aunque hubiesen pasado más de cuarenta, cómo puede un padre olvidar si su hijo era un bebé o un niño ya crecido. Un padre puede; una madre no. También recuerda mal su salida de Lisboa, según él porque quería ampliar la lucha en América. ¡Le estaban expulsando del país! Si yo hablara; cuántas cosas ha contado a su manera, qué hábiles son los hombres para erigirse estatuas a sí mismos.

Pero la memoria sí le alcanzaba para contar que le dolió mucho separarse de mí y que a Suzanne y a él les unió un sortilegio invencible. El sortilegio ya sé yo en qué parte se lo hicieron. Y en cuanto a que le dolió separarse de mí... Pobrecito, nos abandona a su hijo y a mí en una Europa en llamas para irse con una jovencita pero fue él quien sufrió.

No, no quiero seguir hablando. Me niego a ser esa mujer celosa y herida. No luché por retenerlo. Él era libre y yo era libre. Cada uno vivía su

vida. No era época de romanticismos. Los reproches que me quedan son por mis decisiones equivocadas. Por eso sí he luchado siempre, por ser responsable de mis actos. Pero que quede claro: yo me ocupé de su padre, yo me ocupé de nuestro hijo. Como cuidé al hijo de Gabi y Van y como quise ocuparme del pequeño Sieva.

Hay otra cosa de la que me arrepiento: cuando Zazá, mi niño, tenía un par de meses, se lo dejé a una nodriza que vivía en el campo para que lo cuidara. Era imposible tener un bebé en casa. Nuestro apartamento era el centro de reunión de jóvenes de la Liga, había encuentros, discusiones –casi siempre acaloradas–. Se trabajaba. Se bebía. Se fumaba. Y cuántas veces teníamos que salir de improviso porque la policía había detenido a un camarada o lo habían agredido comunistas de otro grupo. Cuántas veces llegábamos de noche cerrada, después de desgañitarnos en huelgas y manifestaciones. Cuántas hubo que ir al hospital porque a Raymond le habían golpeado, con las manos, con palos, con un puño americano una vez que casi lo matan. El bebé estaba mejor en el campo, con aire limpio, con una vida tranquila. Juro que me habría gustado tenerlo en casa, pero habría sido una vida mucho peor para la criatura.

Sí me ofrecí, ahí están mis cartas a Natalia que lo demuestran –y Raymond estuvo de acuerdo– a acoger a Sieva cuando saliese del internado en Viena. Él necesitaba una madre y era ya un niño de ocho años. Habría estado bien conmigo. No sé si fue Natalia o Trotsky quien prefirió que se quedase con Jeanne y Liova. Es lógico, él era su tío. Pero Jeanne era una mujer tan triste, pobrecilla. Y Liova siempre nervioso, obsesionado con estar a la altura de lo que esperaba su padre de él. Nadie puede estar a esa altura, nadie. Aquella casa, por mucho amor que le diese Jeanne, no era un buen hogar para un niño. Menos tras la muerte de Liova, ¿o debo decir el asesinato de Liova? Entonces Raymond y yo sí los acogimos unos días, a él y a Jeanne, mientras encontraban un lugar donde quedarse, más bien, donde esconderse. Durante ese tiempo me sentí la madre de los dos, aunque Jeanne era mayor que yo.

Me quedé sola con el pequeño Zazá. Proseguí mis actividades políticas los pocos meses que pude al principio de la guerra. Mucha gente a la que

quise la habían matado o estaba detenida. Esto se dice en una frase pero si lo piensas un momento es devastador. Tantas tardes con los camaradas, silenciosos, sentados en la sede de la fracción después de que nos anunciaran una nueva víctima, sin saber qué decirnos, porque la rabia te invade un rato pero luego quedan el estupor y la desolación, mucho más duraderos. El miedo estaba también ahí, claro, pero era como un ruido de fondo, algo que no oyes del todo porque estás tan ocupada esquivando los golpes que ni lo percibes. Pero era así, un goteo continuo de desgracias: a quienes no asesinaron los nazis o los gendarmes los liquidaron los estalinistas. Yo ya no encontraba mi sitio. No sabía dónde ir. Me resistía a aceptar la propuesta de Raymond.

Pero estoy cansada. Me agota examinar el pasado. Cuando hablo de aquellos años a gente más joven, no acaban de creerse que pudiésemos llevar vidas tan expuestas, tan precarias. Hoy nadie está dispuesto a sacrificarse de esa manera. A lo mejor en África o en sitios así, no lo sé. Pero ¿en Europa, en Argentina, en Chile? Somos dinosaurios. Estamos a punto de extinguirnos. Nadie va a tomar el relevo de nuestras luchas. Piensan que no merece la pena. Y, cuando estoy tan cansada como ahora, me digo que a lo mejor tienen razón. No, no quiero creer eso. No lo creo. Pero ahora me callo porque si no mi cabeza se va por el camino equivocado. Eso. Me callo. Ya seguiré hablando más tarde. Seguro.

El arte de hacer maletas

Los primeros días Vera echa de menos al niño, a su pequeño Zaria. Le duelen los pechos cargados de leche, qué desperdicio de alimento, le duele despertarse en medio de la noche y, en vez de oír su llanto, escuchar el sueño alborotado de Raymond, que hace la revolución incluso dormido: corre, da patadas, puñetazos, gime, masculla frases incomprensibles, a veces incluso grita. Entonces Vera lo sacude un poco, Raymond cambia de postura, ella se acurruca junto a él buscando el sosiego que le da ese cuerpo robusto que tanto le gusta. Cuando el pequeño Zaria –solo ella lo llama así– estaba todavía con ellos y berreaba por las noches, Raymond ni se enteraba. Era como si el bebé llorara en un registro inaudible para él, tampoco escuchaba sus gorgoritos ni parecía verlo cuando colgaba de la teta de Vera o movía sus manitas en el aire. Ahora no parece muy consciente de que el pequeño ya no está. Él es así, Vera no se lo tiene en cuenta. Se rio cuando, después de llamarle la atención por el poco caso que hacía a su hijo, Raymond le respondió que le parecía una larva; ya se relacionaría con él cuando tuviera algo de entendimiento, ahora para qué. Tampoco se enfadó Vera cuando Raymond notificó el nacimiento del niño en el registro civil con cuatro días de retraso –estaba planeando una acción importante, ineludible, no podía perder el tiempo con burocracias– y, como consecuencia, han tenido que pagar una multa con un dinero que no tienen; y solo suspiró resignada cuando le llegó la partida de nacimiento y vio que lo había inscrito como Raymond en vez de Zaria. Qué quieres, se justificó, para cuando llegué al registro se me había olvidado ese nombre tan raro. Tampoco está molesta porque Raymond no se haya divorciado de Jeanne –

no alberga celos contra ella— pero sí le duele un poco por el niño, a quien se le considera un hijo natural, nacido fuera del matrimonio. Y eso tiene sus consecuencias, por lo menos hasta que triunfe la revolución. En realidad, le preocupan poco todas estas cosas, son inconvenientes minúsculos, como picaduras de mosquitos durante una batalla.

Ahora, simplemente, echa de menos al bebé. Se dice, se repite, que en el campo está mejor. La señora Clement es buena mujer, tiene una casa bonita y limpia, con conejos y gallinas, rodeada de campo y de bosque y, lo más importante, dos hijas muy bien alimentadas que también acaban de parir y pueden amamantar a Zaria. Se va a poner como un lechoncito, piensa, obligándose a alegrarse por su decisión. También se tranquiliza cuando toma la determinación de visitar a su hijo cada siete días, diez a lo sumo, a pesar del coste del viaje, tanto económico como de tiempo: toma a primera hora de la mañana un tren que se demora tres horas en llegar, camina treinta minutos hasta la casa de la señora Clement, pasa otras tres horas con el pequeño y emprende el viaje de regreso. La última vez, hace ya cuatro días, dejó París con una niebla densa y una humedad que calaba los huesos. Cuando llegó a la casa de la señora Clement, se la encontró tomando el tenue sol de febrero y jugando con el pequeño Zaria, tumbadito en una manta en el jardín. Esto es vida, pensó Vera, y fantaseó por un momento con la idea de buscarse un trabajo por la zona, vivir cerca del pequeño, pasar las tardes en aquel jardín. Pero fue solo eso: un momento de debilidad.

Pasan los días, las semanas, y Vera mantiene sus visitas regulares a la casa de la señora Clement. Según la leche desaparece de sus pechos y avanza la primavera, según ve al pequeño crecer sano y robusto, se reafirma en su decisión. Ya no duele, o no de la misma manera. Sobre todo ya no está preocupada, no siente la punzada de la culpa cuando está en la calle, repartiendo *La Vérité* a la entrada del metro en los barrios obreros o cuando pasa horas encadenada al escritorio, atendiendo al trabajo de secretariado para *El Boletín de la Oposición Rusa*. Su conocimiento de ruso es esencial para esta tarea y ha tenido que perfeccionar su ortografía y gramática para

servir a Trotsky como él espera: no hay cosa que le moleste más al Viejo que las erratas y las faltas de ortografía.

Se escribe regularmente con Natalia, con quien ha desarrollado una relación estrecha y afectuosa y quien, además de darle instrucciones desde Prinkipo y pedirle que les envíe libros y artículos, le pregunta por su vida, por su salud en el embarazo y después del parto, por el pequeño Zaria. También se comunica con Trotsky, que le da órdenes muy precisas sobre los textos que debe corregir, los artículos que necesita traducir de o al ruso, sobre la edición del *Boletín*, además de otros encargos, algunos que rebasan las posibilidades de su minúsculo grupo. A Trotsky eso le da igual, expresa un deseo y espera que lo satisfagan al pie de la letra. Le gusta sentirse exigida pero a veces desearía que el Viejo le diese las gracias, como cuando tuvo que ocuparse de imprimir dos mil octavillas en papel fino con el artículo «Señal de alarma» contra la burocracia estalinista; fue también ella quien se encargó de distribuir las octavillas en fábricas y talleres. Trotsky escribe para ser informado de si se han cumplido sus órdenes y de protestar si no es el caso. Si la respuesta es positiva, tacha el tema de su lista sin una palabra de agradecimiento.

Por suerte, el Viejo no es muy ducho en cuestiones administrativas, así que Vera dirime con Liova, más fácil de trato, los aspectos organizativos del *Boletín*: cuántas copias imprimir, a dónde llevarlas personalmente, a quién enviarlas y cuándo. Ahora que Jeanne y Liova han vuelto a París huyendo de las garras de Hitler, Vera espera que todo fluya un poco mejor, por lo menos la comunicación con Liova dejará de ser por carta. Un alivio no tener que escribir tanto a tanta gente. A Vera lo que realmente le gusta es estar en la calle. La fiesta revolucionaria.

En la manifestación del 1 de mayo este año de 1933, multitudinaria como respuesta a la persecución hitleriana, participan como organización independiente bajo la bandera de la Liga Comunista. Vera se emociona al comprobar que les siguen unas trescientas personas y que, a pesar de las provocaciones de los estalinistas, la fiesta no acaba a puñetazos, como casi siempre. Vera teme por la seguridad de Raymond. Cada vez que abre la boca en un mitin o una manifestación –y siempre la abre– le llueven

trompadas y mamporros. Pero este primero de mayo, si hay disturbios, Vera no los percibe. Marcha alegre del bracete con Jeanne y canta *La Internacional* cada vez que esta se lo pide. Canta, Vera, canta, cómo me gusta tu voz. Y Jeanne se apoya en ella como si se dejara caer y Vera eleva la voz y a Jeanne, a quien siente cada vez más delgadita. Berlín no le ha sentado nada bien.

Poco después de llegar a París, Jeanne le contó a Vera sus últimos tres meses en Berlín desde la muerte de Zina, la hija de Trotsky: la conmoción del suicidio, la angustia de la persecución nazi, la clandestinidad, la pena de separarse del pequeño Sieva que había quedado huérfano.

—Yo le dije a Natalia que podía venir con Raymond y conmigo —interrumpe Vera.

—Yo también quise que se quedara con nosotros en Berlín para luego traerlo aquí.

—No entiendo por qué lo tuvieron que enviar a Viena con desconocidos. ¿No se fían de nosotras? Contigo o conmigo habría estado mejor.

—Pues igual es eso, que no se fían.

—Tal vez es porque dejé al pequeño Zaria con la señora Clement, pero después del verano voy a ir a por él. Además, es distinto, es solo un bebé. Sieva es ya mayor; si me lo dejaran, podrían vivir como hermanos. Pobre Sevushka, allí solo en Viena, cuando podría tener una familia.

—Yo creo que, como no he tenido hijos, Natalia piensa que no sé cuidarlo.

—No, mujer; lo que pasa es que el chiquillo lleva girando como una peonza varios años, querrán que se quede quieto un tiempito. Y, con esta vida que llevamos nosotras, no saben si le podremos dar la estabilidad que necesita. Será eso.

—Eso será.

Vera está preocupada por Natalia. En todo el mes de julio no ha recibido ninguna carta suya. Sabe que el Viejo está mal de salud, la malaria no le deja en paz y su lumbago parece haber empeorado. Cuentan quienes están

con él en Prinkipo que, tras recibir las noticias del suicidio de Zina, su cabello encaneció y le aparecieron dos arrugas profundas a sendos lados de la boca pero, sobre todo, que su salud se deterioró de forma preocupante. Vera quiere preguntar a Raymond si hay noticias de ellos, también anunciarle que a Zaria le han salido ya dos dientes, que vuelve loca a la señora Clement con sus berridos, y que cada día se parece más a él, pero Raymond lleva sin aparecer por casa unos cuantos días. Vera no recuerda si le dijo que estaría viajando o, simplemente, se ha esfumado sin avisarla. En la reunión semanal de la Liga le pregunta a Jeanne si sabe algo de él.

—Por lo que sé, está en la costa Atlántica buscando casa.

—¿Qué me dices? Primera noticia.

—Es que hasta ayer no lo confirmaron: el Viejo y Natalia han recibido el permiso para venir a Francia. Están organizando el traslado en secreto, pero no sé yo si lo van a conseguir: la cara de Trotsky la conoce todo el mundo. Henri se está encargando del papeleo y Raymond de buscar casa. —Vera siente que, de nuevo, es la última en enterarse. Jeanne percibe su malestar—. A mí me lo ha contado Liova esta mañana, parte hoy para Marsella a recogerlos. Tampoco yo sabía nada.

—A Zaria le han salido dos dientes de leche.

Unos días después, Raymond vuelve a París desbordante de excitación y felicidad.

—Haz las maletas, querida.

—¿Dónde vamos?

—A Saint-Palais-sur-Mer.

—¿Dónde está eso?

—Es un pueblito cerca de Royan.

—¿Con ellos?

—Exacto. Ayudarás a Natalia con la casa.

—¿Y qué más?

—De momento, nada más. Tú y Jeanne. Natalia está muy cansada y va a haber mucha actividad. ¡El Viejo en Francia! ¿Te das cuenta? ¡Lo hemos

conseguido!

–¿Qué hacemos con el pequeño?

–¿Qué pequeño?

–Con tu hijo, Raymond.

–Ah, bueno, con esa señora está bien, ¿no?

–No podré ir a verle.

–Ya encontraremos solución. Ahora, lo importante es llegar cuanto antes a Royan. Salimos inmediatamente.

Vera hace su maleta en unos pocos minutos. No tiene mucho que llevarse: dos vestidos de verano, una chaqueta, unas sandalias, mudas, un jersey, un neceser con productos de aseo. Está emocionada con esta nueva misión y por fin podrá tener las largas conversaciones con Natalia que tanto anhela. ¡Es tan cariñosa en sus cartas! ¿Lo será también cuando convivan? ¿Y cómo será vivir bajo el mismo techo que el Viejo? Todo esto y mucho más le pregunta Vera a Jeanne en el largo trayecto desde París a Saint-Palais con Raymond al volante. Jeanne le previene de lo quisquilloso que es el Viejo con sus horarios y comidas, pero también le habla de su sentido del humor, su delicadeza, su sensibilidad y le confirma que Natalia es tan bondadosa en persona como en sus cartas. Discuten todas las informaciones que hay que dar a Trotsky en cuanto esté mínimamente recuperado de su viaje. Debe saber lo mucho que han avanzado en la Liga, a pesar de las zancadillas de Naville y compañía. Los tres son conscientes de que el movimiento comienza una nueva etapa en la que ellos van a tener un papel fundamental.

Cuando llegan a Saint-Palais y ven la hermosa casa que ha conseguido Raymond, Vera y Jeanne se enorgullecen de él: espaciosa, amplia, con ventanales desde los que se ve el mar y un gran jardín protegido por un muro de piedra. En los próximos días irán llegando Trotsky, Natalia y Liova, la dactilógrafa rusa Sara Weber, el guardaespaldas Yvan Craipeau. Vera se alegra al enterarse de que también estará Van.

Cuando Vera abre la ventana cada mañana, inspira la brisa marina y canturrea. El olor a salitre y a algas la hace sentir bien, también el olor del café de puchero que prepara Jeanne. El mes de agosto está pasando rápidamente, todo el mundo se ha acostumbrado a las rutinas que rigen el tiempo de la casa. Jeanne y Vera ayudan a Sara con la tarea de secretariado cuando esta se ve desbordada y se dividen las faenas más pesadas: limpieza, compras en el mercado, mantenimiento del jardín y, además, asisten a Natalia con su ocupación principal, las comidas. Jeanne cocina francamente mal, le da igual lo que come, no lo disfruta, y esto se nota en su falta de tino con las cazuelas. Vera y Natalia solo le dejan hacer café y, a lo sumo, trocear las verduras con una meticulosidad que las divierte: las zanahorias en pequeños cubos, las remolachas en finas rodajas, los calabacines en lonchas todas del mismo grosor, las patatas en grandes tacos, las acelgas en juliana, como la lechuga. A diferencia de Jeanne, tanto Vera como Natalia lo pasan bien en la cocina, se inventan platos con los productos de la zona, comparten recetas rusas y las adaptan a la gastronomía francesa, hornean tartas y pasteles, preparan mermeladas con las abundantes moras y ciruelas de la zona.

El ambiente en la casa es festivo, mucho más de lo que recuerda Jeanne de Prinkipo. Tal vez se deba a la alegría de estar de nuevo en Francia, o a la recuperación de León Davidovich, que ha superado la malaria, el lumbago y recuperado energía y humor. A Vera le encanta verle cada tarde en el jardín jugando con Beno y Stella, los perrillos que le ha regalado Raymond con muy buen criterio. También alegran la casa –y la vista– Van Heijenoort e Yvan, esos hombres jóvenes tan amables y divertidos que protegen al Viejo. A Van lo conoce de antes de que se fuera a Prinkipo en octubre del 32. Van, siempre tan amable, cariñoso, tan alto y tan guapo, Vera y él pasan mucho rato juntos porque a Van le encanta hablar con ella en ruso, es tan listo que lo ha aprendido él solito; Yvan es totalmente diferente, un golfo, un hombre de acción a quien le gusta pensar más bien poco y que hace reír a Vera con sus travesuras y ocurrencias, que la piropea y la mira con ojos golosos. Los

dos velan por la seguridad del Viejo, y Vera sabe que, ante cualquier peligro, harían por ellas cualquier cosa.

Raymond aparece día sí día también con alguna visita: escritores famosos, como Malraux, militantes de la Oposición que esperaban ansiosos la llegada de Trotsky, políticos y sindicalistas... un trajín constante del que se encargan Raymond y Van, todo el día con el coche de aquí para allá.

Vera aprovecha cualquier ocasión para darse un paseo por Saint-Palais, observar desde la lejanía a las burguesitas y burguesitos que se solean en la playa de La Grande Côte. En ocasiones, coge el tranvía, siempre cargado de turistas, y se acerca a Royan, deambula por sus calles y asoma la nariz por la zona del Casino. Nunca llega a entrar, pero fantasea con presentarse una noche y ofrecer sus servicios como cantante. A Vera le gusta pensar en esa posibilidad para, acto seguido, rechazarla. Se siente fuerte, coherente, feliz. De vez en cuando se acuerda de su bebé que, según la señora Clement ha empezado a gatear, pero, como sabe que irá a buscarlo a lo sumo en un par de meses, no siente ni angustia ni remordimientos.

El ambiente cambia a principios de septiembre: Natalia se va a París unas semanas con Liova y Jeanne la acompaña; el Viejo se queda algo melancólico, ya no tiene tantas visitas y, aunque no lo diga, echa de menos a su mujer; los turistas han desaparecido, los días son más cortos y más fríos, el viento del mar entra fuerte y trae con él una niebla densa que envuelve la casa. Vera entiende entonces por qué la llaman «Las Brumas». Raymond y Trotsky llevan varias semanas enviándose cartas y telegramas en los que discuten acaloradamente por alguna rencilla dentro de la fracción –se lo ha contado Van, a quien el Viejo dicta las cartas– pero Vera no presta demasiada atención a los detalles de las disputas, se pierde en ellos y le parece que, en su mayoría, responden a desacuerdos sin sustancia. Su cabeza está en otro sitio, quiere volver a casa, recuperar a su pequeño y reiniciar su vida activa, sus reuniones semanales de la Liga, su trabajo de propaganda. Ya se las arreglará para cuidar del bebé, pero no quiere volver a separarse de él, no después de haber pasado juntos varios días.

A principios de agosto Raymond le había dado una sorpresa: sin previo aviso, se presentó con Zaria –pequeño Raymond, lo llama él– para que se

quedara una temporada con ellos.

Toda la casa se alborota con el pequeño: Natalia, Jeanne, Sara, Van, incluso el Viejo se ocupan de él. El bebé ya es menos larva, capaz de sentarse, gatear, responder a los juegos y arrumacos con gritos y aplausos. Cuando a las tardes Trotsky está en el jardín, el bebé corretea a cuatro patas con los perros y, como ellos, reacciona alegremente a las atenciones del Viejo. Es despierto como un zorro este Zazá, le dice Trotsky a Vera y, de ese día en adelante, todos adoptarán ese apelativo cariñoso para él: Zazá. Después de un tiempo que a ella se le hace demasiado corto, Raymond se lo devuelve a la señora Clement. Vera no se ha atrevido a pedir permiso para quedárselo en Las Brumas; ahora que el ambiente está tan lúgubre le alegra no haberlo hecho. Pero Van le ha comentado que pronto Trotsky y Natalia dejarán la casa, porque están planeando pasar unas semanas en algún pueblito del Pirineo, y Raymond ya se está ocupando de encontrar alojamiento, así que Vera solo piensa en volver a París, ir a buscar a Zazá, encontrar a alguien de confianza para que lo cuide cuando ella no pueda hacerlo.

Han pasado ocho meses desde que dejaran Saint-Palais. Desde entonces, la situación de Trotsky y Natalia se ha complicado. Tras una estancia de unos cinco meses en Barbizon, su localización ha sido descubierta y han tenido que abandonar el lugar precipitadamente. Van se ha quedado para fingir que la casa sigue habitada, como señuelo para engañar a la prensa, a los agentes del estalinismo, a los criminales que rodean la casa e intentan asaltarla. Van hace todo tipo de trucos de prestidigitador, llamadas con información falsa y declaraciones encaminadas a despistar a quienes piensan que están vigilando a Trotsky. Vera se preocupa por él, allí solo frente a esa turba de maleantes. El engaño funciona y Van mantiene a todos despistados durante semanas. Mientras tanto, Raymond y Henri diseñan un plan de huida en el que involucran a Vera. Después de varias peripecias, llegan a Saint-Pierre-de-Chartreuse, un pequeño pueblo a los pies de los Alpes a treinta

kilómetros de Grenoble. Vera y Raymond convivirán en una casa minúscula con Natalia, Trotsky y un mecanógrafo ruso llamado Max Gawenski a quien Vera coge tirria desde el primer momento.

—¿De dónde has sacado a este tipo? ¿Estás seguro de que no es de la GPU?

—Qué cosas tienes.

—El Viejo está harto de él, comete más faltas de ortografía que yo y es un cascarrabias. ¿Le has visto la cara de acelga cada vez que le pide algo?

—Calla, que te va a oír.

—No me extraña que me oiga. Estas paredes son de papel. ¿No podrías haber encontrado una casa un poco más grande?

—¡Como si fuera tan fácil! ¿Te crees que me gusta estar encerrado aquí?

Raymond se pasea por la pequeña habitación: tres zancadas y vuelta, tres zancadas y vuelta. Vera lo mira recostada en la cama.

—¿Hasta cuándo tenemos que quedarnos?

—No lo sé. Henri está buscando alternativas, más cerca de Grenoble y, desde luego, una casa mejor que esta.

—El pueblo debería ser más grande también. Solo llevamos un par de semanas y ya nos conoce todo el mundo. No sé si cuela que somos la familia Lanis, la verdad. Sobre todo por el caracelga de Max, mira que darle a él también mi apellido...

—La gente solo te ve a ti cuando vas a hacer la compra, no se va a preguntar cuánto se parece quién a quién.

—¿Y no crees que eso también es sospechoso? Cuando la gente no encuentra respuestas, se las inventa.

—¿Has dicho en el mercado que ellos están enfermos?

—Sí, de los pulmones, que por eso estamos aquí.

—Pues ya está. Anda, levántate, que el Viejo seguro que quiere ya su desayuno.

—A ver si hoy no le sacas de sus casillas.

Raymond calla. Vera sabe que él sabe que tiene razón, si no, no se quedaría callado. Discuten casi cada día, la impaciencia de Raymond enerva al Viejo quien, tras los últimos acontecimientos, necesita paz y

descanso. La situación del movimiento en Francia es precaria. Después del entusiasmo por el regreso de Trotsky, todo se ha complicado: el giro a la derecha del gobierno francés que amenaza con la expulsión, la presión y persecución de los estalinistas, la salud del Viejo otra vez deteriorada, la falta de recursos económicos incluso para los gastos de la vida cotidiana. Trotsky y Raymond discuten estos temas y están de acuerdo en que es necesario conseguir nuevos apoyos. En el Partido Comunista es imposible, siguen rigurosamente y con entusiasmo los mandatos estalinistas, así que la única esperanza es ampliar las bases a través de las filas socialistas, entrar en ellas para, desde ahí, convencer de que la única vía a la revolución es a través de la interpretación trotskista del marxismo-leninismo. Están de acuerdo en la teoría, pero la impaciencia de Raymond por llevarla a la práctica, sin consultar con el resto de los dirigentes, exaspera a Trotsky; mientras que la generosidad de Trotsky hacia quienes, dentro del propio movimiento, cuestionan y debaten sus decisiones hasta rizar el rizo, exaspera a Raymond.

—No me vengas tú también con esas, Vera, que no estoy de humor.

Vera se despereza, se asea y sale sigilosa de la habitación. Empieza otro día en esa casa que resulta cada vez más asfixiante. Menos mal que Natalia y ella han decidido quedarse al margen de los roces que irritan a sus compañeros y, cada una por su lado, intenta poner cierta paz. Ellas también hablan de la posibilidad del «entrismo», como han venido a llamar a la estrategia de infiltración en el partido socialista, aunque Vera, con su habitual pragmatismo, piensa que la solución es posiblemente flor de un día.

—¿No se da cuenta, querida Natalia, de que siempre nos acaban echando de todos sitios?

Natalia se ríe y asiente.

Así pasan los días de junio en ese pueblito alpino que, si no fuera por la precaria situación de la falsa familia, sería un enclave magnífico. De vez en cuando, Natalia y Trotsky salen por la parte trasera de la casa y toman un sendero que les conduce a un bosque de hayas y robles plagado de flores silvestres, en el que escuchan cantar a herrerillos, petirrojos y pinzones y

ven trepar ardillas rojas por los árboles. Si se encuentran con alguien –rara vez ocurre–, Trotsky esconde parte de la cara bajo un amplio pañuelo, como si tuviera una afección respiratoria, y Natalia siempre lleva su tupida melena blanca oculta bajo un pañuelo o un gorrito marrón de ganchillo que ella misma ha tricotado. Nadie parece reconocerlos, pero aun así Raymond está nervioso, se empiezan a oír rumores de que hay alguien importante en la zona, quiere cambiar pronto de lugar. Vera intenta que se relaje y dé algún paseo con ella; podría aprovechar que no tiene tanto que hacer como cuando está en París, pero es como encerrar a un tigre de Bengala en una jaula de dos metros cuadrados y pedirle que observe pacientemente a una gacela brincando en el exterior.

A finales de mes Raymond anuncia que deben moverse: su seguridad pelagra. En ese momento se disuelve el grupo. Se instalarán en Domène, pero a Max ni siquiera se lo dicen. Vera volverá a París, lo que significa recuperar a Zazá, a quien ha dejado al cuidado de su hermana, y empezar a buscar un trabajo, a ser posible como cantante. Si lo consigue, podrá por fin contratar a alguien para cuidar del pequeño y no depender de su hermana, que siempre anda poniéndole pegas. Y además, ¡echa tanto de menos cantar! ¿Y quién ha dicho que el escenario esté reñido con la revolución?

Ocúpese de Sieva

Jeanne observa a Sieva con disimulo; tiene miedo de que se retraiga todavía más si se siente vigilado. El niño apenas se comunica para pedir lo que necesita. Liova se dirige a él en alemán, la lengua más familiar para el pequeño; Jeanne duda si hablarle en francés para que lo aprenda lo más rápido posible, pero teme aislarlo más, perder cercanía, que él crea que lo está castigando. En el colegio solo tiene la compañía de dos pequeños judíos refugiados que, como él, únicamente se expresan en alemán; «pequeños camaradas», los llama Jeanne. Sus compañeros los tratan como apestados por no hablar francés, también porque huelen en ellos la tragedia y el desconsuelo. Jeanne los ha visto juntos, ayer mismo, cuando fue a buscar a Sieva a mitad de camino, en la intersección en la que se separan cada día; no eran más que tres caritas con ojos grandes y tristes, las piernas delgadas y torcidas asomando por el pantalón corto, unas piernas que todavía no se atreven a correr detrás del balón. Pero lo harán, Jeanne no tiene ninguna duda. Aprenderán pronto la lengua, engordarán y serán chicos sanos, irán dejando atrás la desgracia, los tres olvidarán. Son niños, solo niños. Solo son tres pobres niños.

Cuando Jeanne mira los ojos tristes y de mar profundo de Sieva no puede evitar imaginar la escena: Zina encerrada en la habitación, la puerta trancada con un mueble —¿un armario?, ¿un arcón?, ¿una mesa?, las autoridades no fueron claras—; la vecina de la pensión, a quien ha alertado el olor a gas, entra acompañada de tres policías, uno le pide a la vecina que se vaya, otro abre con premura todas las ventanas, otro llega con un hacha y

entre todos, con mucho esfuerzo, rompen la puerta y ya, hace tiempo que ya, es demasiado tarde.

Con esos mismos ojos tristes y de mar profundo Sieva miró a Jeanne hace dos años, en aquel 5 de enero de 1933, cuando le fueron a recoger a casa de un amigo, donde jugaba ajeno a su orfandad. Pero antes fue la visita policial, el miedo a un arresto, la sorpresa ante la pregunta –aunque no tanta, porque hace tiempo que ronda la tragedia– ¿son ustedes familiares de Zinaida Bronstein?, la respuesta afirmativa, la noticia brutal, la carrera detrás de Liova con los policías, ella, que apenas puede correr, se queda en el descansillo, sin resuello, mientras Liova sigue subiendo los escalones de dos en dos y entra temblando en la habitación donde yace el cuerpo inerte de su hermana mayor. Alguien levanta la sábana, Zina parece dormida, Liova le acaricia la cara. No piensa, no hay lenguaje, solo existen el tacto y el vacío. En los días, las semanas posteriores, los acontecimientos ahondan ese vacío y lo llenan de desazón, incertidumbre, miedo.

La Historia, como es ya su costumbre, se lleva por delante al pequeño Sieva. Ha perdido a su madre; aunque él todavía no sabe que es para siempre, lo intuye: nadie le explica por qué lo envían lejos de ella, por qué no la puede volver a ver. Mientras en Prinkipo Trotsky y Natalia se encierran durante días a llorar la muerte de Zina, Liova y Jeanne no tienen tiempo para el duelo. La misión es clara y no permite dilación alguna: es necesario salvar el *Boletín de la Oposición*. Pero es 30 de enero de 1933 y Hitler asciende a Canciller de Alemania y es 27 de febrero de 1933 y el Reichstag estalla en llamas y culpan a los comunistas y la caza se desata con ardor y minuciosidad. La Historia arrasa y no, no hay tiempo para llorar a Zina en la clandestinidad, perseguidos por la Gestapo, no hay tiempo para ocuparse de Sieva, lo mejor es alejarlo del peligro, no arrastrarlo en la huida, en un nuevo exilio.

Jeanne duda, le gustaría quedarse con el pequeño, pero Natalia ha sido clara: quiere que ingresen al nieto de Trotsky en un hogar infantil, salvarlo del caos. Deciden Viena, allí está Raissa Adler, amiga de la familia, que se ofrece a supervisar su traslado y asegurarse de que esté bien cuidado. El niño habla perfectamente alemán, ya casi ha olvidado el ruso y, de todas

formas, a la Unión Soviética no podría volver, a él como al resto de la familia de Trotsky le han arrebatado la ciudadanía, entonces Viena porque allí podrá ir al colegio como un niño normal y todavía es territorio seguro, si es que existe algún lugar del mundo donde no llegue el ángel de la muerte que ha decretado el exterminio de Trotsky y su estirpe.

Sieva lleva un cartelito colgado del cuello con sus datos, como si fuera un cachorro en peligro de perderse; no llora cuando lo montan en el tren. Desde el día de la tragedia, Jeanne no lo ha visto llorar. Tal vez por eso el desgarró entonces y la culpa ahora. No hicieron lo suficiente por Zina, escucharla más, atenderla más, apoyarla más, pero cómo, cómo ayudar a quien quiere caer y busca todos los precipicios. No hicieron lo suficiente por Sieva. Lo abandonaron, por su seguridad, su bien, su estabilidad. Y ahora Jeanne lo observa con disimulo y ve en sus ojos la muerte de Zina, la soledad inmensa, el abandono del internado; en su silencio, escucha el reproche y el llanto contenido. Jeanne se propone compensar todas sus soledades y tristezas. Lo superará, es solo un niño. Es solo un niño que se ha tragado un denso y profundo mar azul.

Las últimas palabras de la madre, escritas con letra firme en un papelito dirigido a Jeanne: «Ocúpese de Sieva, él es bueno». Es tan bueno que duele, piensa Jeanne, ¿de dónde habrá sacado ese carácter dócil? Será por parte de padre, un padre al que el niño ya no recuerda; todavía vivo en alguna prisión soviética pero muerto en su memoria, agonizante en los últimos meses de la vida de Zina que ya apenas hablaba de todo lo que dejó atrás. Algunos dirán, años después, que quería volver a Rusia y la imposibilidad de hacerlo precipitó su decisión fatal, pero Jeanne sabe que nada más lejos de la verdad. La hija de Trotsky no tenía ni el deseo ni las fuerzas para enfrentarse a un retorno a la Rusia de Stalin. Jeanne la echa de menos. A pesar de su desequilibrio, o tal vez por él y su necesidad de afecto, Zina se había convertido en amiga y confidente. Tanto que Liova sentía celos de ella, tanto que Zina procuraba evitarlo porque su tensión, sus silencios hoscos, su mirada inquisitiva la dañaban. En cambio Jeanne sabía tratarla, con las dosis justas de reprimenda y cariño, escasas las primeras, abundantes las segundas; con intervenciones en los momentos adecuados –

las crisis depresivas, los pulmones afectados por la tuberculosis, el cuerpo consumido, la falta de recursos— para hacerse cargo del pequeño. Jeanne no es consciente de lo mucho que salvó a su amiga; hasta que esta decidió que no quería que la salvaran más. Salvarse significaba soportar un dolor psíquico que la mataba poco a poco y, con ella, a ese niño bueno que se merecía una vida mejor. Significaba también hacerse cargo de otra vida que empezaba a crecer en su interior y de la que solo Jeanne conocía su existencia.

Jeanne podía intuir las razones de su decisión por sus conversaciones y por todo lo que Zina dejó escrito: papeles desordenados con pensamientos tan dolorosos que Jeanne se juró que nunca más los volvería a leer. En su celo por preservarlo todo, Liova los guardó y llevó consigo a Francia, a pesar de la petición de Jeanne de destruirlos. ¿Para qué, Liova? ¿No crees que es obsceno tenerlos? ¿Y si cayeran en las manos equivocadas? Y así ocurriría pocos años después: los robó la policía francesa en una redada tras la muerte de Liova y nadie más los volvió a ver; Jeanne tendría durante años pesadillas en las que unos gendarmes se reían a carcajadas del dolor de Zina. Pero el celo de Liova por guardar cada palabra escrita, archivar la realidad. El celo de Liova. Los celos de Liova. Ahora, por lo menos, se dice Jeanne, no van dirigidos al niño. Raymond está ahí mismo, la relación de Jeanne con él se ha reactivado desde que volvieron a París. Liova tiene cerca a la principal fuente de su inseguridad. Cuántas veces le tiene que decir: dejé a Raymond para estar contigo, ¿cuándo te darás cuenta de que a él solo me unen la amistad y la lucha? Raymond, además, está con Vera, esa mujer bella, apasionada y generosa de la que está enamorado, salta a la vista. Pero Liova siente un amor propietario y burgués; su temperamento, que con el padre es sumiso hasta la humillación, con Jeanne estalla en ataques de ira y resentimiento. Con el recrudecimiento de la persecución estalinista, Liova apenas respira, su padre los asfixia a través de requerimientos, cartas y telegramas en los que recrimina la lentitud con la que su hijo achica el bote anegado del trotskismo.

Jeanne no duda de que Liova ama al niño, pero a veces su actitud le recuerda a la de Trotsky cuando, desde Prinkipo, les escribía quejándose de

que Sieva, entonces un chiquillo de apenas seis años igual de bueno y obediente que ahora, tenía a Natalia atada de pies y manos y exigía a Liova que agilizara los trámites para enviarlo junto a Zina a Berlín. Entonces lo hablaban y contrastaban las cartas de Trotsky con las de Natalia, en las que la abuelastra contaba que el niño se pasaba el día en la escuela y, cuando no, entretenido con sus libros o jugando solito o con Jean van Heijenoort en el jardín. Y ahora Liova se queja de que es imposible concentrarse con ellos dos haciendo tanto ruido, como si los silencios de Sieva retumbaran en su cabeza. Lo que retumba, se dice Jeanne, es la culpa, la misma que siento yo cuando miro de soslayo al pequeño.

Jeanne decide escribir a Natalia a Domène y contarle que el niño está enfermo. Ahora sí puede, una vez que le han diagnosticado sarampión y ha superado el miedo que le provocaba la incertidumbre de no saber qué le pasaba. Comienza la carta, 11 de abril de 1935, contando con minuciosidad todas las vicisitudes por las que han pasado hasta llegar al diagnóstico. Jeanne es obsesiva con los detalles, siente la necesidad de darle a Natalia todas las explicaciones habidas y por haber, no solo sobre Sieva, también sobre todos los otros aspectos de la vida cotidiana en la casa: sus actividades, su trabajo junto a Liova, sus esfuerzos por cumplir los mandatos constantes de Trotsky, sus gastos. No quiere que tengan la menor sospecha de que ella y Liova despilfarran el escaso dinero que Natalia contabiliza, franco a franco, y distribuye, según necesidades, a su hijo y a su compañera. Por eso, cuando se mudaron al apartamento de la rue Lacrosette, escribió a Natalia una carta de trece páginas detallando cada compra de muebles y enseres, la mayoría adquiridos en el mercado de las pulgas. Que lo sepa Natalia, así cuando el Viejo les acuse de derrochadores o vagos —ella sabe que lo hace a menudo— sea su mujer quien le corrija y les defienda.

Con Sieva es diferente, la minuciosidad con la que escribe a Natalia sobre el niño es porque sabe que la abuelastra, abuela a todos los efectos, está preocupada por él; quiere que confíe en su buen hacer, que no se le pase por la cabeza pensar que no está bien atendido: el hecho de que Jeanne no haya sido madre no significa que no sea capaz de serlo.

Jeanne nunca sabrá qué siente una madre por un hijo que ha sido parte de su cuerpo, que ha crecido en su interior, pero está segura de que, a partir del momento en que Sieva llegó a su casa, hace apenas cuatro semanas, su destino está ligado al del niño de por vida, tejido por un amor tan incondicional como el de una madre. Y quiere trasladar esa certeza a Natalia. Por eso no solo le cuenta todos los detalles de cómo Sieva está pasando el sarampión –los grados de fiebre, la falta de apetito, los altibajos de humor–, también la evolución de su comportamiento más allá de la enfermedad. Se regodea en la descripción del día que lo llevan a la feria y el pequeño descubre los autos de choque: su concentración al volante, su deseo de esquivar los golpes, su seriedad en la conducción. Sieva no juega a chocarse con los otros niños sino a manejar el coche perfectamente. Jeanne, aunque la entristece la seriedad del pequeño, su incapacidad para relajarse y disfrutar como otros niños haciendo el salvaje, interpreta la concentración de Sieva como una forma de evadir la violencia, un signo de madurez que se refuerza al pedir que lo dejen solo al volante. Por supuesto se niegan y logran convencerle de que baje del coche y sigan paseando por la feria. Liova, con gesto grandilocuente, anuncia que Sieva va a dar el siguiente paso para convertirse en hombre. Primero, ha sido el coche; segundo, será la escopeta. Pese a las protestas de Jeanne, Liova coge al pequeño de la mano y camina enérgico hacia la caseta de tiro. El niño, todavía débil, apenas puede con el arma y dispara varias veces sin atinar al blanco. Mira a Liova como pidiendo perdón, hasta que Jeanne, impaciente y molesta, le arranca el arma de la mano, la deja de malas maneras en el mostrador y se va con el niño.

A Natalia solo le dirá que se enfadó con Liova, no detallará la discusión amarga que tuvieron después, las burlas del hijo de Trotsky al pacifismo de Jeanne, su rechazo a las armas, su naturalismo, que ridiculiza tanto como lo ridiculizó su padre, aquel día en Prinkipo –qué lejano parece ya– en que Jeanne acompañó a Trotsky, Van y Kharalambos a pescar y acabó devolviendo al mar toda una red de peces que agonizaba en el fondo de la barca. Lo que Liova no sabe es que Jeanne todavía sueña con esas bocas abiertas, esos ojos desorbitados, esas contorsiones de seres poseídos por la

agonía. Jeanne no ha vuelto a comer pescado desde entonces y da gracias al cielo de que sus ingresos no le permitan comprarlo más que ocasionalmente para Liova. El día de la feria, como tantos otros, escucha de su compañero la misma cantinela: «si por ti fuera nos tendrías comiendo hierba», mientras Sieva, encerrado en su habitación, intenta abstraerse de los gritos jugando con el camión de madera que le ha regalado hace unos días su «tata» Vera.

Esta, como tantas otras discusiones, no se las contará a Natalia. Liova, al fin y al cabo, es su hijo. Sí le dirá que el pequeño mejora poco a poco porque es verdad: la textura de su mirada es más ligera y brillante, enrojecen y cobran forma sus mofletes, brío su voz. Cada vez habla mejor el francés, aunque a ellos les sigue por la casa parlotando en alemán, preguntando nimiedades como si fueran cuestiones de Estado. Liova, cuando está de buen humor, sonríe ante las ocurrencias del niño, que quiere entender todo lo referente a la vida cotidiana. Jeanne ve en Sieva el carácter curioso e inquisitivo de su abuelo y, por lo que cuentan, de su abuela Alexandra Sokolóvskaya, la fiera comunista compañera de Trotsky en su primer exilio a Siberia, la revolucionaria indomable, la madre de sus dos hijas muertas. Jeanne compadece a Alexandra y se pregunta qué destino habrá tejido Stalin para ella. Apenas dos años más tarde, la mujer que introdujo a Trotsky al marxismo desaparecerá en el universo gulag.

Jeanne también se pregunta a menudo qué hubiera sido de Sieva si no hubieran conseguido traerlo de Viena y le entran unas ganas inmensas de abrazarlo, pero se contiene. Se ha dado cuenta de que, a veces, la intensidad de su afecto asusta al niño, todavía tan poco acostumbrado al tacto.

El camino a Canossa

Raymond teme desmayarse. Caer sin sentido como una señorita a la que le aprieta el corsé. Le gustaría pedir un vaso de agua pero ni agua les han ofrecido. Trotsky está sentado detrás de un escritorio, estaba ya allí cuando Raymond y Desnots han entrado en el despacho, un espacio con suelos de madera que crujen a cada paso. En las paredes, fotografías de gente que Raymond no reconoce. Una ventana pequeña que deja ver al fondo abetos recortados contra el cielo.

Trotsky no ha tenido con ellos la más mínima cortesía. No se ha levantado a estrechar sus manos ni les ha mirado siquiera al entrar. Tiene el ceño fruncido. Sus dos servidores, Schachtman y Wolf, les indican dos sillas frente al escritorio antes de sentarse ellos a ambos lados de Trotsky en otras dos sillas idénticas.

Trotsky casi no espera a que Desnots acabe la primera frase explicando lo que les ha llevado hasta allí. Habla con una rabia que hace temblar sus manos. Es un maestro increpando a un alumno que acaba de cometer no ya una trastada, sino un delito. No se dirige a Raymond. Se empeña en lanzar sus acusaciones contra un criminal ausente. Usa la tercera persona cuando debería usar la segunda, comunica solo con Desnots, que responde con frases titubeantes, con un balbuceo pusilánime.

Están cinco personas en el despacho y el único culpable, sin apelación, es Raymond. ¿Para eso se han desplazado Desnots y él a ese pueblo de Noruega? Trotsky va a echar a Raymond del partido y de los preparativos para la Cuarta Internacional. Pero no se conforma con eso: quiere hacerlo de la manera más humillante posible. Acumula casi a voz en grito una

acusación tras otra: aventurero, desleal, mentiroso, aprovechado. Los dos lacayos de Trotsky asienten a cada injuria, a cada nuevo cargo. Schachtman toma notas, no como quien sencillamente levanta el acta de la conversación, sino como un inquisidor acumulando los pecados del sacrílego. Schachtman lo llevaría a la hoguera si pudiese. Raymond tiene claro que no están allí sentados con el fin de explorar las vías para llegar a un acuerdo. No hay acuerdo posible.

Aire. A Raymond le gustaría salir un momento a tomar el aire, porque sí, se va a desmayar allí mismo, va a hacer el ridículo más grande de su vida. Querría salir con Trotsky, ellos dos solos, pasear como lo han hecho tantas veces —en Prinkipo, en Saint-Palais, en Barbizon, en Saint-Pierre-de-Chartreuse—, a veces el Viejo incluso lo tomaba por un brazo mientras conversaban, quizá solo para detener el paso de Raymond y no tener que esforzarse por ir a su velocidad. Si pudieran pasar una hora así, caminando entre los abetos o a la orilla del lago, Trotsky entendería. ¿Cómo puede pensar que le ha sido desleal? Son los otros los desleales. No entienden que el trotskismo necesita una revista de masas, como *La Commune*, y no esos textos de intelectuales para intelectuales que pretenden meter a los obreros por el gaznate como si fueran gansos. Y necesitan un partido verdaderamente revolucionario. Si él ha creado la revista y el partido es para defender la causa trotskista, no por intereses o ambición personales. Se lo explicaría, con calma, y él le escucharía, se daría cuenta de que las informaciones que recibe son sesgadas. Asentiría. No se disculparía, el Viejo nunca se disculpa, pero eso daría igual. Lo importante es que volverían a dirigir el trotskismo por el camino correcto. Porque el movimiento se está desangrando y nadie parece darse cuenta.

Pero Trotsky ha tomado ya una decisión. Hace tiempo que la tomó y el viaje para una reunión de conciliación ha sido un error. Querido León Davidovich. Así le gustaría empezar la alocución. Lo ha intentado, sentado en su silla, con la mirada baja —¡él, con la mirada baja!—, pero no le ha salido la voz. No le sale. Por primera vez en su vida se ha quedado sin palabras y sin gestos. Está dejando que le ataquen y calumnien sin oponer

ni un argumento, ni siquiera una de esas bravuconadas con las que sabe salir de una situación incómoda.

A veces, tras una retahíla de acusaciones de Trotsky, mientras hace una pausa para encadenar con la siguiente andanada, todos miran a Raymond, Desnots y Schachtman dejan de escribir, mantienen la pluma en el aire, aguardan. «Después», musita, o ni siquiera eso, tan solo un movimiento circular de la mano derecha en el aire. Nota con alivio que al menos no le sudan las manos.

Trotsky es como un boxeador que no sabe que está solo en el ring, sigue lanzando golpes esperando un contraataque que no llega.

Raymond reúne valor e intenta por fin explicar que Trotsky ha conocido durante años los delitos de los que se le acusa y eso no le impidió seguir dándole cargos y misiones de gran importancia para el movimiento. El mismo León Davidovich había defendido a Molinier ante quienes intentaban sembrar cizaña precisamente con esas acusaciones. Raymond tiene la delicadeza de no señalar que aquellos negocios propios de un capitalista y no de un revolucionario que ahora vuelven a salir a colación permitieron vivir a Trotsky y Natalia durante el exilio, financiar el partido y las revistas, viajes, activismo, difundir la causa en numerosos países.

Pero argumenta sin fuerza, sin convicción. Raymond, por primera vez, se da cuenta de lo que le diferencia de Trotsky: él casi nunca cambia de opinión y la defiende con fiereza pase lo que pase, independientemente de las consecuencias. No cree ser presuntuoso si piensa que es absolutamente honesto con sus convicciones. Trotsky no: Trotsky es honesto con sus fines. Puede cambiar de opinión y de estrategia de la noche a la mañana y defender la nueva como si siempre hubiese creído en ella. Y no le importa dejar con el culo al aire a quien le había apoyado ayer.

Está oscureciendo ya cuando León Davidovich clava los ojos en Desnots, se inclina hacia delante, usa el índice para marcar cada frase y vuelve a hablar de Raymond en tercera persona.

Exige –no pide, no propone, exige– una dimisión inmediata. Raymond sabe que no obtendrá su perdón ni siquiera arrodillándose durante tres días delante de él, como hizo aquel emperador ante el Papa en Canossa –y no se le escapa la semejanza en que también el emperador tuvo que peregrinar a través de un rudo invierno para que el Pontífice lo recibiera–. Deberá entonces disolver su partido, comprometerse a no interferir en las decisiones y acciones del auténtico partido trotskista francés, no durante meses ni un año, varios años, reconocer sus errores, solicitar humildemente su readmisión. Entonces, solo entonces, Raymond podrá pedir que se reexamine el caso.

Trotsky está perdiendo el aliento. Su furia lo ha ido extenuando. Schachtman deja de escribir y anuncia que no tiene sentido seguir hablando. Todo está dicho. Todo está decidido.

Pero aún queda un error por cometer. Desnots y Raymond piden una reunión más la mañana siguiente para tratar otras cuestiones relacionadas con las actividades en Francia. Raymond no duerme bien esa noche, lo achaca a que su habitación carece de cortinas y poco después de las cuatro ya es de día. Para colmo ha tenido que compartir habitación con Desnots, que ronca como un jabalí.

Intenta ducharse con agua fría pero acaba mezclando un poco de agua caliente porque el chorro helado amenaza con levantarle dolor de cabeza. Se afeita con gestos tan decididos que se corta tres veces. Desayuna de pie en la cocina, pan y café; ha sido el primero en levantarse. Ensaya en su cabeza lo que le va a proponer a Trotsky. Y en su cabeza suena bien. Pero más tarde, en el mismo despacho de la noche anterior, con Trotsky sentado tras su escritorio pero no de frente a él, sino de perfil, como si la visión de Raymond y Desnots le resultase insoportable, Raymond interrumpe los anodinos problemas con los que su camarada está aburriendo a Trotsky, y lo hace con una torpeza que se reprochará durante años. Anuncia que él podría conseguir fondos considerables para el partido. No para el propio, sino para el Partido Obrero Internacionalista, al que apoya Trotsky. Ha encontrado un mecenas, y si se suspendiera temporalmente su expulsión...

Algo va mal. Trotsky, Schachtman y Wolf se miran escandalizados. No, no es como lo interpretan, no pretende sobornar, no le están entendiendo. Hacen gestos de repugnancia acompañados de exclamaciones, manotean como para espantar un bicho molesto. Trotsky se levanta empujando su silla hacia atrás como si pretendiera derribarla pero tan solo la desplaza medio metro hacia la pared. Sale del cuarto. Schachtman y Wolf detrás, perrillos falderos. Una lluvia de hielo golpea la ventana. Raymond la escucha durante minutos, sentado en la misma postura, negando con la cabeza. Desnots se levanta también, le aprieta afectuosamente un hombro, le deja solo en el despacho.

En el tren, Raymond mira por la ventanilla sin ver los abetos ni la nieve ni los lagos ni las estaciones. Y pasa el viaje en barco agarrado a una barandilla en cubierta, sin moverse del sitio, aunque la espuma que levanta la quilla acaba empapándolo. No puede aceptar lo que ha sucedido. Le duelen mucho más el rechazo y el desprecio de Trotsky que la expulsión. El de sus menestrales le da igual, está acostumbrado. Si lo combaten con tal encarnizamiento se debe a su fidelidad, tanta que está dispuesto a hacer lo que debe aunque el mismísimo León Davidovich se lo prohíba.

Seguirá adelante con su partido. Mantendrá la revista. No cejará ni un minuto en la lucha. Avanzará en la agitación, en el trabajo de masas, en los preparativos para la revolución. No puede rendirse ni ablandarse. Debe conservar toda su firmeza, su decisión, su fiereza, ahora más que nunca. Es imprescindible. Porque, si no, ¿qué va a hacer Trotsky sin él?

En el túnel

Raymond abrió los ojos sobresaltado, tanteando el aire ante sí como para agarrarse a algo que detuviera lo que le pareció una repentina caída, igual que en esos sueños en los que de pronto tu cuerpo se contrae con la sensación de haber tropezado y tardas unos segundos en darte cuenta de que estás tumbado en la cama, con las piernas ligeramente contraídas y tu corazón late algo más deprisa de lo que debiera.

También él necesitó un momento para recordar dónde estaba, aún con los oídos taponados por la compresión repentina del aire y desconcertado por la oscuridad a su alrededor, que si no podía llamarse absoluta era porque la recorrían intermitentemente fogonazos amarillos que al apagarse volvían la negrura aún más negra. La garganta y los ojos le picaban y le pareció que todo el vagón olía a gases de combustión.

Poco a poco Raymond fue poniendo palabras a su desorientación: se había quedado dormido durante la larga espera en el vagón, después del control aduanero en Cerbère y de hacer transbordo al tren español. Sin que se diese cuenta, habían arrancado y entrado en el túnel. El cambio de presión en los oídos y el eco producido por el trabajo de los cilindros de la locomotora y por el roce entre las ruedas metálicas y los raíles le habían despertado. Le extrañó que no funcionara la iluminación interior. Los seres fantasmales que lo rodeaban solo aparecían, amarillentos y difuminados, cuando los alcanzaban fugazmente las luces del túnel. Entonces sí, tras unos parpadeos se encendieron las lámparas azuladas del vagón, lo que volvió aún más espectrales a sus compañeros de viaje. Ya no cantaban ni daban voces como durante las horas previas, en parte para expresar su entusiasmo

por dirigirse hacia una muerte heroica y justa y al mismo tiempo para apaciguar su miedo. Cánticos y bromas como conjuro y como exaltación.

Recordó la luz exterior que aún había percibido antes de dormirse, con la cabeza apoyada contra la ventana y las pestañas filtrando el brillo excesivo del día. Se había pasado buena parte del trayecto dormitando a través del barullo. Las horas de inactividad impuesta por el viaje en tren habían hecho aflorar el cansancio acumulado durante los últimos meses. ¿O debía decir años? Apenas recordaba los paisajes atravesados, que se fueron convirtiendo para él en una sucesión de ráfagas borrosas que lo adormecieron hasta hacerle perder la conciencia del tiempo, aunque antes de hundirse en un sueño más plácido de lo habitual pudo entrever el destello monótono y cegador de un mar aparentemente tranquilo y silencioso.

El tren recorrió en pocos minutos el túnel que discurría por debajo de los Pirineos y conectaba Cerbère con Portbou, es decir, Francia con España.

La luz que lo sorprendió a la salida del túnel le hizo volver a cerrar los ojos y abrirlos lentamente para soportar la luminosidad. No llevaba la cuenta de las horas desde que salieron de París pero el dolor de espalda le decía que demasiadas sin moverse y sufriendo la dureza del asiento de madera, aunque, por suerte, el asiento contiguo había ido vacío todo el viaje y cada vez que invadía ese espacio tenía una sensación, si no de lujo, al menos de una comodidad que no le pertenecía y por eso era más agradable.

Le llegó olor a comida aunque no estaba seguro de que hubiese vagón restaurante en el tren. Una mujer al otro lado del pasillo desenvolvía cuidadosamente lo que a Raymond pareció un bocadillo, recogió las migas que habían caído en el papel de envolver lamiéndose la yema del índice, presionando con ella las migas y llevándose el dedo a la boca. De pronto fue consciente de la mirada de Raymond, se sonrojó, contuvo una sonrisa, ofreció a Raymond el bocadillo como para que diera un mordisco. Raymond le devolvió la sonrisa y negó con la cabeza.

El tren comenzó a frenar para entrar en la estación de Portbou, donde Raymond descendió, todavía un poco atontado y con las piernas inseguras, con un dolor en la nuca no muy intenso pero sí desagradable. Se fijó en los soldados, con aspecto de campesinos: las caras quemadas por el sol,

marcadas por arrugas más profundas de lo que correspondería a su edad, y manos anchas salpicadas de llagas curadas hacía tiempo. Dos estaban en la puerta del vestíbulo de la estación, otros se repartían por el andén aunque sin prestar mucha atención a los viajeros, paseando desgastados, aburridos entre la pequeña multitud que iba formándose. Dos milicianos con monos azules y brazaletes de la CNT estaban parados detrás del oficial de aduanas que iba comprobando los documentos de los pasajeros recién descendidos del tren. Raymond se preguntó cuánto tiempo tardarían en clausurar el túnel.

Vera no había querido que fuera a España, se había opuesto a ello en el partido y en el dormitorio, porque a veces las escaramuzas iniciadas en el frente público acababan extendiéndose también al privado.

—No es momento —le dijo.

—¿Por la guerra?

—Sabes muy bien por qué.

Raymond no se despidió de ella cuando salió hacia la estación, aún de madrugada. Le irritaba que en los últimos tiempos todo el mundo lo tratara como si no tuviese uso de razón, fiscalizando sus decisiones y sus iniciativas. No entendían que en un momento en el que las cosas no podían ir peor para el partido lo único sensato era arriesgar, volverse imprevisibles.

Ni siquiera le apoyaba su amigo Pierre Frank que, a pesar de algunas desavenencias iniciales, siempre había estado a su lado, incluso en el enfrentamiento con Trotsky. Pues bien, se marchaba solo, el dinero era de su empresa. No tenía que rendir cuentas, salvo a Henri, que no se había mostrado entusiasta con el plan pero tampoco había puesto objeciones.

Los controles en la estación de Portbou parecían aún arbitrarios, como si no hubiera consignas claras de a quién interrogar o detener. El oficial de aduanas examinó el pasaporte de Raymond y se lo pasó a uno de los milicianos parados a sus espaldas, que inclinó la cabeza sobre él, frunció el entrecejo y deletreó silenciosamente lo que allí estaba escrito. Se lo devolvió directamente a Raymond y se echó a un lado para dejarle paso.

Se subió al mismo tren del que había descendido, un expreso corriente; había elegido ese y no el de lujo, porque no andaba sobrado de dinero y

porque no deseaba que los camaradas del POUM se llevaran la impresión de estar recibiendo a un burgués parisino.

No fue muy consciente del trayecto porque iba dándole vueltas a la situación, sin duda difícil, que iba a afrontar. Los representantes del trotskismo oficial francés debían de llevar en Barcelona ya un par de días, aunque hubieran salido de París una semana antes que él. Pero ellos habían atravesado los Pirineos por Canfranc, un viaje larguísimo e incómodo que los habría dejado agotados. Aun así ya habrían tenido tiempo de reforzar sus lazos con los camaradas españoles y de calumniar a Molinier y a todo el PCI. Tampoco las cosas pintaban bien con Nin, que tiempo atrás había escrito al mismísimo Trotsky para quejarse de que Raymond no había cumplido sus compromisos. El Viejo lo defendió entonces, cosa que no haría ahora. La ventaja con la que contaba Raymond era que ya no tenía que pedir permiso a nadie. Podía empeñar su palabra sin que después sus compañeros o el propio Trotsky cambiaran las prioridades. Raymond quería ofrecer sus servicios al POUM, intervenir en la revolución española, propiciada por el levantamiento fascista iniciado un par de semanas antes. Una victoria del trotskismo en España podría tener un efecto de bola de nieve en los demás países. No es que considerara al POUM un partido trotskista, pero estaba convencido de que aún podía ganarlos para la Cuarta Internacional, que no podía tardar en formarse.

Después de unas tres horas de viaje entraron en Barcelona. La Estación de Francia parecía tan nueva como la de Portbou, como si hubiesen terminado de construir los edificios justo a tiempo para que se los destrozasen los fascistas. Quería sentirse bien, recuperar la sensación de aventura e ímpetu, de encontrarse ante un proyecto que exigía de él fe y determinación. Hubiese preferido no estar empapado de sudor cuando, nada más descender, dos milicianos se acercaron a recibirlo.

Casi lo empujaron hacia la salida tras unas presentaciones sumarásimas, y Raymond tuvo la impresión de que aquellos dos hombres estaban realizando una tarea engorrosa de la que deseaban librarse cuanto antes para poder dedicarse a cosas más importantes. Como si ocuparse de Raymond fuese un trámite pesado o una desviación de sus auténticas obligaciones.

—El cuartel general está aquí cerca. Fosco te espera allí —dijo el camarada que no conducía, volviéndose hacia Raymond. A él lo habían sentado en el asiento trasero, como si aquel coche, sin duda requisado, fuera un taxi y él un turista visitando Barcelona. No volvieron a dirigirle la palabra. Tan solo dieron muestras de saber que estaba ahí cuando lo señalaban con la cabeza en cada uno de los controles y barricadas en las que fueron obligados a detenerse, bien para acabar dejándoles pasar, bien para indicarles un desvío por el que continuar.

Raymond miraba a su alrededor como quien entra en una ciudad desconocida, con letreros en un idioma que no entiende. Durante los últimos años había estado varias veces en Barcelona, pero tenía la impresión de que la ciudad había cambiado por completo. Examinó el cielo y buscó nubes de tormenta, algo absurdo en un cielo tan azul que había que entrecerrar los ojos al volverlos hacia él. Quizá era por la sensación de inminencia que parecía haberse instalado en las calles; una tensión que hacía que los movimientos de la gente resultasen a la vez enérgicos y apresurados, las sonrisas forzadas, los preparativos a los que se entregaban cargados de impaciencia contenida.

Tuvieron que bajarse del automóvil ante una barricada que era imposible rodear. Caminaron un centenar de metros Rambla abajo. El miliciano que había conducido señaló un edificio de cinco pisos y aspecto señorial en una placita que se abría a un lado de la Rambla, del que salía y entraba gente, alguna con fusiles, otra desarmada.

—¿Un hotel?

—Ya no —respondió el silencioso compañero con una voz ronca de fumador o bebedor empedernido o las dos cosas—. Ahora es del partido.

—Del pueblo —dijo el otro.

—El partido es el pueblo, ¿no? Esperad un momento.

El miliciano se detuvo ante un ciego que vendía lotería y compró un décimo.

—Si todos tuviesen esta fe en el futuro, la guerra se ganaría en dos días —dijo Raymond en un idioma que intentaba aproximarse al español sin mucho éxito. Compró él también un décimo, y cigarrillos canarios a una

mujer contrahecha que arrastraba un pie de medio lado y se rió mucho, con una enorme dentadura blanquísima e intacta, cuando Raymond se dirigió a ella en su español chapurreado.

Entraron los tres en el edificio. Un montón de hombres y mujeres se agolpaban ante una mesa detrás de la cual varios milicianos escribían en folios que tenían ante sí. Raymond supuso que se trataba de voluntarios apuntándose para combatir el fascismo. Se oía hablar en alemán, en italiano, en catalán, en español, en inglés y en idiomas que Raymond no supo identificar.

Atravesaron un salón con frescos en las paredes y delgadas columnas de metal. Un montón de sillas que a Raymond parecieron elegantes se amontonaban arrumbadas en un rincón. Los dos milicianos atravesaron el salón, conversaron brevemente con una joven, también miliciana, e hicieron una seña a Raymond para que los siguiera. Subieron dos pisos, cruzándose continuamente con gente en las escaleras; entraron en una habitación.

Raymond, de un vistazo, contó las seis personas que estaban en el interior, Fosco en un sillón, con un cigarrillo en los labios y restregándose un ojo, quizá porque se le había metido humo. Pestañeó varias veces mirando hacia Raymond como para enfocararlo. Fue hacia él, le dio un abrazo rápido. Se les acercó una mujer a la que Raymond reconoció porque la había visto alguna vez en París, en uno de los bares que frecuentaban los izquierdistas italianos. Se quedó a dos pasos de ellos. Los demás se giraron hacia Raymond y Fosco, y no quedaba claro si ese movimiento hizo que sus fusiles también parecieran apuntarles, aunque dirigidos hacia los pies, o si había en el gesto una amenaza deliberada.

—Tienes que marcharte —le dijo Fosco en francés.

—Acabo de llegar.

—Y no tenías que haber venido. No sé para qué estás aquí. Me pones en una situación de mierda.

—He venido a ayudar.

—Nadie quiere tu ayuda. El POUM no la quiere, Trotsky no quiere que estés aquí, los camaradas del POI ya han puesto el grito en el cielo. Quieren tu cabeza. Seguro que quieren también la mía.

—Esos camiones que están delante del hotel —dijo Raymond señalando con la barbilla hacia la ventana—, ¿quién ha dicho que los aparquen ahí?

—No sé de qué me hablas, pero da lo mismo. Vete, Raymond, en serio. Si se fían poco de mí, se van a fiar menos si estoy contigo.

—Los camiones. Digo que si alguien decide atacar la sede, se van a parapetar tras ellos. Deberíais retirarlos.

Fosco miró por la ventana. Hizo un gesto de fastidio. No se volvió a Raymond de nuevo al hablar.

—Nadie va a atacarnos. Al menos por ahora, creo. Sonia te va a acompañar de vuelta a la frontera.

—No se llama Sonia. Y no necesito que nadie me acompañe.

—Sí lo necesitas, créeme. En serio, ¿qué pensabas al venir aquí? Todo el mundo se lo ha tomado como una provocación. Ya son difíciles las relaciones del POUM con los trotskistas franceses como para que traigáis aquí vuestras peleas. No tenéis ni puta idea de lo que sucede en este país pero venís a enseñarles lo que deben hacer. Además, llegas tarde. O pronto, no lo sé.

—Te has dejado bigote. Te sienta bien.

—Vete a la mierda, Raymond. ¿Por qué me haces esto? Sabes que estoy contigo. Y cuando esto pase...

—Que pase ¿qué? ¿La guerra? ¿La revolución? ¿El tiempo?

—Lo que sea. Pero no estamos para malgastar fuerzas. Vete. Vuelve cuando las cosas estén más claras. Ya sé que puedes ayudar, pero ahora no. Eres la última persona que puede ayudar en este momento. A mí tampoco.

A Raymond le pareció que los fusiles apuntaban algo más arriba que antes, sin amenazarlo directamente.

—¿Vamos a seguir en contacto?

Fosco miró con desconfianza a los otros hombres. Dio a Raymond un abrazo más largo que el primero. Casi al oído, le dijo:

—Lo siento. No puedo decirte ni que te quedes a dormir. Hablamos más adelante. ¡Sonia!

La joven se acercó a Fosco y Raymond. Tenía el ceño fruncido, una expresión de preocupación o de enfado.

—Habrá que darle algo de comer,  no? —dijo Sonia en italiano.

—Raymond se alimenta del aire. T  no te preocupes de eso. Id con cuidado. Di al salir que hay que retirar esos camiones de ahí.

—Como que me van a hacer caso.

—T  dilo. Raymond, lo siento.

—Te queda bien el bigote.

—Pues será un cadáver precioso. Venga, marchaos.

Aunque seguía con el ceño fruncido, Sonia lo tomó por el brazo con una presión suave, casi afectuosa.

—Raymond —llamó Fosco cuando los dos estaban ya casi saliendo por la puerta. Se volvieron hacia él—. Ya llevaba bigote antes.

Raymond se rio.

—Da igual. Te sienta muy bien.  A que s , Sonia?

Ella soltó una carcajada tan clara que hasta los hombres armados tuvieron que sonreír.

El viaje de regreso hasta la frontera, a pesar de que duró mucho más de lo debido, Raymond lo hizo apenas sin hablar y Sonia no se esforzó por lanzar la conversación. Parecían viajar en dos vagones diferentes, pero no era un silencio hosco, solo concentrado. A menudo se detenían en medio del campo o en una población. La atmósfera en el tren era mucho más sombr a que en aquel que trajo a Raymond de Francia. Viajaba más gente mayor, también mujeres con niños. La expresión de muchos no era la de quien parte por gusto, sino la de quien abandona a regañadientes algo querido. Quizá la de quien emprende un viaje sin saber si va a regresar.

También Raymond se preguntaba si volvería a Cataluña. Ahora nada dependía de él. Sería la guerra la que impusiese sus condiciones. Tenía que continuar el trabajo en Francia y lo más urgente era reanudar la agitación en las fábricas. No lo había confesado si le preguntaran —y no se lo confesar  ni a Vera, ni a Pierre, ni a Jeanne—, pero sentía envidia de los españoles. All  había una posibilidad de ruptura, del nacimiento de una era que primero tenía que empezar con todo saltando por los aires. Le había gustado presenciar el estallido, contribuir a él.

—Esto está durando mucho —dijo Sonia en una parada particularmente larga. Raymond la miró sin entender, con una expresión tan perdida como si no supiera con quién estaba hablando—. El viaje. Tengo que hacer muchas cosas en Barcelona. No le digas a Fosco que no te he acompañado hasta la frontera. Mejor: no se lo digas a nadie.

—Te llamas Violeta, ¿verdad?

Ella se levantó. Tenía los ojos muy negros, tanto como la media melena que escapaba del gorro de miliciana y como sus cejas pobladas, de mujer meridional. Un rostro agradable, de formas suaves, aunque su expresión no siempre lo fuese. Se ajustó los tirantes del mono, recolocó el gorro. Dio a Raymond un beso en la mejilla y él fue a levantarse desconcertado por el gesto. Ella le puso una mano en el hombro para impedirlo.

—*Mi chiamo Virginia. Ma non dirlo a nessuno. Buona fortuna.*

—Espera —dijo Raymond. Rebuscó en los bolsillos y le tendió el décimo de lotería. Ella lo cogió sonriendo y lo guardó en el bolsillo del peto.

Cuando la joven descendió, Raymond se cambió de asiento para seguir el viaje al otro lado del pasillo, desde cuyas ventanillas se veía mejor el mar. El tren parecía encontrarse cerca de un acantilado porque la costa no estaba lejos y el agua se veía mucho más abajo.

Se dijo que quizá debería apearse él también y dirigirse a Madrid. Allí tal vez había más posibilidades de contactar con los camaradas trotskistas. Si se iba ahora, era una rendición en toda regla. Tenía tantas ganas de quedarse, y a lo mejor, después de la guerra, de instalarse en España. Trabajar desde allí contribuyendo a la creación de sóviets. En España podía suceder lo que había sucedido en Rusia veinte años antes. Trotsky podría encontrar en ese país, con tanto ímpetu revolucionario pero donde los estalinistas aún no eran fuertes, un terreno fértil para reconducir el rumbo de la revolución.

El tren hizo un amago de reanudar la marcha, pero solo fueron un par de sacudidas que no lo hicieron avanzar. Raymond siguió fantaseando con el regreso mientras contemplaba una pequeña bandada de gaviotas planeando sobre el agua. No podía saber en ese momento que regresaría a Cataluña décadas más tarde, y menos aún que pasaría los últimos años de vida cerca

del punto en el que el tren se había detenido. Y lo que desde luego no habría podido ni siquiera imaginar era que moriría con los ojos abiertos a esa misma luz, escuchando las olas de ese mismo mar, en un lugar de la costa muy próximo a donde permanecía ahora sentado, en el tren silencioso, asintiendo para sí.

La huelga de la Renault

Raymond conduce como si huyeran de los gendarmes después de un atraco. Acelera con violencia y frena con la misma brusquedad, sortea coches por la derecha y por la izquierda, donde haya un hueco, y si no lo hay sube dos ruedas a la acera para caber por donde parece imposible. A veces, inclina su corpachón hacia un lado antes de adelantar, hasta casi tapar la visión a Vera, para descubrir si la vía está libre. Adelanta aunque no lo esté y es el vehículo que viene en sentido contrario el que tiene que apartarse. Van en el taxi de Raymond, un Renault Vivasix con un buen puñado de años encima, de los que aún construían con el volante a la derecha y la palanca de marchas fuera del vehículo. Raymond saca la mano por la ventanilla cada vez que tiene que cambiar, el resto del tiempo marca un ritmo acelerado con los dedos contra el volante. Conduce con una mezcla imposible de rabia y exaltación.

Cuando, después del conflicto con Trotsky, Vera le insistió en que dejase la dirección del partido, a Raymond no se le ocurrió mejor trabajo que conductor de taxi. Había sido casi siempre él quien transportaba a los visitantes de Trotsky, también alguna vez a Natalia y al Viejo en sus mudanzas. Cuenta a menudo, partiéndose de risa, cuando, para que no los descubrieran los gendarmes, llevó a Craipeau y Naville en el maletero del coche a ver a Trotsky por una carretera de montaña. Condujo a toda velocidad, a veces tomando atajos por senderos de tierra llenos de baches, cogiendo curvas como si intentara en el último momento virar ante un precipicio. ¡Cuando abrí el maletero tenían la cara de color verde!, repetía,

aunque lo había contado ya cien veces y sabía que sus interlocutores conocían la historia. Qué más daba. Era una buena historia.

—En un Renault a la huelga de Renault —dice Vera.

Es una de esas cosas que dice ella y que Raymond no entiende del todo, será por su origen rumano, como allí hablan distinto pensarán también distinto. Raymond nunca ha tenido tiempo de aprender idiomas. Para él tener tiempo no es una oportunidad de aprender sino de actuar. También pensar es una herramienta, por eso el pensamiento abstracto no es lo suyo; las ideas solo son útiles al servicio de una estrategia. Piensa como un mecánico ante un coche averiado. La sociedad está averiada. Su motor, a punto de estallar.

También el de su Renault, cuyo radiador pierde aceite desde hace días y el ventilador de la refrigeración traquetea como si no pudiera con el esfuerzo, pero aun así lleva el coche revolucionado al máximo. Todos chillan, incluso los tres hombres que van en el asiento trasero, cuando Raymond da un volantazo para esquivar un tranvía que se les echa encima. Él ríe.

—¿Os acordáis de los tranvías tirados por caballos? Yo llegué a verlos de niño. París olía a mierda, hoy a gasolina. ¿Qué es mejor?

Nadie le responde. Los hombres se agarran a los respaldos delanteros, Vera al salpicadero de madera astillada. Gira haciendo chirriar las ruedas para entrar en una avenida. Al fondo se ve ya el Sena. Raymond se relaja y con él todos los demás. Aparca delante de una carbonería. Dos niños sucios los observan acucillados desde la puerta.

—¿Me cuidáis el taxi? —pregunta Raymond sin apearce.

Los niños asienten. No parecen convencidos.

—Si cuando vuelva tiene un araño os corto las orejas. Si no lo tiene, os doy un premio.

—Yo me enamoré en la huelga de la Renault del 36, durante la ocupación de la fábrica —dice el hombre que va sentado detrás de Vera, pegado a la puerta izquierda—. Conocí a mi mujer en el baile.

Raymond, que había echado ya mano al picaporte, se detiene.

—Así nos va —dice.

El joven sentado en el centro suelta una carcajada breve. Es un estudiante con cara de susto, pero luego en los enfrentamientos con los fascistas y los estalinistas siempre está en primera línea, se lanza con una barra de hierro en la mano entre las filas enemigas con la determinación de quien cumple una misión suicida. Es como si solo en esos momentos saliese de sí mismo y encontrase un lugar en el mundo donde expandirse.

Vera pone la mano en un muslo de Raymond para aplacarlo.

—Pero si tengo razón —continúa él—. Una ocupación de una fábrica en la que la gente baila y canta y toca el acordeón. No me jodáis.

—Porque no estabas allí —dice el hombre. Debe de ser el más mayor en el interior del coche, más de cuarenta. Lleva gorra, faja roja, camisa blanca, chaqueta y pantalones grises; arrugas profundas, dos atravesándole la frente desde el nacimiento del pelo hasta la nariz—. Es verdad que vino gente a cantar, ¿es eso malo?, y que cantamos nosotros y bailamos y organizamos una carrera de bicicletas, que yo no llegué a la meta porque me caí en una curva, y las mujeres repartían comida y la CGT había traído vino. Pero conseguimos reducción a cuarenta horas y dos semanas de vacaciones pagadas. ¿O no las conseguimos?

—Y ahora os acaban de quitar todo lo que conseguisteis.

Vera presiona de nuevo el muslo de Raymond y esta vez él se contiene. Vera teme las consecuencias cuando Raymond se lanza a discutir. Para él la discusión es algo físico, lleva siempre latente una amenaza. Da igual que tenga o no razón, la mayoría acaba alejándose de él, o expulsándolo de la asociación, liga o partido en el que milita. De los cinco, el que acaba de hablar es el único obrero que va en el coche. Y así es la proporción más o menos en el partido, por lo que perder un obrero es siempre una catástrofe. Los trotskistas persiguen la revolución para liberar a los trabajadores, pero estos prefieren irse con los burócratas del PCF que andan mendigando reducción de jornada y aumento de salario. Se dan por contentos con que los capataces no usen el látigo.

—¿Vamos o no vamos? —dice Henri, pegado a la otra puerta, que se ha dedicado a sacar la lengua a los niños sin conseguir que estos hagan ni una mueca.

—Venga, que la revolución no espera —dice Raymond mientras sale del coche.

Abren el maletero. Los hombres sacan dos arcones de madera, Vera un fardo de panfletos y ejemplares de *La Commune*. Todavía la vida parece normal en el barrio de Billancourt. Mujeres haciendo la compra, barriendo en el interior de los patios, olor a comida y a queroseno, un zapatero clava tacones y mira hacia la calle por encima de las gafas, un ciclista leyendo un papel sentado en el sillín, con las piernas estiradas —Vera le da un ejemplar de *La Commune* y el ciclista se lleva la mano a la gorra—, tres mecánicos fumando a la puerta del taller, con la vista clavada en la fábrica, un carpintero pasando el cepillo por el borde de una puerta colocada de canto en el suelo, también delante de la carpintería, porque ese noviembre es más cálido de lo habitual y la gente prefiere trabajar al aire libre; el carpintero guiña los ojos por el humo del cigarrillo que sujeta entre los labios, y con los ojos guiñados también levanta la cara de vez en cuando hacia la fábrica. Ya se ha corrido la voz.

Bordean la glorieta y se dirigen a la entrada principal de la Renault. Se oyen golpes metálicos, el traqueteo de las cadenas de montaje, el chisporroteo de los grupos electrógenos, el sonido áspero y a la vez agudo de las lijadoras, el motor ronco de los camiones, las ráfagas de las remachadoras, voces, sobre todo de hombres. Como en una coreografía, justo cuando los cinco están atravesando la puerta principal, los ruidos disminuyen rápidamente; no callan todos a la vez, pero en pocos segundos se ha hecho el silencio. Raymond levanta la vista a un reloj de pared sobre una de las puertas; el cristal está roto y las dos agujas cuelgan apuntando al seis.

—¿Son las dos?

—Casi —responde Henri.

Varios hombres y una mujer están asomados a las ventanas de los despachos administrativos. Inexpresivos, silenciosos. De los talleres emerge ruido de voces que se convierte en clamor de estadio. Un obrero sale de uno de los talleres, atraviesa el jardincillo que se encuentra a un lado del edificio

principal, se acerca a la estatua de Louis Renault, se abre la bragueta y orina contra el pedestal. Regresa al taller con la misma parsimonia.

Raymond mide con los ojos las instalaciones, los bloques de edificios, la situación de las entradas. Hay entre treinta y cuarenta mil obreros trabajando en esa fábrica. Una ciudad casi inexpugnable, protegida por el Sena por uno de los lados, con la Isla Seguin como posible lugar de repliegue, solo unida al resto de las instalaciones por un puente fácil de defender. Cuando llegue la policía, que llegará, habrá que usar las sirenas para convocar a los obreros de los barrios vecinos, y es imprescindible garantizar las comunicaciones entre los distintos talleres. Raymond examina el espacio como un general dispuesto a desplegar sus tropas. Pero no tiene tropas. Ellos cinco, Jeanne que habrá llegado quizá también en otro coche y con suerte cinco o seis más. Muchos huelguistas y pocos revolucionarios auténticos. Deben conseguir que la ocupación triunfe y se haga permanente. Todas las fábricas de París tienen los ojos en la Renault. Hay que reventar el gobierno desde ahí. Ese va a ser el inicio de la huelga general más grande de todos los tiempos.

—Venga, Raymond, ¿qué haces? Que esto pesa —dice Henri.

Cuando entran en el taller al que llevan la comida el ruido ha retomado su violencia. Preparativos de guerra. Órdenes. También insultos. Un encargado intenta disuadir a los obreros de destruir los vidrios de una fila de coches. Se le acerca un huelguista y lo sienta de una bofetada. El encargado queda en el suelo, acariciándose la mejilla, con lágrimas en los ojos, murmurando: no es necesario, no hay que romper nada.

Al contrario. Hay que romper, reventar, inutilizar. Esto no es un carnaval como el de hace dos años, que luego los burgueses de izquierda alababan por su orden y su disciplina, por haber puesto hasta servicios de limpieza y todos estaban tan, tan alegres; los obreros convertidos en barrenderos felices, en amables empleados y ciudadanos modélicos.

Raymond y Henri dejan en el suelo el arcón que transportaban y lo abren: baguetes, vino. Lo mismo hacen los otros dos. Algunos obreros se acercan, toman una baguete, inspeccionan el contenido, muerden con saña, beben vino de la botella. Agradecen asintiendo, las bocas llenas, las miradas

de preocupación. Vera reparte sus panfletos y periódicos; a veces se los cogen, los examinan, fruncen el ceño o sonríen. Hay quien escupe a sus pies, quien dice, traidores, provocadores, ojalá os cuelguen. Ella continúa, va de grupo en grupo, insiste en la necesidad de la huelga general, esto no va solo de las cuarenta horas y las vacaciones, esto va de acabar con la represión y que los obreros asuman el gobierno. Muchos le dan la espalda. No se rinde. Repite cada vez la prédica, es convincente de una manera suave, casi afectuosa.

Un grupo de obreros ha comenzado a soldar una puerta. Por ahí no debe pasar la policía. Raymond recorre pasillos, naves, laboratorios. Se hace una idea de la situación y de lo que va a suceder. Henri va detrás de él. Los otros se han quedado junto a la comida, también cerca de Vera por si hay que protegerla. Raymond levanta del suelo una barra de hierro, la empuña y la balancea. Mientras recorre una hilera de motores va golpeándolos al azar. Entre dos edificios, un grupo de hombres y mujeres amontonan piezas metálicas para impedir el paso. Más adelante se descargan carretillas de gruesos tornillos, eslabones de cadenas, destornilladores y llaves inglesas, que luego servirán de armas arrojadas. En el primer piso de un edificio varios obreros depositan con cuidado en los alféizares pequeños bidones de ácido. En un extremo de las instalaciones, los compañeros del taller de tanques pelean, no solo a voces, también a empujones, agarrones, puñetazos. Unos quieren sacar los tanques a la calle para enfrentarse al ejército o a lo que venga, otros se oponen. No queremos una guerra, dicen. ¿Cómo que no?, responden los primeros; cuando empiecen a disparar sobre nosotros ya veréis si hay guerra o no.

Esquirols, traidores, vendidos, hijos de puta; provocadores, extremistas, terroristas. Las palabras vuelan de un lado a otro. Un polvo metálico se eleva del suelo, rodea los cuerpos y llena el aire de gris, como un vaho a punto de solidificarse. Los gritos reverberan en el inmenso espacio, rebotan en las cristaleras del techo. Varios trabajadores tiran al suelo trapos, herramientas, uno también la gorra, salen por el portón, se dirigen al exterior de la fábrica. Esos no vuelven, dice uno de los que se quedan, pegando una patada al suelo. Que no vuelvan. Los tanques, ¿sabe

alguien conducir un tanque? Un grupo numeroso empuja con esfuerzo hacia el portón un vehículo blindado sobre el que aún no se ha montado cañón ni ametralladora; lo dejan allí atravesado. Raymond y Henri ayudan con el siguiente. De algún lugar llega un olor punzante a humo mezclado con algo químico: pintura o disolvente. Dos soldados discuten sobre la utilización de sus equipos, lanzallamas para el cuerpo a cuerpo.

Raymond y Henri cruzan el puente para comprobar la situación en la isla. No pueden poner barricadas en el puente porque por allí deben llegar los huelguistas a refugiarse si no hay otro remedio. Un obrero menudo que mueve los labios como si masticase algo con los incisivos propone amontonar chatarra en el otro puente, el que queda detrás de la isla, para que nadie pueda huir. Quemar las naves, dice. Defendernos hasta el último hombre, insiste, con mirada intensa de visionario o demente. Tú estás imbécil, le dice una mujer que lleva un delantal gris manchado de grasa; como los guardias entren aquí y no podamos salir por detrás nos masacran. Si hay que replegarse, lo haremos.

Raymond sabe que tiene razón ella. El taller que alberga la cadena de montaje de los automóviles es un espacio inmenso, sin pasillos que bloquear ni puertas que soldar o remachar y con una pista de pruebas por la que pueden desplazarse vehículos de gran tamaño. Aquí la guardia móvil maniobrará a sus anchas, usará la fuerza numérica y, en caso de necesidad, las ametralladoras de los blindados. Sortearán las débiles barricadas que puedan levantarse en tal espacio, dispararán a los compañeros indefensos, a quienes nunca se les han repartido armas, como ha pedido Raymond desde *La Commune*. Le condenaron a cuatro meses de cárcel por incitar a la violencia. Ellos, que la practican a diario contra los trabajadores, ellos, que hacen discursos patrióticos mientras aprueban la venta de aviones a la Alemania de Hitler. Raymond da un fuerte empujón al roedor que quería quemar las naves y le hace caer de culo sobre una cadena de chasis esperando a ser ensamblados. Alguien ríe. Si tienen que retirarse hasta la isla es para defender el puente, no para inmolarse.

Regresan al sector principal. No han acabado de cruzar el puente cuando se intensifican los gritos, las carreras. Golpes. Llamadas. ¡Están

entrando! Raymond no se detiene a preguntarse quién está entrando; corre hacia el lugar de donde vienen los gritos, el taller de artillería, atravesando grupos de obreros, entre ellos algunas mujeres, que enarbolan herramientas y barras de acero o tan solo los puños en alto, pero se quedan donde están. Parece que los comunistas habían abierto una puerta del taller que da a la calle para dejar salir a unos cuantos trabajadores y las milicias de los Cruz de Fuego han aprovechado para intentar irrumpir en el complejo. Están empujando la puerta de acero de doble hoja y solo un tipo, que podría actuar de forzudo en un circo, los retiene aún, pero un nuevo empujón desde el exterior le hace recular. Cuarenta o cincuenta asaltantes de la Cruz de Fuego se agolpan del otro lado. Un pequeño piquete les hace frente. Los demás están ocupados reforzando las defensas o discutiendo estrategias o asegurando una retaguardia de no se sabe qué vanguardia. O imaginando ya formas de negociar, de rendirse, piensa Raymond mientras se lanza con tanta fuerza hacia el grupo invasor que derriba a dos compañeros que tenía delante. Aunque sean más los atacantes, la entrada es estrecha, hay que retenerlos ahí, que no desborden, que no se dispersen.

Todo se confunde. El pensamiento se disuelve. Solo hay movimiento, esfuerzo, sudor, el maremágnum de gritos, golpes, contorsiones, caídas, saliva y dientes, muecas, gruñidos, agarrones, músculos y tendones tensos, camisas desgarradas, impactos, volver a levantarse, proteger la cabeza y el vientre, golpear, golpear, cabezas, brazos, hombros, las rodillas, intentar dar de lleno en las rodillas, una fractura que no olvidarán nunca, empujar, cada cuerpo es una prolongación de otros, un órgano de lo colectivo, duelen las manos de empuñar con tanta fuerza, los hombros por cada impacto recibido o producido, salpica más la saliva que la sangre, están retrocediendo, los nacionalistas caminan de espaldas, tropiezan unos con otros, las jetas descompuestas y rotas, ya no cantan, ya no insultan, se sujetan mutuamente para no caer, por fin se cierra el portón con estruendo metálico. No hay gritos de júbilo, no tienen aliento, doblados sobre sí mismos, apoyando las manos en las rodillas, los ojos llenos de lágrimas por el esfuerzo o el dolor, la conciencia paulatina de heridas y fracturas.

Raymond sonríe a Craipeau, al que no veía desde la escisión del partido; podría reconocerlo incluso de lejos por las vendas en la cabeza, hace años que siempre que lo ve está vendado, y es verdad que participa siempre en las fuerzas de choque pero le parece como esos niños que en cuanto se hacen una heridita piden que les pongan un esparadrapo; les hace sentirse importantes. Le da una palmada en el hombro al pasar a su lado. Ha perdido de vista a Henri, no recuerda cuándo.

Le duelen el pecho, las piernas, las manos, incluso la garganta aunque no es consciente de haber gritado. Pero camina rápido hacia el lado opuesto de la fábrica porque le llega ruido de motores y voces marciales de más allá de la tapia. Henri, no se sabe de dónde ha salido, le tira de la manga.

—Ahí no podemos hacer nada —le dice—. Si entran con los blindados tenemos que replegarnos a talleres donde no puedan maniobrar.

De los dos, Henri es el único que ha hecho el servicio militar. Estuvo en la guerra del 14. Raymond no se arrepiente de haberse hecho pasar por loco cuando quisieron reclutarlo en el 29. «Me tuvieron un mes encerrado con seis indochinos.» Lo cuenta siempre así, como si la nacionalidad de sus compañeros fuese particularmente significativa. Hubo quienes le reprocharon su deserción porque les parecía indigno que un revolucionario no compartiese el destino de la gente corriente, pero él no podía perder su tiempo en el ejército. Su trabajo era imprescindible en otros lugares. Trotsky lo necesitaba, cada vez más acorralado. Raymond y su hermano eran los únicos capaces de ayudarle, encontrar casa, guardaespaldas, garantizar la seguridad en los desplazamientos. Aventurero, le ha llamado Trotsky no hace mucho como si fuera un insulto, pero un partido no puede construirse solo con teóricos y burócratas. Actuar, avanzar, abrir caminos. Tiene el impulso de correr hacia delante cuando oye los primeros disparos, pero Henri vuelve a tirar de él.

—Al taller de motores —le dice—. Allí se puede resistir bien.

Las calles entre los distintos edificios están ya casi vacías. Los obreros se han refugiado en los interiores.

—¿Quién garantiza la comunicación entre un taller y otro? —pregunta Raymond.

Henri se encoge de hombros. Nadie. Nadie se ocupa de la comunicación, no sabrán qué sección ha caído, por dónde avanza la guardia móvil, quién resiste. Le extraña que tampoco hayan hecho sonar la sirena para convocar a los obreros de las fábricas cercanas. Autosabotaje. Rendición anticipada. Los estalinistas maniobrando para estar a la cabeza de las negociaciones. Traicionarán a los obreros, como siempre. Se llaman revolucionarios pero son lamebotas de Stalin, que no quiere, vete tú a saber por qué, que caiga el gobierno. Apenas pueden entrar en un taller de montaje porque los compañeros han seguido amontonando piezas a la entrada. Un obrero resbala sobre una mancha de grasa y va a chocar contra una mesa de metal. Al llevar las piezas para hacer las barricadas han dejado caer grasa por todas partes. Qué desastre. Lo levantan entre varios. Él se lleva la mano a la cabeza, parece mareado. A Raymond le impresiona el tamaño de la maquinaria. Aunque está dispuesto a destruirla, hay algo imponente en ella, una promesa de futuro y de poder. Se suman a la tarea de apilar material ante la puerta.

—Un grupo ha ido a cerrar el subterráneo que une las dos secciones principales de la fábrica —dice uno con bata que un día fue blanca y que pasa más tiempo fumando que apilando piezas. Ríe—. Lo han hecho tan bien que ahora no pueden salir.

En todas partes hay derrotistas, gente que está pero no está. Son los peores, porque cuentas con ellos pero a la hora de la verdad desaparecen.

El crujido de las cadenas de los tanques va imponiéndose al resto de los sonidos. Raymond se da cuenta con sorpresa de que se ha hecho de noche. Se ve ya a los guardias avanzar entre los edificios. Miran más hacia arriba que hacia el frente. Hay una lluvia intermitente de tornillos. Les lanzan bicicletas desde el primer piso. Algunos caen, otros se llevan la mano a la cabeza. Disparan casi sin mirar. Dos vehículos Dormoy empiezan a emitir gas lacrimógeno. Es la primera vez que se usa gas contra los trabajadores. A Raymond no le extrañaría que más adelante usaran gas mostaza; si no lo hacen es porque necesitan mano de obra. Tosen los policías y la guardia móvil. Reculan. Risas de los obreros: el viento empuja el gas hacia las fuerzas del orden, que no se habían preparado para eso. Un policía corre

hacia delante dando gritos, su sombra zigzaguea bajo las lámparas de luz amarilla. Una pieza afilada de metal se le ha clavado en un ojo, la sujeta quizá sin atreverse a tirar de ella, hay una pausa en la lluvia de objetos, pero enseguida vuelven los lanzamientos. Raymond también arroja con fuerza lo que tiene a mano: destornilladores, tornillos, bielas, rodamientos, carburadores, ruedas dentadas. Los vehículos dan marcha atrás, los policías se protegen tras ellos y con los escudos hacia lo alto. Se abren paso los lanzagranadas, que, ellos sí, impulsan el gas más lejos, hasta el interior mismo de algunos talleres. Los proyectiles entran por los portones, revientan las ventanas. Los pañuelos con los que los trabajadores se tapan la boca apenas mitigan el ardor. Tosen, se tambalean, lloran, ya no saben hacia dónde lanzar objetos, la noche y el gas se adensan, impenetrables, salvo a los disparos. Huidas, tropezones. Grupos de obreros salen con las manos en alto, ya no cierran los puños. De todas maneras los golpean, los asfixian, los arrastran lejos del campo de batalla, a los furgones.

¿Qué está pasando en los otros talleres? ¿Se han rendido? Raymond no había vuelto a pensar en Vera pero ahora se pregunta si estará a salvo. Ella no es de luchar, aprueba la violencia pero no es su fuerte. Está bien, cada uno hace lo que sabe hacer. Raymond recibe un golpe en el labio y no sabe quién se lo ha dado, quizá ha sido un proyectil perdido. Cada vez se ve peor. Han apagado las luces para dificultar el avance de los guardias pero tampoco los huelguistas ven nada. A pesar de la luna llena, el humo y el polvo forman una niebla casi impenetrable: las sombras se reflejan en él.

Da la impresión de que son menos los cuerpos que se apresuran de un lugar a otro. Alguien grita instrucciones que se pierden en el barullo. A la isla, grita también Raymond y no podría decir si le siguen muchos o pocos cuando comienza a correr. Las estrellas y la luna se reflejan en el Sena, ondean como si flotasen en el agua, pero la fábrica, como las adyacentes, es solo una sombra brumosa. Corre por el puente con la cara y los pulmones ardiendo. Nadie parece ya pensar en defenderse. Se apresuran de aquí para allá. Pollos sin cabeza. Qué pena todo ese entusiasmo, toda esa energía. La rabia que antes tenía un objetivo, una diana, ahora se está volviendo temor y desesperación. ¿Por qué no les han ayudado? ¿Por qué no ha venido nadie

de fuera? El PCI son cuatro gatos, no tienen la fuerza. Pero los estalinistas podrían haberlo hecho. Seguro que ya han huido. Es imprescindible que lo vuelvan a admitir en las filas de Trotsky. Pero antes quiere ofrecerle un movimiento de masas, recuperar la confianza de los proletarios que ahora sí se habrán dado cuenta de quién está de su lado y quién no. Las ventanas del taller revientan. Una lluvia de esquirlas cae sobre sus cabezas. Otra vez el gas. Hay que salir por detrás si la policía no ha bloqueado el otro puente. Golpea con rabia, una y otra vez, un coche perfectamente montado. Rompe los faros, las ventanillas, abolla el capó. Descarga la barra de hierro con todas sus fuerzas. Tiene que correr, sabe que tiene que hacerlo, pero sigue golpeando hasta que le duelen tanto los dedos que apenas atina a sujetar la barra. No puede salir por la puerta de atrás. Sobre la pasarela un grupo de huelguistas negocia con la policía.

Otra batalla perdida. Otro futuro que no existirá. La huelga general, ya lo intuye, será un fracaso. ¿Cuántas veces puedes volver a levantarte después de que te rompan el espinazo? Las que hagan falta, grita. Se lanza por uno de los callejones, avanza entre los talleres. Casi no queda nadie defendiendo la fábrica ni las barricadas que los policías aún no han retirado. Raymond aprovecha una escala que han dejado los bomberos para subirse a un muro, cerca del taller de Artillería. Agazapado en lo alto, ve cómo un par de docenas de policías obligan a huelguistas a marchar marcando el paso, haciendo el saludo fascista y gritando «viva la policía». Caen a porrazos sobre quien se niega o no lo hace con suficiente entusiasmo. Desciende de un salto y al caer siente un dolor agudo en la rodilla izquierda. Corre, sin embargo, por la avenida que bordea el Sena alejándose del humo, de las voces, de la derrota. El río es ahora oscuro y denso como aceite de motor.

Al cabo de un rato de correr no sabe dónde está. Entra en un patio. Desierto. Como si el lugar no hubiese estado habitado jamás. Todos encerrados en sus casas. Alerta. Ratones asustados. Se deja caer en un carro de mano. ¿Habrán detenido a los otros? ¿Se habrá marchado Vera cuando dejaron salir a las mujeres y a los obreros que eligieron abandonar la pelea? Raymond está temblando, de frío o de cansancio, no sabe. Cierra los ojos. Las imágenes de la batalla se repiten en su cabeza, convertida en

cinematógrafo averiado. No se duerme. Cómo se va a dormir. No dormirá en toda la noche.

Y llegó la muerte

Jeanne teme que algún día Liova deje de sonreír, pierda la inmensa capacidad que tiene para disfrutar la vida, deje de confiar en ella. A veces duda de que la siga queriendo; no duda de que ya no la quiere de igual manera. La pasión de antaño apenas asoma de vez en cuando. En su lugar, Liova la inunda con reproches continuos por su fidelidad a Raymond, por haber colaborado con él en la creación del periódico *La Commune*, contrariando abiertamente las órdenes de Trotsky; por seguir defendiéndolo incluso cuando el Viejo lo ha condenado públicamente; por participar en todas las actividades políticas de los molinieristas, incluyendo la formación de un partido alternativo. «¿Cómo es posible tanta traición?» La pregunta, que no es retórica, se convierte en el mantra de Liova en sus discusiones. Pero Jeanne no ve traición alguna en su comportamiento. Si alguien ha traicionado a alguien es su padre al no ponerse del lado de quienes más han hecho por la revolución, creyéndose calumnias e injurias de aquellos que nunca se han interesado por la lucha política, solo por su protagonismo en ella. Los argumentos que Jeanne esgrimió metódicamente, punto por punto, en la carta que le envió a Prinkipo en 1930 podrían ser casi los mismos que usaría hoy si Trotsky se dignara a escucharla. Naville y compañía siguen siendo igual de ególatras que entonces, incapaces de ninguna autocrítica, obsesionados por acumular poder y mantener la Oposición como una camarilla propia, por usar *La Vérité* como un periódico burgués, no un arma de lucha proletaria. Cuando en el 35 expulsan del partido a Raymond, ¿qué hacen todos esos revolucionarios de sillón? Aplaudir. ¿Qué hacen ella y sus camaradas? Seguir actuando a favor del trotskismo. ¿A eso llaman traición?

Los argumentos con los que critican a Raymond y Henri son moralina burguesa de la que ni Trotsky ni Liova gastaban antes. Cuando conocieron a Raymond en Prinkipo el Viejo dijo de él que era un revolucionario ejemplar, «servicial, enérgico y práctico». Y ahora lo tacha de «aventurero», acusación que repiten los adversarios como loros y a la que Raymond responde con toda su verdad: llegaron al movimiento obrero –Raymond siendo todavía un niño– por razones muy distintas de la aventura. Jeanne a veces se desespera y decepciona ante tanta hipocresía, pero aun así sigue creyendo, como Raymond, que deben superar los problemas personales que entorpecen lo que verdaderamente importa. Por eso se ha mantenido fiel a Raymond, porque hace con él el trabajo político que puede transformar el mundo. Y por eso tampoco se separa de Liova: a pesar de que su relación íntima esté atravesando un momento difícil, sabe que debe apoyarlo en la inmensa labor que le ha caído como una losa en los dos últimos años.

El individualismo es burgués, tan burgués como el amor de Liova, que a veces se comporta irracionalmente, igual que un niño enrabietado. Una tarde del invierno del 36, cuando el enfrentamiento con Trotsky ha hecho que todo salte por los aires, Jean van Heijenoort le cuenta a Jeanne, preocupado, una escena que ha presenciado. Se habían reunido Van y Gérard Rosenthal, abogado de Trotsky, con Liova. Estaban hablando de los problemas con los molinieristas y el abogado se refirió a ella como «Jeanne Molinier», lo cual no tenía nada de extraño. Nadie en la organización la conoce por su apellido de soltera, por lo que posiblemente no hubo mala intención en el comentario. El caso es que, le cuenta Van, al escuchar llamarla Molinier, Liova se levantó bruscamente de la mesa y haciendo aspavientos, gritó: «¡No puedo trabajar en semejantes condiciones!», tras lo cual les dejó plantados y boquiabiertos.

A Jeanne no le sorprende la reacción de Liova. Delante de él no puede mencionar a ninguno de sus compañeros ni hablar del trabajo político de la fracción secesionista. Y, sin embargo, a pesar de la tensión, las peleas constantes, los reproches, a Jeanne no se le pasa por la cabeza dejarle. Está cada vez más hundido, más nervioso, más débil, más triste, más consciente de que el cerco se cierra. Jeanne tiene la esperanza de que, un día, el

hombre lleno de vitalidad que conoció en Prinkipo podrá dejar atrás la vida de clausura y clandestinidad a la que le obliga la persecución estalinista, podrá de nuevo pisar la calle y unirse a ella y los suyos en la militancia revolucionaria. Entonces recuperará la alegría, la energía, su pasión por la lucha.

Pero desde que Natalia y Trotsky partieron a Noruega en julio del 35 y, año y medio después, a México, la situación se ha complicado más, si es que eso era posible. La distancia, los malentendidos en cartas y telegramas, la lentitud de la comunicación, todo es exasperante. La conciencia de la dimensión trágica de la persecución de Stalin los machaca. Bajo la acusación de «trotskista» cae todo aquel que supone una amenaza para el dictador: confesiones forzadas, torturas, desapariciones, internamiento en prisión o campos de concentración, asesinatos. La fórmula interrogatoria a los detenidos es: «¿Estás de acuerdo en que Trotsky es el jefe de la vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria?». Han sido acusadas de trotskismo miles y miles de personas, entre ellas, los viejos bolcheviques que Liova conoció siendo tan solo un niño, a los que admiraba y quería como si fueran sus tíos, su familia. Sus amados Smirnov y Mrajkovski han difamado a su padre, aceptando como perros lastimeros la autoinculpación. ¿Y para qué? Para acabar siendo fusilados sin honor. En 1927 no más de seis mil personas, siendo generosos, se habían sumado a la Plataforma de la Oposición Unida. ¡Ojalá tuviéramos el apoyo de tantísimos miles como dice Stalin! ¡Ojalá los grandes héroes bolcheviques se mantuvieran erguidos y dignos contra ese burócrata, ese patán asesino! ¿Quién se atreve a enfrentarse a él? ¿Quién a dar testimonio en su contra?, se lamenta Liova. También, por lo que contaba la propaganda nazi, uno podría imaginar que en Alemania había millones y millones de judíos, cuando, en realidad, no llegaban a quinientos mil. Y con el argumento de la amenaza judía se han promulgado las leyes de Núremberg, que deberían haber escandalizado al mundo entero, como deberían escandalizar los infames Procesos de Moscú.

Los jueces estalinistas han sentenciado a muerte a Trotsky y Liova *in absentia*. No es que no supieran que Stalin los quería muertos, pero ahora tiene una justificación legal de cara al mundo. Los quiere muertos, no hay duda, pero no ha cursado una orden de extradición; quiere asesinarlos sin un juicio en el que puedan defenderse. Se acordará, seguro, de la autodefensa que hizo Trotsky en su juicio tras los acontecimientos revolucionarios de 1905, cuando tomó la tribuna y hasta el fiscal lo felicitó por su hermoso alegato. Trotsky y Liova saben que nunca tendrán un proceso justo, por eso han puesto la maquinaria en marcha para celebrar su propia defensa pública, desde París el hijo, desde Coyoacán, el padre. Lo consiguen a través de John Dewey, un profesor estadounidense que les sorprende por su ecuanimidad, su celo por la justicia y la verdad. El trabajo para la Comisión que ha creado Dewey ahoga a Liova, que tiene que buscar en los archivos que custodia toda la documentación –cientos de cartas, escritos, visados, contratos de alquiler, billetes de tren, pasajes de barcos– con la que probar que las acusaciones de Stalin son falsas; y tiene también que convencer a personas afines para que testifiquen a favor de ellos.

Las acusaciones son tan delirantes que no deberían siquiera perder el tiempo desmontándolas, pero Liova sabe que esta Comisión no solo es importante para el presente, es un legado para la Historia: dejar constancia de la persecución, la injusticia, la traición de tantos que ahora les dan la espalda y que cierran los ojos ante los crímenes estalinistas. Las acusaciones son estrambóticas: Trotsky conjura desde el extranjero para, a través de Liova, envenenar masivamente a los obreros rusos; Trotsky es aliado de Hitler y del Mikado, a quienes quiere ceder parte del territorio soviético; Trotsky ha conspirado para asesinar a Stalin y desbaratar el poder económico de la URSS. Cuando Jeanne las escucha por primera vez, suelta una carcajada. ¿Cómo han podido inventar mentiras tan soeces que nadie va a creer? ¿Cómo puede ser Stalin tan torpe? Pero pronto se da cuenta de que la verdad y la mentira han dejado de importar. Cuando el mismo Léon Blum, tan moderado él, tan pequeñoburgués, es incapaz de condenar a Stalin y el paripé de los juicios de Moscú, cuando todos esos que se llaman intelectuales marxistas esconden el rabo entre las piernas y tragan las ruedas

del molino estalinista, Jeanne entiende la amargura de Liova. Y también su miedo.

Pero esto no es lo único que ahoga a su compañero. No puede, ahora menos que nunca, descuidar el *Boletín de la Oposición Rusa*, que debe ser el órgano público oficial de defensa contra las calumnias de Moscú. No da abasto y las discrepancias políticas entre ellos, la convicción con la que ella sigue promoviendo la fracción de los molinieristas, tampoco ayudan a su bienestar. Pero ¿qué hacer? No va a dar la espalda a sus camaradas por una desavenencia íntima. Por eso, aunque Jeanne colabora en la investigación para la Comisión, no se inmiscuye en el trabajo de Liova y de Étienne, el hombre que se ha convertido en su mano derecha y confidente.

Desde que Liova lo conoció por los pasillos de la Sorbona, cuando todavía podía asistir a clases de ingeniería, antes de que la avalancha de los juicios se lo llevara por delante, Étienne es su sombra. Jeanne lo entiende. Ese hombrecillo obsequioso y eficaz es la única persona con la que Liova puede hablar ruso sin miedo a que pueda ser un espía estalinista; le confía su correspondencia, la gestión de los archivos que no han podido trasladarse a Coyoacán, la corrección y traducción de artículos en ruso para el Boletín. Étienne se ha vuelto indispensable en la vida de Liova, más incluso que ella misma. Étienne y también Lola, su amiga íntima, que cubre muchas funciones del secretariado internacional de la Oposición que antes ejercía Jeanne pero que, a partir de la ruptura total de Trotsky con Raymond, ha dejado de tener. Aun así, colaboran constantemente, como en la búsqueda de testigos y documentación para los juicios. Al fin y al cabo, y como le repite Jeanne a menudo, ella y los suyos siguen siendo trotskistas, a pesar del rechazo de Trotsky.

Mientras los principales protagonistas de la disputa se pelean en la lejanía, a través de artículos y cartas, ellos dos tienen que dirimir las rencillas políticas que se cuelan en la casa y llegan hasta la alcoba, mirarse a los ojos, ver la angustia, la decepción, la desconfianza, la rabia, la impotencia del otro, buscar la huella casi borrada del amor y la admiración. A veces, bromean; a veces, cada vez con menos convicción, se dicen que si su amor sobrevive a todo esto, nada lo podrá matar.

Y llega la muerte.

La mañana del 8 de febrero de 1938 a Jeanne la despiertan los gemidos sofocados de Liova. Lleva días quejándose de dolor de estómago, la tarde anterior ha tenido fiebre. Jeanne se niega a creer que es algo grave, a pesar de que Étienne insiste en que lo debe ver un médico inmediatamente, incluso llevarle al hospital. Jeanne se dice que tal vez es una indigestión, igual ha cogido frío en el estómago, como le pasó a Sieva el mes pasado; apenas encienden la estufa, los ingresos dan para comprar poco carbón; es normal que enfermen: la mala nutrición, el frío, el nerviosismo, el trabajo extenuante, la tristeza de las derrotas consecutivas. Pero los quejidos de Liova esta mañana preocupan a Jeanne, auguran algo serio. Se acerca a la cama, Liova está doblado sobre sí mismo, en posición fetal, el cabello empapado de sudor; Jeanne le acaricia, susurra su nombre para consolarlo, le dice que enseguida lo asea y que se sentirá mejor, se empieza a separar de su lado pero Liova le agarra, débil, el brazo, más débil su voz:

—Espera. Vete a buscar a Étienne.

—¿Para qué?

—Necesito un médico. No puedo más.

Jeanne duda.

—Llegará pronto, es casi su hora.

—No podemos esperar. Ve.

Mientras Jeanne se asea en el lavabo con gestos rápidos y enérgicos, Sieva se asoma, todavía adormilado.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vas tan temprano?

—Buenos días, cariño. Voy a buscar a Étienne. Liova ha empeorado.

—Me quedo cuidándolo yo, no te preocupes.

Jeanne le acaricia el pelo alborotado por el sueño.

—Prepara una palangana con agua un poquito templada, que esté fresca pero no helada, y aséalo. Seguro que le alivia.

Sieva asiente y va inmediatamente a la cocina. Jeanne se viste y, justo cuando empieza a ponerse el abrigo, oye el ruido de la llave en la cerradura. Entra Étienne.

—¿Sales? —pregunta a Jeanne.

—Iba a buscarte. Liova ha empeorado.

Van juntos a la habitación y se encuentran a Liova en la misma postura. Al ver a Étienne, intenta sonreír.

—Ya ves, camarada, ni ponerme en pie puedo.

—Os lo dije ayer. Necesitamos llevarte a un hospital.

—Es exponerlo demasiado. Cualquiera puede entrar en un hospital y atentar contra él.

—En la Clínica Mirabeau, no.

—¡Pero si eso es un nido de rusos blancos! ¡Todo el mundo lo sabe!

—Por eso mismo, allí estará más a salvo que en ningún otro sitio. ¿Quién pensaría que el hijo de Trotsky va a estar ingresado en esa clínica? Además, la cuñada de Lola trabaja allí como médico. Ingresará bajo identidad francesa para que no haya sospechas. Debemos darnos prisa, tendríamos que haberlo llevado ya anoche.

—Haz caso a Étienne, Jeanne. Llevadme, por favor. No puedo más.

—Pero entonces igual mejor aquí al lado, al hospital de...

—He dicho que no. No podríamos proteger a Liova en ese hospital tan grande.

Es la primera vez, en los cuatro años que Jeanne conoce a Étienne, que le escucha imponerse. Él siempre tan acomodaticio, tan medido, jamás una palabra más alta que otra. Si defiende con esa vehemencia el traslado de Liova a la clínica de los rusos será porque, realmente, está convencido de que es la mejor opción.

—Está bien, así lo haremos. Intenta levantarte, amor, ¿puedes?

Liova hace el esfuerzo de sentarse en la cama, pero inmediatamente se desploma, gime de dolor.

—Quédate aquí con él, Jeanne. Voy a llamar a una ambulancia y a Lola para que avise a su cuñada y le diga que envía a un amigo suyo.

—Elegid un nombre francés.

—Sí, no te preocupes por eso. Tú prepáralo para el traslado.

—Yo os ayudo. Tengo aquí la palangana. —Sieva está en la puerta, Jeanne no sabe desde cuándo, si ha escuchado toda la conversación. Pero no importa. Con sus casi doce años, Sieva ya no es un niño, sabe qué significa

ser nieto de Trotsky, vivir en la clandestinidad, estar perseguidos; conoce la sentencia de muerte que pesa sobre todas sus cabezas.

Jeanne y Sieva comienzan a lavar a Liova que, desmadejado, se deja hacer entre leves quejidos y lamentos.

Antes de abandonar el apartamento para subirse con Étienne a la ambulancia, Jeanne le pide a Sieva que avise a los Rosmer, pero que no les diga dónde han ido, que no pongan ningún telegrama a Trotsky y Natalia. Todavía no. Y que se quede con ellos unos días, hasta que todo pase.

En la clínica, Jeanne se presenta como la mujer del ingeniero francés a quien, inmediatamente, le diagnostican apendicitis con riesgo de peritonitis y trasladan a quirófano. Hay que extirpar el órgano y comprobar que la infección no se haya extendido. Étienne no ha entrado con ella a la clínica, cuantas menos personas se dejen ver por ahí, mejor. Jeanne espera, no sabe cuánto tiempo, tal vez dos horas, en una pequeña sala al lado de la recepción. La joven recepcionista le ofrece varias veces té, café, agua, galletas, pero Jeanne apenas registra su amabilidad. Pensamientos siniestros, malos augurios, inseguridad: ¿he hecho bien trayéndole aquí?, se pregunta constantemente. Está tan sumida en la preocupación que no se entera de que el médico le está hablando, hasta que siente un suave toque en el hombro. Levanta la mirada y ahí está, todavía con la bata de operar algo ensangrentada, sonriendo.

—Su marido ya está fuera de todo peligro, señora...

Tiene un fuerte acento ruso. Jeanne no recuerda el nombre con el que han inscrito a Liova, tan nerviosa y cansada está.

—¿Le puedo ver?

—Todavía no ha despertado y le tenemos que trasladar a la habitación. En cuanto esté preparado, vendrá una enfermera a buscarla.

Jeanne respira hondo, desencaja las mandíbulas, siente un latigazo de dolor que le recorre desde la clavícula derecha hasta la sien, tiene las piernas entumecidas. Se levanta con dificultad y camina lentamente hasta la entrada, vuelve sobre sus pasos, da un par de vueltas más. Debería avisar a

los camaradas. Entra en una cabina cerrada al lado de la recepción, se da cuenta de que se ha ido de casa sin bolso, cartera ni dinero. Sale de la cabina y la recepcionista le sonríe, señalando el teléfono. Jeanne siente un agradecimiento inmenso, ha hecho bien llevando a Liova a esta pequeña clínica, con personal tan amable, por lo menos mientras no sepan quiénes son. Marca el número de Étienne, contesta inmediatamente, bastan cuatro palabras: Ha salido todo bien.

Por fin la dejan pasar a la habitación. Liova está semiinconsciente, Jeanne acaricia su cara, se sonríen, Liova cae en un sueño profundo. Los dos días siguientes Liova mejora tanto que Jeanne prevé que estarán pronto en casa. Al tercer día, Liova quiere abandonar la clínica. No se siente seguro allí, su identidad está comprometida, posiblemente ya se habrán dado cuenta de que no es francés, por mucho que intenta no decir más de tres palabras seguidas para que no reconozcan su acento ruso. Al cuarto día, todo se complica. Liova sufre una inexplicable recaída: las punzadas en el vientre le hacen aullar de dolor, la fiebre se le dispara, delira a gritos. En ruso. Expulsan a Jeanne de la clínica: el enfermo está demasiado grave, no puede haber nadie con él en la habitación. Jeanne no entiende, ¿cómo es posible? ¿Qué está pasando? Llama a Étienne, a Lola, a los Rosmer. Margarita Rosmer se encuentra con ella en la puerta de la clínica. No les permiten entrar. Su angustia todavía no deja espacio a la sospecha, solo al terror de perder a Liova. El 16 de febrero, sentada en las escaleras de entrada a la clínica, desesperada porque no puede ver a Liova, recibe la noticia de su muerte.

Jeanne se pierde, los días siguientes, en una bruma de dolor. La realidad es espesa, pegajosa, intenta avanzar a través de ella pero siente que está en una pesadilla, rodeada de una tupida y densa baba que la tiene atrapada. Pero pronto encuentra un estrecho túnel por el que salir, poco a poco, de la maraña del desconsuelo: el cuidado de Sieva y el esclarecimiento de la muerte de Liova. La intuición de que la causa de la muerte no ha sido una complicación de la operación se convierte en certeza: los médicos que en el

momento se extrañan de la crisis letal de Liova, ahora se protegen en excusas deontológicas o en oscuras causas clínicas de un empeoramiento inexplicable. Jeanne se desdobra para poder continuar. Por un lado: el desgarró, la tristeza por la pérdida del hombre amado, la necesidad de encerrarse en un duelo solitario; por otro: la furia, la rabia, el deseo de denunciar y perseguir a los culpables.

A veces lo primero pesa más y amenaza con derrumbarla, como cuando recibe el primer telegrama de Natalia desde Coyoacán:

7 del III de 1938

SI PEQUEÑA JEANNE TODO SE ACABÓ LIOVA YA NO EXISTE STOP
ESTAMOS SOLOS SOLOS STOP INCONCEBIBLE PERO REAL HAY QUE
SUFRIR STOP OS ABRAZO A LOS DOS

NATALIA

En los momentos de tristeza profunda Jeanne recurre a la escritura para volcar en ella todo su tormento, envía cartas casi cada día a Coyoacán, algunas de ellas tan desesperadas que Trotsky prefiere no compartirlas con Natalia. Jeanne intenta consolarse con la compañía de Sieva, que llora la muerte de su tío como no pudo llorar la de su madre. Pobre niño. Estamos solos, solos, le dice, apropiándose de las palabras de Natalia.

Van juntos a Père-Lachaise a enterrar a Liova. Jeanne recuerda sus paseos por ese cementerio hace diez años, parece mucho más, toda una vida. ¿Quién le iba a decir a ella que volvería, tanto tiempo después, a enterrar al hombre a quien más había amado y a quien entonces ni siquiera conocía? Un hombre asesinado –sí, asesinado, Jeanne no tiene ya ninguna duda– a los treinta y un años, tan joven, pero que emanaba la sabiduría de quien ha vivido tres vidas, que amaba y sufría con intensidad dolorosa, capaz de conmoverse de igual manera ante el sufrimiento ajeno que ante la belleza inesperada; un luchador que, a pesar de las dificultades impuestas por la persecución feroz de los sicarios del estalinismo, seguía pensando

que un mundo mejor era posible y que él debía ayudar a construirlo. Un hombre joven, demasiado joven, se repite Jeanne, que, a pesar de saber que sus días estaban contados, jamás se planteó abandonar la revolución, la inevitable clandestinidad, la vida de escasez y estrecheces a la que estaban abocados. Juntos. Qué claro lo tenía: «Si un día me sucediese algo, la causa hay que buscarla del lado de Stalin».

En el cementerio, con Jeanne y Sieva están Raymond, Henri, Vera, Pierre Frank; enfrente, Naville, los Rosmer, Gérard Rosenthal, Rudolph Klement. Se miran por encima del féretro como si no se conocieran, cada grupo con sus banderas y sus consignas. Bajan a Liova a la fosa, cada uno echa un puñado de tierra, se dicen palabras que Jeanne no escucha, solo escucha el runrún que ocupa su mente los últimos días y que se va a convertir en su propósito los próximos meses: esto no va a acabar así, mi querido Liova, te juro que haré todo lo que esté en mi mano para demostrar quién te mató y para que todo el mundo sepa que no has muerto en paz.

Según la comitiva sale del cementerio, Klement se acerca a Jeanne. Ella cree que es para darle el pésame, al fin y al cabo convivieron cuando los dos asistían a Trotsky en Royan y en Barbizon, él había trabajado estrechamente con Liova antes de que apareciera Étienne. A pesar de sus disputas de los últimos tiempos y de pertenecer a las dos fracciones enfrentadas, Jeanne espera un gesto de consuelo. Klement apoya una de sus finas manos en las de Jeanne, que una vez más piensa que este hombre tiene las manos demasiado delicadas para ser revolucionario.

—Jeanne, camarada, aprovecho este momento para pedirte todos los papeles de Liova que han quedado en vuestro piso. Órdenes del Viejo.

—¿Los papeles del Viejo o de Liova?

—Bueno, de ambos.

—No son lo mismo. Hay papeles de Liova que me corresponde a mí tener. Me los dejó en su testamento.

—Eso lo tendrá que decidir el Viejo.

—Eso lo decido yo.

—Camarada, no me lo pongas difícil. Bastante complicado es todo ya.

—¿A mí me lo vas a decir? ¿Por qué no nos centramos en descubrir quién es la rata que avisó a la GPU de que Liova estaba en la clínica?

—De eso también me estoy encargando yo.

—He ido a la policía a poner la denuncia por homicidio voluntario y se han reído de mí, ¿Y tú qué has hecho mientras? Nadie va a investigar nada.

—Yo tengo otros métodos.

—Camarada Klement, dime qué sabes.

—Lo siento. Prepara esos papeles ya. Hay que sacarlos de tu apartamento. No es seguro.

Jeanne sabe que Klement jamás va a contradecir las órdenes de Trotsky. Mientras se aleja cabizbajo, Jeanne se pregunta a qué vienen las prisas, igual piensan que ella no va a custodiarlos adecuadamente y se los robarán, tal vez la culpan por la muerte de Liova, por haberle llevado a esa clínica, pero fue Étienne, fue Lola... En realidad, no hace falta que nadie la culpe, ella sabe que tenía que haber insistido con sus sospechas de Étienne y de Klement, presionar a Liova para que se alejara de ellos. No tiene pruebas, ni siquiera un argumento racional, pero su dolor y su resentimiento le dicen que uno de los dos, si no los dos, ha tejido la muerte de Liova.

Pasan las semanas, los meses, Jeanne no consigue avanzar en sus investigaciones, todas las puertas se cierran, incluso la comunicación con Trotsky se hace cada vez más difícil. Hasta volverse abiertamente hostil. La disputa por los papeles de Liova y la batalla por la custodia de Sieva son dos frentes abiertos que se enmarañan como alambre de espino. Trotsky ve en Jeanne y Raymond enemigos que quieren arrebatarse lo último que le queda de su hijo. Incluso la investigación sobre la muerte de Liova, que debería haberlos unido, los separa más.

Jeanne insiste en llevar a cabo sus pesquisas, sobre todo tras la desaparición de Klement, que se produce cinco meses después del asesinato de Liova. Quiere probar que ambas acciones están relacionadas y demostrar, sin ningún género de duda, que la GPU opera ilegalmente en Francia, asesinando y secuestrando. Por eso no entiende que Trotsky, desde Coyoacán, se tome su interés en el caso Klement como una afrenta personal, como el entrometimiento de una mujer desquiciada que nada tiene

que ver con el movimiento de Oposición. En la carta que Trotsky escribe al juez instructor del caso, reproducida y comentada en la revista *Lutte Ouvrière*, la tilda de «dama» entrometida porque se involucra en la identificación del cadáver de Klement, que emerge mes y medio después de su desaparición, flotando sin cabeza en el Sena. ¿Acaso piensa Trotsky que fue agradable para ella presentarse en la morgue de París?

Jeanne había intentado identificar a Klement a través de fotografías, pero fue incapaz –cómo reconocer un cuerpo sin cabeza en una imagen en blanco y negro– y pidió permiso para examinar el cuerpo y ver sus manos. En la entrada al edificio decimonónico donde se alberga la morgue la esperaban el médico forense –bata blanca, perilla, anteojos, sonrisa cálida incongruente con su profesión– y los dos policías que iban a tomarle declaración y que la trataron como si fuera ella la viuda del muerto. Jeanne agradeció el trato amable, no tuvo que bajar a los sótanos ni entrar en la amplia sala refrigerada llena de cadáveres. La llevaron directamente a una pequeña habitación donde reposaba el cuerpo de Klement sobre una mesa de madera, cubierto con una sábana blanca. Fijó su mirada en el hueco: ese espacio vacío donde acababa el torso y la sábana caía bruscamente.

El médico la tomó suavemente del brazo y se dirigió a ella en un susurro:

–Me han notificado que usted solo necesita ver sus manos.

Jeanne asintió con la cabeza y se acercó al cuerpo que emanaba un olor dulzón, alcohólico, podrido. El médico levantó la sábana a la altura de la mano derecha: una mano de muñeco de cera que, a pesar de la hinchazón y lo tumefacto, era, indudablemente, la fina mano de Klement. No necesitó ver más. La impresión que causaron en ella esos breves minutos en presencia de la muerte violenta, del horror que condensaba el cuerpo decapitado, fueron suficientes como para sentirse enferma durante días. Su pituitaria invadida por el olor, la imagen fantasmagórica de la sábana y su hueco, el color verdoso de la mano de Klement. El dolor renovado, fresco, lacerante, como el primer día tras la muerte de Liova. Pero Jeanne no paró. Jeanne declaró con firmeza que ese cuerpo incompleto pertenecía a Klement.

¡Y ahora Trotsky sugiere que ella apenas lo conocía!

Pero lo que más le duele, más que estas acusaciones que ponen en entredicho sus esfuerzos por culpabilizar a la GPU de los asesinatos de Liova y Klement, es el desprecio personal de Trotsky hacia ella, tan de señor pequeñoburgués. No contento con describirla como una desequilibrada «mental y moral», también la llama «amiga íntima de mi difunto hijo». ¿Cómo es capaz de mentir así cuando hasta hace nada se refería a ella como «la esposa de mi hijo»? ¿Cómo puede tratarla como si no hubiera sido la compañera de Liova desde 1929, como si no hubiera vivido bajo el mismo techo con él, su hijo y Natalia durante años? ¿Se ha olvidado de Prinkipo, de Royan, de Barbizon? ¿Se ha olvidado de que fue ella quien acompañó a Liova a Berlín para sacar el *Boletín* adelante? Solo los últimos tres años Jeanne ha pertenecido a «otra organización proletaria», como dice Trotsky, quien no reconoce que, a pesar de ello, ayudó a su hijo en labores que le beneficiaban directamente a él. Pero el Viejo ya la ha sentenciado, sus seguidores la tildan de desequilibrada e histérica. Queda escrito y así se repetirá cuando se aluda a los litigios entre ella y Trotsky. Jeanne, la loca rota de dolor, la débil mental que se enfrenta a Trotsky por un archivo y, sobre todo, por Sieva.

Porque él argumentará que Jeanne quiere robarle a su único nieto. Ella no entiende cómo puede estar hablando de robo o de apropiación indebida, ha sido la única madre que ha tenido ese niño, la mujer que por más tiempo y mejor lo ha criado, la persona a quien Zina lo confió: «Ocúpese de él. Es bueno». Trotsky se vale de la justicia burguesa para reclamar a su nieto por lazos de sangre, pero Jeanne argumenta que más fuertes y más duraderos son los lazos de los afectos. ¿Cómo puede estar arrojando a su abogado contra ella, como si fuera un ofendido propietario burgués? Lo del archivo lo puede llegar a entender; por ello, y a pesar de que Liova le dejó los papeles en su testamento, hará llegar a Natalia todos aquellos que puede recuperar después del registro policial.

Aunque se acumulan los golpes desde la muerte de Liova, Jeanne no pierde las fuerzas para devolverlos. Por mucho que digan que está desquiciada, lo que está es decidida: a defender su derecho a Sieva, a

señalar a los asesinos de Liova, a descubrir a los falsos camaradas que la difaman. Y si entre ellos está Trotsky, también a él dirigirá su crítica implacable.

Sieva está en medio de un huracán que se alarga durante meses y arrasa con todo, incluso con su hogar de la rue Lacretelle. Un día, poco después de la muerte de Liova, Jeanne y Sieva se encuentran al volver a casa que el piso ha sido clausurado por orden policial. No pueden entrar, no pueden acceder a sus pertenencias, no tienen un lugar adonde ir. Jeanne recurre a Vera y Raymond, que les dan cobijo por un tiempo. Jeanne se ha estado carteando con Natalia a espaldas de Trotsky, en un diálogo paralelo entre dos mujeres rotas por el duelo y la pérdida. Natalia puede leer la desesperación en sus cartas, el dolor y la angustia, la falta de horizonte reconocible. Insiste a Jeanne, con cariño, que les envíe a Sieva. Es lo único que les queda de Liova, tiene que entender que con ellos estará mejor, le agradecen todo lo que ha hecho por el niño, pero que ya no. Ya no, pequeña Jeanne, insiste Natalia.

Trotsky expone a Jeanne en toda su vulnerabilidad, la atosiga con cartas públicas y requerimientos legales a través del implacable abogado Rosenthal. Vera y Raymond están cada día más preocupados, su estado de ánimo va de la furia a la tristeza sin fondo. Y están preocupados por Sieva, que se encoge entre tanto dolor y tanta ira, como si quisiera desaparecer. Nadie le pregunta qué quiere, pero de vez en cuando dice que por favor todo acabe ya. Vera sugiere enviarlo lejos una temporada, hasta que las cosas se tranquilicen. Jeanne se acuerda del refugio para jóvenes que tiene una amiga en la región del Jura y decide enviarlo allí, la naturaleza le vendrá bien, salir de París también y si, de paso, se aleja de las garras de Rosenthal, mejor.

Pero nada sale como Jeanne quiere. Sieva enferma de difteria, el juez falla a favor de Trotsky, el niño ha de ser entregado a los Rosmer que, tras meses de espera para conseguir los visados oportunos, parten con él hacia México. Trotsky gana. Ella pierde. Sieva llegará a Coyoacán el 8 de agosto de 1939. No le volverá a ver. Sieva, muchos años después, la recordará

como la mujer triste y rígida que guardaba, en una maleta, el pijama ensangrentado de Liova.

(LO QUE JEANNE NO SABÍA)

En una carta de Rudolf Klement a Trotsky fechada el 28 de febrero de 1938, pocos días después de la muerte de Liova, Klement cuenta que Jeanne les ha acusado a él y a Étienne de ser agentes de la GPU. También describe un episodio anterior para mostrar a Trotsky el carácter supuestamente inestable de Jeanne. Una noche, Jeanne irrumpe en el despacho de Liova enarbolando un artículo de *Lutte Ouvrière* (órgano de propaganda del trotskismo oficial) en el que se atacaba a Raymond y, «gritando histérica», les lee el artículo hasta el final, exigiendo que Étienne lo firme y reconozca su responsabilidad en las difamaciones. Lo acusa de agente provocador. Liova se enfrenta a ella y defiende a Étienne. Según Klement, el episodio dura más de una hora, acaba con Liova echándola de la habitación y de la casa. Y añade un detalle: al irse, Jeanne les apaga la luz.

Jeanne entonces no sabía que Klement se convertiría, también, en víctima del GPU, pero acertó de pleno con Étienne. Y eso que, entonces, no sabía muchas cosas.

Jeanne no sabía que Étienne en realidad se llamaba Mark Zborowski y que fue reclutado por la NKVD en 1934 para que se introdujera en los círculos trotskistas de París. Y que su encuentro con Liova en los pasillos de la Sorbona no fue casualidad. Tampoco sabía Jeanne que la amistad entre Lola Dallin (Lilia Ginzburg Estrin) y Étienne fue sincera por parte de Lola —quien no descubriría hasta veinte años más tarde la verdadera identidad de Étienne— pero no por parte de él, que la utilizó en su misión de destruir política y físicamente al grupo trotskista francés.

Tampoco sabía Jeanne —aunque evidentemente, la anécdota contada por Klement prueba que lo intuía— que Étienne tenía la misión de potenciar la división interna entre su grupo —los molinieristas— y el trotskismo oficial —

con Liova a la cabeza— de tal manera que el movimiento perdiera toda capacidad operativa. No solo eso, usó esas diferencias para desviar las sospechas que algunos iban dejando caer en torno a él. Por ejemplo, Naville desconfió de él desde el principio, también lo hicieron Sneevliet y Victor Serge; incluso Van Heijenoort recibió una carta en la que se revelaba que había una rata en el círculo trotskista de París de nombre Marc (sic) y en la que se daba una descripción que se ajustaba perfectamente a Étienne. En ese momento, Lola Dallin estaba visitando a Trotsky en México y lo convenció de que posiblemente eran injurias para dividir al grupo aún más. Nada más volver a París, Lola advirtió a Étienne, que por supuesto se sacudió las sospechas y siguió fomentando la división.

Jeanne tampoco sabía que la precaución de no tener teléfono en casa para evitar escuchas de los agentes de Stalin era tan inocente como ridícula: Zborowski se había asegurado de implantar un sofisticado método de escucha que mantenía informado al NKVD de todos los movimientos de Liova.

Si Jeanne hubiera sabido algo de esto, si hubiera tenido forma de confirmar sus intuiciones contra Étienne, el día que Liova se puso enfermo posiblemente no lo habría llevado a la clínica Mirabeau, cuyo director era el Dr. Boris Girmunsky, un antiguo chequista y agente de la GPU, y cuyo dueño había sido médico en un campo de trabajo soviético. Tampoco sabía Jeanne que el secuestro y asesinato de Rudolf Klement, que ella quiso relacionar con el de Liova, fue posible gracias a Étienne. Cuando Klement desapareció tenía dos encargos de Trotsky: preparar el trabajo administrativo para la primera conferencia de la Cuarta Internacional e iniciar la investigación de Étienne por la muerte de Liova. Zborowski no apretaba el gatillo ni decapitaba a sus objetivos, pero se los ponía en bandeja a los agentes estalinistas. Sin su intervención, la historia se hubiera escrito de otra manera, no sabemos si con mejores resultados para Liova y tantos otros, pero sí diferentes. Y esto Jeanne lo descubrió mucho después.

Lo que nunca sabremos es cómo se sintió Jeanne al confirmar todas sus sospechas cuando en 1954 el FBI descubriera la verdadera identidad de Zborowski como espía de Stalin y se le sometiera a juicio por sus

actividades comunistas en Estados Unidos, a donde emigró gracias a la ayuda de su siempre engañada amiga Lola Dallin.

Una estafa, un sortilegio y un circo

Las columnas blancas de mármol de Namibia, las vidrieras con esfinges doradas de pechos desnudos y la cabeza orlada como las vírgenes y los santos, los candelabros colgantes, dorados, plateados, adornados con escudos heráldicos y algunos con esculturas que recuerdan a mascarones de proa, los techos altos cubiertos de artesonados, casetones y frescos como los que ha visto en iglesias barrocas de París, el inmenso mostrador de madera preciosa, quizá caoba, que ya estaba allí cuando el edificio fue un banco, un recibidor propio de una catedral, sus arcos sosteniendo bóvedas acristaladas que bañan de luz los espacios, suelos limpiísimos de mármol, las escalinatas también de mármol, los sillones de cuero, enormes chimeneas, jarrones de flores, palmeras en macetas, la impecable librea de los empleados, las balaustradas, el elevador de madera con rejilla de metal, que Raymond preferiría evitar para no quedar encerrado en un espacio tan pequeño con el botones, que nunca le mira a la cara –como si Raymond fuese el Rey Sol o un sátrapa oriental ante el que es obligatorio desviar la mirada–, abre y cierra la puerta con gestos más militares que serviciales, y se mantiene en posición de firmes hasta alcanzar el piso en el que por fin Raymond sale al pasillo alfombrado y lo recorre a paso decidido, como si se dirigiera a realizar una tarea urgente y necesaria: se aleja con la sospecha de que el botones observa desconfiado su espalda.

Qué alivio cuando Raymond cierra tras de sí la puerta de la suite. Durante esos días su ánimo oscila entre los ataques de entusiasmo y los de pánico. Necesita, varias veces al día, retirarse a la habitación, ponerse frente al espejo, recordarse que no es Raymond Molinier quien recorre los pasillos

alfombrados del Hotel Métropole de Bruselas, sino un industrial francés que se ha instalado allí para contratar a directivos de la filial que se propone abrir en la ciudad. Solo si se convence de ello podrá convencer a los demás.

En el espejo: un hombre de mediana edad –parece mayor de lo que es–, vigoroso, con la frente amplia, aún más porque ha comenzado a perder el cabello; traje oscuro y corbata, un pañuelo blanco asomando del bolsillo superior de la americana; bigote discreto, bien recortado, gafas de montura negra, lentes redondas. Una cara perfecta de burgués. Su hermano se partía de risa mientras él, aún en París, en la habitación minúscula que Henri compartía con su compañera, iba vistiéndose y arreglándose, con la solemnidad de un caballero que se pone la armadura. ¿Cómo me ves? ¿Doy el pego?

Henri lo examinó de pies a cabeza. Se nota que eres el único de la familia que fue a un colegio de ricos, respondió. Yo, si me vistiera así, parecería un payaso. Raymond arrugó la frente: siempre le había provocado incomodidad haber sido el único de los hermanos que tuvo acceso a posibilidades propias de la clase media; aparte de enviarle a un colegio de pago (aunque duró poco en él), su madrina le regalaba ropa nueva; ya de niño había descubierto que un pobre y alguien que no lo es se diferencia sobre todo en los zapatos. Los que lleva ahora Raymond son de cuero flexible, con las suelas tan poco gastadas que parecen no haber sido nunca usados fuera de casa, como si su dueño se desplazara a todas partes en taxi o en coche.

También se esfuerza para que sus gestos sean comedidos y a la vez severos, serios, enérgicos, los gestos de quien está acostumbrado a mandar sin elevar la voz. Se obliga a caminar despacio, a no hacer aspavientos, a no levantar el brazo para llamar al camarero. Limpia las gafas con frecuencia, sacudiendo antes el pañuelo que saca del bolsillo para que se vea que está absolutamente limpio y bien planchado. De un bolsillo interior extrae durante las entrevistas, también en el bar cuando conversa con otros clientes, un reloj de oro –conseguido por Henri, como el resto del atrezo–, abre la tapa y levanta una ceja, un leve gesto de contrariedad. A los ricos no les sobra el tiempo porque el dinero exige ser protegido y multiplicado.

Bebe Saint-Émilion con la cena y, tras los postres, más de un Manhattan en el bar del hotel, donde no se queda de pie en la barra, como sería su tendencia, sino que se sienta en uno de los sillones de cuero. No fuma porque no consiguieron un encendedor de oro y hace un gesto de disculpa tras palparse los bolsillos cuando una mujer sostiene un cigarrillo apagado y le mira esperando que se lo encienda. ¿Son prostitutas o clientas del hotel? ¿Son las mujeres o las amantes de los industriales y los espías que pululan por los salones? Henri le dice que ni se acerque a ellas, porque están acostumbradas a reconocer a los hombres; su mirada los tasa mejor que un joyero los diamantes, dice, y podrían delatarlos.

Las pocas veces que Raymond ha estado en una iglesia –la última, en la de San Pablo y San Luis, cerca de la casa de sus padres, más espartana que el Métropole– no se ha sentido tan cerca del enemigo como allí. Es en sitios como este donde se alcanzan los acuerdos que luego machacan a la clase obrera. Los hombres que lo rodean ahora y le saludan con un movimiento de la cabeza cuando se cruzan con él son los primeros a los que habría que fusilar: ir al registro de clientes y luego buscarlos uno por uno en sus casas, sacarlos de entre las sábanas de satén o seda o lo que sea el material del que están hechas sus sábanas, no tener piedad, porque luego son hombres como estos quienes exigen al ejército que disuelva a tiros a los manifestantes y apalee a los obreros que ocupan las fábricas. No los mataría por odio, aunque los odie, sino porque gente como esa lleva a millones de personas a retorcerse en las trincheras asfixiadas por el gas mostaza para defender sus negocios, masacra a los pueblos de África para arrebatárles las materias primas que requieren sus fábricas, gente que está preparando ya la nueva guerra que se avecina. Las crisis no acaban con ellos; las crisis solo matan de hambre a los muertos de hambre.

Henri funge de secretario. Hace entrar a los candidatos uno por uno al despacho de la suite, les señala la silla en la que deben sentarse, frente al escritorio detrás del cual está Raymond. Les va pidiendo los documentos: cédula de identidad, acta de nacimiento, de matrimonio si están casados. En el anuncio se indicaba la documentación que debían llevar consigo, también que solo debían presentarse alemanes y belgas.

Como si hubiera una barrera invisible entre Raymond y los candidatos, ponen cada documento en la mano tendida de Henri, que le echa un rápido vistazo y se lo pasa a Raymond para que pueda inspeccionarlo más a fondo. Bien, dice; bien. Nada más. Después es Raymond quien les interroga por su experiencia profesional, sus expectativas, sus proyectos. Luego, tan solo para divertirse, les hace preguntas que los desconciertan:

—¿Es usted fiel? —El candidato le mira perplejo unos segundos.

—No es algo que tenga que pensar mucho —dice Raymond—; lo es o no lo es.

—Sí, sí, claro —responde.

—Yo no quiero tarambanas en mi empresa.

—Por supuesto, señor. Soy una persona seria.

—Quien no es fiel en la cama no lo es en el trabajo. Una cosa va con la otra.

El candidato asiente sin saber qué decir.

¿Habría que fusilar a estos también, a los capataces, a los mandos intermedios, a los directores asalariados, a los que aspiran a, un día, ser ellos los capitanes de la industria nacional? Claro que habría que hacerlo. Los mayordomos son aún más feroces que sus amos, porque defienden privilegios que saben frágiles. Las filas de los nazis, a poco más de cien kilómetros de ese hotel, están llenas de gente como esta, tenderos con aspiraciones.

Dedican todo el día a las entrevistas. Raymond está satisfecho, se ha sentido siempre en su papel. Como cuando, semanas atrás, también en Bélgica, él y su amigo Pierre Frank se dedicaron a comprar coches a crédito para venderlos luego al contado y huir con el dinero, tan necesario para el partido. Solo un vendedor tuvo dudas, pero no por la actuación de Raymond, sino porque algo le llamó la atención en su documento falso, y eso que a simple vista no se distinguía ninguna anomalía. Lo examinó con atención, raspó con una uña el sello sobre la fotografía, pero acabó devolviéndoselo con una sonrisa algo forzada y mascullando una disculpa, antes de entregarle las llaves del coche.

Para Raymond es fácil ser otro durante esos momentos. Fingir ser un industrial o un banquero o un demente. No es ningún problema para él adoptar la expresión, el tono, el acento, los gestos necesarios para cada papel mientras está desempeñándolo. El peligro surge únicamente en las pausas, en esos instantes en los que se queda solo y sus pensamientos se alejan del lugar y del momento. Entonces corre el riesgo de volver a ser Raymond Molinier y olvidar la persona que debería encarnar.

Como la noche en la que una mujer se sentó a su mesa, después de decir, me permite, más afirmación que consulta, y le preguntó, ¿quién es usted? Y él se quedó un momento en blanco, porque ante su mirada interesada estuvo a punto de decir su verdadero nombre y el falso se le trabó en la lengua. Me gustaría mucho conocerle, dijo, ella sí, una prostituta, aunque como él fuese disfrazada; quizá se había gastado todos sus ahorros en los pendientes, el perfume, la peluquería, la blusa tan brillante que parecía de metal. Le habría gustado conversar con ella, intercambiar experiencias, hablar del miedo y la excitación de la impostura, aunque la de ella era de distinto carácter: debía funcionar solo unos segundos, los suficientes para que no la rechazaran y también para que no pareciera vulgar estar sentado a la misma mesa que ella, pero no tanto como para que no supiesen que tenía un precio y que la relación no implicaba ninguna forma de compromiso. El disfraz de Raymond tenía que ser una coraza, tan sólida que incluso al día siguiente, cuando los empleados del hotel descubrieran que se habían marchado sin pagar la habitación y las comidas, aún titubearan, diciéndose que sin duda había un error.

Salen por la mañana, después de desayunar. En la suite han dejado las dos maletas llenas de trapos y libros viejos con las que habían llegado; también contienen las mudas que han necesitado durante la semana que han estado alojados en el hotel. Henri lleva el maletín con los documentos de los candidatos, a quienes han pedido que se los dejen veinticuatro horas para hacer las comprobaciones pertinentes –no quedaba claro qué demonios de comprobaciones podían ser esas, pero ninguno se atrevió a objetar–. Salen sin prisa, conversando sobre inversiones y contrataciones y productos que van inventando sobre la marcha. Atravesar el hall se les hace eterno,

pero no aceleran el paso. Henri saluda con un gesto a los empleados con los que se cruzan, que simulan el inicio de una reverencia. Raymond solo mira al frente, con el ceño fruncido. Incluso se detienen unos instantes en el centro del hall, para asegurarse de que nadie los sigue, tampoco con la mirada, y para acentuar la impresión de que no tienen la menor prisa por salir del hotel. Han citado de nuevo a los candidatos para media mañana. Imaginan ya el escándalo cuando coincidan todos ellos para recoger sus documentos y con la esperanza de ser los elegidos.

El coche que los llevará de regreso a Holanda los está aguardando a unas pocas calles, cerca del edificio de la Bolsa.

—¿Te gustaría vivir así? —le pregunta Henri mientras se dirigen al vehículo—. Quiero decir, en hoteles como este. Con camareros, sirvientas, con gente que te plancha y te limpia el baño.

—Ya. Y que te hagan la manicura y te corten el filete y te lo pongan en la boca. Lo que de verdad me gustaría es prender fuego al hotel.

Una hora más tarde estarían al otro lado de la frontera con la maleta llena de documentos imprescindibles para que los camaradas perseguidos puedan atravesar Europa. Sintién dose a salvo. Como si alguien pudiese estar a salvo de la furia que va a atravesar el continente.

La prisa. La urgencia. La estampida. Todo se acelera a la velocidad con la que avanzan los ejércitos alemanes. De pronto el éxito de cada acción depende de días o de horas. En algún caso de minutos. Raymond apenas duerme. Hay tanto que hacer, tantas tareas. Es como correr en un túnel saturado de telarañas. De Bruselas a Róterdam para poner a salvo documentos de Trotsky. De Róterdam a Ámsterdam. Reencuentro con Vera y Zazá. Barco para llegar a Francia atravesando un mar ya minado, ellos prosiguen a una casa segura, Raymond viaja a Lisboa y de allí vuela a Londres. Un zigzag por Europa occidental, sin reposo. Entre medias, contactos con camaradas. En Londres no podrá descansar. Necesitan más dinero. Pierre Frank, que además de revolucionario es químico, ha

inventado una especie de piedra pómez jabonosa que ablanda la barba antes del afeitado. Aun en ese ajetreo Raymond encuentra tiempo para el histrionismo: se presenta ante un conocido industrial con una mitad de la cara afeitada y la otra sin afeitar. Aplica el invento de Pierre a la mitad barbuda y se afeita ante el atónito hombre de negocios. No consigue que les financie el proyecto. Dejan en depósito muestras del invento en un mercadillo. Hay que organizar el contacto entre los grupos trotskistas de varios países y financiar las revistas. Los nazis han invadido los países nórdicos, ¿nada va a detenerlos? Scotland Yard: con eso no contaban. Un agente advierte a Raymond y Pierre que sabe que sus identidades son falsas. Están bajo vigilancia. Les quita el visado. Imposible volver al continente. ¿Imposible? Raymond se ofrece como voluntario en las fuerzas belgas, que tienen sus oficinas en un edificio del gobierno inglés, cerca de Trafalgar Square; lo hace con su identidad falsa. Lo entrevistan un oficial belga y otro británico. Sorprendentemente, lo aceptan, a pesar de las advertencias insistentes de Scotland Yard de que están enrolando a un impostor. Entrenamiento paracaidista de ocho días. Tampoco ellos tienen tiempo que perder. Hitler avanza. Buques de guerra en el Báltico y en el mar del Norte. También en el Atlántico. Han detenido a Pierre. No hay tiempo para despedidas. Quemar las naves. Encontrar nuevas formas de avanzar la causa. Liova ha muerto, Trotsky ha muerto, desaparecidos varios compañeros belgas y alemanes. Pero la causa no puede morir. Le encomiendan una misión en Francia. Por supuesto, acepta. Le proponen (¿le ordenan?) dirigirse desde allí a Lisboa para trabajar con las fuerzas de liberación. ¿Precisamente a él, cuando saben que no es quien dice ser? ¿A Lisboa? Por qué no.

Las aguas del Tajo bajan turbias, quizá por las lluvias de los últimos días. El paseo está abarrotado de gente que camina al parecer sin rumbo fijo, lentos, dubitativos. Da la impresión de que en Lisboa todo el mundo espera algo o ha dejado de esperarlo pero no sabe qué otra cosa hacer. Raymond los

observaba a menudo en la oficina central de correos, a donde acudió durante un tiempo cada día a recibir instrucciones de los servicios de inteligencia británicos. Sentados en los bancos, de pie en los pasillos, fumando con la mirada perdida o haciendo cola ante las ventanillas, preguntando, insistiendo, rogando. Sus voces reverberando contra las bóvedas recién pintadas. Jóvenes, viejos, hombres, mujeres, todos a la espera de noticias: de un consulado, de una compañía de navegación, de familiares. Unos hablando a voces, otros susurrando. Había quienes parecían estar a punto de saltarse el mostrador y zarandear a un empleado y quienes podrían desmayarse en cualquier momento. Bien vestidos o andrajosos. Discretos o que llamaban la atención por sus ademanes o por el tono de voz. Otros, siempre hombres trajeados, tan solo observaban, vigilaban, evitando cualquier gesto, con lo que era imposible saber si habían descubierto lo que buscaban. Raymond conocía ya de vista a los que, como él, acudían a Correos todos los días y pasaban allí un par de horas; a veces se iban con las manos vacías, a veces empuñando un telegrama o una carta.

Allí conoció a Suzanne. Se le veían la buena familia y el desconcierto, solo más tarde descubrirá su carácter decidido. Entabló conversación con ella y no necesitó muchas preguntas para conocer su historia. ¿Aunque qué historia podía tener una chica belga de dieciocho años y de familia burguesa? Casi ninguna. Que sus padres la quisieron poner a salvo de los invasores alemanes y la enviaron a una ciudad en la que supusieron que lo estaría. Pero había perdido el contacto con ellos, se le acababa el dinero, no sabía a quién recurrir, no estaba acostumbrada a resolver problemas. «Tuve un fuerte deseo de socorrerla... Mi querida Suzanne... Suzanne Demanet.» En ese momento no podía imaginar que casi medio siglo más tarde Suzanne será la única de sus varias mujeres y amantes a la que recordará en sus memorias con palabras de ternura. Una mujer con la que tendrá cuatro hijos y que lo abandonará más tarde para irse con un francés de quien se dijo que había sido un nazi involucrado en una matanza de población civil. Eso sucederá nueve años después del día en el que Raymond está a punto de zarpar de Lisboa, de Europa, para escapar de un cerco que cada vez se

estrecha más a su alrededor. Pero no quiere marcharse como fugitivo, sino como aventurero o descubridor de nuevos mundos.

Se fija en una mujer que lleva zapatos de hombre, mucho más grandes de lo normal para su estatura y su cuerpo menudo, frágil. La mujer, más joven de lo que había calculado al verla de lejos, le sonríe al pasar a su lado, parece a punto de detenerse, como si fuera a preguntar o pedir algo, trastabilla, baja los ojos, prosigue su camino. Raymond piensa que se trata de una judía; no habría sabido decir por qué, pero aprendió a reconocerlos en su barrio de Le Marais.

Raymond tiene treinta y siete años, aunque en el pasaporte y en el visado pone que tiene cuarenta y dos, la edad de la persona cuya identidad ha adoptado. Es joven, pero se siente a la vez cansado y lleno de energía, una contradicción con la que convive casi desde que era un niño y realizaba tareas propias de hombres mucho mayores que él. Ahora lleva alrededor de cinco meses en Lisboa y en tan poco tiempo ha puesto en pie más proyectos de los que algunos realizan en media vida. Porque él no puede parar de maquinar, de inventar, de creer. Eso no significa que haya esperado tener éxito en todas sus empresas, más bien, estaba convencido de que algunas iban a fracasar, pero merecía la pena lanzarse a ellas, por si acaso. Y habían salido adelante incluso las más descabelladas.

Filip Cairolí al principio no sabe si se lo está proponiendo en serio o es una fanfarronada. Raymond piensa que Cairolí tiene aspecto de funcionario con un puesto subalterno o encargado de una tienda de ropa, desde luego no de payaso, aunque Raymond no tiene ni idea de qué aspecto tiene un payaso cuando le quitas el maquillaje y la ropa ridícula. No ha visto payasos más que en fotografías; ¿quién tiene tiempo de ir al circo? Lo único que parece apropiado para un payaso en ese hombre serio es que el pelo solo le nace a partir de lo alto de la cabeza, con lo que la frente parece ocupar medio cráneo.

—Enséñame la foto —le dice Raymond.

—¿La foto? ¿Qué foto?

—¿Cuál va a ser? La foto.

Cairolí hace un gesto de fastidio. Chasquea la lengua. Se levanta sujetándose a la mesa porque la silla es tan endeble que hay que levantarse y sentarse con cuidado. Cairolí estaba ya alojado en la pensión cuando llegó Raymond. Conversaron el primer día quizá solo porque los dos, a pesar del apellido del payaso y del falso que ha adoptado Raymond, eran franceses.

Desde entonces, Raymond pasa a veces a verlo al cuarto que comparte con su mujer y su hija, no porque necesite compañía, sino porque desde que supo quién era empezó a imaginar planes y posibilidades. La mujer de Cairolí siempre le da la silla que no se tambalea, dejando la destartada a su marido. Raymond preferiría tener una mujer que hiciese lo contrario.

Cairolí regresa a la mesa, vuelve a sentarse con precaución, deja una foto sobre el tablero.

—¿Por qué guardas esta foto?

—Me la regaló el Führer. A mi hermano le regaló un reloj.

—Eso ya lo sé.

—Está dedicada por él.

—Ajá.

Cairolí se remueve y la silla cruje. Los dos se miran en silencio. La mujer de Cairolí sirve dos tazas de café sin platillos. Un azucarero con una cucharilla.

—Cuando actué en Múnich con nuestra troupe en un espectáculo montado a propósito para Hitler. No pudimos negarnos.

—Eso me da igual, no te acuso de nada. ¿La guardas como llevas la de tu mujer y la de tu hija en la cartera o como la estampilla de un santo que sacas del cajón antes de dormir para rezarle?

—Es un salvoconducto, si no ya la habría hecho trizas. Nunca se sabe qué puede pasar y una foto dedicada por el mismísimo Hitler puede ser muy valiosa. Lisboa no va a ser neutral mucho tiempo.

—¿Me empiezas a entender ahora?

—Es una locura. Un disparate.

—Es un plan perfecto. Nada puede salir mal.

Gran tipo, Cairoli. Le falta empuje, seguro que no llegará a ser tan famoso como su padre y su hermano. Pero acepta el plan con la condición de que saquen al hermano del campo de internamiento en el que lo han encerrado los ingleses por ser de nacionalidad francesa, aunque esos mismos ingleses le permiten salir por las tardes para sus actuaciones. Raymond se lo promete a pesar de que no tiene ni idea de si podrá conseguirlo; está acostumbrado a prometer lo imposible, que más tarde casi siempre se cumple.

Cairoli montó el espectáculo en un circo municipal que alquiló para él el Servicio Secreto británico. Cuando fue a proponérselo al embajador alemán, a Cairoli le sudaban tanto las manos por los nervios que tardó en estrechar la que le tendió el embajador. Era un hombre amable, elegante, de aspecto aristocrático y mucho más alto que Cairoli. Se decía de él que era nazi lo mismo que podría haber sido conservador; su ideología era servir a su país sin reservas y sin pasión.

Le escuchó sentado tras su escritorio, con las manos juntas como si rezara y las puntas de los dedos tocando sus labios. De vez en cuando asentía y, si Cairoli se detenía esperando un comentario, separaba una de las manos y le hacía un gesto apremiándolo a continuar. Cuando Cairoli terminó, no sin antes mostrar la foto dedicada por el Führer, el embajador presionó un timbre en una esquina de la mesa.

—Si Hitler le ha dado permiso para actuar en los territorios del Reich ¿cómo no le va a apoyar la embajada para que actúe en un país neutral? La gente necesita reír también en tiempos de guerra —dijo—. Sobre todo en tiempos de guerra.

Y, cuando Cairoli ya se marchaba con un empleado al que el embajador había dado instrucciones de ayudarlo, le preguntó si era verdad que Hitler se había reído con su espectáculo.

—No quiero pecar de inmodestia, señor embajador, pero el Führer se reía a carcajadas.

—Pues entonces también nos reiremos nosotros.

Cairoli no habría sabido decir si había ironía en sus palabras o se trataba de una mera constatación.

Los funcionarios alemanes concedieron visados y salvoconductos, sellaron contratos para los artistas que pidió Cairoli, desperdigados por Alemania y Francia. Acróbatas, malabaristas y payasos, pero también, camuflados entre ellos, revolucionarios en peligro que necesitaban urgentemente documentos para escapar. Llegaron a Lisboa Vera y Zazá, llegó Gabi, la mujer de Van Heijenoort, con su hijo, y otros resistentes cuyos nombres se han perdido. El peso del espectáculo lo llevaron los profesionales. Cairoli realizó su famoso acto de malabarismo con ukeleles, que tocaba entre lanzamiento y lanzamiento; él, aunque la tradición familiar lo convirtió en payaso, quizá habría deseado ser músico y no había número suyo en el que no entrasen un ukelele, una guitarra o un clarinete. Los demás participaban en coreografías, ayudaban con los accesorios y el atrezzo, lanzaban torpemente los objetos a los verdaderos artistas, Vera bailó, incluso su hijo y el de Gabi salieron al escenario a hacer un par de piruetas. Se reían a veces sin motivo, como un coro de colegiales excitados intentando contener la risa. Luego el miedo los agarrotaba de pronto, atravesaba las capas de maquillaje, los disfraces parecían no poder ocultar la inquietud, la hilaridad se esfumaba.

Solo hicieron tres representaciones, los alemanes rieron como era de esperar, aplaudieron entusiasmados, sobre todo los números de Cairoli – imagínate, todos aquellos nazis reunidos en el mismo lugar, verdugos despreocupados, infantiles, las mujeres con sus estolas y sus labios pintados y los hombres con sus botas y zapatos relucientes, diría después Raymond, que los había observado desde las bambalinas, fantaseando con atentados o secuestros—. Los huidos se dispersaron por Lisboa en busca de una posibilidad de escapar de Europa. El hermano de Cairoli fue liberado. Gabi regresó a Francia con la promesa de que su hijo sería enviado con un barco de la Cruz Roja a Nueva York, donde estaba Van, trabajando en la secretaría de la Cuarta Internacional. Vera esperaba.

Ah, la culpa, qué insoportable es. Hay que cavar trincheras, levantar parapetos, correr más rápido que ella. Lanzarle objetos, insultos, excusas

para detener su avance.

—Así que te vas y no podemos ir contigo —dice Vera—. ¿Me vas a decir adónde?

—Mis amigos ingleses me han avisado de que las autoridades portuguesas me van a expulsar. Me aconsejan que no me relacione con exiliados e inmigrantes. No puedo acercarme a nadie. ¿Qué hago, entonces?

—Todo eso ya me lo has contado, pero aún no me has dicho a dónde te vas. ¿A Estados Unidos? En la Cuarta Internacional no te quiere nadie.

—Me voy a Brasil. No quería decírtelo aún, pero me voy a Brasil.

—¿Te vas a meter a misionero? ¿O vas a hacer la revolución en la selva?

—La revolución se puede hacer en todas partes. Se tiene que hacer en todas partes.

—Ya. ¿Y te vas solo?

—Sí, solo.

Raymond y Vera han entrado en una taberna cerca del Viaducto de Alcántara. Se han sentado a una mesita junto a la barra. Aunque la puerta está cerrada, tienen que interrumpir la conversación cada vez que pasa un tranvía. A través de la pequeña cristalera, Raymond observa a unos obreros que están abriendo una zanja en la esquina. También, intentando esquivar su mirada, observa a hurtadillas la cara de Vera. La guerra, las privaciones, el miedo no parecen dejar huella en ella. Había pensado que estaría más delgada, pero no, su rostro sigue siendo carnoso, con las mejillas abultadas, la barbilla también llena. Sus ojos redondos leen etiquetas, inspeccionan la barra de madera, siguen los pasos de la dueña de un lado a otro, para no mirarlo a él todo el tiempo.

—A los demás a lo mejor los engañas, con tus disfraces y tus cambios de nombre. A mí no. Por cierto, el bigote te hace más viejo.

—Me voy solo, pero en Brasil me va a esperar una mujer. Se llama Suzanne.

—Y me dices que se llama Suzanne ¿para no decirme qué?

—Nada, te estoy diciendo toda la verdad. La he estado ayudando estas semanas, no sabía a quién dirigirse, no podía contactar con sus padres.

—¿Con sus padres? ¿Te has liado con una niña?

–Tiene casi veinte años. Aparenta más.

–No me hagas arrancarte la información como en un interrogatorio. Me has llamado y he venido. Me has sacado de Francia y tengo un pasaporte gracias a ti. Eso: gracias. ¿Y ahora qué? Te vas a Brasil y no piensas volver a vernos a mí ni a nuestro hijo.

–No lo entiendes, nos ha unido un sortilegio...

–Cállate, por favor. No te lo digo enfadada. O sí, pero eso da igual. No te voy a hacer una escena. No estamos casados y yo no te pedí que te divorciases de Jeanne. Nunca quisimos un matrimonio burgués, ¿verdad? Entonces no me trates como a una burguesa. Solo quiero saber si has pensado algo para nosotros.

–Claro que lo he pensado. Si quieres, podéis venir a Brasil más adelante.

–Pídeme un oporto, anda.

Raymond lo pide señalando una botella de Sandeman que está sobre el mostrador. Aguarda en silencio mientras lo sirve la tabernera, que tiene una cara sonrosada y alegre de campesina.

–En realidad, ya he empezado a mover hilos para que os den un visado a ti y al niño. Solo falta llevar tu foto y que firmes.

–Y nos vamos todos juntitos, tu colegiala y nosotros tres.

–Ella se va antes. Después yo. Un poco más tarde vosotros.

Raymond parece contener una risa inapropiada en esa situación, en esa taberna sin más clientes que ellos, en la penumbra apenas rota por la luz que entra por el pequeño escaparate. Vera primero frunce el ceño, pero luego sus ojos redondos, ojos de muñeco de peluche, le suele decir Raymond, dejan escapar un chisporroteo alegre.

–A ver, cuenta, qué estás tramando.

Y Raymond le cuenta, como un niño que ha cometido una travesura de la que se siente orgulloso, que ha conseguido meter a Suzanne de novicia en un convento, pero no en uno cualquiera, sino en uno que próximamente enviará a varias hermanas a Brasil, a otro convento de la orden. Así, Suzanne llegará a Brasil sin problemas y él se reunirá después con ella en Río de Janeiro.

También ríe Vera, a pesar de todo. Raymond se inclina hacia delante y acerca una mano para tocar su rostro, pero ella se retira. No, la complicidad que tenían a veces ya nunca será posible, piensa Raymond y lo lamenta, porque le habría gustado acariciarla, tranquilizarla; siempre fue una buena compañera.

—Y, si quieres, no te voy a meter en un convento, pero sí puedo conseguir que te vayas a Brasil con el niño. Primero tienes que volver a Francia, no puedes quedarte aquí mientras me ocupo de los pasajes.

—¿Y de qué vivimos en Brasil? Ni siquiera hablo portugués.

—Cairolí. Va a continuar con el circo y sabe que no puede regresar ni a la Francia ocupada ni a Inglaterra. Así que pretende hacer una gira por Suramérica. Primero me voy yo, luego el niño y tú, después Cairolí y su familia. Alguno de los refugiados se va también con él. Y tú sí eres una artista de verdad. Ahora regresas, cierras en París lo que haya que cerrar, pones la documentación a salvo, reordenas la red de contactos para que alguien ocupe tu lugar. Y te vas de Francia. Hitler está devorándola entera.

Está devorando Francia, está devorando Europa, y a él poco a poco también. Sus amigos, sus compañeros, sus camaradas presos. También Pierre Frank, tan loco y a la vez fiable, Pierre, que se casó con Vera para que no la expulsaran de Francia, que lo ha seguido en cada una de sus luchas, y ahora está en un campo de internamiento británico. Quizá pueda hacer algo por él antes de irse.

Raymond aguarda cerca del puerto. Ha ido a mirar el Angola, en el que saldrá por la tarde y pasará a bordo unas tres semanas antes de desembarcar en Río. Se ha vestido y arreglado para la ocasión, de forma muy parecida a como se disfrazó en Bruselas: traje gris oscuro, corbata de cuadros muy pequeños, un pañuelo asomándole del bolsillo, las mismas gafas redondas de montura negra que usó en el Métropole, un bigote fino en uve invertida, el pelo engominado y peinado hacia un lado, dejando despejada la frente.

En el pasaporte pone que es ingeniero y así se imagina él a uno. Así deben imaginarlo los demás cuando se presente. El disfraz no es tanto para las autoridades aduaneras, como para los otros pasajeros y para la gente que encuentre los primeros meses, para los primeros contactos que ya está imaginando en Río. Aunque mentiría si dijera que no disfruta de esos ratos de lujo que le conceden sus actividades: el Orient Express, el Métropole, ahora el Angola, uno de los barcos de pasajeros más lujosos que atraviesan el Atlántico, al menos eso le dijo Graham.

Y ahí llega Graham, como le prometió, para despedirlo. Tiene un aspecto tan de galán de cine británico que, cuando se presentó el primer día como Andreis y le dijo que era su contacto con las fuerzas de liberación, en ningún momento creyó que pudiera tratarse de un portugués. Se detiene al llegar junto a él y le sonríe de medio lado. Se quedan los dos mirando a la gente que se agolpa en los muelles. No todos son pasajeros. Muchos van allí a ver partir los buques en los que desearían embarcarse, sintiendo el placer doloroso del deseo y su frustración. Incluso quienes no tienen visado ni dinero para comprar un pasaje van a contemplar la partida de los grandes transatlánticos con una sensación parecida a la de un hombre que besa la fotografía de la novia que lo abandonó. Como si la ilusión mantuviese vivo un rescoldo que sobrevive a la desesperación.

—Te voy a echar de menos —le dice Graham, dejando paso a una familia que acarrea maletas y baúles y va empujando a quienes no se apartan.

—¿A mí o el dinero?

Graham sonríe, asiente, busca en varios bolsillos de la americana y del pantalón hasta extraer del último un paquete de cigarrillos. Raymond niega con la cabeza cuando le ofrece uno.

—Era un gran negocio. Y se te daba muy bien. «Discreto y convincente», he puesto en el informe.

Aunque Raymond no era melindroso en los negocios, al principio la propuesta de Graham le hizo dudar.

—La cosa es muy sencilla —le explicó el británico cuando Raymond ya sabía que lo era—. No se pueden cambiar dólares en las casas de cambio si no están autenticados. Para ello hay que enviarlos a Londres y el proceso tarda ocho días, o más, nunca se sabe. Tú les cambias los dólares sin autenticar por otros autenticados, que son más valiosos y te llevas la diferencia y la comisión.

—¿Y por qué no lo haces tú y te ahorras la mía?

—Bueno, ya entiendes, porque estaría mal visto que alguien como yo se dedique a ese negocio. Así que necesito a una persona que merodee por las casas de cambio, aborde a la gente, les ofrezca el trato. Eso es todo.

—¿Es legal?

—Hum. Sabes, no es ilegal. Y el Servicio te cubre, bueno, hasta cierto punto, ya entiendes a qué me refiero.

Los escrúpulos de Raymond se debían a que se iban a llevar la comisión de gente a la que quizá no sobraba el dinero —aunque la mayoría al menos había podido pagar el viaje, los documentos, la estancia, quizá sobornos a los funcionarios— y tenía prisa por marcharse. Pero también era una forma de ayudarles y él iba a necesitar mucho dinero en los meses siguientes. Aún tenía reservas de los fondos que depositó en Bruselas en previsión de la guerra y que había sacado antes de marcharse, pero no eran inagotables.

Lo que nunca preguntó fue si Graham entregaba todas las ganancias al Servicio Secreto británico para sus operaciones clandestinas o se embolsaba parte. No le interesaba saberlo.

—Hemos quedado en que te vas a ocupar de Vera y el niño. Y de velar para que no molesten mucho a mi amigo Pierre.

—Claro. Lo he prometido. Solo me gustaría algo a cambio.

—A ver.

—Que cuando llegues a Brasil me pongas un cable para que te localice. Tengo que ponerte en contacto allí con un buen amigo.

Raymond tarda un rato en contestar. Una gaviota se posa a su lado, sobre una barandilla en el borde del muelle. Raymond extiende una mano hacia ella como si se tratara de un animal amaestrado. La gaviota sacude las

alas pero no alza el vuelo. Alarga la cabeza hacia delante como para dar un picotazo.

–De acuerdo –dice. Siempre podía incumplir el trato cuando llegara allí pero intuía que más adelante necesitaría la benevolencia de Graham y los suyos.

–Buen viaje, Raymond.

El británico le da una palmada suave en un hombro y se monta en un coche que al parecer llevaba tiempo aguardando. Solo tras cerrarse la puerta, Raymond cae en que acaba de llamarlo por su verdadero nombre.

Se dirige a la zona del muelle donde está anclado el Angola aunque es pronto para abordar. Se mezcla con la gente, sobre todo hombres, que se agolpa a un costado del buque observando las maniobras de los marineros. En el costado visible desde el muelle están pintadas en grandes letras blancas las palabras «Angola, Lisboa, Portugal», un conjuro para que se apiaden los submarinos alemanes. Nunca ha hecho un viaje transatlántico. Su trayecto marítimo más largo ha sido atravesar el canal de La Mancha. Raymond no tiene miedo. Siente sobre todo curiosidad por el viaje. ¿Se mareará? ¿Entablará alguna conversación interesante? ¿Lo reconocerá alguien? Graham le ha dicho que hay varios judíos de Le Marais en la lista de pasajeros. Nada de eso le preocupa verdaderamente, tan solo que los aborde un submarino alemán, como ya ha sucedido con ese mismo buque unos meses antes. Aunque, si lo piensa bien, tampoco tiene razones para preocuparse: los alemanes no conocen su identidad real.

Allí, entre la gente que se empuja para llegar a un sitio desde donde ver mejor, Raymond se pregunta qué haría si fuese uno de ellos, esto es, alguien que no puede subir a bordo, condenado quizá a quedarse en Lisboa hasta que lo expulsen o hasta que el ejército alemán entre en la ciudad o hasta que el gobierno abandone la neutralidad y se ponga del lado de los nazis. Volvería a Francia, sin duda. Pero ¿seguiría ocupándose de financiar y organizar a los grupos trotskistas? Frunce el entrecejo y niega con la cabeza. Un niño que lo mira desde los brazos de su padre rompe a llorar. Se acuerda del pequeño Raymond con mala conciencia. Ser hijo de un

revolucionario no es un destino envidiable, pero es peor serlo de un ex revolucionario resignado como fue su padre.

Raymond lo tiene claro: si regresara a Francia se uniría a la resistencia armada. Pero no va a regresar. Brasil le espera. Suzanne le espera. Y un territorio inmenso donde volver a poner en pie lo que se ha ido desmoronando poco a poco en sus proyectos, en su lucha, en su vida. Todo lo que no ha podido construir en Europa lo va a construir en América. Raymond pellizca un moflete del niño, que llora aún con más ganas.

Consulta el reloj y se dirige a la rampa de pasajeros. Cuando está a punto de subir a bordo, mientras un marinero comprueba su billete y sus documentos, Raymond gira la cabeza y contempla las casas arracimadas hacia el castillo de San Jorge. No lo había visitado; en realidad, no había visitado nada, solo había ido a bares, oficinas, tiendas, talleres donde tuviese una tarea. Recuerda París y echa de menos su vida allí. Pero la nostalgia dura segundos. Da una palmada en el hombro al marinero, que lo mira atónito, y un salto innecesario para entrar en la cubierta. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que huele a mar.

II

TIERRA DE NADIE

Consideraciones sobre Jeanne

PRIMERA

La primera vez que leo algo sobre Jeanne Martin des Pallières es a través de Raymond en sus *Memorias* y me cuesta imaginar cómo serían los dos en el momento de conocerse: ella, elegante y segura de sí misma, carácter fuerte, vivaz y apasionada; él, un adolescente bravucón pero simpático, embaucador, seductor. Ella, veintiuno o veintidós años. Él, quince. Busco fotos de Jeanne y solo encuentro una de grupo, muy posterior: Rudolf Klement, León Trotsky, Yvan Craipeau, Jeanne Martin des Pallières, Sara Weber Jacobs, Jean van Heijenoort. Según el pie de foto, está tomada en Royan en 1933. Para entonces, hace al menos tres años que se ha separado de Raymond y mantiene una relación estable con León Sedov, Liova. Jeanne tiene treinta y seis años aunque parece mayor: pelo oscuro, desaliñado, lo lleva recogido pero se escapan unos mechones sin gracia, la cara muy delgada, los ojos algo hundidos, la boca pequeña sonríe dejando ver los dientes. Carita de roedor. Apenas se le ve el cuerpo, es menuda, poquita cosa, lleva un vestido oscuro con motivos florales más claros. Hay algo monjil que no corresponde a la imagen que me había formado de ella: una mujer elegante, de porte aristocrático, con presencia arrolladora. Puede ser que la tuviera y que esta foto no le haga justicia. No tengo con qué comparar. Da la sensación de que está de más en el grupo, en un segundo plano poco favorecedor, como sucede siempre que estiramos el cuello para entrar en la foto.

Todos los demás personajes ocupan su espacio como si les perteneciera, pero no ella. Trotsky, con camisa blanca impoluta, pelo abundante –aunque con entradas–, luce unos mechones canos que le dan un aire de viejo león, los ojos achinados, las características gafas redondas y perilla de chivo, un aire inquisitivo de buen patriarca; a su izquierda, Rudolf Klement –ese mismo cuyo cuerpo aparecerá decapitado en el Sena unos años después y que Jeanne reconocerá por sus finas manos– de perfil, mira con cariño, tal vez admiración, a Jean van Heijenoort, quien, acucillado en primer plano, dirige la mirada hacia un lado con una expresión tan tierna y bondadosa que me dan ganas de sentarme a su lado, tomar su mano y pedirle que me cuente su vida con todos los detalles que no quiso compartir en sus memorias, pero de esto tal vez hablaremos en otro momento. Detrás de Van y al lado de Trotsky, Yvan Craipeau, impresionante de guapo, con pelo negro, una sonrisa franca y una camiseta de tirantes marinera que deja ver sus brazos musculosos. Por encima de su hombro aparece la cabecita de Jeanne y, un poco más adelantada, cerrando la fotografía, Sara Weber Jacobs, con los brazos cruzados, pelo corto, y un vestido claro de flores y manga corta, esboza una sonrisa confiada. ¿Cómo sería Jeanne trece años antes, cuando conoció a Raymond y todavía no había pasado por Prinkipo ni por Berlín?

Mientras escribo estas consideraciones José está revisando los fondos del Archivo del Instituto Internacional de Historia Social de Ámsterdam, por si hay información relevante que nos haya pasado desapercibida. Se topa con una foto bajo la cual se identifica a sus integrantes de izquierda a derecha: Zina Trotsky –es decir, Zinaida Bronstein–, Jeanne Molinier [?], Roman Well [pseudónimo de Ruvín Sobolevicius], Trotsky y Adolf Senin [pseudónimo de Abraham Sobolevicius]. Al nombre de Jeanne le acompaña un signo de interrogación, pero la reconocemos inmediatamente, a pesar de solo haber visto una imagen suya: el pelo lacio y oscuro, la cara fina, algo en su expresión corporal que no sabemos definir, una especie de retraimiento tal vez. La fotografía está fechada en 1931. Se tomó durante la

visita a Turquía de Senin y Well, dos agentes estalinistas infiltrados en el trotskismo alemán. Trotsky hablará de ese encuentro en una declaración del 27 de febrero de 1937, como parte de su defensa frente a los Procesos de Moscú. Afirma que le visitaron en Kadikoy, pero no da una fecha exacta. ¿Sería enero de 1931, antes de que Jeanne vaya a Berlín? No, no puede ser. Trotsky y compañía no se mudan a Kadikoy hasta finales de marzo del 31. En febrero, Izzet Pashá, la casa de Prinkipo que conoció Jeanne, ha ardido en un incendio y se tienen que trasladar primero al Hotel Savoy en Estambul y solo después se mudan a Kadikoy, en la costa asiática, donde permanecerán hasta enero de 1932, cuando vuelven a Prinkipo. Así que esa visita se realizó cuando Jeanne ya vivía en Berlín con Liova. La fotografía tuvo que ser tomada entre finales de marzo del 31 y el 22 de octubre del mismo año, que es cuando Zina se marcha a Berlín, dejando a Sieva en Turquía casi un año más, al cuidado de sus abuelos. Llegamos a la conclusión, entonces, de que Jeanne está de visita, posiblemente acompañando a los falsos trotskistas alemanes.

Hay otra fotografía tomada en ese momento, todos están en la misma postura, excepto Jeanne, que tiene la cabeza y medio cuerpo girados hacia atrás. En una tercera imagen posan, en pie dentro de una barca, los hermanos espías, Trotsky y Jeanne, aunque en el archivo se la identifica como Natalia Trotsky (es decir, Natalia Sedova). Pero no lo es. Es, sin duda, Jeanne: lleva el mismo vestido que en las otras fotografías y, aunque tiene la cabeza gacha y no mira a cámara, reconocemos su corte de pelo, su delgadez, esa actitud retraída que parece tener en todas las fotografías, como si sintiera siempre que está de más.

Y esto cuando, en realidad, Jeanne fue una parte importantísima del aparato trotskista francés e internacional. José me dice: «pero cuántas cosas hacía esta mujer», después de descubrir unas cartas entre ella y Liova donde Jeanne da cuenta minuciosa de una cantidad ingente de labores administrativas, desde envíos de libros hasta identificación de posibles candidatos para puestos en la organización, pasando por la búsqueda de fondos para actividades, publicaciones, etc. Sin olvidarnos, claro está, de su papel en la organización de acciones y participación en ellas.

SEGUNDA

Escribo las siguientes reflexiones pensando en el estado de devastación de Jeanne después del asesinato de Liova: el duelo por la pérdida del compañero se ahonda por el miedo de perder a Sieva. Y me doy cuenta de que quiero ver a Jeanne con simpatía. Me resisto a tratarla como perturbada, manipuladora, intrigante, me niego a aceptar el relato oficial –escueto y banal– que hace de ella la historiografía sobre Trotsky. Sería fácil hablar de su inestabilidad, de su característica forma de llevar la contraria: 1) a su familia, con su carácter indómito, sus decisiones tempranas de abandonar casa, seguridad y apellidos para defender a sus enemigos de clase; 2) a Raymond, por votar en su contra en 1924 y por dejarlo para unirse a Liova; 3) al mismo Trotsky y al propio Liova, por posicionarse con el grupo Molinier tras la ruptura con Trotsky en 1935; 4) a Natalia y a Trotsky cuando les niega la custodia de Sieva.

Sería fácil representarla como madre frustrada, histérica por no haber podido tener hijos, que ve en el joven Sieva a un hijo propio, con un egoísmo de vientre vacío que le impide entender la necesidad de Natalia y Trotsky de tener con ellos a su último descendiente vivo. Sería fácil relacionar su figura delgada y consumida con una supuesta inestabilidad, una supuesta histeria. Pero esa sería una interpretación predecible, la aceptación de un relato que rezuma machismo. Las decisiones de Jeanne podrían deberse a una coherencia de carácter que la empuja a comprometerse con lo que considera justo.

Me centro en la cuestión de Sieva: Jeanne ha sido la compañera de Liova desde los tiempos de Prinkipo, ocho años de vida difícil y dura. Sieva vive con ellos desde 1934 en París. En una entrevista Sieva dice de Jeanne que era una «mujer dominante e impulsiva»; en otra que, tras la muerte de Liova, vivir con ella era un infierno. En otra: «Sí, la vida con Jeanne no era muy feliz. Era una mujer herida, triste y deprimida por la muerte de su compañero [León Sedov]. Quería seguir criándome como si fuera su propio hijo, ya que no había tenido hijos». En ningún momento Esteban Volkov –

así se le conocerá en México— dice nada de la vida con Jeanne antes de morir Liova. Cuatro años durante los cuales se hizo cargo de él y de su bienestar —por no hablar de los tiempos de Berlín, en los que también cuidaba de él cuando Zina no podía hacerlo—, a pesar de las exigencias del trabajo político, de la inestabilidad y de la miseria económica en la que viven ella y Liova, como demuestran las cartas de Jeanne a Natalia recogidas en los archivos de Harvard y Ámsterdam, en las que habla con inmenso cariño del niño y también de las dificultades del día a día.

Entiendo que aquellos meses entre la muerte de Liova (febrero de 1938) y la llegada a Coyoacán (8 de agosto de 1939) tuvieron que ser muy duros para Sieva y que Jeanne estaba en un terrible estado psicológico, pero me duele que la trate con tanto desprecio. Ni una palabra amable sobre ella. Ni una palabra de agradecimiento por darle un hogar cuando no tenía adónde ir, cuando ni siquiera Trotsky y Natalia lo acogieron. Esteban Volkov sí dice algo que me sorprende muchísimo. Cuando un periodista le pregunta por Natalia, dice: «Sí. Ella vivió aquí durante una veintena de años hasta su muerte [en México]. De vez en cuando, viajaba. Iba a París a visitar a Jeanne Martin». Por lo que cuenta la historiografía del litigio entre Jeanne y los Trotsky, parece imposible una reconciliación; por cómo describe Sieva a Jeanne, parece imposible que nadie de su familia, y menos Natalia, quiera continuar una relación tan estrecha como para atravesar el Atlántico para verse. Y sin embargo.

Los lazos afectivos entre Jeanne y Natalia nunca llegaron a romperse y, de hecho, después de la Segunda Guerra Mundial, se reactivaron de tal manera que en un testamento fechado el 12 de diciembre de 1960 Natalia cedía a Jeanne todos los derechos de autor de la obra de Trotsky y el dinero de su cuenta bancaria. Pero el testamento nunca llegó a cumplirse. Jeanne muere en agosto de 1961, cinco meses antes que Natalia.

Murió de un cáncer de garganta que la dejó sin voz y dicen que, estando moribunda en el hospital, echó a un cura de su habitación con gestos que no dejaban lugar a dudas. Pierre Frank y su esposa Marguerite Métayer

acompañaron a Jeanne durante su enfermedad y agonía. Posiblemente fueron ellos las dos únicas personas que acudieron a su funeral.

TERCERA

Cuando el ejército alemán ocupó Francia en junio de 1940 Jeanne no quiso irse de París. Se encargó de gestionar locales clandestinos y los ficheros de los militantes trotskistas. Junto a Jacques Desnots —el camarada que acompaña a Raymond en la terrible entrevista con Trotsky en Noruega—, se ocupó de las relaciones con Maurice Braginsky, un compañero que supervisaba los contactos con los prisioneros trotskistas franceses y con los españoles del POUM en el campo de Gurs y en otras prisiones del sur, como la de Montpellier, donde se encontraba detenida Gabrielle Brausch, la mujer de Jean van Heijenoort, encarcelada por la policía de Vichy en Marsella. Otra vida destrozada de mujer: aunque probablemente sobrevivió gracias a que la detuvieron los franceses y no los nazis, salió de la cárcel con depresión —a su compañero de entonces al parecer lo había asesinado un estalinista— y con la salud muy deteriorada. Acabó distanciándose de la política. Sus últimos años transcurrieron junto a Jeannot, el hijo que tuvo con Van, y con el consuelo de la amistad de Bunny, la nueva mujer de su ex marido, y de su suegra, *Maman* Hélène, que acogió en la casa de su aldea siempre que lo desearon y sin reparo a las mujeres de Van, a su nieto y también a su hijo distante y taciturno cuando la visitaba desde Nueva York o México. Gabrielle murió de un fallo cardíaco a los cuarenta y ocho años.

CUARTA

Dos recuerdos de Jeanne:

1. Removiendo entre las pertenencias recuperadas tras meses de disputas y reclamos con la policía, Jeanne encuentra un papelito al que se referirá en una carta a Van Heijenoort fechada en 1958 como si fuera un tesoro. El papelito es de la época de Prinkipo. Allí, Jeanne se ocupaba de

recoger la ropa sucia de cada habitante de la casa; cada uno tenía que hacer un paquete y un listado de prendas para así tener las cuentas claras. Un día en el que Natalia estaba ausente y tocaba enviar la ropa a lavar, Jeanne fue a la habitación de Trotsky a reclamar el paquete, pero todavía no había hecho la cuenta. Cuando Jeanne fue a tocar la ropa para contarla, Trotsky le dijo, muy serio: «lo voy a hacer yo, tocar eso no es cosa suya, vuelva en un momento, el paquete estará hecho y la cuenta hecha». Un rato después, Jeanne volvió y Trotsky había preparado la ropa y la cuenta en un trocito de papel, escrito con su bella y cuidada caligrafía.

2. En el Archivo de Ámsterdam guardan una postal que Jeanne envió a Natalia desde Berlín en agosto de 1931.

Es la foto de un perrillo despeluchado, un *schnauzer* enano con una oreja caída y otra levantada, que mira a cámara con tristeza perruna, de esa que es capaz de enternecer al más desalmado. El pie de la postal reza en alemán: «Intento convencerme de que estoy bien». Podríamos pensar que es una misiva triste, pero todo lo contrario, es simpática y animosa. Jeanne escribe en el reverso: «Querida Natalia, únicamente quería enviarle mis recuerdos cariñosos y anunciarle una pequeña gran noticia: hace diez días que Liova solo fuma un cigarrillo al día, ¿no es una pequeña victoria? Liova me está enseñando ruso poco a poco. No avanzo muy deprisa y ahora voy a empezar con el español. No le escribo más hoy, aunque pienso mucho en usted. Hoy estamos muy contentos. Un abrazo cariñoso, Jeanne». Y añade unas palabras en ruso en el margen superior: «La perrita, en mi opinión, es increíblemente mona, ¿verdad?».

Consideraciones sobre Raymond

La historia de Raymond Molinier parece obra de un mitómano. La gran cantidad de giros y acontecimientos sorprendentes que jalonan su vida hacen muy difícil relatarla y apenas pueden caber en un solo libro. Por un lado, sería material para una saga (o una serie), por otro, faltan demasiados detalles para ser fieles a los hechos, como es nuestro deseo. Hechos que no solo giran alrededor del propio Molinier.

La dificultad de encontrar información es uno de los problemas más frustrantes a la hora de contar la historia de Molinier y las mujeres de su entorno, a quienes nos referimos así porque él es la figura histórica que tienen todas en común, no porque consideremos que aquellas mujeres activas en los movimientos revolucionarios de los años treinta a setenta no tengan su vida independiente, sus opiniones, sus actos, que merecerían atención y una historia propia. A pesar de su importancia, la historiografía apenas las tiene en cuenta y ellas casi nunca dejan testimonio escrito sobre sus acciones.

Por ejemplo, Vera Lanis no escribe sobre sí misma, como hace Raymond; apenas la mencionan el mismo Raymond, Trotsky, Van Heijenoort ni los demás cronistas del trotskismo. Por suerte contamos con la entrevista que le hizo Tununa Mercado para añadirla a las memorias de Molinier; también con las referencias a Vera, a menudo negativas, que hace en su libro *La nieta de Trotsky* Juana Droeven, la hija que Molinier tuvo con Suzanne Demanet; contamos con unas pocas cartas, en su mayor parte de contenido administrativo, que Vera intercambió con Trotsky y con Natalia,

y con el precioso testimonio que compartió con nosotros Vera Fogwill, nieta de Raymond.

Así que nos vemos obligados a imaginar y deducir, lo que no equivale a saber con certeza, y tomamos decisiones narrativas de las que no podemos estar seguros. Cuando Vera Lanis recuerda el momento en el que se enteró de la muerte de Trotsky, dice: «Compré el diario y me senté en una piedra cualquiera, en la calle. Estaba Hitler. Había que huir de Hitler. Estallaban bombas de muerte en todas partes. Empecé a leer. Estaba muy, muy emocionada. Desesperada, no sabía qué hacer, con quién hablar, a quién avisar». Nos llama la atención su soledad, así que suponemos que en esos momentos no está con Raymond en Londres, que es donde a él le sorprende el asesinato de Trotsky. Pero Vera no da más detalles. En su relato solo importa el impacto emocional de la noticia, no qué actividades políticas está llevando a cabo ni dónde.

Si ya es difícil detallar los movimientos de Raymond, que en ocasiones aporta informaciones contradictorias o, tal vez, deliberadamente confusas, más complicado aún es reconstruir los desplazamientos de ellas.

Esta anécdota sobre Vera ejemplifica las dificultades que estamos encontrando para narrar la vida de mujeres que estuvieron en el centro de acontecimientos históricos, y no es que se mantuviesen en la sombra o solo desempeñasen papeles subordinados –cosa que quizá podría decirse de Vera pero no de Jeanne o de Elisabeth Käsemann, quien pronto aparecerá en estas páginas–: sabemos que participan en la agitación e influyen en las decisiones que se toman en esos años, en la dinámica de las luchas entre fracciones comunistas, y están físicamente presentes en acciones y enfrentamientos, pero apenas asistimos a sus gestos, apenas oímos su voz. No dejaron testimonio ni memoria; si conocemos algo mejor la voz de Jeanne es porque envió numerosas cartas. Es interesante la diferencia con Molinier, Trotsky, Craipeau, Van Heijenoort, Frank..., que escriben porque quieren comunicar algo al mundo, mientras que Jeanne se comunica sobre todo con personas concretas. Posiblemente, ninguna de ellas se vio a sí misma como protagonista de los acontecimientos, por mucho que fueran fundamentales en el devenir histórico. Ni siquiera Natalia Sedova ha dejado

un libro sobre sus experiencias en el centro mismo del leninismo, primero, y del trotskismo, después. También a ella la «oímos» solo en sus cartas y a través de la biografía de Trotsky que escribió Victor Serge, quien la cita tan extensamente que también figura el nombre de ella como autora.

Aunque tengamos más datos de él, también tenemos la sensación de que, por motivos diferentes, Molinier a veces se nos escapa. Por ejemplo, leemos con la frente fruncida sus peripecias en 1940 y 1941, desde que se encuentra en Londres para organizar el trotskismo ante el avance nazi: va de Londres a Bruselas, regreso por Ámsterdam, luego Francia, y de Francia a Lisboa para de allí volver a Londres. Es un hombre buscado, estamos en tiempos de guerra, ¿cómo se mueve con tanta facilidad, por mucho que lleve documentación falsa —el pasaporte de Léon Lambert Droeven, un belga militante sindical del taxi, que usará en varias ocasiones—? ¿Por qué un viaje tan estrambótico para regresar al punto de partida? Teniendo en cuenta los acontecimientos ulteriores, que ahora resumiré, ¿tenía contactos en Lisboa? ¿De qué tipo?

Según sus memorias, Molinier realiza una misión en Francia, cerca de Cassis, tras alistarse en las fuerzas de liberación, en un avión escoltado por la British Air Force para protegerlos de los cazas alemanes. Aterrizan, entregan unas cajas... Y entonces se vuelve todo muy desconcertante para nosotros. Sus mandos dan a Droeven-Molinier dólares, un billete de tren a Madrid —el Madrid franquista— y uno de avión desde allí a Lisboa, donde debe esperar instrucciones. Y, en efecto, las recibe. El tal Andreis le llama a la pensión donde se aloja y le dice que debe quedarse quince días en Lisboa y acudir todas las mañanas a la oficina de correos a esperar comunicaciones.

Un momento, ¿es todo esto verosímil? Las autoridades militares belgas y, por el tipo de misión, el Servicio de Inteligencia británico, ¿envían a alguien recién reclutado a una operación de este tipo? Alguien, además, de cuya dudosa identidad están advertidos. ¿O saben quién es? Aquí se abre el interrogante de por qué el gobierno británico y las fuerzas aliadas

encomendarían trabajo de inteligencia a un comunista. También es cierto que era un comunista trotskista, es decir, antiestalinista, y que en 1940 estaba vigente el pacto Ribbentrop-Mólotov de no agresión entre Alemania y la URSS, por lo que se podía ver a los trotskistas como aliados, no del todo fiables, pero aliados al fin y al cabo. Dentro del trotskismo había una fuerte división entre quienes se negaban a participar en una guerra burguesa y capitalista y quienes pensaban que se debían unir a los países democráticos contra la amenaza del nazismo. ¿Podían el encanto y la energía innegables de Molinier apaciguar la desconfianza del servicio de espionaje? Tampoco sabemos en qué consistían los comunicados que Molinier recibía en la oficina de correos.

Luego Molinier se queda en Lisboa –aunque viaja entre medias a Francia–, organiza la edición y distribución de prensa trotskista, está todo el tiempo en contacto tanto con sus camaradas como con Graham Maingot, alias Andreis, monta el delirante plan del circo Cairoli, consigue que Vera vaya a Lisboa, también que un convento acoja a Suzanne Demanet y se la lleve a Brasil, participa en negocios no muy claros de tráfico de divisas –realizó todas estas actividades, cada una de ellas de una exigencia increíble, en unos pocos meses– y, según él, cuando las autoridades portuguesas le informan de que su presencia en el país no es deseada, pide a Maingot que proteja a Vera, consigue un visado de turista para Bolivia, y se embarca hacia América con su identidad belga y con una tapadera que probablemente le da –¿por qué?– el Servicio de Inteligencia británico. Molinier cuenta que de Bolivia va a Brasil. Uno o dos años después se muda a Argentina, con un encargo del servicio de espionaje británico de informar sobre los nazis que operan allí.

Volvemos a Lisboa, a lo improbable de que le asignen de buenas a primeras una misión que parece más de espionaje que de actividad militar a alguien recién reclutado sobre el que recaen sospechas de actividades ilegales; a lo sorprendente de que un revolucionario impenitente como él se convierta en contacto de un agente británico; a que este le incluya en sus negocios y que

esté dispuesto a hacerle favores. ¿De verdad existió el tal Graham Maingot? Y, si existió, ¿tenía alguna relación con el espionaje británico o era un vividor, uno de tantos que hacía su agosto aprovechándose de la situación desesperada de los exiliados que llegaban a Lisboa para intentar escapar de Europa?

Graham Maingot fue, en efecto, un espía británico integrado en el MI6. Había estado destinado en Roma hasta que la entrada de Mussolini en la guerra le obligó a marcharse. De Roma pasó a Lisboa, donde recibió la misión de contactar con expatriados y reclutarlos para su red de espionaje. Uno de sus principales logros fue reclutar a quien después controlaría a Joan Pujol, el famoso agente doble «Garbo», que fue fundamental para el éxito del desembarco de Normandía.

O sea, que el Maingot del que habla Molinier era un espía del MI6 en Lisboa y con posibilidades de realizar todo tipo de actividades, legales y menos legales, entre los refugiados. Como nada en esta historia puede ser suficientemente rocambolesco, Maingot perteneció al reducido grupo de agentes británicos que mantuvieron contactos con el abogado alemán Otto John, uno de los conjurados que montarían la Operación Walkiria para acabar con la vida de Hitler. Hay sospechas fundadas de que dicha operación no solo fue cosa de oficiales alemanes sino que el espionaje británico participó activamente en ella y que Maingot estuvo implicado al principio, aunque después fue sustituido por su compañera en Lisboa Rita Winslow, a la que, según documentación desvelada recientemente, los superiores consideraban más capaz que a Maingot.

Es probable que nunca averigüemos por qué Raymond fue enviado a Lisboa ni qué hizo allí exactamente. Tampoco si Maingot se dedicaba al tráfico de divisas a escondidas de sus jefes —el hecho de que Raymond sacase de ello una buena tajada podría indicarlo— o si era una manera de obtener fondos para actividades de las que el MI6 no deseaba rendir cuentas. No sabremos si fue cierto que Raymond dejó, como afirma, un negocio tan lucrativo porque ardía en deseos de reactivar su faceta revolucionaria o si sencillamente da esa explicación que le permite quedar bien cuando lo cierto es que la policía portuguesa declaró indeseable su

presencia en Lisboa –luego estaban al tanto al menos en parte de sus actividades– y aceptaremos sin convicción que recibió del servicio de espionaje británico el encargo de localizar a nazis en Latinoamérica; no hay constancia de que encontrara a ninguno.

Según Molinier, fueron los británicos quienes le consiguieron el visado para Bolivia. Sin embargo, el trotskista Harry Ratner, que alojó a Frank y a Molinier en su casa en Londres, asegura –aunque su memoria no es siempre certera– haber sobornado a un funcionario boliviano del consulado de Londres para obtener un visado para Molinier. A pesar de las explicaciones confusas del propio Molinier que sugieren su destino boliviano, en realidad viaja directamente desde Lisboa a Río de Janeiro. Esto lo sabemos porque hemos encontrado su visado brasileño, con identidad falsa, que indica las fechas de salida y llegada, el trayecto e incluso el buque en el que embarcó.

Que Raymond tenía algún tipo de contacto con las autoridades británicas queda confirmado en otro documento: el visado de salida de Léon Lambert Droeven para viajar en avión de Brasil a Inglaterra en 1942, en plena guerra –¿para qué?–, poco después de los bombardeos masivos sobre Londres.

Todo es tan descabellado que, como escribía más arriba, parece producto de la mitomanía de Molinier. Y es verdad que en su historia se entretajan numerosas afirmaciones falsas, que van pasando de un libro a otro.

Muchos de sus compañeros trotskistas argentinos lo creían hijo de un banquero francés, que se había fugado con dinero de su padre, de ahí la cantidad de efectivo que manejaba, las empresas que montaba. Se decía que, si necesitabas algo, el «viejo Marcos», «el Viejo», «el Francés» te lo conseguía.

Para Daniel Bensaïd, el conocido trotskista y dirigente estudiantil durante la revuelta de 1968, Raymond Molinier era una leyenda. Cuenta que se le creía muerto, al confundirlo quizá con su hermano Henri, que sí murió desintegrado por un obús en París durante los últimos días de la guerra; también señala que el historiador Pierre Broué escribió que se fue

de Lisboa con destino desconocido como dueño de un circo ambulante. A Bensaïd le contaron que en 1969, cuando en un congreso trotskista en Rímini alguien estaba relatando la historia increíble de Molinier, un señor se acercó al grupo y dijo: «yo soy Molinier». Estaba allí, una sorpresa más, como delegado de Uruguay.

Después de escuchar tantas leyendas, Bensaïd por fin conoció a Molinier en 1973, en una reunión clandestina de trotskistas argentinos. Y se quedó perplejo cuando más tarde, durante unas vacaciones en Foixà, cerca de Gerona, apareció en la casa en la que estaba alojado con amigos. Tras la desconfianza inicial –¿por qué se presentaba allí aquel hombre de pasado dudoso, cómo los había encontrado?– acabaron por entender los motivos de su presencia: Pierre Frank, que vivía en Colliure, había dicho a Molinier dónde encontrarlos; estaba trabajando temporalmente en una agencia inmobiliaria en la Costa Brava para ganar algo de dinero.

En ese momento, Molinier tiene sesenta y nueve años. Sigue activo en el movimiento trotskista, ha tenido numerosos empleos y negocios –de esa etapa hablaremos más adelante– y al parecer no ha abandonado sus sorprendentes chanchullos. Bensaïd cuenta la historia de Molinier en su libro, con varias imprecisiones y errores. Pero no sabemos si esto se debe a que Molinier le cuenta anécdotas que no son ciertas o porque Bensaïd está repitiendo parte de su leyenda: por ejemplo, no es verdad que Molinier recuperara el cadáver de Elisabeth Käsemann, asesinada por la dictadura argentina, y tampoco es cierto el macabro detalle aportado por Bensaïd, según el cual al cadáver le faltaban los ojos. En realidad, el cuerpo lo recuperaron los padres de Elisabeth tras pagar a los militares argentinos.

Dos aspectos me han interesado mucho en el relato de Bensaïd. El primero, que propuso a Molinier que escribiera el relato de su vida y este se ofendió: escribir la propia historia solo tendría sentido para alguien que hubiera dejado de luchar, dijo, lo que no era su caso –solo lo haría, parcialmente, cuando ya tenía más de ochenta años–. Y, lo más importante, que a menudo Bensaïd tenía la impresión de que muchas de las cosas que contaba Molinier parecían absurdas, invenciones extravagantes, pero de pronto un detalle confirmaba su veracidad. Un día quedó con Bensaïd y su

amigo Albert March –trotskista y exmiembro del POUM– en el puerto pesquero de Sa Riera y allí Molinier «se quitó con precaución un zapato, luego desatornilló el talón y exhumó como una preciosa reliquia una hoja de papel cebolla cuidadosamente plegada»: era la carta en la que Trotsky se mostraba dispuesto a aceptar la reconciliación con él y con Pierre Frank. Dicha carta, en efecto, existe, aunque no sabemos si lo que llevaba Molinier escondido en el talón del zapato, como haría un espía de película, era la original.

Molinier se fue de Gerona después de robar a la inmobiliaria un mimeógrafo y una copiadora al alcohol, muy valiosas para imprimir panfletos durante la dictadura franquista, y de entregárselos a los camaradas catalanes.

Así son las historias de Molinier. Increíbles, disparatadas, entretenidas, desconcertantes. Exageraciones, algunas, pero menos de las que se podría pensar. Y él las reproducía, presuntuoso, uno de esos hombres conscientes de haber vivido acontecimientos extraordinarios y los cuenta para impresionar y seducir. Entre todas esas verdades y exageraciones e invenciones intentamos apresar algo del pasado, una secuencia que nos dé la impresión de comprender.

Narrar una vida es, por fuerza, una falsificación, incluso cuando narramos la nuestra. Para contarla debemos volverla inteligible y para ello tenemos que interpretar. En toda persona hay una opacidad, algo que no se deja mostrar. No sabemos quiénes somos y mucho menos sabemos quiénes son los demás. Ahora que estamos embarcados en el proyecto de escribir sobre Raymond Molinier y quienes lo rodearon nos volvemos conscientes de nuevo de la dificultad de volver presente el pasado mediante la ficción.

La paradoja, penosa, de la literatura es que nos permite vislumbrar pero no ver. Intuir pero no comprender. Quizá por eso nos hemos decidido por una escritura no solo fragmentaria, sino también caleidoscópica.

Imaginemos un caleidoscopio que no controlamos. Lo tenemos ante el ojo y va girando aleatoriamente. Así que, cuando descubrimos una figura,

esta ya se desvanece y es sustituida por una nueva. Se trata de las mismas formas, que van cambiando de disposición y ofreciendo cada vez una imagen diferente. Quizá nos guste una particularmente y queríamos que permaneciese más tiempo ante nuestra mirada, para poder distinguir su estructura, disfrutarla, memorizarla. Pero ya no está. Y por bien que encajen las piezas y por armónica que sea una de las imágenes resultantes, sabemos que es en parte producto del azar. La imagen no es verdadera, lo único verdadero es nuestro deseo de ver y de encontrar un orden en lo visto.

Somos conscientes de que nunca podremos reproducir con precisión lo sucedido. No se trata de narrar de forma coherente el pasado, sino de rescatar mediante fogonazos su carácter contradictorio y conflictivo. De ahí el caleidoscopio. De ahí que lo único que podemos hacer es dejar constancia de la relación dialéctica entre nuestro deseo y nuestra impotencia.

Si sabemos que no se puede reproducir más que por aproximación la existencia de nadie, si apenas somos capaces de imaginar la brutalidad con la que algunas vidas son zarandeadas, ¿por qué nos empeñamos en hacerlo? ¿Por qué quise yo escribir la historia de mis abuelos, machacados por una guerra civil, una separación dolorosa, la pobreza, en el caso de él una revolución, en el de ambos el lento desgaste de sus ilusiones? ¿Por qué quiso Edurne recrear la vida de Maddi y pasarse más de un año sumergida en la lectura de los acontecimientos terribles de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto? ¿Por qué, si le hacía daño leer todas esas atrocidades, imaginarse detalladamente la tortura a la que fue sometida Maddi, creía necesario seguir escribiendo?

La pregunta que resume las anteriores es: ¿por qué nos importa la verdad? Dicho de otra manera: ¿por qué no abrazamos la libertad de la ficción y aprovechamos a los personajes que tenemos entre manos para recrear aquellos años, el ambiente revolucionario, los enfrentamientos entre los movimientos comunistas, las persecuciones que sufrían entonces quienes pretendían cambiar el mundo oponiendo violencia a violencia sin

preocuparnos de la fidelidad histórica, escribiendo lo que nos divierte o conviene? Hemos escuchado o leído a decenas de escritores acogerse al privilegio de la ficción para alejarse de la realidad y construir su obra según sus deseos: el arte no debe nada a la realidad, puede distorsionarla como le parezca, decía hace poco un autor.

Enzo Traverso, en *Pasados singulares*, nos dice que al contrario que el historiador, que debe apegarse a los hechos, quien escribe ficción debe, mediante diálogos, pensamientos, situaciones inventadas pero que no contradicen lo que conocemos, «captar los colores, las atmósferas, las voces, las formas; recrear detalles que más allá de su carácter aparentemente insignificante, revelan un mundo mental, las costumbres, la cultura, las relaciones sociales de una época».

Aunque podemos aceptar en líneas generales la tarea que Traverso espera de los escritores, Edurne y yo trazamos una línea muy difícil de precisar pero fundamental entre «invención» e «imaginación». No es una línea abrupta, sus bordes son porosos y tienen flecos, es más bien una franja cuyos límites pueden caer de uno u otro lado, pero su presencia marca nuestra forma de trabajar. Digámoslo así: cuando utilizas situaciones y personajes históricos –en el sentido de que sus protagonistas han desaparecido y también todos o buena parte de los testigos–, novelarlos exige rellenar lo que no sabes, que es otra forma de decir «ficcionalizarlo». Para hacerlo puedes inventar o imaginar.

Inventar sería cuando a partir de lo sucedido y documentado, decides que, como la novela tiene sus propias reglas y herramientas, vas a crear situaciones, giros, incluso personajes adicionales porque le vienen bien: para darle ritmo, contraste, tensión narrativa, suspense, mayor textura sentimental..., es decir, para que tu novela funcione como tú escritor, escritora, deseas.

Imaginar es para nosotros algo distinto: a partir de lo sucedido y documentado, es decir, de lo que sabes con certeza sobre el pasado, intentas deducir lo que no sabes. No creas una situación porque te conviene narrativamente, sino porque piensas que las cosas pudieron ser así. Cuando conoces las acciones de un personaje, su biografía, quizá también sus

opiniones y juicios –como en el caso de Molinier, o de Trotsky si le hubiésemos dado un papel mayor en *Una belleza terrible*–, te esfuerzas por entender su psicología, sus deseos, sus miedos y, efectivamente, imaginar qué sentiría o diría en una situación determinada.

No es lo mismo inventar e imaginar. No da lugar al mismo tipo de novela. La invención renuncia a acercarse a la verdad de los hechos, la imaginación lo intenta sabiendo que es imposible lograrlo por completo. Y a veces nos sorprendemos y alegramos cuando, tras escribir una novela, alguna casualidad, quizá un testigo inesperado, nos confirma que lo que imaginamos sucedió, que nos hemos acercado a la verdad de un personaje o de una situación.

Sabemos que hay quien desprecia este tipo de enfoque. La literatura es un espacio de libertad, dicen, y esa libertad no debe tener límites. Tonterías. La libertad siempre tiene límites: los que impone el mercado, los que fija tu deseo de agradar o tu miedo a ofender, y, por supuesto, los de tu propio talento. La libertad absoluta no existe ni en la vida ni en el arte. Y nosotros preferimos elegir nuestros límites, no solo porque nos parece más honesto hacia el pasado y por ello hacia quien nos lee, también porque esta manera de trabajar estimula nuestra creatividad y nuestra imaginación, nos lleva a introducirnos de lleno en la textura de lo sucedido, a sentirla casi físicamente, nos obliga a no adentrarnos por la senda fácil de elegir lo que añadimos o quitamos o cambiamos para sentirnos a gusto. No nos sentimos a gusto. Nos sentimos dentro. Partícipes. Cómplices.

Y nos emocionamos al descubrir durante la escritura un pequeño detalle que nos ayuda a profundizar en unas vidas y en un tiempo que no son los nuestros. Nos sucedió ayer, cuando encontramos una foto que no conocíamos de la última compañera de Raymond, Elisabeth Käsemann: ella, adolescente o al menos muy joven, vestida con ropa clara, acucillada y abrazada a un enorme perro blanco; Elisabeth ríe, podemos imaginar lo que siente al abrazar a su peludo amigo y percibir su calor, y nos conmueve porque no sabe las cosas terribles que le van a suceder, pero nosotros sí, y nos duele, y quisiéramos cambiarlas, pero no podemos, no debemos, y nos limitamos a alegrarnos con ella por ese momento de felicidad, y

continuamos escribiendo con la sensación de que estamos rescatando algo de esa chica a la que admiramos y a la que deseábamos un final diferente. Pero no se lo daremos, no para tranquilizar, aliviar o imprimir un giro inesperado.

Es extraño que Edurne y yo coincidamos tanto en esta cuestión: respetamos más la vida que la literatura. Por eso somos escritores.

El desmoronamiento

Estamos abandonando Europa, allí se quedan Jeanne y tantos otros, pero tenemos que seguir a Raymond, cruzar el Atlántico con él. Hemos escrito historias que abarcan hasta 1941 y, antes de lanzarnos a la nueva etapa, hacemos una pausa en esta tierra de nadie. Nos sentamos juntos en el sofá, miramos con cierta tristeza el mundo que dejamos atrás, al menos provisionalmente. Y nos damos cuenta de que, aunque para esa fecha ya te hayan asesinado, sigues ahí, León Davidovich Bronstein, alias Trotsky —a quién se le ocurre tomar el alias de uno de tus carceleros—. Eres ese personaje secundario que da sentido a la trama o, más bien, a las vidas de quienes ocupan la escena todo el tiempo. Estás muerto pero estás vivo. También en nosotros. Sin duda has cometido actos terribles, errores imperdonables, pero nuestra tarea no es juzgar, sino intentar entender e imaginar tus años de exilios, persecuciones, traiciones y abandonos. De resistencia y lucha.

Pero es absolutamente inimaginable. Asistir a tu vida como un proceso de desmoronamiento y derrumbe, cuando todo parecía que sería construcción, creación. Lo fue, durante un tiempo lo fue: un caudal de energía, comprobar que tu voz y tus gestos no eran solo aire, movimiento, significado, sino que, literalmente, transformaban el mundo. No eran mensajes, eran conjuros; el mago que levanta un brazo, apunta con el dedo, pronuncia una fórmula y los objetos y las personas cambian de lugar, de forma, de esencia. Piensas que aún podría ser así, aunque a tu alrededor la gente baja la mirada cuando trazas planes, propones proyectos, das órdenes

que ahora ya no cumplen con entusiasmo, con esperanza, sino con la resignación de quien realiza un esfuerzo tan necesario como inútil.

Es absolutamente inimaginable. No que te expulsen de tu país, el exilio, la persecución. A eso estás acostumbrado. Era parte del juego; estar perseguido te volvía más consciente de la importancia y la magnitud de tu tarea y también te daba la impresión de ser alguien con quien había que contar; ya no eras un mero estudiante que se limitaba a aprender, ahora tus palabras y tus actos eran aprendidos por otros.

Te encarcelaban, te desterraban, pretendían silenciarte, pero tú encontrabas la manera de hacer que tus escritos y tus opiniones llegasen a la gente. Te obligaban a vivir en un lugar alejado de casi todo lo que te importaba, y eso te llevó a convertirte en un experto en establecer contactos y en ejecutar fugas. La primera, en 1902, cuando ya tenías mujer y dos hijas que estaban contigo en el exilio. No sabemos cuánto te dolió tener que separarte de Alexandra y de las niñas, tres años la mayor, solo uno la más pequeña. La revolución o ellas; la Historia o ellas. Alexandra te empujó a hacerlo y tú entendiste que era necesario. No te fue difícil escapar. Años después descubrirías que estar prisionero de la policía imperial era mucho menos terrible que estarlo de la dictadura del proletariado. Pero entre medias hubo un nuevo exilio: tras regresar a Rusia para participar en la revolución de 1905 fuiste detenido nuevamente, ya convertido en una figura política conocida, y el zar te exilió de por vida a una remota aldea en el Círculo Polar Ártico: fue un escándalo que esta vez te fugases incluso antes de llegar a tu destino. Cientos de kilómetros, en invierno, a través de la estepa siberiana, con un conductor de trineo borracho. De acciones épicas como esta nacen las leyendas.

La cárcel, el exilio, las amenazas, las persecuciones, los intentos de humillarte eran llevaderos. Tenías un propósito y la fuerza para cumplirlo, te sostenían millones de personas que no es que creyesen lo mismo que tú, es que creían lo que tú les dijese que debían creer.

La guerra te llevó al límite de tus capacidades, te hizo ver la muerte y causar la muerte. Ni en tus mejores sueños, ni en tus peores sueños, habrías creído que tú, un judío de una pequeña aldea, un estudiante sin recursos,

acabarías creando y comandando el Ejército Rojo. Fueron años durísimos, pero seguías teniendo un objetivo, aunque a veces se volviese borroso. Recorrías Rusia en tren de un extremo a otro, dando órdenes, organizando, poniendo en pie la defensa frente a los contrarrevolucionarios y las fuerzas enviadas por gobiernos aterrados ante la idea de tener ante sus puertas un país comunista. Te sentías la locomotora de la revolución. Estabais haciendo historia, aunque a la vez la Historia os estaba diezmado. Era una época brutal y exaltante.

Quizá te resultó más duro asistir después a las corruptelas, al arribismo, a las traiciones dentro de tu propio partido. A la estupidez sangrienta de comisarios y chequistas, tú, que considerabas necesaria la violencia, no podías más que sentir asco por venganzas y depuraciones sin sentido. Y a la inacabable sucesión de suicidios de camaradas, de revolucionarios que habían soportado la guerra y el hambre y no soportaron la paz, el deterioro, las imperfecciones de la revolución: obreros, soldados, políticos, periodistas, poetas. Pero no podías detenerte a compadecer ni a dudar: la nueva realidad que habíais creado podía desaparecer en cualquier momento.

Más difícil de soportar fue que, cuando parecía que tu mundo, vuestro mundo, se asentaba, adquiría forma, las persecuciones de Stalin revelaron que lo que hacía era desdibujarse, tambalearse, mostrarte su lado más siniestro. El nuevo destierro, vivir vigilado, que te quitasen parte de tus escritos, que te mandaran al exilio otra vez. Los días en un tren detenido en medio de la nieve, esperando a que Stalin decidiera si te dejaba marchar, te encarcelaba o te asesinaba, a ti, a Natalia y a Liova. Pero nunca llegaste a creer que iría tan lejos. Todavía tenías fe en el partido, en el futuro. Si habíais acabado con el zar, con la aristocracia, con el imperio, ¿cómo no ibais a ser capaces de corregir el curso de la revolución?

Luego la vida se volvió cada vez más estrecha, más asfixiante. El destierro en Turquía, donde te resulta tan difícil comunicarte con tus seguidores y participar en la vida política. Darte cuenta de que todos los países, uno por uno, van rechazando tus solicitudes de un permiso de residencia. Ver, notar, intuir, que la mayoría de los comunistas de todo el mundo se esfuerzan en hacer méritos ante Stalin atosigándote, injuriándote,

recortando tu libertad de movimientos. Después la malaria, los dolores de espalda, más tarde la hipertensión. Empiezas a ser un anciano antes de cumplir los sesenta. Los cumplirás por muy poco.

Para cuando llegas a Turquía, ya ha muerto tu hija Nina, a la que apenas conociste, pero sí te escribías con ella. Muerta de tuberculosis, de desnutrición, de desesperación, con su marido encarcelado por Stalin casi al mismo tiempo que cuando te encarceló a ti. Aún no sabías que iría destruyendo a todos los tuyos como quien juega al ajedrez, pieza a pieza.

Sobrevivías, creías aún que tu derrota era pasajera. Sin embargo, fue duro que te privasen de la ciudadanía soviética; a ti y a toda tu familia. Saber que te estaban borrando de los libros de historia y de las fotografías, que se ignoraba tu participación en la revolución, que te acusaban de crímenes increíbles, de planes de envenenar a miles de obreros, de conjurarte con nazis y delincuentes. No es que fueses del todo inocente. Es imposible ser un líder revolucionario, dirigir el ejército de los insurgentes sin cargarse de culpas. Aunque te pareciese injusto que dos décadas después te siguieran acusando de la represión sangrienta de los marinos de Kronstadt. ¿Lo volverías a hacer? ¿Enviarías de nuevo al ejército a atacar precisamente al tipo de personas por las que hacías la revolución? No existen las guerras limpias. No existen las decisiones que te permiten poner a salvo tu conciencia cuando solo puedes elegir entre dos males: que peligre la estabilidad de lo logrado y cometer un acto injusto contra personas que tienen hambre, que no consiguen ya ver por qué la revolución era necesaria si su situación no ha mejorado en absoluto.

Eres culpable, el poder nos vuelve culpables. Y quizá también sentiste culpa cuando se suicidó tu hija Zina. Siempre te dolió su desequilibrio. Siempre te dolió su dolor, por no poder volver a ver a su familia, porque también su marido fue encerrado por Stalin, seguramente asesinado. Su madre, Alexandra, te escribió para culparte de la muerte de vuestra hija. Tu culpa, en realidad, fue haberla tenido. Un revolucionario no debería tener hijos, porque su compromiso no es con lo pequeño y lo cercano, sino con lo inabarcable y con un futuro que siempre queda lejos. Te encerraste en el dormitorio con Natalia durante cuatro días para llorar la muerte de Zina.

Habría más.

Te van llegando noticias de amigos asesinados. De supuestos suicidios. De autohumillaciones. De desapariciones, como la de tu hermana Olga, castigada por serlo y por haber estado casada –aunque se hubiesen divorciado– con un disidente. Te duelen incluso las muertes de tus rivales, el ensañamiento con hombres y mujeres con quienes te enfrentaste pero merecían tu respeto. Quieres protestar y te silencian. Hablar y te ignoran.

Un incendio provocado en la casa en la que te escondes ha destruido parte de tus documentos y de tus fotografías. Tienes guardaespaldas pero sabes que no servirán el día que se decida tu asesinato. Te persigue la prensa. Te persiguen los fascistas. Te persiguen quienes creías que, de alguna manera, seguían siendo los tuyos.

Es inimaginable vivir cada día sabiendo que quienes están contigo, quienes te visitan, quienes te halagan, quienes fingen ayudarte, quienes te hacen favores, quienes parecen defenderte, pueden ser espías, informantes, traidores. Manosean tus papeles. Te escuchan buscando el punto débil. Te atraen hacia lo que te destruye. Los tienes en tu casa, comen tu pan y comparten tu mesa, están a tu lado en tu tristeza y en tu alegría, os abrazan a tu mujer y a ti, acarician la cabeza de tu nieto, juegan con tus perros.

No puedes saber quiénes son y de hecho te equivocas varias veces. Confías en los que más te traicionan. Solo Natalia y Liova son absolutamente fieles. Por eso les exiges, los hieres, a veces eres tiránico pero es que tienes aún tanta tarea y tan poco apoyo que han de ser perfectos, irreprochables.

No solo tu vida se derrumba, también tus seguidores se pelean y hacen que se desmorone lo poco que logras construir. Escribes de forma obsesiva porque sabes que al mismo tiempo que escribes otros van borrando tus palabras. Pretendes ser más rápido que ellos, ser escuchado antes de ser amordazado.

Es inimaginable que aún creas, que aún confíes en poner a salvo alguna cosa. Que incluso todavía pienses que la brutalidad tiene una lógica y un límite. Por ejemplo, durante un tiempo estuviste seguro de que tu hijo Sergei no corría peligro. Él nunca se interesó por la política. Era ingeniero.

No atacó a Stalin ni criticó el comunismo. No había ninguna razón para perseguirlo o castigarlo. Pero era hijo de Trotsky. Y la venganza de Stalin era una venganza bíblica. Estaba dispuesto no solo a acabar contigo, también con todos tus allegados. Destruir tu obra, tu rastro genético, tu herencia y a todo aquel que no te diera la espalda.

Detuvieron a Sergei. Estás convencido de que Stalin lo ha asesinado y tienes razón, pero no llegarás a saberlo con certeza. Apenas un año después le toca el turno a Liova, el único hijo que te quedaba. Tu colaborador. Tu apoyo. Lo asesinan en una clínica. Los cómplices de Stalin meten las manos en el cuerpo de tu hijo, tocan su sangre y sus vísceras, lo cosen, le dan una sustancia que no solo lo mata, también lo enloquece y le hace retorcerse de dolor. No se conforman con eliminar a un opositor; es hijo de Trotsky y debe sufrir para que él también sufra todo lo posible. No podrías demostrar ante un tribunal que fue así, pero son tantos los indicios.

Entretanto asesinan a quien fue tu secretario en Noruega, uno más de los muchos asesinatos cometidos por la NKVD durante la guerra civil española. Asesinan en París a uno de tus secretarios de los tiempos de Prinkipo. Los detalles son escabrosos y no hace falta detenerse en ellos. Un asesinato tras otro. Conociste muy poco a Andreu Nin, pero te espanta lo que se filtra sobre su tortura y muerte, y por supuesto no te crees que haya desertado y se haya ido con agentes de la Gestapo. También a ti te acusan de relaciones con los nazis.

La maquinaria del terror no se detiene. En la URSS y en toda Europa. No hay país al que no alcancen las purgas. Todo el mundo tiene miedo, también los fieles al dictador. Un asesino en serie ha tomado el mando en tu país y no sabes cómo explicar que ese monstruo haya nacido de una república de los trabajadores. No puedes condenar el marxismo; no puedes condenar la revolución; no puedes condenar la búsqueda del socialismo, pero ya tampoco puedes justificarlo todo con las desviaciones burocráticas del partido. Son cientos de miles, quizá millones quienes están siendo deportados o asesinados o las dos cosas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. ¿Cómo explicas eso, tú, un hombre racional, analítico, frío en tus juicios y apreciaciones?

Arrastras tu cuerpo cada vez más inútil, más roto, todas las grietas se expanden en ti. Incluso Natalia, que siempre te ha empujado y sostenido, un día no puede más. Después de un paseo sencillo se sienta, incapaz de seguir caminando, de moverse. Los dos, aunque os mudéis de una casa a otra, aunque viajéis de un país a otro, cada vez más atenazados, más paralizados.

Qué alivio entonces estar en México. La acogida alegre, la admiración, el entusiasmo. Pero también allí la inseguridad, los guardias armados, vivir tras un muro, no poder salir libremente, tú solo o con Natalia, a pasear por las calles. Veinte hombres entran una noche en tu casa dispuestos a matarte. Veinte hombres. Más de cien disparos, pero sobrevivís. Inexplicablemente. El largo brazo de Stalin diciéndote que no te ha olvidado, que aunque esta vez hayan fallado, lo volverán a intentar. Te matarán a ti, si pueden matarán a Natalia. Y te sorprende que no hayan asesinado aún a tu nieto. Es el único dolor que podría quedarte y quizá el único que ya no podrías soportar. No, no es cierto. En realidad, cualquier cosa te duele. Natalia contará que a veces te oía hablar a solas en tu despacho, decir «qué cansancio, qué cansancio... no puedo soportarlo más». Y que pronunciabas el nombre de los muertos. Cuando encontraron en un descampado el cuerpo de uno de los guardias que se ocupaba de vuestra seguridad, un joven algo simple que quizá era cómplice de los sicarios que asaltaron tu fortaleza, rompiste a llorar. Lloraste por un casi desconocido, por alguien que quizá acababa de traicionarte y de poner en peligro la vida de los tuyos. Lloraste por él, pero probablemente estabas llorando por todos. También por ti mismo.

Esperas la muerte. Aunque en tu testamento señalabas que probablemente morirías de un ictus, en realidad contabas con morir de forma violenta. No podrías escapar eternamente. No te sorprende, entonces, que ese hombre al que apenas conoces, la pareja de una de tus secretarias, se abalance sobre ti. Más bien, el hecho no te sorprende, pero sí el momento. Habías bajado la guardia; ya desconfías de él —demasiadas cosas no cuadraban en su historia—, y aun así os quedáis a solas en tu despacho. En cuanto tiene oportunidad, saca una piqueta de debajo de su abrigo —os había llamado la atención que llevase abrigo en un día de tanto calor— y te la clava con todas sus fuerzas en la cabeza. Te abre el cráneo. El hierro se

introduce en tu cerebro. A pesar del dolor y de la conmoción, aún te defiendes. Aunque hayas asumido hace tiempo tu muerte, te resistes a ser asesinado, a ser una víctima cualquiera del terror desatado por Stalin. Peleas con ese hombre más alto y fuerte que tú. Le impides asestarte el segundo golpe. Defenderte es tu manera de negarte a aceptar el horror y la destrucción de todo aquello por lo que luchaste.

Al mismo tiempo, de tu boca sale un grito estridente que condensa toda tu rabia, todo tu miedo, todo tu asco. Un grito agudo, no desesperado, casi un arma, una maldición, un chillido que reverberará en la cabeza de tu asesino hasta el final de sus días, un grito en el que están comprimidos los últimos diez años de caer y levantarte, de asumir derrota tras derrota, pérdida tras pérdida.

Aunque estás consciente, con el cráneo horadado, con el cerebro —lo único que habías podido conservar más o menos intacto— espachurrado por la piqueta; te trasladan al hospital, pero ya sabes que te estás muriendo. Aún tirado en el suelo, le dices a tu mujer que la quieres. Balbuceas. Intentas dar instrucciones, se te entrecortan las frases. Ya ni siquiera te queda el poder de tus palabras. Sin embargo, hay algo que necesitas, al menos eso. Porque no te aterra morir pero sí que los esbirros de Stalin toquen tu cuerpo como seguramente hicieron con el de Liova. Tu cuerpo ya sin fuerza. Tu cuerpo como el de cualquier otra persona. Que le den la vuelta sobre el mármol. Que lo laven, quizá haciendo bromas sobre él. Que lo manoseen sin respeto. Que tu carne esté a su disposición. Estar entregado definitivamente a ellos. Cuando se te acercan las enfermeras —¿quiénes son, no podrían ser también espías o mercenarios de Stalin quienes te aguardan en el hospital?— y entiendes que van a desnudarte, susurras a tu mujer:

desnúdame tú, no permitas que me desnuden ellas.

Es inimaginable estar muriéndote y que tu único deseo sea ese: que te desnuden las manos temblorosas de Natalia.

III

AMÉRICA

Juegos malabares

Vera mira a Lisette con ternura. No hay muchas cosas que la conmuevan en los últimos tiempos. Zazá a ratos, aunque más que conmoverla la preocupa: día a día se va cerrando más, protegiéndose de todo y de todos, ve en cada cambio de lugar no una posibilidad de mejorar su situación, que nunca ha sido buena, sino una amenaza, como si su vida solo pudiera ir a peor. Se encierra con ella en el cuarto que comparten y únicamente sale de él cuando tiene que ir a la escuela. A veces lloriquea porque no quiere ir, pero no se rebela. No es un niño rebelde; más bien, es un niño reacio a todo pero que a todo se acaba sometiendo. A Vera le da miedo el adulto en el que puede convertirse.

Pero con Lisette se enternece. La cría, porque aún es una cría aunque sus pechos empiecen a apuntarse, ensaya malabarismos con una constancia que no se quiebra por mucho que las pelotas o los bolos se le caigan una y otra vez de las manos. Mientras los lanza al aire realiza piruetas, salta, da volteretas, con su cuerpo más de niña que de mujer, sus caderas todavía sin formar, cada error es para ella un acicate, una posibilidad de aprendizaje. No se enfada cuando algo sale mal, al contrario, ríe tapándose la boca con el dorso de la mano, busca la comprensión de Vera. También cuando le sale bien un malabarismo nuevo, o cuando se le ocurre una coreografía gimnástica. Mira, Vera, mira lo que hago, le grita desde el escenario, como haría un niño de cuatro años que se balancea en un columpio o salta sobre un pequeño obstáculo. Entonces se detiene, aguarda incierta su aprobación, se entusiasma cuando Vera le asegura que le va a quedar un número precioso.

Desde que llegaron a Chile, da a Lisette clases de canto y de baile. Hay una alegría en su cuerpo que no se sacia lanzando hacia lo alto unas cuantas pelotas ni desplazándose por el escenario a cabriolas y saltos. Quiere meter entre sus costillas estrechitas el ritmo de los tambores y las trompetas, quiere que ese mismo ritmo salga de su pecho, que le inunde la boca. Vera ha acordado con Cairoli que, aparte de asistirlos en las funciones, enseñará a la niña a bailar y cantar. Sin embargo, a Vera no le han dado ningún papel protagonista en los números. ¿Lo ha tenido alguna vez en su vida?

Sí, claro que sí, ya está bien de empequeñecerse. Ha estado en primera línea de manifestaciones en las que se jugaban la cara, ha acompañado a Trotsky y Natalia, maldita sea, ¿cuántas mujeres pueden decir lo mismo? Trabajó con él mano a mano, corrigiendo, traduciendo sus cartas y sus artículos. Ha hecho tanto como cualquier otro por la difusión del trotskismo, no solo en Francia. Durante la huelga de la Renault no se marchó cuando se anunció la llegada de la guardia móvil, como hicieron tantas mujeres, sino que ayudó a construir barricadas, se enfrentó a los gases, a los golpes, se arriesgó a recibir un balazo. También a ella, en aquel momento, le hubiese gustado decir: mira, Raymond, mira lo que hago. A saber por dónde andaba Raymond, por dónde corría y empujaba; como siempre, estaban juntos y separados a la vez. Da igual. Ella estuvo allí. Luchó. Fue protagonista de algo mucho más grande que lo que podía abarcar con la imaginación.

Pero ahora.

Ahora recorre sobre todo el foro del escenario durante las actuaciones, ese es el espacio que le está asignado; desde allí emerge con pasos cercanos al baile para recoger la utilería cuando Cairoli o Lisette terminan de usarla en un número o para entregarles lo que van a necesitar en el siguiente. Con movimientos gráciles, con una sonrisa perpetua que hace que le duelan las comisuras de la boca. Pero aun en el fondo del escenario la distinguen los hombres. Lleva un corselete de lentejuelas, medias de rejilla, zapatos de tacón alto y una diadema a la que tiene que pegar una y otra vez las piedras supuestamente preciosas que se desprenden con los movimientos. Los hombres la miran, eso no ha cambiado. En las primeras actuaciones,

mientras Cairoli realizaba una interpretación de la Marsellesa con una bomba de inflar neumáticos a cuyo tubo había ajustado una pequeña bocina, ella se mantenía inmóvil en el foro, pero el payaso le acabó pidiendo que se metiese entre las bambalinas cuando no fuese necesaria en escena porque notaba que los hombres, en lugar de reírse con el número, no le quitaban ojo.

Los hombres la miran. Los hombres la desean. Los hombres rondan por los camerinos al final del espectáculo, le ofrecen cigarrillos a la salida, pretenden invitarla a almorzar o a cenar, a un café los más tímidos. Ella a veces se da una alegría. Los chilenos le parecen a la vez corteses y bastos, un poco de otra época. Torpemente ceremoniosos. Nada directos, pero el objetivo es el mismo. Y ella, que no tiene ni quiere pareja estable —¿qué puede ser estable en esos momentos?— agradece que por lo menos el cuerpo reciba sus pequeñas raciones de placer.

No echa de menos a Raymond, ya no. Cuando se acuesta con un hombre recupera la alegría de sentirse deseada. Lo malo es que la sensación dura muy poco y después siempre piensa que no ha merecido la pena, y desde luego no quiere acabar como temió cuando trabajaba en el Casino: de mantenida, hasta que su cuerpo se fuese ablandando y perdiendo su encanto, con hombres cada vez más zarrapastrosos, que la maltratan porque en realidad preferirían estar con una mujer más joven o hermosa. Hombres para los que ella sería una manera de resignarse a que nunca serán quienes creyeron que iban a ser y la castigarían por su propio fracaso.

De todas formas, no es que tenga mucho tiempo libre. Algunos días participan en cuatro funciones —aún no tienen espectáculo propio— y tienen que ir casi corriendo de una a otra: sesiones de vermouth y noche en el Teatro Balmaceda, té y medianoche en el Tap Room.

La tarde anterior Vera abrió el periódico para comprobar que, una vez más, su nombre no aparecía en el anuncio de las actuaciones del «excéntrico musical francés Filip Cairoli y la malabarista deportiva Lisette»; a veces ni siquiera ellos figuran, solo el nombre de la revista en la que participan unos pocos minutos. Quiso, como siempre, ir directamente a la sección de espectáculos, pero no lo consiguió. En portada, un pequeño

mapa de la península de Crimea, que dejaba Odesa fuera por unos pocos kilómetros.

LOS ALEMANES INICIARON SU OFENSIVA DE PRIMAVERA. Esas palabras, en mayúsculas y en negrita, encabezaban la primera página, encima del mapa. Y después, en el titular de la primera columna: **Una resistencia desesperada están presentando rusos.** Por eso no lee periódicos, porque no hay nada más triste que asomarse a lo que sucede en Europa y estar tan lejos de la lucha, no ser parte de la resistencia. Es abrir una ventana a desgracias que ocurren muy lejos pero te afectan: son, también, parte de tus derrotas.

Por primera vez en muchísimos años echó de menos Odesa. Es decir, echó de menos su infancia en Odesa. Sintió una nostalgia terrible no de un lugar al que desearía volver y no puede, sino de un lugar que ahora imagina arrasado por los bombardeos alemanes. Imaginó las ruinas. Las calles de su niñez cubiertas por escombros. Los edificios en llamas. El humo y las cenizas. Los muertos. Un lugar al que nadie puede volver porque ya nunca existirá como lo conocieron.

No pudo dejar de leer más noticias, aunque con esfuerzo porque el español se le resiste. Más bien, no tiene ganas de aprenderlo. No sabe cuánto tiempo se va a quedar en Chile ni a dónde irá desde allí y trabaja demasiado como para realizar sacrificios inútiles. Zazá sí lo aprende rápido aunque refunfuñe una y otra vez porque en el colegio se burlan de su pronunciación.

Leyó sobre la ofensiva brutal en el sur de Rusia, pero lo que hizo que se le encogiera de verdad el corazón fue una pequeña noticia, un recuadro minúsculo en la parte inferior izquierda de la página: Laval, primer ministro de Vichy, odiado entre los trotskistas porque había pasado de socialista a conservador y después a filonazi –aún resonaban en la cabeza de Vera las injurias de Raymond cada vez que se pronunciaba su nombre–, había prometido entregar a los alemanes la escuadra y las posesiones francesas en África del Norte. El breve también indicaba que dicha decisión permitiría a Hitler controlar el Caribe. Vera dejó de leer, con el periódico abierto sobre las piernas. Estaba sentada en el cuarto de la pensión donde se alojan, muy

cerca del Balmaceda. Zazá en el colegio. Los demás reposando antes de la siguiente función. Ella con un desasosiego que hacía temblar sus manos. ¿Van a llegar también a América? ¿Van a ocupar el mundo entero? Unas horas antes habría dicho que Napoleón se hundió en Rusia y que Hitler hará lo mismo: la estepa rusa será el cementerio inmenso en el que se congelarán sus esqueletos.

Después de leer el periódico no lo tenía tan claro. Veía ya los acorazados alemanes y franceses en La Habana, en Río, en Buenos Aires. Se acordó de su madre, por primera vez en mucho tiempo. De su familia, solo se relaciona con su hermana Galia. Le ha dicho varias veces que tiene que dejar Francia, pero no sabe si aún estará a tiempo de hacerlo. Aunque ella nunca se ha metido en política y sería solo cuestión de conseguir el dinero para su pasaje y el de su hijo.

El cuarto era demasiado pequeño para contener su agitación. Se echó un chal por encima de los hombros; la llovizna de la mañana se había transformado en una niebla fría. Cerró con cuidado primero la puerta del dormitorio y después la de la pensión. Enseguida llegó a la ribera del Mapocho; casi siempre acababa paseando por allí pero no porque le recordara al Sena; el Mapocho era el río más feo que había visto en su vida. No acababa de creerse que un curso tan turbio y escuálido, que discurría sobre un lecho de cemento, pudiera provocar crecidas catastróficas. El Sena, mucho más caudaloso, era también más previsible. Todo en Francia le parecía más previsible.

El paseo por el Mapocho no la calmó del todo pero el aire fresco y húmedo sí ayudaron a disipar parte de su angustia. Aprovechó que había salido de la pensión para acercarse a comprar en el Mercado central; patatas, betarragas —que compraba señalándolas, porque nunca logró pronunciar el nombre—, queso, una botella de un vino amarronado que se encontraba por todas partes. Compró también dos barquillos para Zazá. No era un niño comilón, pero sí goloso. Se los daría antes de salir hacia la actuación, como consuelo por dejarlo sin compañía otra vez. El pobre había tenido que resignarse a pasar las tardes solo. Quizá, si se quedaban más tiempo en Santiago, acabaría haciendo amigos, yendo a sus casas a hacer

los deberes, jugando al fútbol con ellos. Vera había intentado que, al menos, frecuentase los ensayos para que aprendiera él también a lanzar las pelotas y los bolos. Y lo hizo unas pocas veces, pero se cansó enseguida. No se puede esperar constancia de un crío con una vida como la suya: cambiando de colegio y de casa cada dos por tres. Y en solo nueve años ya ha vivido en tres países con tres lenguas diferentes. Con un padre que aparece y desaparece. Vera es lo único que da continuidad a su vida. Nada permanece para él, pobre Zazá, nada. ¿Cómo va a imaginar el futuro, hacer proyectos, tener ilusiones?

Justo al contrario que Lisette. Para ella, mudarse de lugar una y otra vez es una forma de estabilidad: esté donde esté la familia Cairolí, sus rutinas son las mismas, como lo son su trabajo y sus expectativas. Por eso Lisette aprende, ensaya, entrena. Lo que hace ahora, lo hará en el futuro, pero mejor. Y rodeada de la misma gente o de gente muy parecida. En un escenario más grande o más pequeño, similar a ese en el que se ejercita, o, si todo va bien, un día en la pista de un circo.

—¿No quieres descansar un rato? —le pregunta.

Lisette se sopla una gota de sudor que le cuelga de la punta de la nariz. Se echa el pelo húmedo hacia atrás.

—Solo un poco más —dice y atraviesa el escenario haciendo ruedas, regresa de la misma forma al punto de partida, se tambalea al detenerse, ríe. Va a por la jarra de agua que ha dejado en un rincón, llena el vaso y bebe con avidez adolescente hasta vaciarlo; hace lo mismo con un segundo vaso.

—Me voy a casa. Bueno, ya me entiendes. —Recoge del suelo una bolsa de tela, en la que lleva una toalla que no utiliza casi nunca. Espera un momento a ver qué hace Vera.

—Todavía no me voy —le dice.

Lisette desciende del escenario de un brinco por la parte delantera, recorre el pasillo central de butacas, amagando de camino un par de saltos de tijera, como si en la imaginación continuara realizando piruetas, y empuja una de las pesadas puertas de la sala de espectáculos, que bate varias veces antes de detenerse.

Vera se dirige al centro del proscenio, de frente al patio de butacas. Todo apagado menos el escenario en el que han dejado un par de focos encendidos; también entra algo de luz a través de las claraboyas de la puerta batiente. Levanta la cara hacia los palcos. Se lleva una mano al pecho. Primero muy bajito, luego aumentando progresivamente el volumen, canta «La fille du Bédouin», sonríe mientras canta, realiza movimientos entre marciales y cómicos, marcha por el escenario con aires de soldado que ridiculiza su propio paso, ahora marcando el ritmo con los brazos y los puños delante de la cintura, está segura de que el público aplaudiría y reiría, empezarían a batir con los pies al ritmo de la marcha bufa, *La fille du Bédouin suivait nuit et jour cette caravane. Elle mourait d'amour pour un jeune bédouin de la caravane*, todos estarían alegres, como lo están todas las noches en el Teatro Balmaceda y en el Tap Room, alegres, indiferentes a lo que suceda más allá de las puertas del teatro, más allá del Mapocho, más allá de la cordillera y del océano, sonrientes como ella cada noche cuando alcanza a Lisette y a Filip Cairolí sus instrumentos ridículos y sus flores de pega, y sus bolos y pelotas y ukeleles para lanzarlos al aire, mientras tropieza Filip y mientras Lisette hace graciosas piruetas, *La fille du Bédouin suivait nuit et jour cette caravane. Elle connut tour à tour les trois mille bédouins de la caravane*, es todo tan divertido que merece la pena pagar la entrada, divertido salvo para la hija del beduino que, en la miseria, la tratan a bastonazos y tiene que *conocer a los tres mil beduinos de la caravana, los mil doscientos camelleros y los mil ochocientos arrieros que le llevan sus bananas*, y Vera canta ya a voz en grito mientras hace retumbar las tablas del escenario con sus pisotones marciales y violentos hasta que se detiene a marcar el paso de frente al público y la marcha se va haciendo un poco más lenta, marcial pero más lenta, casi un himno, hasta dejar atrás a la hija del beduino y se vuelve hacia *los parias de la tierra, en pie famélica legión, atruena la razón en marcha, es el fin de la opresión*. Vera ya no grita, canta más bajo pero con sentimiento, con convicción, se salta un par de estrofas, llega a las últimas, esas que no se entonan nunca pero ella quiere llegar allí, al verso final, siempre olvidado, y ya canta para sí misma *siempre brillará el sol*, repite, siempre brillará el sol, siempre brillará el sol. Se sienta

entonces al borde del escenario. Encogiendo las piernas, se tumba de lado. Delante el silencio del patio de butacas, su oscuridad inmóvil. Vera llora sin ruido y sin un gesto; aunque hubiese público en las primeras filas no se darían cuenta de que lo está haciendo. *Arriba parias de la Tierra*, retoma, *en pie famélica legión*. Y mientras canturrea se dice que regresará a Europa, no sabe cuándo, pero regresará. Ella no va a ser una cantante de cabaré, no va a entretener a ese público indiferente. Le importa lo que ocurre más allá del teatro y de la cordillera y del océano. Un día tomará un barco como el Bagé, pero en dirección opuesta. Con Zazá o sin Zazá, sola o acompañada. Pero no se resignará a vivir en la parte trasera de un escenario. La acción está en otro sitio. Su vida está en otro sitio. Nada se ha acabado. No ha hecho más que comenzar.

Las pequeñas prisiones de Suzanne Demanet

Los alemanes son bestias, bestias, bestias. Nunca me casaré con un alemán. Papá dice que los soldados polacos se enfrentaban a los tanques alemanes a caballo y con lanza y si se caían los aplastaban. Con un lancero polaco sí me casaría, aunque a estas alturas los habrán matado a todos. Una pena.

Si no fuese por los alemanes, yo seguiría en Bélgica. Estaría estudiando, aunque aún no había decidido qué. Letras. O arte dramático. Papá y mamá no aprobaban ninguna de las dos opciones. También decían que una chica tan guapa como yo no estudia mucho tiempo porque enseguida tiene pretendientes. Es verdad que ya me habían salido varios, pero ninguno me gustaba: eran demasiado inmaduros. Yo lo que quería era salir de Auvelais, ir a la universidad en Bruselas o Lovaina, escapar a la vida de pueblo y al olor de la carnicería. Cuando me quejaba, papá decía que la carne que tanto me disgustaba era la que me daba de comer. Si yo eso lo entiendo: pero ¿teníamos que vivir justo encima de ella?

No me escapé. Fueron papá y mamá los que quisieron que me fuera. Papá decía que los alemanes estaban a punto de llegar y que las guerras cuanto más lejos mejor. Un tío mío me contó que papá, antes de que lo llamaran a filas, huyó de la Gran Guerra y se refugió en Países Bajos. Pero no le gustaba que le preguntaran y a mí tampoco me interesaba demasiado.

No voy a decir que siento miedo, porque no es miedo lo que siento. Es solo que estoy desorientada. Ellos se han quedado allí –había que atender la carnicería– y yo estoy en esta ciudad en la que apenas comprendo lo que me dicen, y atestada de gente con cara de susto. Voy todos los días a Correos para ver si tengo noticias de mis padres o del consulado belga o del francés,

pero nada. Mi vida consiste en esperar por las mañanas, y por las tardes en salir con una chica también belga que he conocido aquí. Nos sentamos en los bares y conversamos y nos contamos nuestras cosas, parece mentira que a los dieciocho años y no habiendo salido de mi pueblo tenga tanto que contar.

Su novio es simpático. Bastante mayor que ella y dice que se llama Andreis pero eso no se lo cree ni él. Habla un francés pasable y un portugués que hasta yo me doy cuenta de que no lo domina. A veces mi amiga y yo nos partimos de risa porque no lo entienden en los bares. Él también se ríe y se lleva un dedo a los labios como pidiéndonos que le guardemos el secreto. Mi amiga me cuenta que en realidad es un hombre de negocios inglés. ¿Y por qué tiene que fingir que no es inglés un hombre de negocios?, le pregunto y ella no sabe qué responder. Pero siempre nos invita así que qué más da lo que sea, le digo, para sacarla del apuro.

Le pasa lo mismo a Léon Lambert. Me dice que se llama así después de sentarse junto a mí en la oficina de correos. Llevaba ya un rato mirándome de lejos y en cuanto ha quedado un sitio libre a mi lado se ha apresurado a ocuparlo. Me pregunta muchas cosas y por supuesto quiere saber si estoy sola; todos quieren saber si estoy sola. Por si acaso, le digo que mis padres me han enviado a Lisboa para protegerme de la guerra y que luego me voy al norte de África, donde me espera un capitán de navío para que nos casemos. Según termino de contárselo, sin darme yo misma cuenta de que va a suceder, rompo a llorar. Llora como cuando era niña. Si él me hubiera puesto la mano encima aprovechando la situación habría salido corriendo, pero solo dice: ven, anda, ven conmigo, vamos a salir de aquí. No me lleva a un bar, ni pretende que lo acompañe a su casa o a un hotel, me lleva a la orilla del río. Paseamos un rato y como no sé qué decir le digo que en Bélgica vivía al lado de un río, el Sambre, mucho más pequeño que el Tajo y también más sucio. Entonces él me dice que se llama Léon Lambert y que es belga. A mí no se me han secado las lágrimas, pero me echo a reír. Es verdad que se esfuerza en hablar con acento belga, pero parece una imitación cómica y yo sigo riendo y a él también le da la risa. ¿Cuántos

años tienes?, me pregunta. Yo respondo que diecinueve aunque no es verdad, pero los voy a cumplir pronto.

¿Cómo quieres que te llame, Léon o Lambert?, le pregunto.

Léon cuando estemos con gente, cuando estemos a solas llámame Raymond.

Tiemblo.

Tal cual. Lo digo sin vergüenza: tiemblo. Porque entiendo lo que está diciendo pero nunca habría imaginado que alguien pudiera decirlo con esa elegancia y con esa seguridad a la vez. Y yo necesito a alguien que me sostenga. Tengo dieciocho años y estoy sola en Lisboa y no sé nada de mis padres, que quizá hayan muerto, porque los alemanes son bestias, y el dinero empieza a agotarse y no quiero casarme ni irme a África con un capitán de navío, pero no es solo eso, no es por conveniencia, al menos no en ese sentido, es por la necesidad de apoyarme y de que me escuchen. Y Raymond no es como Andreis, que habla todo el rato y te controla de reojo a ver si lo miras interesada; Raymond escucha de verdad, asiente, y casi no habla de sí mismo. Solo me dice que esté tranquila porque no me va a pasar nada. Y que va a empezar a mover sus contactos.

Raymond tiene cara de no dejarse intimidar por nadie, pero no es hosco ni agresivo. Resulta que ya conocía a Andreis y a veces salimos los cuatro a tomar algo o a cenar. Mi amiga y yo escuchamos cuando se intercambian las noticias sobre el avance de la guerra. Los alemanes han ocupado Bélgica y Holanda, no sé qué países nórdicos y también Francia. No están seguros de si Portugal va a seguir siendo neutral.

¿Y si se alía con Alemania?, pregunto. Nadie me responde.

No tengo miedo. Sigo sin tener miedo. Pero no quiero que nadie me encierre, ni en una cárcel ni en uno de esos campos que dicen que han montado los alemanes en los países ocupados. Yo acabo de salir de la pequeña prisión de mi pueblo y no me da la gana entrar en otra.

Por eso me abalanzo sobre él y le golpeo el pecho con los puños mientras él ríe su risa de ogro peludo y me abraza y forcejeamos en la cama, y yo finjo estar enfadada provocando aún más carcajadas: ¿En un convento? ¿Me quieres meter en un convento? ¿Tendré que ponerme un

hábito? Me siento en su vientre y junto las manos en oración. Es una idea tan genial que cómo decir que no. Aunque me fastidia que él no vaya a venir conmigo porque tiene unos asuntos que concluir. Para tranquilizarme me enseña su billete de barco, que sale un mes después, y su pasaporte en regla, o lo parece, solo le falta el visado; también para tranquilizarme explica que la fecha de nacimiento de su pasaporte es falsa; es cinco años más joven. A mí en ese momento no me preocupa que me lleve diecisiete años. Raymond es tan travieso que parece tener quince. Como no vengas a rescatarme, me meto a monja de verdad, le amenazo, y nos besamos y los últimos días son un jaleo de papeles y de visitas al consulado y a la policía y luego las fotos, que es cuando en medio de tanta excitación me pongo triste. Triste, triste, triste es la expresión que me sale aunque el fotógrafo me dice que sonrío, pero esa soy yo en este momento, una chica triste, sin maquillar, con el pelo corto y una blusa feísima de rayas, porque justo cuando estoy sentada mirando a la cámara pienso en mi hermano, que murió tan joven, y me habría gustado poder contarle que me voy a Brasil, y seguro que él también se habría reído con la historia del convento, no como papá y mamá –al fin pude comunicar con ellos pero tan tarde, tan, tan tarde–, que me han amenazado con no volver a hablarme y con desheredarme; cuánto me ha dolido esta amenaza, como si yo fuese a ceder en mis deseos por el dinero, qué poco me conocen.

Recupero enseguida la alegría, porque nunca me había montado en un barco así de grande, y las novicias que viajan conmigo rezan todo el rato mientras yo muevo los labios entonando muy bajo canciones de Mireille. Hay muchos hombres en el barco que nos miran como a pececillos indefensos, y pienso que Raymond ha montado toda la historia del convento para que no viaje sola entre tanto tiburón.

Mentiría si dijera que no tengo miedo mientras después aguardo en el convento. ¿Y si no viene? ¿Y si los alemanes hunden su barco? ¿Qué hago yo entonces con el niño que llevo dentro? El escándalo me da igual. Que la madre superiora ponga los ojos en blanco y le den convulsiones. Lo que me preocupa es estar en este país del que sé aún menos que de Portugal y tener que arreglármelas con un bebé. Y no quiero estar sola cuando nazca.

(...)

Mis miedos se replican cuando ya vivimos en Buenos Aires y me vuelve a dejar sola con mi angustia. No es que Raymond no me quiera. Me adora. Se enternece con solo mirarme. Me desea. Y a mí me gusta muchísimo vivir con él, no hay nadie más divertido ni más excitante que Raymond. Pero se va. Desaparece. Dice que tiene cosas que hacer. Cosas. Nunca me explica. El día que cumpla veintiún años lo celebramos en un restaurante de lujo de Buenos Aires. Hemos dejado al bebé con una amiga nuestra. Volvemos a casa. Disfrutamos la noche como hacía tiempo que no sucedía. Por la mañana me dice que al día siguiente se va a Río y de allí a Londres. ¿A Londres? ¿Tú estás loco? Hasta yo sé que es una ciudad destruida y no sabemos cuándo volverán a iniciar los bombardeos. Tengo cosas que hacer, me dice como siempre, mis luchas, tú lo entiendes.

No lo entiendo ni quiero. Lo que entiendo es que yo me quedo aquí, sin saber qué hacer ni con el niño ni conmigo. ¿Así va a ser mi vida? ¿Criar y esperar a ver si mi hombre vuelve entero o a trozos? No me resigno.

(...)

En el 43 llega la niña. No hace ni tres semanas que he cumplido veintitrés años. A veces grito a Raymond, él apenas contraataca. Estoy tan cansada. Estoy tan atrapada. Me está saliendo celulitis en los muslos, a los veintitrés años. Y mi panza no vuelve a ser la de antes después del segundo parto. Menos mal que una amiga me ofrece trabajar en una tienda de perfumes que acaba de abrir. Respiro. Lloro de alegría al salir de casa. Una nana se queda con los niños.

Cuando me quedo embarazada por tercera vez pienso cosas terribles. No me atrevo. Ni me atrevo a pensar que quizá me alegro cuando el niño muere con un año de edad. Pobre, pobre niño. Pobre, pobre Suzanne.

Raymond dice que mientras estoy embarazada y poco después del parto no me pueden echar del país, que es un seguro. No sé si creerle.

Raymond es un hombre brutal. No, no me pega ni me grita, o me grita menos que yo a él. Él no llama a una puerta y pide permiso para entrar. La abre de un empujón. Sus proyectos no son proyectos, son realidades en

cuanto los piensa. Pero ¿en serio? ¿Tú te has vuelto loco? ¿La has instalado a dos cuadras de aquí, sin decírmelo?

Vera necesita un trabajo y yo a alguien que traduzca del ruso. Es mejor que esté aquí cerca, a mano. Y puede ayudarte con los niños.

Te traes a tu amante aquí, ¿no la vas a invitar a que viva con nosotros?

Ya está decidido. Y no es mi amante, es una camarada.

No permito que me ayude con los niños, no quiero verla. La nana me basta para echarme una mano. Raymond cada vez pasa más tiempo fuera de casa. No es que no me quiera. No es que no me desee. Yo noto su necesidad de mí. Pero ¿de qué me sirve eso? Así mismo se lo pregunto a Jacques y Jacques me escucha. Se queda algunas tardes en casa. En algo tengo que entretenerme. Y cuando me quedo otra vez embarazada me digo que es la última vez. Mi cuerpo se va a romper. Yo me estoy rompiendo. Aun así, sigo siendo una mujer hermosa. Empiezo a hacer pequeños papeles en el cine, pero no me dan uno hablado porque dicen que mi acento francés es muy fuerte. Los hombres opinan que tengo un acento seductor pero los productores parecen pensar otra cosa.

A Jacques sí le gusta. Y él también me gusta a mí. Empiezo a intuir la forma de escapar. Es un alivio que Raymond lo descubra. Nos gritamos, le tiro objetos a la cabeza, me pongo como loca. Me estoy volviendo loca o me voy a volver si no salgo de aquí. ¿Y vas a abandonar a tus hijos?, me pregunta Raymond. No los abandono, los dejo contigo, con su padre, le respondo.

(...)

Por fin. Era esto lo que necesitaba. Trabajar en algo que me hace sentir bien, no digo importante, solo útil, creativa. Que me hace sentir inteligente. Escribo sobre cine para algún periódico, sigo haciendo pequeños papeles. Nos mudamos a Brasil. Incluso viajo a Europa otra vez. Ni se me pasa por la cabeza visitar a mis padres. Evito caer en la trampa de la culpa. A veces pienso en mis niños, solo a veces.

Jacques también viaja, pero él solo por América. Le propongo que me acompañe en un viaje a Francia y me dice que no puede volver. Raymond, en una de nuestras peleas, me había gritado que me estaba fugando con un

nazi, pero creí que lo decía para disuadirme. Ahora no sé qué pensar, pero tampoco le pregunto. Si lo fue, era todavía un niño. Yo también he tomado decisiones apresuradas a esa edad. Estamos bien, en general estamos bien. Para qué hurgar en lo oscuro. Es un hombre cariñoso. Fuerte, guapo. Cuando tengo el primer hijo con él, Jean-Pierre, caigo en una depresión. Otra vez me siento como si el mundo se alejase de mí, ya no puedo hablar con la gente como antes, ya no me miran como antes. Me preguntan solo por el bebé. Las mujeres me cuentan de los suyos. Es insoportable. Jacques me dice que por qué no estudio teatro, pero lo dice con desgana, solo porque se siente responsable de mi malestar.

Cuando doy a luz a Anne me encierro en mí misma.

Un día viene a visitarme de Argentina mi hija Juana. Tiene quince años. No sé ni qué decirle. Se parece a mí. He escrito a mis hijos algunas veces, un poco por obligación, pero nunca respondían. Supongo que Raymond o Vera –porque ahora creo que viven con Vera pero a mí qué más me da– les ocultarían mis cartas. Hablo con Juana igual que lo haría con una extraña. Se la presento a la gente como mi hermana. No quiero que se diga que he abandonado a mis hijos, nadie entendería que era imprescindible que lo hiciera. Los hijos se aferran a ti y ya no puedes ir a ningún sitio. Aunque te desplaces, sigues en el mismo lugar. Jacques guarda el secreto pero está molesto. No le gusta la mujer en la que me estoy convirtiendo. Casi ni me afecta que Jacques me deje por la artista inglesa. Para entonces ya solo discutimos.

(...)

Qué gusto estar sola. Vivir mi vida. Volver a Europa.

Anne va a un internado suizo y Jean-Pierre con los padres de Jacques. Y yo estoy tan feliz en Bruselas. Aquí habría vivido seguramente de no haber sido por la guerra. Es una ciudad que siempre está en obras pero a mí no me molesta. Me gustan los lugares en obras, las vidas en obras. Y tienes que fijarte mucho para darte cuenta de que ha habido una guerra porque apenas fue bombardeada y no se luchó en las calles. Rendirte pronto tiene sus ventajas: puedes sobrevivir sin heridas.

Actúo, escribo, tengo más vida social de la que tuve nunca. A veces me da rabia que mi cuerpo esté ya tan ajado, que mi cara haya adquirido una expresión severa. Los hombres prefieren una mujer triste a una mujer severa. Me interesan cada vez menos. Hago mi trabajo. No me resulta difícil porque hablo varios idiomas. Me convierto en la primera mujer distribuidora de cine de Europa, o eso por lo menos me dicen, igual ha habido otra a la que no le haya ido tan bien como a mí. Quién me iba a decir que acabaría siendo amiga de Rossellini, que conocería a Sartre, que entrevistaría a Godard. Tengo amigos, alguno argentino, que conoce a mi familia de allá. De la europea, sobre todo me relaciono con Anne. Ella no está bien y quizá cuidándome hace lo que le gustaría que hicieran con ella. Mi hijo tiene caballos. O los tenía. ¿O eran vacas? De vez en cuando me llega una postal. Yo también escribo postales. A veces no las echo al buzón. Pero me gusta escribirlas, con una caligrafía cuidada. Yo creo que es bonita.

(...)

Esta noche estaba despierta en la cama y no conseguía acordarme del nombre de los hijos que dejé en Argentina. Parece que cada año que vivo aquí borra uno de los que pasé allí. Ya no viajo tanto, pero sí voy a Suiza a ver a Anne y a estar con mis nietas.

Nunca habría imaginado que acabaría viviendo otra vez en un sitio tan pequeño, como si volviera a mi vida de adolescente, con la ventaja de que no están mis padres. Me arreglo bien en este hotel. Me hacen la cama, limpian. Yo paseo junto al río, echaba de menos vivir junto a un río. No recuerdo por qué decidí venir a Lagarde, pero qué más da. Ha sido una buena decisión. A veces me visita Juana. Tengo suficiente dinero para vivir; me lo gira mi hija a través de unos amigos, no sé por qué lo hace; apenas me ocupé de ella, ni de los otros tres, o cuatro, o los que fuesen. A mis años tengo pocos vicios, apenas viajo. Como poco. Me gustaría dejar de comer, es una lata. Lo que no entiendo es por qué me traen a esta otra habitación, es mucho más fea y hay gente en los pasillos y el comedor huele a cosas viejas. Será cosa de Raymond que siempre anda disponiendo y decidiendo sin consultarme. Cuando lo vea tengo que acordarme de preguntarle si ha vuelto con Vera. Seguro que sí. Trotsky los habrá llamado para que le

ayuden. Yo espero que no triunfe la revolución porque cada vez que hay guerra tienes que marcharte a otro sitio y yo no tengo edad para tanto viaje.

(...)

Hoy me han dicho que se ha muerto un hijo mío, pero creo que eso ya me lo habían dicho antes. Cuando me dicen que también se ha muerto mi hija me pongo muy triste. No me acuerdo de su cara pero me entra un dolor que no tengo ninguna gana de levantarme. El caso es que mi hija está aquí y habla conmigo y me dice que me veo muy bien, porque yo soy guapísima y estoy al lado de María Casares en un teatro lujoso, pero de qué me sirve todo este esplendor si Raymond ya no viene y yo lo espero en mi convento cuando lo que me gustaría es salir, salir al mundo, asomarme a cubierta y que me dé en la cara la brisa del mar que me aviva los colores y la mirada y estoy tan, tan preciosa, y entonces Raymond me dice: eres la mujer más bonita que he visto nunca; ven conmigo, yo voy a cuidarte, conmigo estás segura. Y yo apoyo la cabeza sobre su pecho, cierro los ojos, me siento en paz. Me quedo dormida.

Tu capital es mi revolución

Su astucia para los negocios podría convertirle en un hombre rico. Qué decir rico, millonario, multimillonario. Por sus manos pasa dinero a espuestas, podría bañarse como el Tío Gilito en monedas de oro, sumergirse en piscinas de billetes o lanzarlos a los pobres desde un aeroplano, fumárselos como un Gran Gatsby. Podría hacer como Evita Perón y regalar casas y dentaduras postizas, piernas ortopédicas y granjas de chanchos.

Lleva ya años, décadas, sacando dinero de donde no lo hay, o sí, claro que lo hay, el dinero está en todas partes; nueva corrección: el dinero no está en todas partes, sino mal distribuido, llena a reventar algunos bolsillos mientras que los de la mayoría están vacíos. De ahí vinieron todos los males del mundo: cuando empezaron a acumularlo unos pocos, se jodió la sociedad. El día que un grupo de hombres dijo «esta vaca es nuestra», plantaron la semilla de la burguesía. Él ha leído a Engels, pues, a pesar de no haber parado de actuar, también ha encontrado tiempo para leer. La familia, la religión, el Estado, son los terneros de esa primera vaca. Él se dedica a devolver las cosas a su situación original, maquinando, inventando, negociando. En Bruselas, en París. Qué gran negocio tenía con Henri: «Instituto Francés de Recuperación». Sonaba respetable, casi oficial. Aquella empresa daba un gusto doble: primero compraban pagarés a capitalistas que no conseguían recuperar una deuda y luego iban al deudor, normalmente otro capitalista, lo sacudían por las solapas —cuántas monedas caen cuando meneas a un burgués— y se hacían con el dinero.

Raymond no es un hombre nostálgico. La nostalgia consume el tiempo que necesitas dedicar al presente, es un deporte para lánquidos o para gente

enferma y postrada en una cama que ya no puede transformar, moldear, romper lo que la rodea. Sin embargo, a veces echa de menos a Henri. Son momentos muy breves. Fogonazos dulces que lo debilitan unos segundos. Pero es que lo pasaban tan bien juntos. Sin Henri, Raymond no habría adquirido tan pronto conciencia política y por tanto no sería quien es. Henri fue su Virgilio por el purgatorio del proletariado. Pero, sobre todo, Raymond echa de menos planear con él sus negocios y estratagemas. Lo que se pudieron reír con varias de ellas. Henri era la energía tranquila, pero si había que sacudir a algún moroso renuente sabía remangarse la camisa. Lo mismo que Raymond era la fuerza de choque y también se podía contar con él para elaborar estrategias. Se compenetraban como una pareja bien avenida. Y tenían concepciones idénticas de la moral revolucionaria: donde hay riqueza acumulada hay delito, luego es lícito expropiarla en favor de la revolución.

No todos los compañeros aprobaban sus métodos, algunos incluso se convirtieron en víctimas colaterales de ellos. El intachable Van Heijenoort fue en una ocasión a pedir empleo a un empresario y, cuando mencionó que había trabajado en el «Instituto Francés», lo echó aterrorizado de su despacho.

Si sus empresas —con Henri, con Pierre Frank, con Andreis— habían resultado tan provechosas en Europa, ¿por qué no iban a funcionar igual de bien, o mejor, en América? Continente por explorar y conquistar, tierra de riquezas y abundancia, de burgueses sin escrúpulos, de ricos podridos de dinero, terratenientes y obispos.

La primera oportunidad se presenta en San Carlos de Bariloche, una ciudad —¿a esta aldea llaman ciudad?— cuyo nombre apenas sabe pronunciar. En Bariloche se puede esquiar, hacer excursiones a los Andes, visitar los glaciares, perderse en los bosques de arrayanes, también se puede conspirar, espiar, mercadear información, asistir a reuniones de negocios bajo la cruz gamada. Desde finales del siglo pasado, la ciudad ha sido un foco de atracción para la comunidad alemana.

El día que Raymond llega a Bariloche agotado por un viaje eterno en tren, se detiene un momento antes de entrar en el hotel al oír el sonido de

pasos marciales y canciones en alemán; un grupo de boy scouts dobla una esquina y pasa a su lado cantando, la mirada al frente, muy serios, como si realizaran una tarea fundamental. No llevan banderas ni insignias. Solo más tarde averiguará que esos mismos niños, cuando suben de excursión a los glaciares, despliegan sus enseñas nazis y entonan alegremente «La bandera es más que la muerte», el himno de las juventudes hitlerianas. Para eso está ahí: para investigar hasta qué punto la comunidad alemana de Bariloche apoya al régimen nazi. Tiene una coartada facilitada por el gobierno británico, se hace pasar por constructor de casas prefabricadas de una empresa canadiense. El Servicio de Inteligencia pone el capital y los contactos para conseguir permisos, fuerza de trabajo, materiales.

Lo maravilloso del capitalismo es que funciona igual en todas partes. Raymond compra madera y el vendedor sube un poco su precio habitual, Raymond recibe una comisión por el sobreprecio y el comerciante un extra para su bolsillo. Todo se resuelve con una sonrisa, un apretón de manos, entre hombres de negocios nos entendemos. Lo mismo sucede con los contratistas de los trabajos. Mordidas, nada escandaloso, solo pequeñas retribuciones adicionales a los esfuerzos de hombres que están levantando la nación. Muchos de los señores a los que estrecha la mano llenan los informes que Raymond envía al Servicio: empresarios cuyos despachos están presididos por el retrato del Führer. El Servicio cierra los ojos o no se entera de sus negocios bajo cuerda.

Pero en Bariloche no hay nada que interese de verdad a Raymond. Allí no hay células trotskistas, probablemente no hay ni socialistas. La placidez del lugar lo mata. Si no se marcha pronto, va a acabar arrojándose a las aguas heladas del Neuquén. No es donde quiere estar, tan lejos de Buenos Aires, donde le esperan Suzanne y la revolución. Qué pinta él en una ciudad tan poco ciudad. Convince pronto a los británicos de que su destino en Bariloche es una pérdida de tiempo. Bariloche, tan lejos de los puertos, de los centros de decisión, es tan solo un estanque de peces chicos. Por el momento.

Chau, Bariloche.

En Buenos Aires la humedad se le hace insoportable y, sobre todo, los mosquitos. Pocas cosas irritan tanto a Raymond como el zumbido incesante y las picaduras, que se le hinchán hasta alcanzar el tamaño de huevos de paloma. Le parece imposible que casi a mediados del siglo XX aún a nadie se le haya ocurrido un método para espantar a los mosquitos. Tanta mierda con los avances de la civilización y a él se lo comen vivo los malditos bichos.

«Querido Pierre.»

Pierre Frank está encerrado en la isla de Man. Vive como los príncipes. En la última carta Pierre le ha contado que trabaja poco, que los prisioneros que antes de la guerra eran cocineros se ocupan de la comida. Tienen hasta algo parecido a una universidad, allí cada uno enseña lo que sabe. Al campo de internamiento lo llaman el campo de los artistas. Si no fuese porque debe compartir litera con un compañero austriaco que ronca como una bestia y porque no puede salir del recinto cuando le da la gana, lo tomaría como unas pequeñas vacaciones, después de tanto ajetreo, fugas y persecuciones. Raymond recuerda el cabreo que se cogió Trotsky porque uno de los trotskistas españoles se había ido de vacaciones y al mismo tiempo andaban mendigando dinero para publicar *El Sóviet*.

Nada de vacaciones para Pierre.

«Querido Pierre.»

La idea se va concretando en la cabeza de Raymond. «Eres químico, maldita sea», le escribe. «¿No podrías inventar alguna basura que espante a los mosquitos? Y, ya de paso, también a las moscas y a las avispas. Yo lo patentaría aquí y podría sacar algún dinero para los camaradas, enviarte algo a ti y a Jeanne, que seguro que en estos momentos os hace falta.»

No es que Raymond envidie a Pierre, él jamás se pasaría horas dándole vueltas a fórmulas, mezclando elementos o delante de un microscopio observando las entrañas de pequeños bichos, pero sí siente una profunda admiración cuando recibe la siguiente carta. Después de cuatro o cinco banalidades sobre la vida en el campo de prisioneros, Pierre, con su

modestia habitual, le dice: «prueba esto a ver si sirve para algo». Y después añade no solo una fórmula sino una especie de lista de la compra de productos químicos y las instrucciones para que sepa qué hacer con ellos.

Como los ingredientes no son baratos, Raymond convence a un incauto para que entre en el negocio. Fabrican una docena de pastillas de una especie de cartón impregnado del líquido inventado por Pierre, que Raymond se encarga de registrar en la oficina de patentes, no vaya a ser que el incauto sea un listo.

—Ha llegado la hora de la verdad —dice Raymond al inversor en su despacho. Ha dejado en el cenicero una de las pastillas recién fabricadas. Saca del bolsillo una caja de fósforos. El industrial, que está sentado tras su escritorio, echa el cuerpo involuntariamente hacia atrás.

—No explotará, ¿verdad?

—Nunca se sabe.

El inversor se levanta y se aleja un par de pasos. Abre una ventana.

Raymond enciende un fósforo y lo acerca a la pastilla de cartón. Enseguida empieza a chisporrotear y a producir un humo negruzco muy denso.

—Apesta —dice el industrial.

—De lo que se trata es de que tampoco le guste a los mosquitos.

La pastilla se consume lentamente mientras los dos hombres la observan; el humo se va aclarando.

—¿Cómo sabemos si esta peste va a espantar algo?

—Confía en mí.

Y así lo hará. El industrial, convencido de las futuras ganancias, entrega un cheque a Raymond para sufragar los primeros gastos. Aún no sabe que van a producir el primer repelente antimosquitos y tampoco sabe que apenas verá un peso de las ganancias. La revolución no se financia sola.

La ha visto solo dos veces, una viva y otra muerta.

La niña tiritaba de frío; han pasado horas bajo la lluvia y aunque Raymond ha prestado el abrigo a su hija, está tan empapada como él. Los periódicos con los que se cubría la gente en las colas interminables para acercarse al féretro estaban ya rotos y la mayoría en el suelo convertidos en una papilla ilegible. Cuando ha anunciado en casa que iba a despedirse de Evita, la pequeña Juana ha insistido en acompañarle. Desde que Suzanne se fue hace ya cuatro años, dejando a los tres hijos a su cargo, siempre que Raymond está en casa, Juana no se separa de él. Habían escuchado juntos los discursos de Evita en la radio y la niña, en más de una ocasión, le había oído referirse a ella con admiración. A Raymond le molestaba que mencionase tanto la patria y a Dios y a Perón, y le sacaba de quicio su cursilería, pero era la única que de verdad respondía a las demandas de los obreros y que más de una vez había defendido la necesidad de la violencia para proteger los avances sociales. Era lo más parecido que había en Argentina a una revolucionaria, aunque se vistiera de Dior. Mientras avanzan lentamente, paso a paso, rodeados de coronas de flores y fotografías de Eva Duarte, Raymond no atina a imaginar cuántos cientos de miles de personas pasan cada día delante de su cadáver. Siente una punzada de rencor. Trotsky no tuvo una despedida como esta. A Raymond le contaron que miles de obreros y desarrapados desfilaron acompañando su féretro, pero nada comparable con lo que está viviendo la nación desde el 26 de julio. Ellos han esperado ocho días y, aun así, la masa no deja de fluir. El pueblo no siempre acierta con sus amores.

Y ahora, ahí está él, que no pudo acudir al funeral de Trotsky, a punto de entrar en la sala donde yace el cuerpo de una mujer a la que admira a regañadientes. La anciana que va delante de ellos se tropieza en las escaleras de la entrada, lleva horas llorando sin parar, seguramente estará deshidratada, agotada. Raymond la coge de un brazo, Juana del otro, y la ayudan a incorporarse. Pesa menos de lo que aparenta, cubierta de ropas ajadas, de luto completo que quizá ha llevado ya por varias generaciones de difuntos. Apenas entienden lo que dice, tal vez por el llanto o porque farfulla palabras que pertenecen a otro idioma. Juana le mira asustada, aunque igual es el frío, que le deforma el gesto. Por fin entran en el

Ministerio del Trabajo, donde está expuesta Evita. Reciben con agradecimiento el golpe de calor mientras se van acercando poco a poco al ataúd acristalado, hasta que la tienen delante. Uno de los cuatro soldados que custodian el féretro se tambalea unos segundos antes de recuperar su posición de firmes. Tiene la cara empapada en sudor. La niña se pone de puntillas y Raymond la retiene pensando que va a besar el cristal, como han hecho todos los que los han precedido. Ella susurra: «quiero verle la cara». Raymond la coge en brazos y los dos se inclinan levemente. El vidrio empañado apenas permite distinguir sus rasgos.

Lo mismo le pasó a Raymond la otra vez que vio a Evita. Estaba esperándolo de pie, a contraluz, en su despacho, y el rostro quedaba difuminado como si estuviese detrás de una gasa. Llevaba un traje entallado de chaqueta y falda tubo, blanco con pequeños lunares negros, zapatos de tacón alto y cuadrado. Mientras atravesaba el enorme despacho, desde la puerta que el ujier cerró a sus espaldas, a Raymond le dio tiempo a registrar los espejos, sillones, varias mesas para recibir invitados, la chimenea de mármol, las ventanas con visillos de seda.

—No dispongo de mucho tiempo —fue lo primero que dijo la Primera Dama mientras le tendía la mano.

Le escuchó todavía de pie, señaló a su secretario, que aguardaba en segundo plano:

—Le dejo con él, explíqueme con más detalle. Él le asignará los fondos necesarios para que puedan llevar a cabo el pedido. Si usted cumple, habrá hecho un gran servicio a la Patria.

Un mes después del encuentro, Raymond está en el puerto dos horas antes de la prevista para la descarga del contenedor en el que llega el plasma desde Francia. Se siente orgulloso de sí mismo. ¿Se le habría ocurrido a otro aprovechar una oportunidad así? ¿Qué va a ser necesario en los años venideros, cuando Evita no para de inaugurar hospitales por todo el país? Plasma y sangre para transfusiones. Y eso no se puede producir, no es como la penicilina, cuya elaboración ya se ha disparado en Argentina. Los donantes no se improvisan. Cuando se empiecen a distribuir las latas de plasma en polvo le van a declarar un héroe nacional, le van a poner un

monumento. Y él usará el agradecimiento de Evita, hará eso que sabe hacer, crear redes, contactos, meterá a Trotsky en el centro mismo del peronismo. Eso es el entrismo en Argentina, introducirse en los sindicatos peronistas, en la CGT.

El ruido del puerto envuelve a Raymond: el desplazamiento mecánico de las grúas, la sirena insistente de un buque que está por partir, enormes cadenas arrastrándose por el suelo, el zumbido sordo de los motores de los barcos atracados en las dársenas, los gritos de los operarios, el estruendo de los contenedores al posarse en el suelo. El suyo ya está disponible para ser abierto y su contenido transportado a los camiones que esperan en el área de carga. Dos operarios rompen los sellos y quitan el candado. Abren la doble puerta del contenedor dando varios tirones. El interior está tan oscuro que Raymond no distingue nada. Entra en él para acercarse a las cajas, extiende los brazos para palparlas; se mueven como si estuviesen vacías. Tira de una de ellas. Es un cartón medio roto lleno de basura. Uno de los transportistas a sus espaldas le pregunta:

—¿Cargamos los camiones ya?

Tantea con el pie otro par de cajas. Sale del contenedor dando una palmada en un hombro al camionero.

—Váyanse a casa, muchachos.

Uno de los operarios, que espera perplejo, le tiende el documento para que acuse recibo de la mercancía. Raymond escribe «vacío» atravesando todo el papel y firma.

Por primera vez Raymond se sonroja por haber sido él, precisamente él, víctima de una estafa. Sabe lo que tiene que hacer. Se dirige a la comisaría de policía más cercana para dar parte y, con la declaración en mano, va a la Fundación Eva Perón. No pide audiencia. Deja el documento en manos del ujier y le pide que lo entregue urgentemente al secretario. Se va a casa a esperar a que vayan a buscarlo.

Evita, que recibe la autoinculpación de Raymond, impedirá que se pudra en la cárcel, pero ya no habrá monumento al héroe del plasma ni el trotskismo entrará en el peronismo gracias a él. Raymond ya se había imaginado las fotografías con una Evita sonriente, que le da la mano bajo

los flashes de la prensa. Pero, bien mirado, cuanta menos gente conozca su cara, mejor.

Latinoamérica está a punto de estallar. Más bien, ya le están reventando las costuras por todos lados pero mucha gente no se da cuenta. En Guatemala lo intentó Arbenz pero lo mataron los gringos. En Cuba la revolución está ocupando toda la isla. No es una cuestión local. Toda América bulle, el pueblo se ha dado cuenta de lo que sucede. El pueblo no es tonto. El peronismo ha sido un desvío, un juego de sombras que los obreros se han creído durante un tiempo, pero ya han visto que no, que Perón, como cualquier otro líder burgués, huye a un exilio de lujo dejándolos tirados y a merced de la bota de los militares. Los grupúsculos comunistas que parecían desaparecidos en el país están empezando a resurgir, también han asomado los estalinistas afilando los cuchillos, pero Raymond sabe que el trotskismo tiene una oportunidad como ninguna anterior para expandirse.

Raymond, poco después de llegar a Argentina, había frecuentado un tiempo a Jorge Abelardo Ramos. Su grupo era muy activo a la hora de darle a la lengua. No había acción, no había práctica. Algunos eran gente bien intencionada y por el momento a Raymond, aún muy aislado, le valió. Pero había que ir más lejos. Se hartaba de sentarse todas las tardes a discutir si Perón era revolucionario o si Argentina era un país colonial o semicolonial; no dejaban de levantar la falda a los ángeles para ver cuál era su sexo. Raymond se impacientaba, y no le gustaba ese maldito mate al que daban vueltas una y otra vez como si fuera un oráculo. Había que difundir en Argentina escritos de izquierdas, porque Argentina en ese sentido era un país semianalfabeto –eso sí lo habían entendido bien y Fabi montó una librería para usar con tal fin la trastienda, buena mujer, Fabi, atractiva, con fuerza–. Y tenían que conseguir que los escritos llegaran a los obreros, formar en las fábricas un sustrato revolucionario. Pero para todo se necesitaba dinero. Ramos decía que iba a poner fondos aunque en realidad estaba sin un mango. La pelea no llegó por ese motivo, sino porque

Raymond no podía soportar que Ramos se acercara tanto al peronismo. Como tantos izquierdistas latinoamericanos, era más nacionalista que socialista. ¿Es que ninguno leía a Marx?!

Durante esos años, Raymond había saltado de grupo en grupo sin poder siquiera registrar las desavenencias que hacían del trotskismo argentino una serie de moléculas a la deriva, muchas de ellas engullidas por el peronismo. Hasta que cayó Perón. ¿Despertarían entonces los obreros?

Raymond no sabe quién está financiando a los revolucionarios cubanos, pero tiene claro que cualquier movimiento revolucionario de verdad necesita dinero. El plan de Raymond no es enriquecerse –no lo es nunca– sino ayudar a crear una célula trotskista en Córdoba. Allí, en Santa Fe, en Tucumán, en Jujuy, más lejos del control de la capital, las cosas se están moviendo. Para camuflar su trabajo, se instala con sus hijos en Cofico, un barrio de ricos, alquila una casa burguesa, compra una estanciera y un jeep. Va a reuniones sociales, de allí salen contactos en los salones acolchados del poder, nuevas posibilidades económicas.

–¿Unas salinas? ¿De verdad quieres comprar unas salinas en quiebra?

–Justo porque están en quiebra son baratas. Si no, no podríamos adquirirlas.

–No creas que he olvidado el negocio de los matamosquitos. Al final no sé adónde se fue el dinero.

–El dinero es así, se va siempre.

–Pero esta vez no lo voy a poner yo.

Raymond y su amigo industrial discuten durante horas. Por motivos incomprensibles, Raymond le cae bien. La simpatía de Raymond es un capital que siempre produce dividendos. El otro se ríe con sus locuras y le consigue socios capitalistas extranjeros. Las inversiones que le pide Raymond son calderilla, una forma barata de estimular su propio espíritu aventurero y darse una pátina inconformista.

Dirigir una salinera roba a Raymond una cantidad de horas que no tiene. Además, anda en contacto con jóvenes inquietos que solo necesitan alguien

que los guíe. Tiene cincuenta y tres años pero la misma energía que a los veintitrés. La diferencia es que antes disponía de más tiempo. Los niños son una carga y Nelly, la mujer que en principio iba a ejercer de madre, resulta un fracaso: ni amante ni madre. Ella también exigía atención, horas, minutos, energía que él no quiere desperdiciar. Una pena que Vera no haya querido venirse a Córdoba. Los niños, al internado. Un día lo entenderán.

Después vendrán el intento fallido de patentar la peladora de patatas; la oficina de Francia Gas en Buenos Aires cuya trastienda usa para las reuniones políticas clandestinas; la tienda de máquinas de escribir que gestiona con sus hijos Zazá y Vila, donde camufla una imprenta, muy útil para imprimir propaganda revolucionaria. Su último gran negocio será la agencia de viajes cuya plantilla está compuesta por camaradas trotskistas: es inimaginable la cantidad de pasaportes, visados, billetes, alojamientos que consiguen a revolucionarios perseguidos. Raymond usa los contactos que ha ido tejiendo desde que trabajó para la resistencia: altos cargos gaullistas y socialistas en Francia; también posee una larga lista de funcionarios, policías, traficantes y falsificadores de casi toda América Latina.

Una espina tiene clavada: no consiguió establecer relaciones sólidas en Cuba, ni económicas ni políticas, aunque habría sido el país más lógico para hacer pie en él: la única nación socialista de América Latina. Si no hubieran asesinado al Che las cosas habrían sido distintas. O no. Cuando lo conoció en Uruguay, Raymond, que todavía era para todos el Viejo Marcos, le ofreció sus contactos en Bolivia, pero el Che no mostró interés; ya era un cadáver político. Le pareció un hombre cerrado, desconfiado, apenas hablaba, parecía temer que cualquier interlocutor fuera un informante. Era una piedra en los zapatos del socialismo cubano, cada vez menos socialismo, menos cubano y más soviético. Qué buen trotskista habría sido: partidario de la lucha armada, internacionalista, honesto. Una pena que conversaran tan poco. Si Raymond hubiera podido explicarle, ganarse su confianza. Lo habría convencido de que se quedara en Uruguay o de que

entrara de incógnito en Argentina. América Latina no era Vietnam. En sus ciudades, y no en la selva, es donde podía crecer la revolución. Ellos dos juntos habrían hecho grandes cosas.

Fragmentos de un diario (17 a 28 de julio de 2024)

17 de julio

Empezamos a entrever lo que será *Una belleza terrible*. Aún quedan meses de escritura, pero tenemos ya una visión de conjunto y la seguridad de que hemos creado un tono y una manera de acercarnos a la historia que pueden sostener la novela. Una novela no es para nosotros un argumento ni un personaje, sino una voz y una mirada. El personaje, como decía de la trama Susan Sontag, es el cebo que capta nuestra atención.

Por el camino me he preguntado varias veces por qué nos ha atraído esta historia, qué ha hecho que nos pongamos a escribir sobre ella y le dediquemos un año de nuestras vidas. El personaje es atractivo, como lo fue Maddi para Edurne en *Maddi y las fronteras* y Neftalí Larraga para mí en *Añoranza del héroe*. Pero a ninguno de los dos nos interesan las aventuras ni las historias rocambolescas, no al menos como escritores. A veces, sí, por la noche, cuando estamos cansados, con el cerebro que nos exige descanso, vemos una película banal de acción. Y, desde que nos conocemos, vamos juntos al cine cada vez que se estrena una película de James Bond. Pero es como ver un partido de fútbol o un concurso televisivo: no hay ahí nada que te afecte personalmente. El verbo «desconectar» es muy apropiado para esas actividades: es como si te desenchufases un rato de aquello que te mantiene activo, cargado de energía, vivo.

Decía que el personaje y el argumento están bien como cebo, pero si no hay en ellos algo más, algún atisbo de lo que llamaría con pudor «verdad profunda» no empezaríamos a escribir. ¿Por qué, entonces, Molinier?

Cuando me topé con una mención al personaje, más bien, a la persona, me fascinó, como te fascina un gran estafador o alguien que ha atravesado todo tipo de peligros mortales y ha salido ileso: su capacidad extraordinaria para encontrar una respuesta original a los problemas más graves. Enseguida me quedó claro que Molinier encarnaba un periodo de luchas, ideales, frustraciones y traiciones que abarcaba todo el siglo XX, atravesaba dos continentes y, cosa que obviamente también tenía que interesar a Edurne, aglutinaba a su alrededor a una serie de mujeres que habían participado en esas luchas y desempeñaron papeles fundamentales en la historia del trotskismo pero habían quedado en segundo plano en su relato.

Resumí la historia a Edurne durante uno de nuestros paseos de casi todas las mañanas, hasta un riachuelo que está a veinte minutos de nuestra casa. Bajamos con el perro, aunque a menudo nos abandona de camino y echa a correr monte arriba husmeando rastros o, si tiene suerte, persiguiendo corzos que, por supuesto, nunca alcanza. Le sucede como a nosotros: nos gusta perseguir historias que no llegan a ser lo que deseáramos; somos demasiado lentos, incapaces de sortear todos los obstáculos, de conseguir hincar los dientes en la realidad, también de competir con la belleza de nuestra posible presa. Pero disfrutamos la persecución.

A Edurne, como esperaba, le entusiasmó la historia.

Aquí tengo que detenerme y hacer una confesión, contar algo que no le he dicho ni siquiera a Edurne: yo quería escribir la novela; pero también quería que la escribiese ella, sin empujarla, sin convencerla, sin explicarle por qué. Me remonto unos meses para que se entienda.

Escribir nos hace sentir vivos. No es –al menos para Edurne y para mí no lo es– una forma de escapar de la realidad sino de hundir las manos en ella; siempre que no pretendas atraparla, solo sentirla, intuir su roce, hay pocas cosas que te acerquen más a quién eres y a quiénes son los que nos rodean. Y yo tenía, más que la impresión, la seguridad de que Edurne llevaba un tiempo apagada, encerrada en sí misma. Desganada. Preocupada. Frágil.

Una causa fue el cansancio de la promoción de su novela, ese constante estar expuesta, viajando de un lado al otro, hablando brevemente con gente a la que es probable que no vuelvas a ver, ser el centro de atención o, al contrario, tener que escuchar a personas que te usan de público cautivo para contarte lo que no te interesa; la sensación de repetirte y, sobre todo, de que no es eso lo que persigues cuando te haces escritora. Al mismo tiempo, la salud de su padre se había deteriorado; quizá no de manera dramática, pero Edurne es una mujer que anticipa y se preocupa más por lo que va a suceder que por lo que está sucediendo. Y era testigo del agotamiento de su madre. Algo en Edurne se estaba resintiendo, como si en un lugar de su cuerpo o su ánimo sufriera un roce que acabó abriendo una herida. Había en ella una pena que no encontraba consuelo.

Y le dolía mi corazón. También le daba miedo. Yo llevaba un tiempo con arritmias muy fuertes, que no acababan de ser diagnosticadas. El médico que por fin pudo ver la arritmia en un electrocardiograma me envió a urgencias. Allí pasamos cinco horas. Al día siguiente escribí en mi diario: «Edurne parece ir encogiéndose poco a poco, arrugándose, quedándose sin jugo. Le pasa siempre que está agotada, también cuando está preocupada por mí. En este caso se dan las dos circunstancias».

Cuando nos enteramos de que tenía que operarme, Edurne quedó aún más afectada, aunque intentase ocultarlo. Su preocupación es tan transparente que puede ser irritante, porque no deseas que te recuerden tan a menudo la propia.

Para colmo, ese mismo otoño, Edurne empezó a sentir dolor en un pecho. Supongo que tardó unos días en decírmelo, pero su malestar fue volviéndose evidente. Se palpaba con preocupación, a veces se encogía y quejaba cuando cambiaba de postura. Tuve que acostumbrarme a abrazarla con cuidado.

Desde el verano, Edurne había estado trabajando en una novela que no terminaba de cuajar. Lo resumiría diciendo que escribía porque necesitaba escribir pero no necesitaba escribir esa novela. Sin necesidad y deseo, la

literatura se vuelve fórmula vacía, oficio, excusa, como mucho ejercicio lúdico. Nada más. Edurne busca algo distinto cuando escribe y no lo estaba encontrando.

Así que la seduje. Le propuse trabajar juntos en la novela. Pensé: si escribimos juntos, cuando tenga alguna recaída en el desánimo, será más fácil sacarla de ahí. Tras una crisis, toda sensación emparentada con el malestar pasado nos devuelve a él, nos hace sentir que seguimos chapoteando en la depresión o el miedo. Si yo escribía con ella, no estaría «fuera» intentando animarla, sino «dentro», junto a ella, lidiando con problemas parecidos.

Yo no soy el sostén de nuestra pareja. Ninguna pareja sobrevive con un solo sostén. Salvo en situaciones de enfermedad grave de uno de los miembros, solo la alternancia ofrece una base sólida para cualquier relación, poder dejarse caer por turnos, sabiendo que el otro, la otra, está ahí para recogerte.

Ahora, después de meses de escritura, vamos teniendo clara la forma final. Como en esas películas fantásticas en las que un ser gaseoso o espectral se materializa lentamente ante el espectador. Tanto Edurne como yo empezamos siempre a escribir sin plan, a partir de un interés y una fascinación. Solo al cabo de bastante tiempo de trabajo nos ponemos a ordenar, estructurar, a buscar un hilo profundo que cosa los fragmentos. No sabíamos si esto funcionaría bien al escribir juntos, quizá acabaríamos tirando cada uno en sentidos opuestos hasta rasgar el tapiz que estábamos tejiendo. No ha sido así. Nos encontramos en un punto en el que cada texto que escribe uno de nosotros contamina al otro, crea una voz y un tono que lo permea. También es hermoso notar que nos emocionamos con los mismos acontecimientos y nos afectan los mismos giros no del guion, sino de las vidas de las personas que recreamos.

Hoy, a media tarde –continúo esta entrada del diario el 28 de julio–, nos hemos tumbado un momento en la cama y Edurne ha dicho: ¿te has dado cuenta de que hasta ahora no hemos discutido? Yo lo había pensado también. Y me había preguntado si sería mejor que discutiésemos: si ambos ofreciésemos al otro una superficie más dura, menos porosa, en la que

rebotaran sus deseos y su imaginación, ¿estaríamos contribuyendo a sacarlo de sus rutinas y a pelear con más fuerza para alcanzar lugares nuevos? ¿O estaríamos limitándolo, disciplinándolo, reduciendo su alcance para que se ajustara a nuestras expectativas? Quiero creer que la libertad crítica que nos concedemos nos ayuda a experimentar, sin temer el juicio ajeno, a probar aquello que el otro quizá rechazaría instintivamente pero que más tarde se revela como productivo.

No sé si discutiremos de aquí al final de la novela; la fase de corrección en la que se eliminan textos o se cambian de lugar o se crean nuevos equilibrios y rupturas en la narración puede dar lugar a deseos diferentes.

Tengo la impresión de que hemos conseguido imaginar a los personajes de manera muy cercana a la realidad. A veces sucede algo llamativo: cuando averiguamos un hecho que nos emociona, por ejemplo, el llanto de Raymond por la muerte de Elisabeth, ya no solo nos afecta como hecho en sí, como escena dramática que implica a unos desconocidos, sino que la vemos como si le ocurriese a alguien cercano y fuese por tanto una parte más de su biografía, con su lógica y sus temas recurrentes, un desenlace cuya semilla fue sembrada muchos años antes. Y aunque como en toda escritura que se asoma al pasado estemos proyectando los fantasmas de nuestra época y de los individuos que somos, según hablamos con más y más testigos de los acontecimientos, con más personas que conocieron a uno u otro personaje, más nos convencemos de que vamos bien encaminados.

Voy a enseñar ahora este texto a Edurne para que me diga si le parece que debe ser parte de la novela o si lo consignamos a nuestra colección de escritos privados. En este mostrarnos y someternos a los juicios mutuos, en esta alegría –y este orgullo, lo confieso– cuando Edurne se entusiasma con algo que he escrito –creo que a ella le sucede lo mismo– seguimos avanzando hacia un texto que es tan suyo como mío.

Me llamo Vera Lanis (II)

Me llamo Vera Lanis y en 1941 atravesé el océano con mi hijo sintiendo una mezcla de temor y de rabia. Yo, huyendo del terror fascista en un transatlántico. Una exiliada más, otra derrotada.

Yo no quería ir a Brasil. ¿Qué podía hacer en ese país inmenso? Lo estudiaba en el mapa y me producía horror. ¡Era quince veces más grande que Francia! Si en esa época ya estaba perdida sin salir siquiera de París. Pero cuando al año siguiente fui a Chile tampoco me sentí mucho mejor. Y Zazá no era feliz. ¿Cómo iba a serlo?

Agradecí a Raymond aquel gesto. He dicho que tenía dudas de que Raymond fuese un hombre leal, pero son dudas injustas, producto de un rencor que se me solivianta cuando menos lo espero. Se siguió ocupando de nuestra seguridad y nuestro bienestar también años más tarde. Raymond podía ser de una desconsideración brutal, indiferente hacia los sentimientos ajenos —sí, me dolieron muchísimo, me siguen doliendo, su abandono y la forma de hacerlo— y, al mismo tiempo, desvivirse por ayudar. Quizá lo segundo era su manera de compensar lo primero.

Me embarqué hacia Brasil a principios de junio de 1941, cuando se cumplía un año de la invasión de Francia por los nazis, en el barco más grande que había visto en mi vida: el Bagé, del que leería más tarde en un periódico que lo hundió un torpedo alemán. Atravesamos el Atlántico tres meses después que Raymond, dos semanas de viaje en las que Zazá apenas paró de vomitar. Fuimos en tercera, pero pagando un suplemento conseguimos ir en cabina compartida y no en las filas de literas en las que viajaban hacinados los inmigrantes más pobres. Cuando Zazá dormía me

asomaba unos minutos a ver el mar y a la gente que paseaba por cubierta. Quizá, de haber sido más joven, o de no haberme sentido tan sola, el viaje me habría parecido una aventura y me habrían dado ganas de cantar y me habría alegrado con la visión del mar y con la brisa y con el futuro imprevisto. Tenía treinta y siete años, no es tanto, ¿verdad?; a esa edad empezar de nuevo no es una tragedia sino una oportunidad de corregir los errores cometidos. Pero me sentía más bien como alguien a quien le ha ardido la casa en un incendio y no conoce a nadie que le pueda dar refugio. Ni siquiera fui capaz de alegrarme cuando, ya en Río, nos alojamos en un hotel bastante nuevo, y para mí lujoso, desde el que se veía una de las bahías. Me acuerdo aún del nombre: Hotel Gloria, no sé si seguirá en pie. A Zazá le decía «estamos en la gloria» y esa fue una broma que repetimos después muchas veces, sobre todo en momentos de congoja o desesperanza. Estamos en la gloria, y sonreíamos, y fingíamos que no nos iba tan mal.

Raymond cumplió su promesa y se ocupó de Zazá y de mí cuando llegamos a Río hasta que me pude ir con el circo de Cairolí. Raymond ya había sacado a su Suzanne del convento y compartían piso, nunca quise preguntar dónde. Estaba tan ufano que a todas horas parecía un gallo inspeccionando su gallinero.

Si ahora paso revista a mi vida, tengo la impresión de que alguien la cortó por la mitad con un cuchillo. Un tajo feroz que me hace dudar que sea la misma persona la que vivió en Europa y la que vivió en América. Desde que fui a Buenos Aires, después de más de dos años de giras con la compañía de Cairolí, que en aquella época no era un auténtico circo, mantuvimos hasta el final nuestra división de papeles: yo seguía apoyando a Raymond mientras él se entregaba a fortalecer el movimiento y a financiarlo. Así lo habíamos hecho en Europa, pero no era lo mismo. En Francia yo era una activista más, salía con la masa de gente a la calle a defender nuestros derechos, coreaba consignas, arengaba a los trabajadores, me excitaba al calor de la multitud, me arriesgaba. Era parte de una marea que creíamos que acabaría arrasando Europa. E hice cosas increíbles, que no fueron la exclusiva de Raymond, aunque es verdad que él era un especialista. Dejadme que os cuente una:

Esto debió de suceder en 1939. Durante la guerra civil española ayudamos a muchos republicanos huidos del fascismo, y a militantes del POUM escapados de las garras de Franco y de Stalin. Procurábamos echar una mano a los que fueron encerrados en campos de internamiento. Una vez me encargaron rescatar a un camarada tuberculoso del que se pensaba que no iba a resistir mucho tiempo a la intemperie. Yo lo planeé todo. Zazá, un camarada francés y yo cogimos un tren y nos fuimos al pueblo del sur donde estaba el campo. Yo estaba nerviosa, no voy a pretender ahora que iba tranquila. El niño, claro, no sabía lo que íbamos a hacer y estaba tan contento con el viaje. Parloteaba todo el rato. El camarada le hacía juegos de manos que lo tenían fascinado: le sacaba monedas de las orejas y luego las hacía desaparecer en el aire. Yo creo que no solo lo hacía para entretener al niño, también para calmar los propios nervios.

Cuando llegamos al campo pedimos visitar al camarada español, al que llevábamos leche y chocolate. Un guardia bastante amable echó un vistazo rápido a nuestros documentos, una ojeada a las vituallas y nos registró sin mucho empeño. No llevábamos nada escondido, pero me pareció una buena señal. Si no hubiese sido por la tensión que sentíamos –salvo Zazá, que saltaba de aquí para allá como si estuviese de excursión–, diría que todo fue de lo más sencillo. Paseamos un rato con el enfermo, nos colocamos detrás de un barracón, pegados a la alambrada, en un rincón en el que estábamos a resguardo de la mirada de los guardias. El camarada francés se quitó el abrigo y el sombrero y se los dio al español. Zazá y yo atravesamos el puesto de guardia con él y firmamos el registro de salida como si el hombre que me acompañaba fuera el mismo que había entrado. Nadie nos detuvo. Nadie se dio cuenta de nada. Zazá ni preguntó ni se extrañó. Estaba habituado. Creo, pero igual la memoria me falla, que no volví a ver al camarada francés que se quedó en el campo. Él debía protestar horas después, decir que lo habían detenido por error y, con su documentación francesa, reclamar que lo pusieran en libertad. Supongo que lo conseguiría. En aquella época casi todos teníamos ese descaro. Arriesgarse era lo normal. No era solo Raymond. No eran solo los hombres.

Quién me iba a decir que más tarde, en Buenos Aires, acabaría convertida en ama de casa. Es verdad que retomé mi trabajo de traductora del ruso, principalmente para Raymond. Pero sobre todo me ocupé de tres de los cuatro hijos –uno murió de bebé– que tuvo con la mujer por la que me abandonó. Él nos mantenía y yo, además de a nuestro hijo en común, criaba a los hijos de Suzanne; esa era nuestra división del trabajo, en la que el amor ya no desempeñaba un papel. Crié a aquellos niños difíciles, trastornados, los acogí en mi casa, los atendí mientras Raymond sacaba adelante sus negocios para financiar la subversión o cuando desaparecía porque estaban a punto de descubrir su verdadera identidad o cuando se largaba, aunque no me lo contara yo lo sabía, para visitar a alguna de sus amantes; eso no dejó nunca de hacerlo y a punto estuvo de costarle la vida.

En aquel caso se trataba de una chica que vivía en Montevideo y con la que se debía de haber liado años atrás en un grupo trotskista de Buenos Aires, Fabi se llamaba. Creo que fue en el 63 cuando el barco que subía por el Río de la Plata de Montevideo a Buenos Aires se hundió en una noche de niebla. Raymond, que regresaba de una de sus visitas a aquella mujer, se tiró al agua con todos los que pudieron hacerlo. Era pleno invierno, así que muchos murieron por el frío. Él no. Lo contaba como si hubiese ganado la orilla a nado pero la verdad es que se sujetó a una tabla con otros náufragos y lo rescató un vapor uruguayo. Siempre me impresionó la capacidad de Raymond para sobrevivir, su carácter luchador, inmune a la desesperación, que le permitió salir ileso mientras a su alrededor se multiplicaban las bajas. Me lo imagino agarrado a la tabla, con la mandíbula trabada, los dedos morados, sin sentir ya las piernas, viendo como sus compañeros de desgracia se hundían uno tras otro y diciéndose: yo no, yo no voy a morir aquí, queda mucho por hacer.

Parecía no cambiar nunca. Pero sí que envejecía, engordaba, contaba cada vez más hazañas del pasado, como si se diese cuenta de que empezaba a pedalear en el vacío. Mantenía una actividad frenética, se mudaba de casa, de barrio, de ciudad, al ritmo de sus múltiples negocios y conspiraciones. Con él arrastraba a su familia. Si le convenía, ponía a los niños en un internado o me los dejaba un tiempo. Apenas tenían oportunidad de hacer

amigos, de sentirse arraigados, estables. Y cuidados, durante años, por una mujer que tenía, debo reconocerlo, una relación ambivalente con ellos. ¿Cómo no iban a tener problemas esos críos, abandonados por su madre, con un padre que ni siquiera sabían de verdad quién era, a qué se dedicaba, que cambiaba de aspecto y aparecía cada dos por tres con una mujer diferente que apenas pasaba unos meses con ellos, como aquella Nelly o esa otra, Matilde? No sé a qué edad, pero bastante tarde, Raymond les reveló que Droeven, el apellido que llevaban, pertenecía a un belga al que llevaba años suplantando.

Yo los quise, pero eran una carga que no había pedido. Y además sentía cómo mi pequeño Zazá –ya no tan pequeño, pero para mí seguía siéndolo– también sufría; se encerraba en mi dormitorio, se relacionaba poco con ellos y nunca ejerció de hermano mayor. Sentía también la hostilidad de sus hermanastros, sobre todo de Juana –eso solo se le podía ocurrir a Raymond: poner a la hija que tuvo con la joven por la que abandonó a su compañera, a mí, el nombre de su primera esposa, Jeanne–. Supongo que era la manera que tenía Raymond de ser fiel.

Aquella niña siempre me preocupó. Me buscaba, necesitaba mi protección, pero también me rechazaba con una inquina difícil de justificar, como si yo estuviese pretendiendo suplantarse a su madre, o como si tuviera alguna culpa de que su padre apareciese cada poco tiempo con una mujer distinta. Sin embargo, llamó Vera a una de sus hijas.

Con quien más lazos tuve fue con el pequeño, Enrique, Piqui. Él se quedaba a dormir a menudo en mi casa durante los periodos que no vivían conmigo. A veces también se quedaba Raymond, pero de esa parte no voy a contar detalles. Para aquel niño fui la madre que no tuvo. Y Vila, el mayor, que también eligió mi casa un tiempo para escapar al ambiente desequilibrante de la suya, en una época en la que él huía hacia delante haciéndose expulsar de varios colegios, robando coches, cometiendo pequeños delitos. No se puede culpar a los padres de todo lo que hacen los hijos, pero Vila reflejaba el abandono, la inseguridad, la amenaza que siempre rondaron a la familia de Raymond.

La otra noche me desperté, ya de madrugada. Tenía sed. Fui a la cocina a beber. Mientras dejaba correr el agua esperando a que saliese más fría, en camión y descalza, quizá aún no del todo despierta, se me pasó por la cabeza una pregunta: ¿hubo amor alguna vez entre Raymond y yo? Por su parte creo que no; hoy habla de mí como si solo hubiera sido una compañera de lucha por la que sintió aprecio, sin pasión, sin excitación. Y confesaré que yo tampoco sé muy bien qué es eso del amor o, para ser sincera –y por qué no serlo a estas alturas– me da rabia confesarlo. He querido a Raymond. Lo seguí queriendo después de que me abandonara, también cuando me sometió a la humillación de llevarme a vivir a pocas cuadras de su hogar con Suzanne –aunque no sé si la humillación no era mayor para ella–. Lo voy a decir con toda simplicidad: era un hombre maravilloso. También era un hombre insoportable. Tengo tantos motivos para darle las gracias como para aborrecerlo. Así que sí, he conocido el amor, pero salvo por unos pocos años no creo que se me deba envidiar por ello. Solo cuando me acuerdo de Van acierto a imaginar cómo habría sido un amor alegre y, sobre todo, correspondido. Me duele no tener ese recuerdo con el que consolarme las largas tardes de invierno.

Volví a la cama con una congoja que se ha vuelto más frecuente desde que los niños se hicieron mayores y empezaron a acumular sus propias tragedias. La de Zazá es que nunca ha conseguido despegarse de mí. No se ha casado, que yo sepa solo ha tenido una relación amorosa que quedó en nada. Me sigue a todas partes, él dice que para cuidarme pero la verdad es que no sabría adónde ir. Nunca ha encontrado un lugar que pueda llamar su casa. Mi pobre Zazá, cada vez con más arrugas y cada vez más triste. Aunque al menos, con los años, ha ido acercándose a sus hermanastros y sus familias. Me consuela que no sea un completo extranjero en el mundo.

Los hijos de Suzanne y Raymond han ido teniendo sus propios hijos a los que no puedo llamar nietos; tampoco es que lo haya deseado. Nunca soñé con una familia. Fui madre una vez porque tengo un cuerpo de mujer, hecho para eso, y se puso en funcionamiento sin que yo se lo pidiera.

Jeanne no lo fue, y a la larga no sé si lo vivió como suerte o como tragedia. La maternidad, para mujeres como nosotras, era una fuente de culpa y de miedo. No temes igual por ti que por un niño. Aunque la culpa y el miedo también los sintió Jeanne por el pequeño Sieva.

Hace poco, Sieva vino a Buenos Aires y no sé si no me buscó o si no sabía que yo vivía aquí. Tendrá ya sesenta años. Dentro de poco será un anciano como yo. Me habría gustado mucho verlo pero seguramente habría sido un error. Hablar del pasado habría consistido en rememorar escenas tristes, y el presente de los viejos no le interesa a nadie, ni siquiera a nosotros mismos. Vivimos contándonos nuestros achaques o historias de otros tiempos y nada de lo que hacemos hoy nos parece ya parte de nuestra biografía. Mi vida actual es un residuo de lo que fui, pero no vayáis a pensar que siempre estoy triste, añorante. También siento paz. Lamento muchas cosas que he hecho, pero no me avergüenzo de ninguna, y no hay tanta gente que pueda decir esto. Y no tendría ganas de volver al pasado: aquella agitación continua, aquellas luchas incesantes ya no son para mí. He hecho mi modesta contribución y ahora merezco descansar. Es solo que me sobra tiempo. Son tan largos los días, que acabas llenándolos con bobadas: coser una funda de cojín, pintar la barandilla, plantar una lavanda, elegir una alfombra con tanta minucia como si de verdad fuera importante.

He recuperado el hábito de leer, a pesar de mi vista cansada. Sí, sigo leyendo pero ahora lo hago con más pesar que entusiasmo. Las vidas de todos esos personajes que recorren las novelas ya no me enardecen sino que me producen tristeza. Tanto agitarse, tanto luchar, para que luego las ilusiones se desgasten tan deprisa, para que el mundo siga siendo este lugar cruel e inhóspito. La era de la dictadura, también los años previos, nos mostró que el ser humano no ha dejado de ser una fiera. Y quienes intentan cambiarlo siguen muriendo asesinados, torturados, lanzados al mar desde un avión. Me afectó mucho que aquella niña alemana con la que se juntó Raymond acabara destrozada entre los dientes de la dictadura. Pobre carne maltratada, pobre cuerpo inocente.

Qué terrible es todo. Pienso en quienes fueron asesinados o se suicidaron, uno tras otro, diezmada la familia de Trotsky, tantos huérfanos

desorientados (¿qué habrá sido del hijo de Van?), tanta esperanza destruida. Yo ya no contaba con que me alcanzasen otras tragedias que las impuestas por la biología: enfermedades, muertes. Por eso, cuando se incendió mi casa creí que ya no me repondría. Ardió mi biblioteca, que había ido construyendo poco a poco, aquellos libros que eran parte de mi biografía, mis discos, la bata de seda salvaje verde que tenía casi tantos años como yo y había conseguido salvar de todas mis calamidades. También murieron casi todos mis pájaros. En los últimos años una de mis fuentes de felicidad era su canto. Zazá se reía de mí porque no había semana en la que no apareciese con un pájaro en una jaula. Les daba de comer cada mañana, conocía a cada uno por su nombre, me saludaban con sus trinos. Zazá se negaba a ocuparse de ellos, pero a mí me encantaba hacerlo. Me relacionaba más con ellos que con las personas. Solo Juana y su hija Vera me visitaban a veces. Qué preciosa, Vera, tan curiosa y tan alegre y cuánto agradecía yo a Juana que le hubiera puesto mi nombre, aunque ella dijera que era por no sé qué actriz o bailarina. A veces nos cuesta más confesar nuestros afectos que nuestros odios. Vera me preguntaba por mi vida, dándose cuenta de que era también parte de la suya aunque no estuviésemos emparentadas. Le interesaban mis años en Europa y me asaeteaba a preguntas, fascinada por nuestra experiencia revolucionaria, que a ella le habría gustado emular. Pero era una adolescente, no se iba a quedar pegada a mí como mi hijo. Mis días los pasaba con él y con los pájaros.

Y luego llegó el incendio. Otra vez la pérdida, mudarnos a un departamento minúsculo, empezar de nuevo cuando ya solo tienes ganas de acabar.

Sin embargo, yo espero. Aunque me tiemblen las manos, aunque el mundo se me haya vuelto borroso, aunque se me olviden nombres y caras, aunque cada derrota me haga tambalearme. El estalinismo se ha hundido y hoy todos conocen sus horrores. El pueblo ruso es paciente y sabio. La revolución empezó con él y con él continuará. Cuando se amortigüen los bandazos actuales, reencontrará el camino al trotskismo. Estoy convencida. El futuro será mejor, tiene que ser mejor. Yo no estaré aquí para verlo, pero me tranquiliza. Hemos dejado una semilla, un legado. Trotsky vive.

Elisabeth, Raymond y la lucha revolucionaria

Se le conoce como «El Francés», «El Viejo Marcos» o simplemente «El Viejo» y esto último le agrada a Raymond porque inevitablemente le une a su propio «Viejo», Trotsky. Algunos, los menos, lo llaman Droeven, apellido del que nunca se desprenderá, entre otros motivos porque es el que les ha dado a sus hijos. Elisabeth le llama Raymond o Raimondo en la intimidad, pero cuando se refiere a él en el Partido lo hace con cualquiera de los sobrenombres que usan sus compañeros.

Raymond no sabe qué admira más, si su belleza o su inteligencia, su compromiso o su juventud, su entusiasmo o su firmeza, su sensibilidad o su convencimiento, su fe o su realismo. Elisabeth es una mujer excepcional como ninguna que haya conocido antes. Y Raymond ha conocido a muchas, muchas mujeres. Sabe que pronto acabará su relación, imposible continuar cuando: 1) entre ellos hay una diferencia de cuarenta y tres años; 2) la militancia les obliga a pasar temporadas separados; 3) ella es una mujer libre que no rechaza el amor –¿o el sexo?– cuando se le presenta, y se le presenta a menudo; 4) ninguno de los dos cree en la fidelidad o la estabilidad fuera de la militancia. Este momento la ha unido a Raymond, pero mañana pueden cambiar las cosas, como cambiaron con Fabi, otra mujer que, desde el principio, tenía claro el carácter pasajero de su relación. Últimamente a Raymond le ocurre que son ellas quienes ponen sobre la mesa lo circunstancial de su unión; antes, sus amantes lo querían retener sin éxito, mientras que ahora aceptan alegremente que él sea flor de un día. Raymond se pregunta si los tiempos están cambiando o si es él quien está envejeciendo; ellas empiezan a olfatear su declive y eso las espanta.

Raymond no puede evitar verse a través de los ojos de Elisabeth, un hombre fuerte y enérgico, sin duda, pero cuyo cuerpo no tiene ya nada que ver con aquel de hace diez, veinte, no digamos treinta años: los músculos, aunque todavía marcados, han perdido volumen; le empieza a colgar el pellejo del cuello, las nalgas, el bajo vientre; tampoco puede esconder las profundas ojeras y las arrugas alrededor de sus ojos azules todavía bellos e intensos, pero cada vez más chiquitos; no hay manera de disimular la calvicie que le acompaña desde hace décadas y que ahora deja al descubierto la mayor parte de la cabeza; los dientes más estropeados y amarillos; las manchas oscuras en el rostro y las manos. Igual a causa de este declive evidente no le importa que se acabe pronto la relación de pareja con Elisabeth; así dejará de verse a través de sus ojos. Sería mucho más fácil ser simplemente compañeros, piensa Raymond al verla cada día más llena de vida, más valiente, más luminosa. Entonces se prepara, casi con ilusión, para el día no muy lejano en que ella lo deje o se vaya con otro. Tampoco da demasiadas vueltas al tema, el amor es secundario, un entretenimiento peligroso. Lo importante es movilizar, convencer a los compañeros de que es el momento de pasar a la revolución de verdad, no quedarse en las consignas y en las pequeñas acciones.

Elisabeth se siente tan preparada como él —o más— para acometer acciones de calado. Con poco más de veinte años es una consumada falsificadora de documentos; su conocimiento del marxismo le permite rebatir a Raymond durante horas, sobre todo en cuestiones económicas. Aprovecha sus clases de economía en la Universidad de Buenos Aires para profundizar en la comprensión de *El Capital* y adaptarlo a la realidad argentina. Y conoce al dedillo las exigencias de la clandestinidad. Raymond no entiende cómo alguien tan joven puede saber tanto, tener esa lucidez y esa templanza, aunque también se recuerda a sí mismo con su edad, incluso más joven, y se dice que los verdaderos revolucionarios son así: en la lucha desde que tienen conciencia de la mierda de mundo en el que viven.

A pesar de todo, a veces la mira y sigue viendo en ella a una chica apenas salida de la adolescencia, a la niña que fue y que, de vez en cuando, emerge y despliega su dulzura ante él. Como ahora, sentada en el suelo, su

larga cabellera oscura suelta, está descalza, como siempre en casa, lleva un vestido de algodón amarillo que deja ver sus piernas fuertes y musculosas. Juega con un par de conejillos –Karl y Friedrich– que corretean por la salita y van soltando sus cagarrutas por todos lados. A Raymond no le molestan demasiado, sobre todo desde que han aprendido a mear en los periódicos con serrín. Así es Elisabeth, poco a poco los adiestra como si fueran seres inteligentes: les ha enseñado a orinar donde deben, a no roer las patas de la mesa y de las sillas, a acudir a ella cuando les llama. A pesar de que le entenece, Raymond no acaba de entender esa pasión por los animales. Nunca ha visto a Elisabeth fijarse en un niño y hacerle una carantoña, pero no puede evitar acariciar un perro. Cuando va a las villas miseria a su trabajo de alfabetización se lleva mendrugos de pan viejo y los va repartiendo entre los perros callejeros que encuentra por el camino. Ahora está ahí, sonriendo con su boca amplia y bella, hablando a los conejos en un alemán suave como nunca Raymond ha escuchado antes.

Elisabeth decide dejar el PRT-ERP, milita en Fracción Roja una temporada y acaba uniéndose a la Organización Comunista Poder Obrero. Raymond orbita alrededor de los nuevos grupos revolucionarios como un electrón libre, prestando sus servicios cuando es necesario. Ya no son pareja, Elisabeth anda en otras cosas, con otros compañeros, y a él le parece bien. En lo importante, siguen juntos. En la Organización también está Sergio, que viene de otro grupúsculo revolucionario que ha sido diezmado por la Triple A y el aparato represor de López Rega. Elisabeth habla a Raymond de Sergio, de su sensibilidad, de su inteligencia y convicción revolucionaria. Su hermano, que militaba pacíficamente en el trotskismo, acaba de ser asesinado. También le confiesa algo que nadie más en la Organización puede saber: el atentado que iban a realizar ella y Sergio en realidad no fracasó por los motivos que adujeron, nunca llegaron siquiera a intentarlo.

La orden era ejecutar a un conocido torturador: habían hecho el seguimiento, sabían que todos los domingos iba a ver un partido de rugby y después a almorzar. Su misión era matarlo a tiros en el restaurante. El domingo previo a la fecha escogida para el atentado, Elisabeth y Sergio siguieron al torturador hasta el local, dispuestos a recabar toda la información necesaria para llevar a cabo la acción, convencidos de que el tipo era un asesino que merecía recibir la justicia del pueblo que ellos encarnaban. El objetivo se sentó a una mesa para cuatro y poco después se unieron a él su mujer y sus dos hijas adolescentes. Elisabeth y Sergio escucharon sus conversaciones, sus risas, observaron sus gestos animados, sus expresiones de cariño. Acabado el almuerzo, se retiraron sin apenas intercambiar palabra.

Pocos días después, le sigue contando Elisabeth a Raymond, Sergio le confesó que iba a ser incapaz de llevar a cabo la orden: asesinar a ese hombre delante de sus hijas, correr el riesgo de que alguna fuera herida o algo peor, incluso el mero hecho de hacerlas testigo de una muerte brutal, eso no era justicia popular. Elisabeth respiró tranquila. Desde la comida en el restaurante no había podido pegar ojo imaginando la escena, cada vez más convencida de que lo que iban a hacer era inmoral. Se pusieron de acuerdo de inmediato: autosabotearían el atentado. Elisabeth y Sergio se inventaron una serie de riesgos en el operativo que les obligaba a abortarlo. Los creyeron. Los dos se quedaron felices con una decisión que –y ahora Elisabeth se sonroja– les había unido mucho, no solo como compañeros de militancia. Raymond interpreta la confesión como una forma de buscar su aprobación, no tanto de su actitud ante una orden que fue incapaz de cumplir, sino de su relación con Sergio. Raymond aprueba las dos.

Le recuerda a él cuando tenía su edad –trece años– aunque el Pibe no cuenta con la formación ni la experiencia que atesoraba él allá por 1917. Aun así, el Pibe tiene todo lo que necesita para convertirse en un gran revolucionario: convicciones, astucia, tesón, inteligencia y, sobre todo,

pasión y espíritu de sacrificio. Y carece de algo que podría suponer trabas: un padre. El Pibe vive solo con su madre, viuda o abandonada, a Raymond no le ha quedado nunca claro. La mujer se desvive por ese único hijo que le ha salido rebelde, le dice a Raymond, y le agradece que se haya convertido para el muchachito en una especie de mentor, de abuelo putativo. La madre, pobre madre inocente, cree que ese señor con acento extranjero va a ayudarlo con su educación, a conseguirle un buen empleo, que va a sacarlo de andar todo el día en la calle haciendo no se sabe qué.

Y es cierto que Raymond lo educa y lo arranca de la vida lumpen, pero no como la madre imagina. En realidad, está enderezando al chico por el camino de la revolución. Ha comenzado desde abajo, como se tiene que empezar siempre en una organización revolucionaria: haciendo de recadero, moviendo propaganda, transmitiendo mensajes, ejerciendo incluso alguna labor de vigilancia. Raymond le da un pequeño sueldo para que su madre lo deje tranquilo y se crea la coartada de que ha entrado de aprendiz en un taller. Y no es del todo mentira. El dueño del taller es un troSCO que, aunque no milita –dice que ya ni siquiera se entera de qué fracción es qué y prefiere esperar al día en que se pongan todos de acuerdo–, está al servicio de la causa. Ha aceptado que el chico vaya aprendiendo el oficio de mecánico durante los ratos en que la revolución lo deja libre. Raymond piensa que todo está bajo control, que el muchacho no corre ningún riesgo. Él mismo lo ha seguido en alguna ocasión para cerciorarse de que obedece todas las instrucciones de seguridad y es absolutamente cuidadoso. Raymond, a pesar de todo lo que ha ocurrido desde el golpe de Estado del 24 de marzo, todavía no entiende la magnitud del horror que se les viene encima. Llevan años sufriendo la persecución de milicos y gorilas –asesinatos, torturas, encarcelamientos en prisiones infectas– pero aún les resulta inimaginable a qué extremos son capaces de llegar quienes ahora detentan el poder.

El ambiente en la ciudad es cada día más asfixiante, por lo menos en el Buenos Aires en el que se mueven Raymond y sus camaradas. Ya no se puede hablar de rumores, son certezas: el número de militantes desaparecidos de organizaciones hermanas y rivales aumenta por semanas, cada pocos días aparece en las noticias un operativo por el que han

«abatido» a «subversivos» que se enfrentaban a las Fuerzas Armadas o se encuentran cadáveres de «terroristas» muertos en acción o destrozados al intentar colocar un explosivo. Raymond y Elisabeth no dan abasto en la producción de documentación falsa para ayudar a compañeros a salir del país. Se hace cada vez más difícil encontrar casas seguras donde dormir o descansar un rato, espacios donde reunirse o donde trabajar en las falsificaciones. Ni siquiera se plantean la posibilidad de planear acciones.

Raymond espera al Pibe en el parque Lezama, dando vueltas alrededor de la estatua de Pedro de Mendoza. La cita era a las 16:15, son las 16:25 y el Pibe no aparece. La humedad es opresiva, la temperatura llega casi a los treinta grados. A Raymond le sobra todo: el traje de lino blanco algo raído, el sombrero Panamá que de vez en cuando se quita para enjugarse el sudor de la cabeza y la cara con el pañuelo de tela que guarda en el bolsillo izquierdo de la chaqueta, nunca en el derecho, reservado a la cajita con su pastilla de cianuro, no se vaya a perder.

No puede seguir ahí, dando vueltas. Con el mismo paso de anciano derrengado que lleva simulando diez minutos, se acerca a un banco desde el que tiene plena visión de la estatua. Se sienta durante diez minutos más en los que repasa los posibles motivos del retraso del Pibe: se ha despistado, se ha confundido y ha ido al cementerio de la Recoleta, que es donde toca cita en ocho días, su madre lo ha retenido con alguna bronca, lo ha atropellado un auto. Lo han secuestrado los milicos. Cuando el camarada del taller le dice que no ha aparecido en varios días, se empieza a preocupar de verdad. Tiene la tentación de acercarse a su casa para preguntar a la madre, pero eso sería incumplir todas las normas de seguridad. No lo pueden haber secuestrado. A él no. Es solo un crío.

Corre la voz en la Organización: nadie sabe dónde está el Pibe. Raymond piensa que igual su madre sospechaba algo y, temiendo peligro, se lo ha llevado lejos. Pasan diez, doce, quince días, se acercan las fechas navideñas, el fin de 1976. Una mañana de diciembre le llega la noticia a Raymond: el Pibe ha vuelto sin querer dar explicaciones. Lo único que dice es que tiene que reunirse con el Viejo. Se citan en Barrancas de Belgrano. Raymond llega cinco minutos tarde a propósito. Lo ve de lejos y casi no lo

reconoce: si siempre ha sido un muchachito delgado, ahora parece un esqueleto perdido en unos pantalones y un pulóver incomprensible bajo el sol ardiente de diciembre. El Pibe está apoyado en la barandilla blanca o, más que apoyado, parece que se está agarrando a ella para no derrumbarse. Diseminados por los bancos cercanos y apoyados en otras partes de la larga barandilla, Raymond reconoce a varios milicos de civil. Sabe que ha caído en la trampa pero ya es demasiado tarde para huir. Se acerca al Pibe, que lo mira desde un absoluto desamparo:

–Tienen a mi mamá. La están torturando.

Raymond lo toma del brazo y lo dirige, despacio, hacia la salida de la calle La Pampa.

–Los he delatado a todos, Viejo, a todos. Y a usted se lo quieren llevar ahora.

–Seguí caminando, no parés.

–Me han pedido que haga una señal y se lo llevan.

–Caminá y callate.

Raymond ve cómo se movilizan los hombres detrás de ellos. Lleva al Pibe con suavidad del brazo hasta la calle, donde para un taxi y le indica que tome Avenida del Libertador, que siga hasta que él se lo indique.

–¿Qué es eso de la señal?

–Tienen a mi mamá, la matarán.

El muchacho solloza, no puede seguir hablando.

–¿Qué es eso de la señal? –insiste Raymond mientras gira la cabeza y comprueba lo que imaginaba: llevan un Ford Falcon pegado. El taxista también se ha dado cuenta y mira por el retrovisor con ojos de pánico.

–Si hago una señal se lo llevan, si hago otra lo dejan ir pero ya lo habrán identificado, habrán tomado fotografías, lo seguirán para dar con los demás, con los espías, con las armas, quieren acabar con todos, yo les he contado, los delaté, lo siento, tienen a mi mamá, le están haciendo cosas que...

Raymond no entiende lo que dice el muchacho entre lágrimas, a qué delirio de espías se refiere, palpa cada poco el pastillero del bolsillo derecho. Con la mano izquierda acaricia el pelo enmarañado y sucio del muchacho.

—Obvio que tenés que hacer la segunda señal, pibito, ya me las arreglaré yo después, y no te preocupés, ahora estás fuera, tu mamá también saldrá.

El muchacho niega con la cabeza y solloza.

—Hacé la señal ya, carajo.

El Pibe gira el cuerpo, levanta las dos manos por encima de su cabeza y entrelaza los dedos. Se queda así varios segundos. En la siguiente bifurcación, el Falcon gira a la derecha y desaparece. Raymond no entiende lo que ha pasado, a qué ha venido esta farsa. El Pibe sigue sollozando a su lado, él intenta recuperar el aliento y el pulso. Pide al taxista que pare antes de llegar al final de la avenida. Paga la carrera. El Pibe no se baja hasta que el taxista, soltando todo el terror acumulado durante los últimos minutos, lo echa a gritos.

—Ahora me tenés que contar tranquilo todo lo que está pasando. Esto no tiene ningún sentido.

—Me tengo que ir, Viejo. Dígale a los compañeros que me perdonen, los van a cagar a todos.

Raymond intenta detenerlo, el Pibe forcejea con una furia que no corresponde a su condición devastada. Lo deja ir. Están en medio de la calle, no puede permitirse armar un escándalo. Lo primero es avisar a los compañeros, pero no es fácil ahora que lo han identificado, además muchos están escondidos y tal vez ni siquiera sepan de la vuelta del Pibe. Durante esos días confusos y aterradores, Raymond se entera de que para algunos no ha habido señal que los haya salvado. Han caído al menos tres.

El Pibe, después de volver a desaparecer durante unos días, entra de nuevo en contacto. Cómo es posible, después de lo que ha hecho, que dé la cara. En la asamblea se dice que la justicia del pueblo condena a muerte a los traidores y los delatores; se pregunta que cómo lo van a matar, si es solo un niño; se responde que si es suficientemente adulto como para trabajar para la dictadura, también lo es para asumir sus responsabilidades; se dice que un muchachito de esa edad no es responsable de nada; se dice que tienen a la madre; se dice que si el Pibe está en esa situación es porque ellos lo reclutaron. Se dice. Se dice. Se decide eliminarlo como medida ejemplar: quien delata, muere. Lo citan en los carritos parrilleros de la Costanera Sur.

Allí se dirigen cuatro compañeros armados que, gracias a que toman todas las precauciones, identifican a por lo menos una decena de agentes de paisano. Huyen.

No vuelven a ver al muchacho. Raymond entenderá lo que ha sucedido tiempo después, cuando se descubra el *modus operandi* de las patotas, los torturadores, los asesinos del Estado: al Pibe lo secuestran y lo llevan a un centro clandestino de detención junto a su madre, lo torturan a él delante de ella, a ella la torturan y la violan delante de él; la madre no puede decir nada porque nada sabe; el hijo, el niño, sí, habla, cómo no va a hablar; lo sacan del centro, lo llevan a pasear en el coche para que señale a todo el que conozca; le obligan a citarse para así ir atrapándolos como a conejos; una vez que el contacto con el grupo se rompe y los milicos se dan cuenta de que no pueden extraer más información, que es un fardo inútil, lo asesinan y, para que no haya testigos de semejante aberración, también a su madre. Raymond no sabe cómo, si los trasladan a la ESMA y los arrojan al Río de la Plata en un vuelo de la muerte; si los calcinan en un descampado o los sepultan en una fosa común; tampoco entiende qué pasó aquel día, qué contó el pobre chico de su encuentro cuando volvió al infierno y se reinició el ciclo de torturas y vejaciones, cuando vio de nuevo a su madre destruida, con qué cantidad de sufrimiento pagó que los milicos no logaran volver a encontrarlo a él y se les escapara la posibilidad de cobrarse una pieza tan legendaria.

Porque Raymond, poco después y muy a su pesar, dejará la Argentina. Atrás también quedarán sus hijos. Ya son adultos, hace mucho tiempo que no esperan nada de su padre. Enrique, el pequeño, se ha ido a Barcelona; Juanita vive su vida, es psicoanalista, modelo, se ha casado con un escritor, tiene dos hijos; los mayores, Zazá y Vila, están más cerca –trabajan con él en la imprenta– y al mismo tiempo muy lejos. Saben pero no saben. Son testigos de las idas y venidas de gente al piso de arriba pero no militan, no participan; tan solo consienten. Tiene cuatro hijos que aspiran a una vida burguesa... o bohemia, que es lo mismo. Por eso Raymond no siente en ningún momento que los esté abandonando o traicionando, poniéndolos en peligro.

Antes de marcharse, Raymond tendrá la ocasión de demostrarle a Sergio su aprecio. El chico le dice que quiere dejar la Organización, necesita salir del país, que, por favor, le haga los documentos. Al principio intenta convencerlo para que se quede y siga luchando, pero en el fondo él está pensando en hacer lo mismo. ¿Y Elisabeth?, le pregunta al muchacho. Elisabeth dice que la clase obrera no se exilia, que ella se queda. A Raymond, Elisabeth le recuerda a Jeanne: también ella lo dejó por otro hombre, también con ella compartió una estrecha relación de militancia que no se rompió al separarse. Sí, Elisabeth le recuerda a Jeanne, sobre todo en sus férreas convicciones. La clase obrera no se exilia. Lo mismo podría haber dicho Jeanne en 1940, cuando los nazis ocuparon París y comenzó la persecución feroz contra los comunistas, cuando él y Vera intentaron convencerla para que abandonara Francia. Jeanne resistió, como ha decidido resistir Elisabeth. Jeanne sobrevivió.

Escenas de la vida guerrillera

PRIMERA

Son siete personas, cinco hombres y dos mujeres. Están reunidos en un piso franco, en un barrio del norte de Buenos Aires, esperando a que llegue S., un camarada francés de la Cuarta Internacional que viene desde París para prestarles ayuda técnica. Hoy toca la instrucción sobre atentados contra edificios. Algunos se conocen, incluso han participado juntos en operativos. Otros se ven por primera vez. Casi nadie sabe el nombre de los otros, solo los apodos o los nombres ficticios: El Flaco Ramón, La Negra, Cristina, Marcos, Isidro... Fuman y toman mate. Gastan bromas forzadas, se observan con curiosidad y con una extraña timidez. Saben que podría ser la última vez que se ven, o que quizá realicen un atentado juntos y que también juntos los detengan o los asesinen. Han hecho el trayecto hasta ese piso en el que no hay más que sillas y sillones desvencijados, un frigorífico que ruge y se sacude como si estuviese a punto de explotar, una mesa baja que se tambalea cuando depositan en ella las bombillas de mate. Fuman, todos, todo el rato.

Han llegado con los ojos cerrados o mirando al suelo, salvo los únicos que conocen el lugar de encuentro, los dos conductores. Es importante que no puedan llevar allí a la policía o los milicos si los detienen y torturan. Aunque Raymond, es decir, Marcos, tiene la costumbre de hacer trampa y fijarse en los detalles. Él está completamente seguro de que no delatará a nadie –para eso lleva el cianuro– y le gusta saber dónde está. Por los

dibujos del suelo de cerámica del portal sabe que ha visitado ese edificio en otra ocasión. Raymond no necesita instrucción; está ahí para encontrarse con S.; es camarada y amigo, le apetece sentarse a tomar un café y charlar con él o dar un paseo mientras discuten las últimas decisiones de la Cuarta, pero entre la clandestinidad y la actividad frenética apenas tienen tiempo de verse. Esa tarde se saltarán las medidas de seguridad e irán a cenar juntos después de la instrucción. ¿Quién va a sospechar de dos viejos franceses degustando un buen bife?

S. entra en el saloncito y saluda sonriente, aunque no les mira a los ojos, con la cabeza ligeramente gacha. Tal vez está acostumbrado por su altura a encorvarse un poco, a mirar hacia abajo, tal vez prefiere no ver con precisión los rasgos de los demás. No pierde el tiempo con chachara, va directamente al contenido de la instrucción. El tema es cómo provocar un incendio en un edificio.

Primero les habla de los distintos materiales de construcción y de cómo reaccionan al fuego. Se traba con las palabras «construcción» y «reacción» queriendo pronunciar las erres. Deben fijarse también en las puertas, algunas detienen el incendio, otras lo favorecen. Les explica cómo elegir el lugar donde poner los artefactos incendiarios.

Detiene su explicación y, ahora sí, levanta la cabeza para comprobar si su audiencia está atenta y si está entendiendo sus explicaciones.

—Hay un tipo de edificios muy difícil de quemar. No por los materiales con los que están contruidos, no porque el techo sea de hormigón o de madera, por lo que contienen.

Sí, le escuchan con mucha atención. Podrían estar en una clase en la universidad —seguro que la mayoría son universitarios— y no resultaría extraño, si no estuviera totalmente prohibido, que se pusieran a tomar apuntes. Continúa:

—Por sorprendente que les parezca, es muy difícil incendiar una biblioteca. Ya es complicado quemar por completo un libro, imaginen quemar un montón de ellos, comprimidos unos contra otros en las estanterías. Entre libro y libro hay poco oxígeno, también a menudo entre

las estanterías, y eso dificulta que se extienda el fuego. Así que, si su objetivo es pegar fuego a una biblioteca...

La joven a la que llaman Cristina, que habla con acento alemán y parece atraer mucho la atención de sus compañeros, levanta el brazo al tiempo que chasquea los dedos para llamar su atención. S., a pesar del tema que están tratando y de la tensión que siempre implica encontrarse en un piso clandestino, no puede evitar sonreír; ahora sí que tiene la impresión de estar dando una clase en la universidad.

—¿Sí?

—Lo que no entiendo...

Se interrumpe, mira a sus compañeros.

S. le hace un gesto con la cabeza animándola a continuar.

—Lo que no entiendo es: ¿en qué situación podríamos querer quemar una biblioteca?

SEGUNDA

La vida de un revolucionario no consiste solo en preparar y realizar atentados y secuestros, organizar huelgas, lanzar arengas a los obreros, huir de la policía, ser apresado, atracar bancos, escribir panfletos. La vida de un revolucionario es, a veces, una vida de mísero oficinista.

S. ha atravesado el Atlántico con una misión. Sin embargo, a las once de la noche de un martes lluvioso, de esos en los que el frío se te mete en los huesos aunque te envuelvas en una manta, se encuentra solo en un cuarto mal iluminado por una bombilla desnuda, plegando las páginas de *El combatiente* para ensamblar el cuadernillo: tomar la hoja doble de la cubierta y la contra, extenderla abierta en el suelo, sacar de otro montón las dos hojas siguientes, depositarlas encima, así sucesivamente hasta tener todas las hojas una sobre otra, doblar por la mitad, grapar, poner la revista en una pila. Pasar a la siguiente. Ha hecho ya cuatro montones de medio metro de altura, le faltarán otros tantos. Si llegara Raymond de una vez podría acabar antes de medianoche. Acompaña el ritmo mecánico de sus

manos tarareando *La vie en rose* como si fuera una marcha militar. La mano que se extiende ya hacia la siguiente doble hoja se queda detenida en el aire, también se interrumpe la canción cuando suena el timbre del piso de abajo, el de la tienda.

S. corre a apagar la bombilla, una reacción absurda, impropia de su condición de revolucionario avezado: quien ha tocado el timbre lo ha hecho porque ha visto la luz y de nada sirve apagarla. S. se asoma con tiento a la ventana. A dos pasos del edificio, un policía mira hacia arriba. S. se esconde, contiene la respiración, reza para que la lluvia haga desistir a ese policía curioso. Pocos segundos después, vuelve a sonar el timbre, dos, tres veces.

S. baja las escaleras. Le tiemblan las piernas y, al hacer girar el interruptor del piso de abajo, se da cuenta de que también lo hacen las manos. No ha acabado de abrir la puerta cuando el policía la empuja y entra sin pedir permiso ni dar las buenas noches. Se planta en medio de la tienda y examina las máquinas de escribir con reprobación. A su alrededor se va formando un charco de agua.

—¿Qué hace usted aquí? No es horario comercial.

—Buenas noches, es que estaba trabajando en mis cosas.

—Ya. ¿Por qué ha apagado la luz cuando he llamado?

S. duda, no encuentra las palabras en español para mentir con naturalidad.

—Soy fotógrafo, estaba trabajando, la luz no es buena.

—Pero aquí venden máquinas de escribir.

S. está demasiado nervioso, no responde, mira al policía, a la puerta. ¿Estará solo? ¿Tendrá a su compañero en el coche patrulla? ¿Le daría tiempo a salir corriendo? El policía interpreta sus gestos y sus miradas a la perfección. En un gesto rápido saca la pistola y le apunta.

—Ponga las manos en alto. ¿De dónde es usted? ¿Qué hace aquí?

La voz de Raymond resuena en la puerta.

—Pero ¿qué está pasando? Guarde la pistola, por favor, este señor no es ningún ladrón, es un amigo.

El policía apunta a Raymond. El cañón va de uno a otro, como si el policía no estuviese ahora seguro de a quién debe encarar.

—¿Y usted, quién es?

—Soy el dueño de este negocio y le ruego que guarde la pistola, está asustando a mi amigo.

—Su amigo está actuando de forma muy extraña. Déjeme ver su identificación.

Raymond saca de la cartera su cédula de identidad, se la acerca al policía con firmeza. Comprueba los datos, parece relajarse, baja la pistola, le devuelve el papel.

—Usted perdone, señor Droeven, pero cuando he llamado, este señor ha apagado la luz y cuando por fin ha abierto la puerta ha empezado a darme explicaciones sin...

—Aquí el que tiene que dar explicaciones es usted. ¿A quién se le ocurre tocar el timbre a estas horas? ¿No ve que puede asustar a la gente, con los tiempos que corren, con terroristas y ladrones sueltos por las calles?

—Es que fíjese, fíjese, venga conmigo.

El policía sale a la calle seguido de Raymond. S. sigue plantado en su sitio, incapaz de moverse y reaccionar. Desde dentro de la tienda ve que el policía y Raymond miran hacia arriba. El policía gesticula y señala algo. Entran de nuevo en la tienda, Raymond insistiendo en que no debería haber asustado a su amigo francés, ¿qué impresión se va a llevar de los argentinos? Suben al primer piso. Si entran en el cuarto de las revistas están perdidos. Pero no, entran en el de al lado, abren la ventana. El policía se encarama a una silla y tira con fuerza de la persiana hacia abajo, casi provocando que caiga a la calle.

—¿Ve que está suelta? Es un peligro, puede desprenderse en cualquier momento y romperle la cabeza a alguien.

—Pues, venga, ya que está usted aquí, deme una mano.

El policía titubea, asegura la hebilla de la funda de la pistola. Deja la gorra en el alféizar.

—Y ¿qué hago?

—Yo tiro de la correa y usted del borde de la persiana para bajarla del todo, hasta que encaje en el riel. Y ya la arreglaré bien mañana.

El policía va tirando tal como le han dicho.

—¡No tan fuerte, agente, que me la va a arrancar!

S. los contempla desde la puerta fascinado por la escena. Cuando terminan, Raymond da al policía una palmadita en un hombro.

—Bien hecho, pero la próxima vez no ande asustando a la gente. Qué tiempo de mierda tenemos, ¿verdad?

—Sí, señor. Bueno, es la época...

El policía no sabe si marcharse aún, se lleva una mano a la visera para despedirse de Raymond, repite el gesto al pasar delante de S.

—¡Cierre bien la puerta al salir! —le grita Raymond desde el primer piso.

TERCERA

S. y X. estaban regresando de un operativo.

Nos lo cuentan así, «un operativo», sin dar más detalles. Casi todos quienes han participado en la lucha armada saben que hoy sus acciones se juzgan de otra manera. Cuando la prensa contemporánea se refiere a sus actividades, habla sencillamente de terrorismo. Y cuando se refiere a una acción en la que mataron a un torturador o a un militar represor, desde luego no van a usar las palabras «justicia revolucionaria» sino, una vez más: terrorismo.

Pero además nunca puedes estar completamente seguro de cuándo se extinguen las responsabilidades penales, incluso aunque entretanto se haya promulgado una amnistía. O si el día que solicitas tu pensión no van a salir papeles que te incriminan de una manera en la que a tus años, ya retirado, con los recuerdos de tus ideales y tus luchas juveniles cada vez más desvaídos, no te va a llegar un aluvión de acusaciones, de amenazas de acciones civiles o penales, como le sucedió a aquel guerrillero, ya tan mayor y tan enfermo, que de pronto se tuvo que enfrentar a un pasado del que muchos se alejan con horror, y da igual que él diga «no fue así, las

cosas no fueron así», ya nadie va a entender, a considerar el contexto, a darse cuenta de la brutalidad contra la que combatían, siempre en desventaja.

Tampoco puedes estar seguro nunca de a quién tienes delante, si es de fiar esa pareja de escritores que te escuchan atentos y te hacen preguntas incisivas escondidas tras cierta timidez o pudor, por mucho que vengan avalados por una compañera. Si serán capaces de entender los motivos o si, por el contrario, van a desdibujar o incluso deformar todo aquello por lo que luchaste, aquella energía, la fuerza, la esperanza. Tantos y tantas te han hecho más o menos las mismas preguntas y después no han sabido qué hacer con las respuestas o, sí lo han sabido, para mal.

Así que, eso: X. y S. regresaban de un operativo. Iban armados. No podían justificar su presencia en esa carretera, en ese coche, en ese momento en el que los militares habían organizado una pinza, bloqueando el paso y también la retirada a un gran número de vehículos. X. y S. saben que la situación es crítica. No hay manera de tomar un desvío –los militares serán brutos, pero son profesionales– ni de refugiarse en un hotel o restaurante. Realmente los han pinzado.

–La concha de su madre –dice X.

–¿La madre de quién? –pregunta S.

–No sé, en general. ¿Llevás los papeles del auto en regla?

S. lo mira perplejo.

–Claro. Los papeles de un auto robado.

–Ya. Son los nervios, que digo boludeces. ¿Qué hacemos cuando nos detengan? ¿Disparamos?

–Cada cosa a su tiempo. Decidimos cuando lleguemos ahí y veamos cuántos son.

Está atardeciendo pero los vehículos aún no han encendido sus faros. Solo las luces de frenos destellan en intervalos irregulares. Avanzan despacio, pero avanzan. Llegan a una intersección con vehículos que vienen

de una calle diagonal y que han sido dirigidos para que también pasen el control. Se forma un cuello de botella. S. permite pasar a un auto.

—Acá nos quedamos un rato.

Transcurren unos minutos. Cuando la fila avanza, S. cala el motor a propósito. Hace amago de arrancar, levantando demasiado deprisa el pie del embrague para volverlo a calar. Deja que pase otro auto delante de ellos. Mira por el rabillo del ojo a X. que agarra con fuerza la manivela de la ventanilla mientras la sube y la baja con parsimonia, como si el movimiento le provocara una total concentración.

S. repite la operación una vez más, hasta que los autos que los siguen en la fila empiezan a pitar. Justo en ese momento, X. tiene la ventanilla bajada y pueden escuchar los improperios. Uno de los conductores desciende de su vehículo y se dirige hacia ellos. Entonces comienza a avanzar la fila, S. mete primera y entran en el tramo final. Quedan unos pocos coches, no serán ni diez, para llegar al control.

—Estaba pensando algo —dice X.

—Pues pensá rápido, porque estamos llegando.

—Pensaba que no sabés cómo me llamo.

—Ni quiero. Nadie sabe cómo se llaman los demás.

—Bueno, pero vos sos francés.

La fila de vehículos se ha detenido otra vez porque los agentes se han puesto a registrar un auto con tanta minuciosidad como si desearan desmontarlo. S. aprovecha para volverse a mirar a su compañero. Él le devuelve la mirada.

—Cuando nos detengan, si no nos matan de inmediato —continúa—, tu embajada va a intervenir. A lo mejor te torturan un rato, pero te dejarán libre. Yo soy argentino.

—Claro. En cuanto salga, si salgo, intento que te saquen.

X. sacude la cabeza. Sonríe, una sonrisa doliente, resignada.

—Digo para que podás reclamar mi cadáver, que ayudes a mis viejos a recuperarlo.

Hasta ese momento, S. no ha estado tan nervioso como quizá habría sido lógico en la situación. Es al ver la cara de su camarada, oír su petición,

tan comprensible, cuando comienzan a temblarle las piernas, más que las manos.

Con una ceremoniosidad extraña en el interior del vehículo en el que llevan dos horas viajando juntos, se estrechan la mano al tiempo que cada uno dice su nombre, bajito, como una confidencia.

Entonces oyen voces y el pitido insistente de un silbato. Los coches se mueven. S. mete primera, segunda, pasan por delante del auto que ha sido revisado, una familia –madre, padre, niño de unos diez años– está intentando volver a meter los asientos traseros mientras un beagle, atado a una farola, los contempla y aúlla. Un guardia de tráfico les hace señales impacientes para que avancen con más ligereza. Los milicos han levantado la pinza y se reparten en sus vehículos. Nadie los mira al pasar. S. mete tercera, el motor ruge.

–Putra madre, qué cagada –dice X.–. Ahora sabés cómo me llamo.

Los dos lloran de risa, de alivio, de nervios, de alegría.

Un álbum para Elisabeth Käsemann (fragmentos de otro diario)

MIÉRCOLES, 13 DE MARZO DE 2024

Cinco y veinte de la mañana. Llevo una hora despierta sin hacer nada, así que me levanto, me abrigo un poco –no demasiado, ya no hace tanto frío–, me pongo un café y me siento a escribir. José no está. Se fue ayer a Zafra y hoy irá a visitar a su madre. Ayer no me apetecía pensar ni escribir. Un día perdido con poco que reseñar. Lo más productivo que hice fue limpiar la casa y preparar el bacalao con ajos, aceite y perejil para que macere un par de días y así estará listo cuando vuelva José el jueves. Antes de marcharse, le digo que voy a poner una botella de champán a enfriar: si los resultados son buenos, lo celebraremos; si son malos, nos consolaremos. Se ríe y me dice que ese es el problema del alcohol: apetece tanto cuando se está alegre como cuando se está triste. Si no fuéramos tan disciplinados, le digo, seríamos unos borrachines.

Esta conversación la tuvimos el lunes. Fue un día bonito, a pesar de mi estado de ánimo y gracias a José, que despierta mi cuerpo a base de paciencia y amor. Hacía días que no estábamos así. No puedo evitar que mi cuerpo se apague cuando no estoy bien anímicamente, por mucho que siga deseándole. Mi cuerpo actúa a veces por sí solo, como cuando me desmayo ante un dolor o una impresión fuerte. Pero en el caso del sexo me gustaría que no fuera así, me gustaría ser capaz de desligarlo de mis murrias. Me lo digo y me lo repito pero, a veces, el cuerpo se vuelve coraza, conspira con la melancolía para encerrarme, apagarme. Estar con José me libera, desata

los nudos torcidos de la ansiedad y la tristeza, me saca de mí y me une a él, me reconcilia con mi cuerpo y despierta mi alegría, que está ahí, dentro de mí, lo sé, como están mi vitalismo y mi carcajada. Pero mientras escribo esto siento dolor en el pecho izquierdo y se vuelve a activar la preocupación por los resultados. ¿Me van a hacer esperar hasta mañana?

Sigo leyendo *La llamada* de Leila Guerriero y pienso en el libro varias veces al día. Al relato de Silvia Labayru se superpone lo que vamos sabiendo del secuestro y asesinato de Elisabeth Käsemann. Los detalles de la tortura de Silvia surgen poco a poco, se supone que tal y como Guerriero los recoge en las conversaciones espaciadas que tiene con ella. La imagen de los pezones destrozados por la picana se me queda grabada y la traspaso a Elisabeth. También la descripción del dolor que destruye y fragmenta el cuerpo, su vaciamiento físico —la orina, las heces, los aullidos— y psíquico —la pérdida de conocimiento, en todos los sentidos de la expresión—. Pero imagino también que la vivencia de la tortura tuvo que ser diferente para Silvia y para Elisabeth. Si el dolor es intransferible —solo cada cual sabemos cómo lo sentimos, dónde está nuestro límite, cómo asciende y desciende nuestra curva—, la experiencia de tortura es radicalmente individual. Hasta que no se pasa por ella, nadie sabe dónde se encuentra su umbral, ese límite después del cual todo se rompe y es imposible reconstruir el cuerpo y el yo deshecho por el terror y la degradación.

He leído mucho sobre la tortura, desde los tiempos de la tesis doctoral hasta la escritura de *Maddi y las fronteras*. La tesis la defendí con veintinueve años. *Maddi* la escribí con cuarenta y nueve. Veinte años ininterrumpidos porque siempre, aunque estuviera en otros proyectos, he buscado o han caído en mis manos libros relacionados con la experiencia concentracionaria y de tortura, que a menudo van unidas. Y todavía soy incapaz de imaginar la intensidad terrorífica de la vivencia. Tal vez por eso, cuando estoy en una situación en la que siento el cuerpo violentado, mi mente vuela a esos escenarios en los que la voluntad es anulada a la fuerza. Es ridículo comparar, no lo hago en general ni es lo que estoy haciendo ahora. Solo creo que es un mecanismo intelectual inconsciente, una forma de intentar entender lo que, por suerte, nunca he tenido que experimentar.

Llevo meses leyendo sobre nuestros personajes trotskistas, pero soy incapaz de ponerme a escribir. No sé por dónde empezar. José me sugiere que me centre en las fotografías que aparecen en *Das Mädchen*, el documental sobre Elisabeth Käsemann que estamos viendo y transcribiendo estos días. Que intente desencadenar la escritura por ahí. Le hago caso.

La primera fotografía aparece muy al principio del documental. Justo antes vemos un vídeo de Argentina en, posiblemente, 1976: detenciones violentas en la calle por parte de la policía o el ejército, una fila de hombres con las manos en alto, enlazadas por detrás de la cabeza, contra una pared, con la cara frente a los soldados que los apuntan. ¿Cuántos de ellos desaparecerán? Después, la foto de Elisabeth. Es un retrato en el que aparece de medio perfil: hombro, mano, cabeza. Gira la cara hacia la cámara pero no vemos del todo su rostro, el lado izquierdo queda casi totalmente oculto en la sombra. Posiblemente quien la fotografió pidió que posara, que sonriera a la cámara y ella lo hace sintiéndose un poco incómoda, con la timidez de una joven guapa que no acaba de creérselo. Su sonrisa es amplia, asoman todos los dientes superiores y se vislumbran los inferiores también. No es de las chicas que se tapan la boca al sonreír, aunque tal vez es una impresión equivocada porque su mano se acerca extendida a la boca, un movimiento que captura la cámara y, al hacerlo, difumina los contornos creando una sensación fantasmagórica: dedos sin hueso, blandos, que si se contemplan durante unos segundos se transforman en una especie de zarpa ominosa que intenta llegar a la sonrisa limpia, sincera, inocente. Los ojos de Elisabeth me miran guasones. Me digo que me está avisando que no interprete de más, esta es simplemente una foto de un momento en el que era feliz, en el que su pelo lucía castaño, abundante y lustroso, sus mofletes se inflaban de salud y alegría, sus ojos no habían conocido el terror. Nada en ese rostro es una señal de lo que vendría después.

La siguiente fotografía aparece en el minuto 3:12, después de una secuencia de retratos tomados, creo recordar por otros documentales y libros, en la Escuela de Mecánica de la Armada, donde se registró minuciosamente el paso de detenidos-desaparecidos. Paro el vídeo y entro en internet para cerciorarme y, efectivamente, son los retratos que Víctor Bastera, detenido en la ESMA, pudo sacar del archivo y que constituyen una prueba de la maquinaria de tortura-secuestro-desaparición de la dictadura. Una de las secuencias fotográficas muestra a una mujer mayor, vestida con una especie de bata, los cordones de las zapatillas desatados, demacrada y ojerosa, que se encorva hacia la cámara y mira con pasmo. El pie de foto dice «Tía Irene». Busco más información sobre ella. En realidad se llamaba Ida Adad. Solo tenía cincuenta y seis años en 1979, momento de su detención y desaparición, pero en la foto parece que tiene veinte más. Militaba en las Fuerzas Armadas Peronistas. Es imposible imaginarlo a partir de sus fotografías de la ESMA. Su imagen no aparece en la secuencia de retratos del documental sobre Elisabeth, pero sí la de Graciela Estela Alberti, detenida-desaparecida en 1980: retrato de frente, policial, cabeza algo inclinada, ojeras profundas y oscuras, terriblemente oscuras; no sé interpretar su mirada, creo que en ella hay conocimiento, tristeza, pero también resolución, incluso un atisbo de odio o de desprecio, acompañado por el gesto de la boca ligeramente torcida. La sucesión de rostros termina con un retrato fijo de Elisabeth, anterior a su desaparición, al que se le hace un rápido zoom que nos acerca a su mirada. A diferencia del primero, fresco y espontáneo, este es un retrato de estudio. Mira en ángulo hacia la cámara con la cabeza inclinada. No sonríe, por lo que sus facciones están más definidas: ojos grandes, mirada resolutiva, nariz fina y proporcionada, labios gruesos (el inferior más que el superior), pómulos marcados, barbilla algo puntiaguda: un rostro bello y equilibrado, enmarcado por una melena lisa con flequillo. Si la primera Elisabeth me sonreía alegre y vivaz, esta se me revela seria, firme. Tal vez exista un retrato similar de Graciela antes de entrar en la ESMA.

Busco fotos de Silvia Labayru en internet y encuentro, sobre todo, fotos de Leila Guerriero.

JUEVES, 14 DE MARZO

Despierta desde las cinco, empiezo a escribir a las seis. Releo páginas del diario y me doy un poco de pena.

Ayer en el club de lectura online con el Cervantes de Milán, Valeria Correa Fiz me pregunta en qué ando, después de la escritura de *Maddi*. Confieso que me quedé exhausta y se me está haciendo difícil encontrar un proyecto que esté a la altura; escribo con oficio pero no tengo nada que contar, así que voy abandonando proyectos. Ya llevo dos abandonos desde *Maddi y las fronteras*: el ensayo que iba a ser una ampliación del epílogo a esa novela y otra novela frustrada. En los dos casos, mi sensación era que estaba escribiendo bien, algo publicable, pero en el fondo no tenía nada interesante que decir. Lo afirmo con cierto orgullo porque creo que es una decisión que no todo el mundo es capaz de tomar, a veces porque ni siquiera son conscientes de su inanidad, sobre todo si esta se paga con grandes ventas y popularidad. De este tipo de libros están llenas las librerías. Sí comento al grupo que estoy escribiendo para mí, sin intención de publicar, y que tengo un proyecto con otra persona que, si sale, va a ser muy bonito.

Ayer, nada más acabar de escribir, comparto con José la entrada anterior. Respuesta casi inmediata por WhatsApp:

«Buenos días, mi amor. Llevo un rato despierto y ya te he leído. Con una mezcla de sensaciones la primera parte: ternura, tristeza, alegría, deseo.

»Y la segunda parte me parece que está muy bien. Creo que, a pesar de los temas más o menos conocidos, podríamos estar pisando terreno nuevo con el libro.

»¿Te apetece que hablemos?»

Hablamos, sí, de cómo estamos, también del proyecto. Le gusta esta forma híbrida que, sin buscarla, se refleja en el diario. Creo que si hubiera empezado a escribir sobre las fotografías fuera de este contexto el resultado habría sido distinto. Me interesa la idea: ¿en qué estado me coloca escribir sobre Käsemann en el marco de mi diario?, ¿qué lenguaje, diferente al que he usado otras veces, surge en este proceso?, ¿cómo puede influir en mi creatividad?

La siguiente foto no aparece hasta el minuto 10:19. Es una fotografía de cuerpo entero, tomada en un espacio natural. Lo primero que pienso es que en el fondo se esconden, entre lo que parecen nubes bajas o una espesa niebla, las cataratas de Iguazú y que Elisabeth está sobre una pasarela desde la que se puede admirar el magnífico espectáculo. Posiblemente sea una trampa de mi memoria, que sobreimpone mi recuerdo y mi experiencia a esta fotografía de Elisabeth. Recuerdo mi verano de los dieciocho años trabajando en el hogar infantil en São Paulo y mi viaje a Iguazú, cuando yo también, como Elisabeth, veía en América Latina el espacio donde realizar mis ansias de justicia social. Pero yo no llegué tan lejos como ella, yo volví al refugio de una vida privilegiada, a comenzar mis estudios en una universidad privada cuyo credo iba en contra del mío. Contemplo el cuerpo completo de Elisabeth: delgada, atlética, lleva unas sandalias planas y un vestido cortito –un palmo por encima de la rodilla– de color lila, con escote cerrado y sin mangas, que descubre sus brazos fibrosos y marca el pecho más bien abundante para su delgadez. Lleva una cámara de fotos en bandolera que podría ser, por el tipo de funda, una Leika; cuelga de su mano derecha lo que parece una bolsa de tela negra, o tal vez sea un jersey. El pelo suelto, el flequillo, la sonrisa amplia y franca que ya conocemos, aunque ahora se pierda difuminada por la lejanía que impone el retrato de cuerpo completo. La cámara vuelve a hacer un zoom, como con el retrato anterior, y nos acerca a la sonrisa de Elisabeth. Su rostro es, todavía, el de una adolescente. Me asalta otro recuerdo de aquellos meses en São Paulo: estoy esperando a que llegue el autobús que me lleva al trabajo, se para un

coche, se abre la puerta trasera y asoma un brazo que agarra el mío y tira de mí, un hombre que está a mi lado en la parada me abraza con fuerza, la mano me suelta, el coche arranca con furia.

Minuto 10:59: foto de Elisabeth con Diana Austin, amiga de aquellos años. «Salió de mi casa por la noche, a eso de las siete y media u ocho, el 8 de marzo del 77. Habíamos quedado para desayunar al día siguiente pero no vino y cuando entonces alguien no venía a una cita, había que contar con lo peor. Dos días después también vinieron a por mí; mientras me golpeaban me preguntaban por nuestra amistad, por Elisabeth.» A pesar de los estragos de la edad y de una vida atravesada por el trauma, Diana es reconocible en esta foto de juventud: el pelo rubio, los pómulos altos, los ojos pequeños pero vivaces. Diana mira a la cámara con una sonrisa menos dentada que la de Elisabeth, pasa un brazo sobre el hombro de la amiga. «Ya habían estado maltratándola durante dos días cuando me llevaron al centro de tortura. La oía gritar, cada vez tenía más miedo. Estaba sentada en el cuarto contiguo y le daban electroshocks. Con mis respuestas iban a la habitación de al lado a cotejar las dos declaraciones para saber si decíamos la verdad. A la mañana siguiente, me llevaron de vuelta a casa. Me violaron, uno detrás de otro.» Las dos están bastante abrigadas, la foto seguramente está tomada en invierno, tiempo antes de ese 8 de marzo siniestro. Creo reconocer de fondo la fuente de la plaza de Mayo por donde semanas más tarde empezarían a pasear las Madres, primero en silencio, rodeadas de hombres armados; y luego, cuando el silencio se convierte en aullido desgarrado, gritando «con vida los llevaron, con vida los queremos». Con vida, con muchísima vida, se llevaron a Elisabeth.

Minuto 16:00: No es una foto de Elisabeth, sino de un futbolista de la selección nacional alemana jugando con un pastor alemán de la policía militar. El estadio a rebosar (aquí podría hacer un comentario sobre el eslogan que ideó la Junta «los argentinos somos derechos y humanos» y que

los adeptos al régimen exhibían durante los partidos del mundial en 1978). Mientras el equipo alemán está en Buenos Aires en el 77, jugando un amistoso, Elisabeth sigue viva, secuestrada. La denuncia de Diana –que se había salvado gracias a la intervención de los gobiernos británico y estadounidense– y la presión de los padres ante el gobierno alemán, no sirven para nada. Pero creo que de esto está escribiendo José. La foto me remite, inevitablemente, a la banalidad del mal, entendida como falta de conciencia.

Minuto 22:04: Sorpresa. Ante mí, la primera fotografía que describí al inicio se revela completa y muestra la situación en la que está tomada. Ahora entiendo la sensación de espontaneidad: quien saca la foto sorprende a Elisabeth comiendo directamente de una cazuela que reposa sobre un frigorífico que le llega hasta un poco más arriba de la cintura. Una mano sostiene un cubierto –tenedor o cuchara– que sale de la cazuela y se interrumpe, por la sorpresa, a mitad de camino; la otra mano en movimiento, la borrosa, acabó tapando parte de la cara posiblemente en un gesto de vergüenza divertida. Ahora entiendo la leve inclinación de su cuerpo, recuperando la posición erguida tras la interrupción que ha ocasionado la persona que la fotografía, impidiéndole llevarse el cubierto a la boca. Elisabeth luce un vestido o bata de manga corta tal vez floreado –la imagen es en blanco y negro– y parece que está más rellenita que en la fotografía que yo supongo en Iguazú. La imagino un poco comilona y me pregunto qué tipo de comida le gustaría, si disfrutaría la carne argentina o le gustarían los platos italianos. Quizá eso borroso que sale de la cazuela sean unos espaguetis. La pared del fondo ahora se distingue mejor: desnuda, oscura, pobre. Contrasta con el rostro, la sonrisa, el cuerpo de Elisabeth: desprenden luz.

VIERNES, 15 DE MARZO

José llegó ayer poco después de las cuatro de la tarde. Antes de que asomara por la puerta de cristal, ya sabía que estaba ahí porque vi a Goxito correr contento a saludarlo. Estaba preparando una merienda cena y llamando a la clínica cada pocos minutos porque todavía no me habían dicho nada de los resultados, pero saltaba el contestador automático. Lo primero que me preguntó José al entrar en casa: ¿no sabes nada? Colgué el teléfono por enésima vez para abrazarlo y besarnos. Probé unas cuantas veces más y por fin me atendió una mujer que tomó mis datos y me aseguró que iba a pasar la nota al doctor para que me llamara. Decidimos no esperar la llamada, cocí el quisquillón mientras José acababa de preparar la mesa; a pesar de la incertidumbre, abrimos la botella de champán. Cenamos, charlamos con la mirada puesta en el teléfono y, a partir de las siete, ya asumimos que no llamarían. Nos consolamos diciendo que si el médico no había llamado era porque no había encontrado nada malo. Podíamos descansar tranquilos. Nos acostamos pronto, con la cabeza algo ligera por el champán.

Hoy hemos madrugado juntos. Desayunamos las madalenas que ha traído de Valdecaballeros. Están muy ricas, pero empalagan bastante. Antes de ponernos a escribir le comento una idea que se está concretando estos días: que lo que vamos novelando se acompañe con el relato del proceso de escritura, con nuestras reflexiones metaliterarias y conversaciones, como cuando hacemos «Libros y susurros» para *La Marea*. Al principio le descoloca un poco, pero cuanto más hablamos del tema, más sentido le vemos. Puede ser un proceso bonito, también útil para desatascarnos y escribir con más libertad y soltura. Grabamos nuestra conversación; hemos decidido hacerlo siempre para guardar registro de las ideas que van surgiendo.

Ahora voy a seguir con las fotos de Elisabeth.

Minuto 22:28. Foto de grupo. Blanco y negro. En primer plano, a la izquierda, una mujer de perfil, pelo abundante recogido en un moño setentero, mira concentrada hacia abajo algo que queda fuera de marco, pudieran ser documentos, un libro, un material sobre el que discute con el hombre que tiene enfrente, barbudo, también de perfil, que la mira serio, como si estuviera pidiéndole explicaciones o explicando él mismo una cuestión muy importante. En segundo plano y detrás del hombre barbudo, una bronceada Elisabeth lleva un vestido de verano que deja a la vista sus brazos y sus piernas desde mitad de muslo. Está sentada con las piernas cruzadas, se marca el músculo del muslo sobre el que cruza la otra pierna, pantorrilla torneada, rodilla fina en la que reposa una mano con la que sujeta un cigarrillo. Elisabeth fumaba. Tampoco ella presta atención a quien saca la fotografía. Está seria –los rasgos un poco difuminados, no alcanzo a ver los matices de la expresión– y observa las manos del hombre que se está liando un cigarrillo y se sienta, a su lado, en una especie de sillón de enea. Es el único que no está de perfil, pero apenas distinguimos su rostro porque mira, él también, hacia abajo. Parece que en cualquier momento quien saca la foto les va a increpar –a ver, por favor, que alguien mire a la cámara– y todos van a levantar la cabeza, girarse hacia mí y sonreírme. Pero no. Esta reunión no es una fiesta. Me digo que es un encuentro político en el que nadie tiene ganas de sonreír porque las cosas no van bien. Sabemos que Elisabeth militaba en la Organización Comunista Poder Obrero y que, junto a Raymond, falsificaba documentos para ayudar a salir del país a personas en la clandestinidad. De esta actividad habla Diana Austin en el documental, aunque no menciona a Raymond que, según otras fuentes, fue amante de Elisabeth. Me cuesta creerlo, tendré que hacer un esfuerzo de imaginación para escribir sobre ellos como pareja. Fantaseo con la idea de que sea Raymond quien toma esta foto, pero inmediatamente la rechazo.

Después de toda una vida en la clandestinidad y con las pocas fotografías que quedan de sus noventa años de vida, está claro que no era amigo de las cámaras. Dejo ahí a los cuatro, conspirando, intentando encontrar soluciones, fumando mucho.

Justo después, otra foto, tal vez del mismo día. Blanco y negro. Elisabeth lleva el mismo vestido. Se la ve de medio cuerpo en la esquina derecha, tiene la cabeza girada, por lo que apenas vemos su rostro, y observa a una chica que ocupa el centro de la imagen –delgada, camisa o vestido claro de manga larga, melena oscura lacia, una mano en jarras, la otra sujetando un cigarro y un vaso, posiblemente de vino, que se lleva a los labios–; casi fuera de la fotografía, otro joven mira hacia abajo. En la pared, detrás de la chica que fuma y bebe, hay apoyadas unas láminas que podrían ser dibujos artísticos, no tienen marco, una parece estar ligeramente doblada. Tal vez, entonces, estas dos fotografías documentan una reunión artística, lúdica. Pero ya sabemos que en aquellos años cierto tipo de arte y cierto tipo de política iban de la mano. Que se lo digan si no a los artistas perseguidos y desaparecidos durante la dictadura.

La certeza de estar ante un encuentro mucho más divertido de lo que augura la primera fotografía llega en el siguiente minuto, 22:41, cuando Elisabeth, con el mismo vestido, aparece en la parte izquierda riéndose abiertamente, casi puedo escuchar su carcajada. Sentada, un poco encorvada, una mano entre las piernas, cigarrillo colgando de la otra, toda su cara sonríe: boca abierta dejando ver las dos filas de dientes, ojos achinados por el gesto, mira a alguien que está enfrente de ella. A su lado, pero muy en segundo plano, una mujer negra que apenas se distingue; más a la derecha y en primer plano otro hombre que identificamos como Sergio Bufano, compañero de Elisabeth y que testimonia en este documental. «Se convirtió en una especie de experta en pasaportes. Sabía que era una de las pocas posibilidades que había de salvar a la gente, el ejército controlaba a los

jóvenes en las calles y si estaban huyendo un pasaporte falso podía salvarles la vida. Y eso lo hacía bien.» Sergio está también sentado, con la espalda apoyada contra el respaldo, muy delgado, con un gran bigote negro, media sonrisa, melena. «Algunos amigos me habían preguntado si ya había conocido a esa alemana tan guapa. Todos decían que era preciosa. Elisabeth era alta y guapa, pelo largo y muy alemana. Es una mujer con convicciones firmes.» La cara de Sergio se ilumina brevemente al hablar de Elisabeth, tal vez de la misma manera en que se iluminaba en esos encuentros, cuando le tomaba el pelo diciéndole que era muy alemana mientras admiraba su belleza y su convicción. Es solo un momento, sepultado inmediatamente por el recuerdo del horror.

El análisis de esta secuencia fotográfica –desde los gestos serios a la carcajada de Elisabeth– revela mi forma de mirar. Contextualizo las imágenes en el proceso del secuestro y desaparición de Elisabeth y, por lo tanto, busco en ellas respuestas, forzando así la interpretación. No creo que haya nada malo en ello, con tal de ser consciente de que este es el ejercicio que estoy llevando a cabo. Mirar las fotografías en el contexto del documental y analizarlas, hacer conexiones extradiegéticas que puedan ayudar a adentrarnos en su historia, a entender su proceso, de eso se trata. No intento un recuento realista, un análisis documental de este material fotográfico, sino acercarme a Elisabeth y sus circunstancias. Intentar darle volumen y una dimensión profunda, sensible. Poética, tal vez.

Minuto 41:13. Foto de cuerpo entero en color. Con el padre. Aspecto recatado, parece mayor de lo que realmente debía de ser: flequillo, la melena corta, por encima de los hombros. Un jersey de lana azul cielo de escote cerrado, por debajo asoman los cuellos de una camisa blanca, pantalones negros. Sonríe con la cabeza ladeada y mira a alguien que está por detrás de la cámara –tal vez su madre–, no a quien saca la foto, durante el viaje que sus padres hicieron a Argentina en 1976. ¿Serían capaces de

intuir entonces los peligros que se cernían sobre su hija? Elisabeth sostiene en las manos un pequeño objeto, podría ser una pluma o un bolígrafo. El padre, inclinado hacia ella, está de medio perfil; tiene cierto aire perdido. Lleva un severo traje azul oscuro, corbata granate, camisa azul, bien afeitado, pelo corto. La foto aparece cuando en el documental se habla de los intentos de salvar a Elisabeth por parte del padre. El hermano de Elisabeth dice: «mi padre quizá tenía algún tipo de ilusión, que si iba un catedrático ahí podría conseguir algo, pero les daba igual la vida de mi hermana». Me vuelvo a fijar en la expresión del padre. Es extraña, como si anticipara el desvalimiento en el que iba a quedar tras la desaparición de su hija. Un catedrático de teología, hombre renombrado de la iglesia evangélica alemana, incapaz de encontrar respuesta ni en el Ministerio de Exteriores ni quizá tampoco en Dios para una desesperanza tan grande. Su hija buena, su hija idealista, su hija generosa, su hija joven, tan joven, su hija viva todavía, su hija que está siendo torturada, su hija por la que no puede hacer nada, su hija mártir, qué hacía su hija en ese país tan extranjero.

SÁBADO, 16 DE MARZO

Ayer pasé la mañana pendiente del teléfono. Temiendo que voy a estar el fin de semana sin noticias, llamo yo al laboratorio. La administrativa me dice que los resultados ya están en la cuarta planta, pregunto si no me los puede dar ella. Responde que no, solo puede hacerlo el doctor que me trata. Espero hasta mediodía y llamo. Contestador automático: la clínica permanecerá cerrada los viernes. No me lo creo, pienso que es otra sección de la clínica porque mi penúltima consulta fue en viernes. Llamo varias veces para escuchar el mensaje. Marco otro número. Me atiende una mujer, me dice que ella está en otra planta de la clínica y que, efectivamente, la cuarta está cerrada. Me invade la indignación, a José también. Qué le hubiera costado al patólogo llamarme ayer, cuánto tiempo lleva comunicar unos resultados, sobre todo si son negativos. Entonces pienso que tal vez no lo sean y que por eso necesita más tiempo. Aviso a ama, Blanca, Rocío y

Sandra de que hasta el lunes no sabremos nada. Todas piensan que si no me han llamado es buena señal. Me repito que voy a cambiar de clínica, que ese trato no es aceptable. Me pongo a hacer la comida, enfurruñada y con el ánimo bajo. Suena el teléfono. Clínica Euskalduna. El corazón me da un vuelco. Al otro lado, el doctor se identifica. Los segundos que tarda en decirme el resultado se me hacen eternos: todo perfecto, era un quiste mamario benigno. Mientras le doy las gracias por llamar sonrío a José, le hago el gesto de *thumbs up*. Cuelgo sin preguntarle a qué se debe el dolor en el pecho. Al final, va a ser ansiedad, una posibilidad que ya había apuntado el ginecólogo.

José se acerca a mí, me abraza, llora de alivio. Pobre. Qué angustiado ha estado, cómo ha controlado su preocupación para no aumentar la mía. Me doy cuenta de lo mucho que nos protegemos mutuamente: cuando uno no está bien, el otro se echa la carga al hombro sin queja, procurando el bienestar de quien más lo necesita. El amor se materializa y se concreta de muchas formas diferentes, una de ellas es la actitud con la que sobrellevamos la enfermedad, o la amenaza real de ella, juntos. Pasó con su corazón, ha pasado ahora en este mes y medio de incertidumbre. A ver si, a partir de ahora, tenemos una etapa tranquila y feliz.

Pasamos página.

Hoy acabaremos de transcribir el documental de Elisabeth Käsemann. Y yo de escribir sobre sus fotografías. Voy a la siguiente.

Diez segundos después de la foto con su padre, aparece una suya en solitario en blanco y negro, sentada en una roca o un saliente natural. Lleva una minifalda oscura y camiseta de manga corta más clara, el pelo largo y suelto. Posa de perfil, pero el torso se gira hacia la cámara, con lo que veo su cara completa, la sonrisa amplia. Está un poco encorvada, la postura no

es del todo cómoda. Igual es que, para hacer la foto, quien la toma le ha pedido que se acerque demasiado al acantilado, a ella le impresiona la inmensidad del mar, su rugido, cómo rompe con fuerza contra unas rocas que se sitúan a su izquierda. Con cada imagen me pregunto dónde y cuándo, también quién. La forma en la que mira a la cámara es despreocupada, divertida, confiada. La tomó alguien a quien quería: amiga, amante, familiar. También me pregunto en qué momento de su biografía estaba, cuánto le quedaba por sonreír y por soñar, por aprender, por amar y disfrutar, pero sobre todo por sufrir.

Minuto 1:06:41: Blanco y negro. Cuerpo entero. Elisabeth lleva un vestido floreado tipo bata de manga corta –creo que es el mismo que aparece en la foto tomada por sorpresa comiendo de la cazuela– y sandalia baja. Quien hace la foto sabe captar su movimiento ágil al andar; Elisabeth camina hacia la cámara, sonriente: pierna izquierda adelantada, brazo izquierdo hacia atrás en movimiento pendular; pierna y brazos derechos alineados, del hombro derecho cuelga un pequeño bolso que apenas se distingue. Está en una calle tranquila, sin tráfico, casas de ladrillo a su derecha, a su izquierda un territorio difícilmente identificable. Si ella no vistiera de verano, parecería nieve. La ventana de la casa de un costado está enrejada, las persianas bajadas, tal vez no sea un barrio muy seguro, pero Elisabeth anda pisando firme la baldosa, con seguridad y alegría, dueña de su cuerpo y sus movimientos, haciendo suyo el espacio que ocupa.

Vamos llegando hacia el final del documental. En el minuto 1:07:28 se repite la primera imagen: el primer plano de Elisabeth con esa mano fantasmagórica acercándose a la boca. Es la última vez que vemos su rostro.

Consideraciones sobre Elisabeth Käsemann

Es frecuente que los hijos de padres con creencias religiosas fuertes, aunque acaben abjurando de la religión familiar, mantengan una idea moral de la propia existencia. La convicción de que estamos aquí –entiéndase «aquí» como el mundo– con una finalidad y con un deber, trasciende la fe concreta, la manera en la que imaginamos, si es que la imaginamos, nuestra relación con lo espiritual. Pensar que Dios nos ha creado con un objetivo, y que nuestra mera existencia implica una deuda hacia quienes nos rodean, ha llevado a personas comprometidas con un trabajo pastoral a salirse de la mera actividad apostólica y luchar contra la injusticia y la miseria. En las organizaciones activistas, también en las terroristas y guerrilleras, no son escasos los miembros que han pasado por un seminario o un convento. Sin esa cercanía entre la fe y la necesidad de transformar el mundo serían impensables fenómenos como la Teología de la Liberación y el movimiento de curas tercermundistas.

Ernst Käsemann, padre de Elisabeth, fue un conocido teólogo alemán. Diana Austin, la amiga de Elisabeth que estuvo con ella en el centro de detención El Vesubio y acabó siendo pastora, cuenta que probablemente el ejemplo del padre fue esencial para el desarrollo moral de la hija: opositor al nazismo, encarcelado por la Gestapo, activo en labores de ayuda a los desposeídos. Diana deja de lado un detalle –quizá lo desconocía– cuya importancia es imposible valorar hoy. Ernst Käsemann, a los veintisiete años, cuando era pastor en una comunidad minera, se unió a los *Deutsche Christen* (Cristianos Alemanes), de ideología racista y antisemita. Al parecer le atraía el impulso social de grupos como aquel, quizá pensando

que la revolución nacionalsocialista, proclamadamente anticapitalista, mejoraría las condiciones miserables en las que malvivían los mineros y sus familias. El entusiasmo, si es que lo hubo, le duró menos de un año. En 1934 el gobierno nazi impuso la *Gleichschaltung*, eufemismo para unificación u homogeneización, a su vez eufemismos para el control férreo y la nazificación de todas las instancias sociales y políticas, así como la persecución de cualquier forma de disidencia. Käsemann se alejó entonces de los Cristianos Alemanes y fue detenido por la Gestapo, aunque no por mucho tiempo.

No tenemos muchos detalles de cómo fue la relación con su hija años más tarde, aunque sabemos que hubo tensiones importantes entre ellos, probablemente a cuenta de las actividades políticas de Elisabeth y de su crítica a las concepciones religiosas del padre. En una carta que le envía desde Buenos Aires, Elisabeth da a entender el porqué de esa crítica: «El evangelio tiene solo un mensaje, la liberación aquí y ahora [...] Los teólogos avanzados a menudo no están dispuestos a traducir este mensaje a los pobres. Pienso que hay métodos más directos para la toma de conciencia, por ejemplo, trabajar en un sindicato con la gente o alfabetizar. Prefiero ayudar directamente a las personas, sin introducirlas primero en las cuestiones de la Biblia».

En la época en la que escribe la carta, Elisabeth vive en un barrio obrero de Buenos Aires. Ha puesto un océano –y, metafóricamente, un mundo– entre ella y la vida acomodada y cristiana de los padres; no ha abandonado por completo la casa paterna: mantiene el impulso de enseñar y ayudar a los pobres, pero ha cambiado el púlpito por la célula revolucionaria y la oración por la lucha armada.

Llama la atención que, a pesar de los desacuerdos con su familia, esa joven que describen como rebelde y tozuda, cuenta en sus cartas a los padres numerosos detalles de su vida, tanto sentimental como política. Incluso les habla de cómo es la relación que mantiene con Sergio, quien sería su última pareja: «Hay una tremenda atracción entre nosotros. Él es un intelectual típico, tiene un impulso aventurero y le gusta escribir», les dice.

Investigar la vida de una persona puede generar algo parecido a la adicción: deseas saber más y más; pospones la escritura porque crees que los detalles que te faltan te darán una visión nueva y tu trabajo estará incompleto sin ellos. Aunque durante la escritura de la novela hemos encontrado sobre cada personaje mucha más información de la que habíamos soñado, nos empecinamos en seguir buscando: cartas, documentos, testimonios. Por eso nos dirigimos a la Fundación Elisabeth Käsemann, presidida por una sobrina suya, con la esperanza de que sus archivos arrojasen nueva luz sobre el pensamiento y las emociones de Elisabeth. La respuesta fue que solo tienen acceso las personas que trabajen para una institución y ni siquiera ellas pueden consultar los documentos privados, como por ejemplo las cartas de y a Elisabeth. No nos dieron ninguna explicación para estas restricciones, que nos parecen excesivas.

Ignoramos cuánto habríamos aprendido en los archivos de la fundación. Sospechamos que incluso descubrir cartas que no hemos encontrado por otros medios no disiparía todas las sombras sobre la personalidad de Elisabeth. Nadie escribe a sus padres contándoles todo lo que siente, y tampoco a los amigos les contamos todo. La intimidad con los demás se mide no tanto por lo que les revelamos como por lo que callamos ante ellos. Además, en el documental *Dass du zwei Tage schweigst unter der Folter!* (*¡Callarás dos días si te torturan!*), de Frieder Wagner y Osvaldo Bayer, el padre de Elisabeth alude a la discreción de su hija y a que su familia no quiso preguntar demasiado sobre sus actividades en una época en la que, después de años de tensiones, parecía que se acercaban a una reconciliación.

La evolución del pensamiento cristiano en el que fue educada Elisabeth hacia un activismo social y político, en el que el marxismo desempeñaba un papel más importante que las doctrinas religiosas, es muy temprana. Durante su época universitaria en Berlín, antes de marcharse a Latinoamérica, la joven participa en círculos cercanos al dirigente estudiantil Rudi Dutschke, quien pagaría su enmienda a la totalidad de la democracia burguesa —y apenas desnazificada— de la Alemania de los sesenta con los tres tiros que le asestó en la cabeza un ultraderechista. Son

años en los que la prensa más reaccionaria, como la de Axel Springer, incita, más o menos veladamente, a atacar a aquellos jóvenes que pretenden «destruir Alemania», justificando la necesidad de una respuesta violenta. Esta actitud recuerda a la de los industriales alemanes que apoyaron a Hitler como vacuna, dolorosa, sí, pero necesaria, contra las tentaciones revolucionarias marxistas. Los signos externos del nazismo han desaparecido de Alemania pero no su sustrato ideológico, como veremos también en el caso Käsemann.

En Berlín, Elisabeth participa en protestas contra la guerra de Vietnam, comienza a interesarse por la teoría revolucionaria y se involucra en proyectos dirigidos por Dutschke para promover la acción guerrillera en Latinoamérica. El ejemplo cubano no solo era modelo en el continente americano, también en Europa, para la lucha anticapitalista, anticolonial y emancipadora.

En 1968 Elisabeth viaja a Bolivia a realizar las prácticas que necesita para sus estudios de Ciencias Políticas. Decir que este viaje cambia su vida no puede dar siquiera una idea aproximada de lo que supondría para ella el contacto con la miseria extrema y las enormes diferencias sociales predominantes en La Paz. Las prácticas asistiendo a enfermos en un centro social de la Iglesia Evangélica Metodista le hacen ver que su labor política sería mucho más útil en Latinoamérica que en Europa. Aunque regresaría brevemente a Tubinga para visitar a sus padres, está claro que ha encontrado una tarea que antepondrá a cualquier otra consideración. «Me estoy identificando con el destino de este continente y con todo lo que la gente que vive aquí podría exigirme como respuesta concreta. Aquí siento la enorme brecha que existe entre los europeos y los habitantes de América Latina. [...] Quizá esto me conduzca a decisiones que no entenderéis o que podrían resultaros muy dolorosas», escribe a sus padres en julio de 1969, aún en Bolivia.

Tiene veintidós años. A pesar de lo revelador de su trabajo, La Paz le resulta poco estimulante. Tras viajar por buena parte de América Latina, decide mudarse a Argentina. No sabemos si en sus cartas da alguna explicación precisa de por qué allí y no otro lugar. Según Sergio Bufano,

Elisabeth elige quedarse en Argentina porque es el único país de América Latina con una amplia clase obrera industrial y considera que será el centro de la acción revolucionaria.

El texto biográfico escrito por su sobrina Dorothee Weitbrecht en la página web de la Fundación Elisabeth Käsemann nos dice que durante los años siguientes, aparte de estudiar y trabajar como traductora, Elisabeth «(p)articipó en proyectos de alfabetización y emancipación en las barriadas argentinas, apoyó a familias necesitadas y ayudó a salir del país a perseguidos políticos. Perteneció a diversas organizaciones cristianas y políticas, la última de ellas el brazo político de la Organización Comunista Poder Obrero. Se movía en un entorno en el que muchas asociaciones habían decidido fundar subgrupos armados además de su labor política». Aunque en el texto se explica que la lucha armada fue defendida por muchos teólogos y sacerdotes, también por el Consejo Mundial Eclesiástico, ante la imposibilidad de enfrentarse de otra manera a la violencia estructural, se hace hincapié en que Elisabeth, por muy de acuerdo que estuviese con esa postura, nunca participó en actividades violentas. Su mejor amiga, Diana Austin, lo confirma en varias declaraciones.

¿Fue así? ¿De qué decisiones que no entenderían sus padres o que les resultarían dolorosas hablaba Elisabeth? ¿Se refería solo a las penurias a las que tendría que enfrentarse para realizar sus tareas? ¿La pertenencia a organizaciones comunistas? ¿O era algo más drástico, más grave que eso?

Elisabeth Käsemann conoce a Raymond Molinier en Campo Grande, un distrito de la provincia de Buenos Aires, en 1970. Según Eduardo Duhalde, quien sería presidente interino de Argentina a raíz de la crisis económica de 2001, Elisabeth y Raymond conviven como pareja. Raymond tiene cuarenta y tres años más que ella y un pasado político sin duda deslumbrante para una joven que se está adentrando en la posibilidad de luchar activamente contra la opresión y la explotación en el entonces llamado Tercer Mundo, y no solo mediante manifestaciones y manifiestos, o a través de la participación en proyectos de alfabetización y de asistencia social.

No podemos considerar descabellado que el prestigio revolucionario y la edad de Molinier influyesen en la joven, pero tampoco podemos darlo

por supuesto. Ignoramos los matices de su relación sentimental y también cuánto fueron moldeadas las convicciones políticas de Elisabeth por las historias que sin duda le contaría Molinier. Sin embargo, en numerosos testimonios se insiste en la firmeza de las convicciones de Elisabeth ya desde muy temprano. A lo mejor esta observación basta para despejar el cliché del experimentado Molinier moldeando a la jovencita. Quizá aquella muchacha novata en la lucha armada –apenas sabía manejar un arma– adquirió muy pronto ideas claras. Ya en Berlín había redactado un documento con Dutschke defendiendo la actividad guerrillera en América Latina para acabar con sus regímenes corruptos y represivos. No fue Molinier quien le mostró ese camino.

Tanto Molinier como Käsemann tienen relaciones estrechas con el Partido Revolucionario de los Trabajadores y con el ERP, su brazo militar. Aunque la familia y la amiga más cercana de Elisabeth afirmen que solo se dedicaba a ayudar a perseguidos, a hacer trabajo social y labores de intendencia, no es la versión que da Sergio Bufano en un artículo publicado en 2014. Para él es absurdo decir que Elisabeth solo se dedicaba a la caridad y a la ayuda a perseguidos, o afirmar que era una pacifista, negando la realidad: Elisabeth Käsemann era una revolucionaria. Ambos acabaron integrados en grupos clandestinos violentos y finalmente se conocieron en una organización que aunó diversos grupos revolucionarios, la Organización Comunista Poder Obrero, que les encomendó la ejecución de un torturador. Que se echaran atrás dice mucho sobre los dilemas morales que plantea la violencia a personas que participan en la lucha armada y pretenden mantener criterios éticos firmes. No es lo mismo enfrentarse a una unidad militar o atacar instalaciones del Estado que asesinar fríamente a una persona delante de su familia, por culpable que sea. Para muchos guerrilleros encallecidos esto es sin duda una distinción inútil cuando te estás enfrentando al terrorismo de Estado, como hacían ellos durante los años setenta, ya antes de la dictadura de Videla. Pero Bufano insiste, y nos lo confirma durante una conversación privada, en que Käsemann, como él, apoyaba la lucha armada; negarlo equivale a borrar parte del pasado de las

víctimas, amputarlas para convertirlas en víctimas puras, cómodas, sin tacha.

Sus padres la visitan en abril de 1976, pocas semanas después del golpe que instauró la dictadura militar. Elisabeth los guía en visitas turísticas por la ciudad. ¿Qué les cuenta de sus actividades, cuánto revela de su implicación en la lucha armada? ¿Cuánto saben Ernst y Margrit del peligro que corre su hija? Un peligro que debe de ser grande, porque, poco después de la marcha de los padres, Elisabeth entra en la clandestinidad con el alias «Cristina». Cuando Sergio la lleva en coche a su casa, cierra los ojos para no poder revelar su domicilio si la detienen y torturan. Sabe muy bien lo que se juega con su actividad política.

Sin duda Elisabeth habla con sus padres de la situación en el país, que por otra parte es evidente para cualquier persona que salga a la calle – ejército, perros policía, detenciones, amenazas, cacheos, registros–. En una carta de agosto del 76 les habla de los miles de desapariciones, de los centros de detención, de que al final te acabas acostumbrando a que no se vuelva a saber nada de tus conocidos y amigos. También les dice: «cada vez se estrecha más el círculo».

Sergio se va de Argentina en diciembre de 1976. Durante nuestra conversación, nos dice: «estaba agotado, física y mentalmente, después de tantos años de lucha». Las desapariciones y ejecuciones, que ya fueron frecuentes en los primeros años de la década, se están intensificando y él mismo había sido secuestrado. Esa vez logró escapar casi inmediatamente y no cree que su suerte se vuelva a repetir. El riesgo de continuar en el país es excesivo. Molinier le consigue un pasaporte ecuatoriano, luego falsificado por Elisabeth. Ella no aprueba la decisión y deja de hablarle durante una semana. Sin embargo, le entrega el pasaporte para su huida.

Pocos meses después, secuestran a Elisabeth. Su amiga Diana Austin sospecha que las torturaban de manera alterna para que cada una escuchase la agonía de la otra. Diana, después de la intervención de las embajadas británica y estadounidense para que la liberen, abandona el país, comunica a los padres la detención de Elisabeth y denuncia su caso y el de su amiga

ante Amnistía Internacional. En ese momento, Elisabeth está viva, habría sido posible salvarla.

A Elisabeth la secuestran, le pegan palizas, le aplican descargas eléctricas en las encías, los pezones, la vagina, la violan, la asesinan con varios disparos por la espalda realizados a corta distancia. Uno de sus carceleros la recuerda tirada en el suelo, en una especie de perrera, incapaz de hablar. Él mismo parece impresionado al describir el estado en el que se encontraba la joven. Le habían pegado muy duro, dice. Según la versión oficial, Elisabeth murió, junto con otros quince guerrilleros, en un enfrentamiento armado con las fuerzas del orden.

Si detallamos los horrores a los que fue sometida Elisabeth en El Vesubio no es porque tengamos constancia precisa, individual, de ellos. Sabemos de sus gritos, de su cuerpo lacerado, porque hay testigos y, además, todos quienes tuvieron la desgracia de pasar por el centro clandestino de detención coinciden en la descripción de las torturas. Y todas las mujeres confirman que fueron violadas.

Hay algo sobrecogedor en este detalle. Es imaginable que alguien practique la tortura contra su inclinación, es decir, que la vea como un medio desagradable pero necesario para obtener una declaración útil para detener la violencia guerrillera. Siempre ha habido quien ha defendido la tortura para evitar males mayores, ya fuera en Irak o en Euskadi. Torturar para salvar vidas. Es pensable, aunque también sepamos que la mayoría de las veces se tortura incluso cuando ya no es posible extraer informaciones útiles del torturado. La destrucción del cuerpo enemigo como venganza, el dolor como expiación, pero también el gozo del sádico a quien se le da una coartada para experimentarlo.

En el caso de la violación, el argumento de la utilidad desaparece y solo quedan el placer y el deseo de destrucción. Cuando un grupo de hombres tiene a su merced a una mujer, cuando ese grupo de hombres está unido por la camaradería, cuando se saben o sienten impunes, cuando además existe la justificación de que la mujer pertenece al enemigo, sabemos lo que ocurre: a la mujer se la viola y las torturas adquieren connotaciones sexuales. Recientemente Carlos Santino, entonces entrenador del Rayo Vallecano,

fantaseaba con los beneficios de una violación grupal para cohesionar al equipo. La camaradería homoerótica, que es a la vez y paradójicamente exaltación de la propia virilidad, pasa siempre por el uso del cuerpo de la mujer no solo para el propio placer físico, también para su aniquilación, que puede ser más o menos simbólica. Que luego esa mujer sea tildada de guarra, zorra, puta, es solo un barniz de autojustificación, que ni siquiera es necesario en tiempo de guerra.

Elisabeth, entonces, como Diana Austin, como Isabel Alfaro, que también testimonió sobre su encierro en el Vesubio y fue la última en ver con vida a Elisabeth, fue violada y sometida a torturas sexuales. El entonces embajador alemán en Buenos Aires, Jörg Kastl, sin llegar a justificarlo explícitamente, afirmó que Käsemann sabía a lo que se exponía y que si te metes en la línea de fuego es lógico que te alcancen los disparos. No le parecía tan mal el destino de Elisabeth. Como no se lo parecería a Ibérico Saint-Jean, interventor militar de la provincia de Buenos Aires, que declaró: «Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después a sus simpatizantes, enseguida a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos». Saint-Jean murió a los noventa años sin sufrir condena.

Durante la prisión de Käsemann, ni el Ministerio de Asuntos Exteriores ni la Embajada de Alemania en Argentina realizan muchos esfuerzos por liberarla. A los jugadores de la selección alemana, que jugaron un partido amistoso en Buenos Aires como preparación para el Mundial, no se les informa hasta más tarde del secuestro de la estudiante alemana. El presidente de la Federación Alemana de Fútbol se niega a hacer presión. El embajador se reúne regularmente con miembros de la seguridad del Estado argentino, a quienes califica de amigos. Como Estados Unidos aplica un embargo de armas a Argentina para castigar los delitos contra los derechos humanos cometidos por la Junta, Alemania se convierte en su principal suministrador: submarinos y tanques Leopard. Las inversiones alemanas se duplican durante la dictadura. Construyen una central nuclear. Siemens recibe compensaciones millonarias por la expropiación que había sufrido previamente y puede lanzar la exportación de televisores en color antes del

mundial del 78. Nadie está interesado en poner en peligro los negocios con la dictadura militar y mucho menos para proteger a una joven a quien muchos califican de terrorista –como si se pudiese llamar terrorista a quien lucha contra un régimen de terror–. Da igual, era comunista, una radical de izquierdas. Como dijo el embajador alemán, si llegas a un país con ideas explosivas es lógico que te maten (la tortura y la violación caben en esa misma lógica).

A los testigos que denuncian la situación de Elisabeth no se les concede credibilidad; tampoco a los mediadores, uno de ellos un pastor protestante. Aunque se da a entender que los militares están dispuestos a vender la libertad de la joven, ninguna instancia se interesa por el caso. Sí se logra recuperar el cadáver, tras el pago por los padres de Elisabeth de veinticinco mil dólares. Solo entonces una autopsia independiente certifica que Elisabeth no murió en un enfrentamiento armado, sino que fue asesinada por la espalda con tiros realizados a corta distancia. Casi cuarenta años después, a Sergio le asoman las lágrimas a los ojos al contarle en una entrevista. También cuando habla con nosotros.

Contemplas esa vida y no puedes dejar de preguntarte: si Elisabeth hubiese sabido lo que iba a sucederle, ¿habría optado de todas formas por participar en la lucha contra las diversas dictaduras que se sucedieron en Argentina desde 1966 y que culminaron con la más sangrienta de ellas diez años más tarde? Ella y todos los guerrilleros y opositores activos contaban con ser detenidos y asesinados. Pero sin duda albergaban alguna esperanza de salir con vida. Quizá, aun previendo su muerte y las condiciones en las que se produjo, habría pensado que el sacrificio merecía la pena. Si se negó a abandonar Argentina a pesar del riesgo que corría, es porque estaba convencida de que la clase obrera se iba a levantar contra sus opresores.

Pero la mayoría de los obreros siguieron viviendo sus vidas no con la esperanza de que estallara la revolución sino con la de sobrevivir al régimen de terror, a ser posible manteniendo el empleo y su poder adquisitivo. No podemos saber, aunque sí imaginar, qué habría decidido Elisabeth de haber

tenido una bola de cristal –sobre todo si hubiera sido capaz de ver en ella hasta la Argentina de Javier Milei–, cuando Sergio le insistió en que se exiliara con él.

Elisabeth Käsemann está enterrada en un pequeño cementerio de Tübinga, en el suroeste de Alemania.

En 1979, terminado su trabajo en Argentina, el embajador Jörg Kastl recibió la Cruz al Mérito de Primera Clase de la República Federal de Alemania. En 1983 la Gran Cruz al Mérito.

IV

LOS HUESOS. EL CORAZÓN

Los últimos rugidos

Han pasado casi cuarenta años desde que se marchó de París. La ciudad es otra y, aunque a Raymond le gustaría poder decir que sigue siendo el mismo, ha habido demasiadas fracturas, demasiados enfrentamientos, demasiadas pérdidas desde aquel día en el que tomó un barco en Lisboa, sin saber entonces que, durante décadas, sus regresos a Europa solo serían esporádicos. Ahora no: este podría ser definitivo, si es que hay algo definitivo.

La sensación de haber regresado para siempre se vuelve más aguda cuando solicita un pasaporte: por primera vez en muchos años usa su nombre real, vuelve a ser Louis Raymond Molinier. Y cuando tiene que indicar su dirección no se le ocurre otra cosa que dar aquella en la que vivió de niño, no la primera, donde nació, sino la que le consiguió su madrina aristócrata: rue du Tresor 9. Ríe para sí por esa pequeña travesura. Nunca hay que dejar de jugar al gato y al ratón con las autoridades.

Las primeras semanas recorre París como si fuera un turista que ha visto mil fotografías de la ciudad que está visitando. Todo resulta familiar y a la vez distinto, como si las calles y las casas fueran las mismas pero no acabara de reconocerlas.

Él no llegó a conocer la ciudad medio destruida por los combates y bombardeos. No pudo ver ni siquiera el cadáver de Henri, cuando lo llevaron al hospital Bichat después de que lo destrozara un obús. Se contaba que llevaba un maletín lleno de dinero y que los billetes revolotearon por los aires entre el humo y las cenizas, una imagen tan cinematográfica que Raymond no sabe si es cierta o uno más de los mitos que han acompañado

siempre a ambos. Pobre Henri: aunque hubiese sobrevivido al obús, probablemente habría muerto en el hospital, bombardeado al día siguiente por los alemanes que, aunque ya habían sido expulsados de la ciudad, no querían marcharse sin castigar a los franceses por la propia derrota.

Al regresar, se acuerda de mucha gente que casi había olvidado; inmerso en los acontecimientos de los últimos tiempos, los había relegado a un rincón de su memoria. Piensa en Jeanne, en cuántas veces se habría reunido con Henri durante los días del París ocupado, en su militancia durante la guerra, una pasión que se fue disolviendo después como se desvanecen algunos amores, solo que Jeanne no fue capaz de encontrar una pasión nueva, ya tan herida, tan desgastada que no tuvo fuerzas para iniciar otro camino. Cuánto le dolería la muerte de Henri, que se sumó a la de muchos otros.

Con el regreso el tiempo se ralentiza, pesa, está demasiado cargado de recuerdos que se reavivan al recorrer los antiguos espacios. Le asalta también la memoria de quienes acaba de dejar atrás en su huida de Argentina. Raymond a veces se paraliza, pierde ímpetu. Se queda enganchado a la rememoración de errores pasados, de aquello que podría haber hecho y no hizo o debería haber hecho de otra forma. Quizá esté descubriendo lo que significa sentirse culpable. No debió abandonar a Elisabeth.

El cuerpo asume el peso de los remordimientos y la memoria: las articulaciones duelen, las rodillas se encasquillan, el estómago se encoge y retuerce, el corazón se fatiga. Él está vivo y Elisabeth no —y no quiere ni imaginar el cuerpo lacerado de la joven alemana, ni sus gritos ni su espanto—; le avergüenza pensarlo. Él huyó mientras Elisabeth luchaba. Claro que puede justificarlo, y lo hace cuando le preguntan: estaban a punto de atraparlo. Pero no le basta.

A esa vergüenza se suma otra que no ha contado a nadie, que no va a contar a nadie, aunque también haya aprendido a explicarse a sí mismo por qué lo hizo. Cuando los padres se dirigieron a él para que les ayudase a rescatar a Elisabeth, Raymond estaba convencido de que lo conseguiría. Y si les pidió los diez mil dólares fue pensando que con ese dinero podría

sobornar a quien hiciera falta. Pero aquella vez no lo consiguió. Cuando apareció muerta, no devolvió el dinero. Lo usó para ayudar a otros militantes a salir de Argentina.

A pesar de la decepción y el engaño, Margrit y Ernst siguieron confiando en él, escribiéndole cariñosamente, y le permitieron asistir al homenaje que se haría a Elisabeth una vez enterrado su cuerpo en un cementerio de Tubinga. Tanta amabilidad y generosidad alimentaban la vergüenza de Raymond.

No es vergüenza ni culpa, sin embargo, sino sobre todo estupor, lo que sintió cuando le llegaron noticias de que habían secuestrado a Vila y Zazá y detenido a Juanita, tan solo porque eran sus hijos. No pudieron atraparlo a él y los perros de la dictadura hincaron los dientes en la carne que tenían a mano. A Juanita no se la llevaron, aunque tuvo que presenciar la tortura de Vila; Zazá regresó enseguida. Pero tendrían que pasar años hasta recibir noticias de Vila, que había huido a Brasil y había formado una familia. Seguía renegando de Raymond como había hecho desde adolescente y se empeñaba en alimentar el disparate de que era hijo de Orson Welles, a quien su madre habría conocido en el barco que la llevó a Brasil, una leyenda absurda cuyo origen Raymond desconocía.

La culpa te inmoviliza. La vergüenza te desarma. Y es preciso avanzar, aunque Raymond tropieze una y otra vez en una realidad por la que se mueve inseguro como un marinero en tierra. En los locales de la Liga hay reuniones solo para mujeres; actos de gais y lesbianas. ¿Qué mierda de revolución se va a hacer así, dividiendo a la clase obrera? Crear fracciones dentro de las fracciones es un suicidio. Se lo dice a Pierre pero él parece estar a otras cosas. No le escucha o lo hace con gestos de impaciencia. Cada vez más centrista, menos revolucionario. Más burócrata.

Así que él hace lo que sabe hacer y para lo que no necesita la ayuda ni el permiso de nadie: monta una empresa de importación de instrumentos musicales bolivianos, jerséis de alpaca de Perú, pescado en salazón también de Perú. Por mediación de un camarada, consigue que una empresa sueca le compre las artesanías. Su casa se llena de kenas, charangos, tarkas, zampoñas, ponchos, chompas. Él, que nunca había querido acumular

pertenencias, tiene que sortear pilas de cajas para ir del dormitorio al baño, de la cocina a la entrada. Volverán a criticarlo por sus negocios capitalistas. Qué burros son. No entienden que al capitalismo hay que combatirlo también con sus armas, no permitir que te arrincone en la miseria.

A través de organismos de derechos humanos, intenta averiguar el paradero de camaradas desaparecidos, no tanto con la esperanza de salvarlos sino de saber cuál ha sido su final, recuperar sus cuerpos, asistir a las familias. Al mismo tiempo, continúa su actividad en la agencia de viajes, rescatando a muchos otros compañeros acorralados, desperdigados en ciudades, pueblos, selvas, con el miedo a que en cualquier momento les peguen un balazo o los encierren en una prisión clandestina, exhaustos, derrotados. Raymond siente que todo el mundo está cansado, actúan como muñecos que se van quedando sin pilas: avanzan, pero cada paso parece ser el último antes de agotarse su energía. Él no quiere sentirse así. A pesar de todo, él sí se mueve, viaja, su pasaporte se llena de visados, mantiene el contacto con los grupos que no han perdido del todo la fe. Otros emplean el ímpetu que les queda para lanzarse a los negocios aunque sigan proclamándose trotskistas; la agencia de viajes se convierte en una empresa capitalista más; un grupo de camaradas funda la FNAC.

Es 7 de noviembre de 1979. Raymond recorre las estancias de la Casa de la Calle Viena acompañado de hombres trajeados, algo encorvados, tristes; frente a ellos destaca la juventud de las bisnietas de Trotsky, hijas de Esteban Volkov. La voz grave de Esteban –a Raymond le cuesta llamarle Esteban, para él siempre será Sieva– resuena contra las paredes y los techos cuando cuenta que en mayo de 1940 veinte hombres armados dirigidos por Siqueiros ametrallaron durante varios minutos la pequeña casa donde se encontraban Trotsky, Natalia y él. Esteban rememora que los tres se escondieron debajo de las camas con tanta fortuna que quedaron ilesos, salvo él mismo, a quien una bala le rozó el pie. Raymond escucha atento. Jean van Heijenoort, muy cerca de él, también. Todavía no han tenido oportunidad de hablar. Van no ha cambiado mucho: sigue destacando por su

altura, el cuerpo delgado y ágil, los andares silenciosos. Su expresión melancólica de hace décadas se ha acentuado; se mantiene aparte, evita las conversaciones en grupo.

Continúan el recorrido por la casa hacia la habitación donde, pocos meses después de aquel primer intento de asesinato, Ramón Mercader consigue acabar con la vida de Trotsky. Raymond y Van se quedan en el pasillo.

—¿Pasas? —le pregunta Van.

—No, gracias. No hay nada que ver ahí.

—Parece que no estás disfrutando la visita.

—¿No te das cuenta de lo que significa esto?

—¿Que nos traten como si no conociéramos la historia, como si no hubiéramos sido partícipes de ella?

—No, a mí eso me da igual.

—¿Entonces?

—Entonces parece que nos hemos convertido en espectadores del pasado.

—¿Y no es así?

—¡Por supuesto que no! ¡Queda mucho por hacer!

—Casi todo lo hicimos mal.

—No puedo con tu derrotismo, Van. Ya me han dicho que acabas de publicar unas memorias de tus años con Trotsky. Espero que hayas sido justo con el Viejo.

Van se aleja un par de pasos de Raymond para unirse al grupo que se congrega en torno al escritorio donde Trotsky recibió el primer golpe. Están todos en silencio, como si pudieran contemplar la escena. Raymond se acerca de nuevo a Van y en un susurro le dice:

—También me han dicho que hablas mucho de mí.

—Lo que ha venido al caso.

Raymond se alegró cuando le invitaron a la conmemoración en Coyoacán del nacimiento de Trotsky, pero ahora está deseando marcharse. Conmemoran. Celebran. Recuerdan. Honran. Rumian. Regurgitan. Él no tiene tiempo para solazarse en reminiscencias. Aunque, a pesar de que no se

lo reconocería a nadie, sí se le ha encogido el corazón al acercarse al despacho en el que Trotsky fue asesinado y, más aún, extrañamente, al asomarse al dormitorio del Viejo y Natalia. ¿Qué confidencias se harían bajo las sábanas? ¿Qué planes trazarían, quizá abrazados, quizá ambos mirando al techo de la habitación?

Los viejos suelen quejarse de que el tiempo pasa muy deprisa y los días muy despacio. También para Raymond es así. Los días se parecen tanto que tiene la impresión de que no sucede nada y por ello le asombra que el calendario avance. Las enfermedades sucesivas dan la razón al calendario. Le operan de una hernia discal y tiene que permanecer en cama unas semanas –más tiempo estancado–; el hormigueo que desde hace tiempo siente en manos y pies resulta ser diabetes. Percibe el progreso de su vejez a través de la preocupación de los camaradas jóvenes de la Cuarta, que le tratan como si estuviera desamparado y como si sus deseos fueran meras cabezonerías de anciano. Pero él sabe porqué hace las cosas.

Pero Viejo, le dicen, si este médico es buenísimo. Se confían a cualquiera. Y él no, de ninguna manera, jamás se dejará tratar por un médico que no sea trotskista. ¿No se acuerdan de lo que le sucedió a Liova? ¿Tan poca memoria tienen? Los jóvenes no conocen el mundo, se lanzan a él con una ingenuidad que los destruirá. Cuánta gracia les hace que él se niegue a viajar a Nicaragua a apoyar la revolución. ¡Pero es que tienen que hacer escala en la Unión Soviética! ¡Los van a detener a todos! O a envenenar. Por lo menos a humillarlos. Raymond les advierte de los peligros de aliarse con la burguesía en Nicaragua, porque es bien sabido –la historia le da la razón– que en cuanto los burgueses consiguen sus objetivos se organizan para masacrar a quienes, desde abajo, les han encumbrado: proletarios, campesinos, los perdedores de siempre.

Le duele su ingenuidad porque le recuerda a la de tantos camaradas muertos. Mientras él, gracias a su desconfianza y sus precauciones, sigue vivo. Vivo y viejo. Un poco inútil para algunas cosas. Ahora tiene que usar dos muletas por la tarde, cuando la espalda le duele tanto que apenas puede

mantenerse derecho. Intenta prescindir de ellas en las manifestaciones de la Liga para moverse con mayor soltura, sobre todo en caso de carga policial, pero al final siempre le tienen que llevar en volandas los camaradas jóvenes. En alguna ocasión que ha coincidido con Pierre Frank –que se empeña en protegerse con un ridículo casco de moto– han recurrido al metro para volver a alcanzar la manifestación cuando se han quedado atrás. Lo importante es estar ahí.

Agradece que los camaradas vayan a su casa regularmente y le ayuden a limpiar, también a hacer la mudanza cada vez que ha tenido que cambiar de piso porque los alquileres son un robo en esa París despiadada. Le llevan comida, protestan por todas las cajas de objetos inútiles que entorpecen el paso y tienen que transportar de un apartamento a otro. Le regalan un gato. Para que no esté solo, le dicen, como si a él le importara estar solo. Michelle, una camarada muy joven, le echa una mano ordenando sus papeles porque, por primera vez, está considerando escribir sus memorias. Es doloroso abrir con ella las cajas llenas de cartas, pasaportes falsos, fotografías, documentos. Raymond intenta que no le afecte asomarse al pasado, enfrentarse a ello como quien recopila los balances de negocios ya cerrados o las actas de reuniones administrativas. Las cosas fueron como fueron y no hay que ponerse sentimentales.

–¿Y esta chica tan guapa? ¿Una novia tuya? –le pregunta Michelle sonriente mientras le muestra una fotografía que acaba de sacar de una caja de cartón.

Raymond se aproxima para ver qué reliquia ha desenterrado Michelle entre tanto papelajo.

A él mismo le sorprende su propia reacción al contemplar la imagen de Elisabeth. Se le empañan los ojos y se le escapa un sonido incontrolado de la garganta, como si a la vez gimiese y tragase saliva. Michelle deja unos segundos el brazo extendido con la foto en la mano, de pronto insegura, antes de devolverla a la caja. Acaricia el hombro de Raymond, hasta que él se da la vuelta mascullando que tiene que ir al baño.

Michelle forma parte del grupo de jóvenes de la Liga que se aglutinan en torno a Curqui y Mariana, muchos de ellos exiliados latinoamericanos

involucrados en los movimientos revolucionarios de Centroamérica. Raymond conoce a Curqui desde su época argentina. Fue uno de los muchos a los que, ya desde París, ayudó a huir cuando estaban con el agua al cuello.

En dos días Mariana y Curqui viajan a Nicaragua para una segunda estancia, esta vez indefinida, de apoyo a la revolución. Como despedida, van a casa de Raymond a almorzar. Ellos llevarán la comida y él ha comprado champán y una tarta de chocolate. Los médicos dirán lo que quieran pero a él la diabetes no le va a privar de un buen pastel. Suena el timbre, la voz alegre de Mariana –abre, Viejo, somos nosotros–, el sonido del ascensor y los pasos pesados de Curqui. Raymond les espera sonriente en la puerta y les ayuda con las bolsas y los bártulos: una sopera y una cazuela cuyas tapas han amarrado con fuerza para que no se desparrame su contenido. La cocina está a cuatro pasos de la entrada y es tan pequeña –apenas cinco metros cuadrados– que uno de los tres se tiene que quedar fuera. Mariana enciende dos de las tres placas para calentar la sopa y el guiso, mientras Curqui saca de las bolsas los ingredientes para una ensalada, dos pedazos de queso, un salami y una baguete.

–Qué barbaridad –ríe Raymond–, parece que esperáis que venga toda la Cuarta.

–Ya sabes que este come por cinco, Viejo.

–¿Qué es eso que huele tan rico?

–Un guiso de pollo que ha hecho Curqui.

–¿Y la sopa de qué es?

–De cebolla, la he hecho yo.

A Raymond le rugen las tripas. No recuerda si ha desayunado o no.

–¿Habéis hecho ya las maletas?

–Sí, está todo preparado.

Callan. Ninguno de los tres, ni siquiera Raymond, parece tener ganas de discutir: ni de las posibles desviaciones burguesas de la revolución sandinista ni de la inevitable escala en la Unión Soviética y sus peligros ni de las desavenencias en la Cuarta a cuenta de la lucha armada... En mucho tiempo no se van a ver.

–Viejo, ¿qué te parece nuestra camarada Dominique? –pregunta Mariana.

–Es una muchacha amable, pero no tiene ni idea de nada.

–Es muy joven –Mariana se toma unos segundos para continuar–, pero tiene ganas de aprender y le interesa mucho tu historia.

–¿Mi historia?

–Quiero decir, la historia del trotskismo.

–Yo no soy historia.

–Ya me entiendes, Viejo.

Mariana da vueltas al guiso mientras Curqui, silencioso, lava la lechuga. Raymond sigue de pie en la puerta.

–Me voy a sentar un rato.

–Le hemos pedido a Dominique que venga a verte y así puede charlar contigo.

–No necesito que venga nadie más, Michelle me visita de vez en cuando.

–No seas obstinado. Es de fiar, te admira y quiere aprender de ti, además cocina muy bien.

Raymond hace un gesto ambiguo con la mano y se retira a la pequeña sala murmurando algo que Mariana no alcanza a escuchar. Ella y Curqui se miran, se encogen de hombros, siguen preparando la comida. Oyen a Raymond gritar desde la salita –no hace falta elevar mucho la voz, el piso apenas tiene cincuenta metros cuadrados– que hay una botella de champán en la nevera. Han terminado de calentar los platos, preparar la ensalada, el salami, los quesos y el pan. Mariana abre la puerta de la nevera y, durante unos segundos, no entiende qué ha pasado: algo ha salido despedido del interior rozándole el pecho y emitiendo un sonido estridente.

–¡Reputas! –grita Curqui.

El gato les mira con la corva erizada desde un rincón, maullando desafinado y temblando. Aparece Raymond en la puerta.

–Hombre, a este le he estado buscando yo toda la mañana.

–Pero Viejo, si lo tenías metido en la nevera –dice Mariana.

Raymond duda unos segundos.

—Yo no sé para qué me habéis regalado un gato, mira la compañía que me hace.

Para el buen revolucionario nunca hay nada definitivo y por eso Raymond decide volver a la Argentina cuando concluyen los juicios a las Juntas. Lleva tiempo sin viajar porque desde que tiene que ir en silla de ruedas ya no puede hacerlo de manera autónoma. No tiene libertad de movimientos. No puede estar con quien quiere y cuando quiere sin dar explicaciones. Ahora ha aprovechado una invitación de su hija Juana, que sigue llevando el apellido Droeven porque han fracasado todas las gestiones que Enrique y ella realizaron durante años para recuperar el auténtico. Raymond también recorrió pasillos, contrató a una abogada, juntó todo tipo de documentos, hizo declaraciones, algunas falsas. También Suzanne, desde Bélgica, envió una declaración explicando que sabía que Droeven no era el apellido auténtico de su marido. No ha vuelto a ver a Suzanne, tampoco a hablar con ella. Todos los trámites se hicieron a través de la abogada, a la que acabó despidiendo por inútil.

Su hija va a buscarle al aeropuerto. Durante el trayecto a la casa, atraviesan las calles que él solo ha recorrido de forma clandestina y con identidades falsas. Otra vez tiene la sensación de que todo ha cambiado y al mismo tiempo nada lo ha hecho. Tanto sacrificio, tanto dolor, tanta muerte, para volver al mismo lugar o incluso a uno peor. Enseguida le llama la atención que nadie habla de revolución ni de guerrilla, solo de desapariciones y víctimas. La militancia demonizada, la lucha armada tabú, los desaparecidos son fotos en blanco y negro desfilando por la plaza de Mayo.

Pero Raymond se ha impuesto una misión en su visita a Buenos Aires: reagrupar todas las piezas rotas del trotskismo argentino bajo el manto de la Cuarta Internacional. Ahora es más importante que nunca, a pesar de la derrota de las experiencias revolucionarias de la década pasada, o por esa misma derrota.

Habla y no le escuchan. Llama a puertas que no se abren o lo hacen con desconfianza. Tal vez no llama con suficiente fuerza. Tal vez al otro lado se hacen los sordos. ¿Quién es este viejo que viene a explicarnos cómo hacer las cosas?

Le invitan a una asamblea de simpatizantes del trotskismo —la palabra militante cada vez más en desuso—, con gente tan joven que eran apenas adolescentes durante la dictadura. Ahí está la esperanza, en la generación de su nieta Vera, a quien está intentando llevar por el buen camino. Su pequeña camarada Vera, a quien regala las obras completas de Rosa Luxemburgo y de Gorki e intenta convencer de que estudie ruso. ¡El ruso es el futuro!, le dice. Por fin la URSS ha reconocido que la burocratización ha sido un error y que no han sabido construir una república obrera. Gorbachov puede ser una pieza clave en el futuro del socialismo. Raymond inicia una campaña para conseguir la rehabilitación de Trotsky. La coyuntura es perfecta.

En la asamblea escucha impaciente una serie de discursos teóricos sobre el estado de la izquierda latinoamericana —«teorías, teorías»— repite Raymond como un mantra. Un joven militante sentado junto a él le mira constantemente de reojo; toma la palabra y anuncia la presencia hasta ahora desapercibida en la sala del Viejo Marcos. «Un camarada histórico», dice; «secretario de Trotsky», continúa; «compañero de lucha contra la dictadura», concluye. La sala rompe en un largo aplauso. Raymond niega con la cabeza, hace gestos pidiendo silencio: la lucha se ha convertido en ovaciones al pasado. Centristas. Derrotistas. Intelectuales de café. Cuando acaba el aplauso y se están pronunciando los discursos de despedida, Raymond susurra al joven que ha desvelado su presencia: «pero ¿es que aquí nadie está pensando en fundar un partido revolucionario?».

Qué nostalgia

Silvia nos recibe en su piso de Barcelona una tarde húmeda y calurosa de principios de septiembre. El acercamiento ha sido paulatino, casi tímido. Sabemos que, cuando le escribimos explicándole nuestro proyecto y proponiéndole una teleconferencia, antes de aceptar se informó sobre quiénes éramos a través de Vera, la nieta de Raymond. Poco a poco ha ido confiando en nosotros. Después de la teleconferencia nos escribió para decirnos que tiene documentos que podrían interesarnos. Aprovechamos un viaje a Barcelona para visitarla.

Nos abre la puerta de un piso cercano a la Gran Vía. Enseguida se acerca, lentamente, con la cabeza gacha, Twiggy, una labradora blanca a la que se le notan los años a cada paso. Se arrima a nuestras piernas para que la acariciemos. Por supuesto, nosotros correspondemos. Es un piso antiguo, con un largo pasillo oscuro que une dos partes luminosas de la casa, una que da a la calle, la otra a un patio amplísimo. Silvia habla despacio, como pensando cada frase. Tiene un tono afectuoso y a la vez lejano, como si tuviera miedo a hacerse daño si se acerca demasiado. Nos sentamos a una mesa en un cuarto que da al patio y Silvia nos entrega tres grandes archivadores repletos de documentos.

—Hace muchos años que no miro lo que hay dentro. Cuando Enrique murió, guardé todo tal cual lo tenía.

Enrique, el hijo más joven de Raymond y Suzanne, murió durante la epidemia de covid. Silvia y él fueron pareja durante veintisiete años. Él no siguió los pasos revolucionarios de su padre. Matemático, hizo el doctorado y enseñó en la Universidad de Barcelona. Estaba dándole vueltas a escribir

un libro sobre Raymond, con quien no había tenido una relación fácil – nadie tuvo una relación fácil con él–, pero a quien visitó con frecuencia durante los últimos años en los que su padre vivió en París. Después de su última etapa en Buenos Aires, Silvia y Enrique recibieron a Raymond en Barcelona y se ocuparon de él hasta su muerte.

Con solo un vistazo al montón de documentos, nos damos cuenta de que en una tarde será imposible revisarlos, así que enseguida comenzamos a sacar fotografías de cualquier papel que nos llama la atención. Es decir: todos.

Mientras hurgamos en las carpetas y fotografiamos, Silvia desgrana sus recuerdos de Raymond, a veces espoleados por los documentos que vamos encontrando, a veces forzados por nuestras preguntas.

Silvia y Enrique llevaban solo cuatro meses juntos cuando se planteó la necesidad de traer a Raymond de Argentina. Juana no podía seguir haciéndose cargo de él. A Silvia le asustó la idea de asumir el cuidado de un hombre tan mayor y al que imaginaba de carácter difícil. Pero ni a ella ni a Enrique les gustaba la idea de enviarlo a una residencia.

Fueron a recogerlo al aeropuerto de Barcelona. Silvia ríe con ternura al recordar la imagen de la llegada de Raymond, desorientado, acompañado de Chiquita, una mujer mapuche que empujaba la silla de ruedas, y asustados los dos porque casi no los dejan entrar en España al declarar que no traían ningún dinero. Todo lo que Raymond había ido obteniendo con sus negocios y chanchullos lo había invertido en una revolución que no acababa de llegar. La Liga tuvo que contribuir a su manutención en Argentina.

Preguntamos a Silvia por Chiquita: quién era, por qué lo acompañaba.

La mujer había cuidado de él en Buenos Aires y al parecer quiso aprovechar la ocasión para ir a Europa, quizá con la esperanza de encontrar allí más oportunidades. Les ayudó durante una temporada a atender a Raymond en Peratallada, el pequeño pueblo medieval del Ampurdán donde vivieron durante casi un año.

Por lo que nos cuenta Silvia, podemos imaginar que a Chiquita le pudo la nostalgia. Quizá no le resultó fácil adaptarse a vivir en un pueblo minúsculo en el que ella era probablemente la única extranjera, sin otro

contacto que un anciano que hablaba raras veces y esa joven que procuraba hacerle agradable la estancia sin conseguirlo del todo. Es probable que tampoco se pudiera acostumbrar a la dieta vegetariana que impuso Silvia, ya entonces naturista y preocupada por la salud de ambos. Los días que Silvia iba a Barcelona a trabajar, les dejaba la comida preparada. Los platos le parecerían tristes, desangelados. ¿Cómo iban a mantener a un hombre tan grande con tan poca sustancia? Solo tardó un año en manifestar que deseaba volver a su país.

Antes de Peratallada y por un breve tiempo, instalaron a Raymond en un pequeño apartamento en Barcelona que les prestó un amigo, cerca de la catedral. Tal vez –ella no nos lo ha dicho, pero nosotros lo intuimos– fue en esos primeros días cuando Raymond conquistó el afecto de Silvia. Una tarde paseaban por el Raval, Silvia empujaba la silla despacio –no era fácil mover sus noventa kilos de peso sumados al de la silla–, dejando que Raymond absorbiera la vida de la ciudad. De repente, Raymond levantó una mano pidiendo a Silvia que se detuvieran. Frente a ellos, en medio de la calle, una joven pareja se besaba con ternura, sus cuerpos abrazados, la mano de ella en la nuca de él. Silvia y Raymond se quedaron contemplando la escena unos segundos y, antes de que acabara el beso, Raymond susurró como para sí mismo: qué nostalgia. Después, volviéndose hacia ella, añadió: No se pierde nunca.

Al contarnos la escena, a Silvia se le rompe un poco la voz, entre la risa y la emoción. Y nosotros, al escucharla, nos emocionamos con ella.

Era un anciano muy dulce, muy amoroso, galante, muy educado en sus maneras. No era uno de esos viejos gruñones, nos cuenta, alimentando así nuestra sensación de que en Raymond había habido siempre alguien brusco, casi violento, pero también un hombre afectuoso, de trato afable. Así nos lo había descrito Eduardo Lucita, periodista integrante de Economistas de Izquierda, que lo frecuentó durante los últimos años de activismo de Raymond en Argentina. Quizá el hombre amable que había en él iba ganando la partida.

No es fácil imaginar qué ocurre en la cabeza de un anciano de casi noventa años que apenas comunica. Pasaba mucho tiempo sin hablar, dice

Silvia. No era un hombre que contara historias del pasado, sus aventuras. Solo de pronto ocurrían cosas que daban una idea de lo que estaba viviendo en su interior, anclado a su silla de ruedas, encerrado en el apartamento. En algunos momentos les hacía reír, en otros su desasosiego resultaba angustioso.

–Saca las copas. ¿Has puesto el champán a enfriar? Que van a venir los camaradas.

Ella le seguía la corriente:

–Tranquilo, Moli, que ya está todo preparado.

En otra ocasión:

–Vamos a comprar coches. Trae el talonario.

Y Silvia hacía la pantomima, escribía con él una carta para hacer una oferta de compra de un Lamborghini. Sería comunista, pero tenía un gusto exquisito, nos cuenta Silvia soltando una carcajada.

Un día que a Silvia y Enrique les resultaba insoportable tener al pobre Moli encerrado más tiempo, decidieron bajarlo a la calle. Pero no era fácil, tenían que levantar la silla en vilo y descender por las estrechas escaleras. Pesaba muchísimo. Al principio parecía algo asustado, pero pronto comenzó a reírse a carcajadas y a gritar ¡Henri!, ¡Henri!, mientras Silvia y Enrique sudaban la gota gorda y se desfondaban de risa.

Pero no siempre era tan fácil o tan divertido. Para que estuviera conectado con el mundo y pudiera enterarse de las noticias le compraron un transistor que captaba emisoras francesas. Raymond se lo ponía debajo de la almohada y escuchaba sus programas por la noche. Una tarde Silvia y Enrique iban a salir a cenar. Ella quiso ir primero a ver cómo estaba Raymond y se lo encontró sentado en la cama muy nervioso. «Le pregunté qué le pasaba. Me dijo que habían encontrado el invento, o el aparato, no recuerdo bien. Yo intentaba tranquilizarle. Pero él insistía: “lo han encontrado; es muy grave, estamos perdidos”. Estaba muy agitado, yo no entendía qué le pasaba. Me puse a revolver la habitación, a rebuscar. Encontré el transistor debajo de la cama, se le había caído. Lo recogí del suelo: ¿es esto? Él respiró aliviado: “estábamos perdidos”, dijo, “pero ya lo hemos encontrado”.»

¿Qué recuerdos se habían despertado en él, de qué situación venía aquella angustia? Imaginamos la persistencia de los miedos y las tensiones de tantos años de clandestinidad en la cabeza de aquel anciano que guardaba en su memoria casi un siglo de peleas, persecuciones, terrores.

Otro momento de angustia: «la casa está rodeada», le dice un día Raymond. Silvia intenta no reírse, sabe que el miedo de Raymond es real, que debe tomárselo en serio. Procura tranquilizarlo quitándole importancia:

—No, hombre, aquí imposible.

—¿Estás segura?

—Tú confía en mí, que yo sé perfectamente dónde estamos. Enrique también. Estamos en un sitio absolutamente seguro. Aquí no hay quien nos encuentre.

Y así tranquilizaba a Raymond. También compartiendo con él un cigarrillo.

—Venga, te doy un par de caladas.

Y Raymond sonreía y saboreaba el cigarrillo en la cocina mientras observaba a Silvia faenar.

Cuando Chiquita les anunció que se iba, supieron que no podían ocuparse solos de Raymond. Los dos tenían que ir varios días a la semana a Barcelona. También sabían que querían tenerlo cerca para poder visitarlo con frecuencia. Lo ingresaron en una residencia en La Escala.

Durante las visitas, le sacaban a pasear, solían llevarlo al mar. Como había muchos franceses en la residencia, pensaron que así podría hablar con ellos porque había ido olvidando el castellano. Pero se relacionó poco.

«Cuando lo fuimos a visitar el primer día», nos cuenta Silvia, «Raymond exclamó muy excitado: ¡te he encontrado, menos mal!» Y ella rompió a llorar.

Los huesos. El corazón

El corazón. Los huesos. Piensa en huesos y piensa en el cráneo astillado, horadado. La piqueta con la que reventaron la cabeza a Trotsky está expuesta en un museo de Estados Unidos. A eso hemos llegado. Así es el mundo hoy. Pasen y vean. Por un módico precio. *Wow*, exclamarán los gringos. Los niños pegarán la nariz a la vitrina mientras el padre explicará, orgulloso de impresionar a sus hijos, cómo asesinaron al comunista aquel, un terrorista sanguinario. El breve escalofrío que produce acercarse a la violencia desde un lugar seguro. No hay lugares seguros. El corazón no es más que una máquina blanda. Los huesos de Klement que nunca pudieron reunirse. ¿O sí? No recuerda. Recuerda solo lo que imaginó. A veces sucede. Imagina cosas y luego está convencido de que sucedieron. Pero por mucho que imaginó el futuro nunca sucedió. La cabeza de Klement separada del tronco, mirando los peces en el lecho del río.

Los huesos. El corazón. El nervio ciático. El hígado. Los ojos. Uno tras otro se rinden. Piden clemencia, se retuercen como si estuvieran bajo tortura. Alguien dijo que la salud es el silencio de los órganos. Los suyos hablan todo el tiempo, cotorras, quejicas. Compensan el silencio que ha ido dejando a sus espaldas. Lo mismo hace el cerebro, que vive en una algarabía continua. La lengua, las cuerdas vocales. Cuando todos callan, él tiene que hablar aunque sea consigo mismo. Pero ¿cómo no van a callar si están muertos? Los vivos deberían seguir pronunciando las palabras necesarias. Y si no lo hacen, lo hace él.

Raymond alza la mano para llamar la atención de la cuidadora. No reconoce esa mano. Es la de un centenario, la de una momia, la de un

vampiro aferrándose a un borde del ataúd. La cuidadora responde con un gesto que podría significar cualquier cosa y se va por el pasillo que lleva al comedor de la residencia. Un viejo sentado junto a él masculla frases incomprensibles con la boina calada hasta las cejas; otra anciana, dos sillones más allá, no para de llamar a su madre. Puta vieja, como apareciese la madre de verdad les iba a dar un susto de muerte. Pero es preferible su lloriqueo a los gritos de un hombre al que a menudo tienen que atar porque no se conforma con insultar y amenazar a todo el que pasa, también intenta morder.

Raymond hace girar las ruedas de su silla, abandona la sala de estar, toma el pasillo por el que se fue la cuidadora, a la que descubre leyendo una revista en la salita de espera, con los pies descalzos en la silla que ha colocado delante de la suya. Hace bien, seguro que le pagan una miseria.

Raymond continúa hasta su dormitorio. Por suerte, su compañero de habitación ha muerto de un ictus dos días atrás y todavía no le han asignado sustituto. Por la ventana no ve el mar, pero sí lo huele porque la hoja está volcada. No se puede abrir del todo, quizá para que no se escapen los viejos. Mira tú, cuál de ellos va a ser capaz de encaramarse a una ventana. Odia sus piernas, que ya no lo sostienen. Hasta hace poco, al menos, era capaz de tenerse en pie unos instantes con ayuda de las muletas. Piensa «hace poco», pero no sabría decir cuánto. ¿Un año? ¿Dos? Una vida.

Tiene ganas de ir al baño, pero prefiere aguantarse. No puede evitar sentir vergüenza ante la mujer que con cuidado le baja los pantalones, los calzoncillos, le limpia el culo sin poner cara de asco. Nadie debería tener que limpiar la mierda de otro. Raymond se lo agradece cada vez. Primero le dice gracias, y después: lo siento. Eres un amor, responde ella. ¿De dónde le dijo que era, de Perú, de Bolivia? Y luego dicen que la revolución ya no es necesaria.

Raymond se sobresalta. No sabe si se ha quedado dormido un rato o lo ha pasado sin pensar nada, como si se hubiese hecho el vacío en su cabeza. Le sucede a veces, que olvida qué ha hecho o pensado durante varios minutos. Quizá lo ha despertado el ruido de la puerta al abrirse o la voz de la cuidadora que ahora empuja su silla de ruedas. ¿Adónde lo lleva?

—A la terraza, Raymond, que hoy tienes visita.

El sol de la tarde lo ciega al salir del edificio. Mientras avanzan hacia donde están las mesas con las sombrillas, Raymond va distinguiendo mejor lo que tiene ante sí, pero no puede reconocer a las dos sombras que parecen aguardarlo.

—¿Quiénes son?

Antes de que la cuidadora responda, sabe que es Henri, acompañado de una mujer. Ya no recuerda si Henri se había casado. No importa, ahora se lo puede preguntar, como tantas otras cosas de las que no han hablado desde hace tanto tiempo.

—¿Qué tal estás hoy, papá?

Enrique habla un momento con la cuidadora por encima de la cabeza de Raymond, se hace cargo él de la silla, la empuja hasta una mesa. Silvia le da un beso en la mejilla, le dice que hoy tiene muy buen aspecto, que le favorece la luz de la tarde.

Raymond necesita aún unos segundos para orientarse, Henri y Enrique se le confunden y no sabe muy bien cómo hablar con ellos. Fija la mirada en Silvia, rebusca en sus recuerdos.

—Hola, camarada Silvia —Raymond le sonríe y ella también lo hace, pero tiene una expresión triste—. ¿Me has traído el *bouillon*?

—Pero ¿no te dan bien de comer aquí? —le pregunta riéndose.

—Nada como tu *bouillon*.

—Qué zalamero eres.

Raymond tiene la impresión de que debería decir algo más, pero no sabe qué. Desde la terraza se oyen mejor las olas. Le gustaría ver el mar. Silvia le acaricia un brazo. Enrique hace alguna pregunta, se sienta él también. Las voces son ahora un rumor para Raymond, un rumor agradable. Le entra algo de sueño. Cuando abre los ojos, los dos siguen ahí, uno a cada lado, mirando hacia donde está el mar. Conversan. Le gusta que no se hayan ido. Necesitaría cambiar de postura, enderezarse un poco, caminar, pero no tiene fuerzas. Alarga una mano. Enrique y Silvia enseguida se inclinan hacia él.

—¿Necesitas algo?

Raymond alarga un poco más el brazo y agarra el palo de la sombrilla con fuerza. Es agradable sentir la tensión en los dedos, poder aún aferrarse así. Sacude un poco la sombrilla, las varillas tintinean. Enrique pone la mano sobre la suya, sin hacer presión.

—Déjalo, papá.

Raymond sigue aferrado al palo, Enrique insiste pero no intenta separarle los dedos.

Si pudiera levantarme, quiere decir Raymond. No lo dice. Hay algo que quiere formular pero no lo consigue. Le sucede a veces, que comienza una frase y se le emborrona lo que tenía en la cabeza. Si pudiera levantarme. Mueve los labios. Silvia se inclina hacia él.

—¿Qué pasa, Raymond?

Él no le presta atención. Observa su propia mano, cierra los dedos con aún más fuerza.

—Papá.

Sacude la cabeza. Tira de su cuerpo hacia arriba. No lo consigue. Tiene los dientes apretados. Le miran preocupados o confundidos. Él no puede explicárselo.

Si pudiera levantarme. Se le están humedeciendo los ojos. Hace un nuevo esfuerzo.

—Déjate ir, papá. No luches más.

No lo entienden. Normal, con este cuerpo que ya no da más de sí. Seguro que quieren ayudarlo, pero ¿cómo van a hacerlo? Se va a morir, está claro. Todo en él se deshace y se derrumba. Los huesos, el corazón. Siente que se está disolviendo poco a poco. Si sucediera no un milagro, pero sí lo inesperado. Si recuperara algo de sus viejas fuerzas. Tira del palo de la sombrilla hacia sí, busca su apoyo. Si sus miembros respondieran aunque solo fuera un tiempo, una semana, un mes. Mira a Enrique y a Silvia. Va a hablar, pero no lo hace. Sin embargo, el pensamiento que buscaba antes se le aparece ahora claramente. Sonríe. Se aferra. Aprieta.

Si pudiera levantarme, volvería a empezar.

Epitafio

Atravesamos despacio el cementerio del Père-Lachaise. La lluvia no es, como escribió Borges, una cosa que sin duda sucede en el pasado. Ha llovido toda la mañana, llueve mientras caminamos y, a juzgar por el color del cielo –y por la previsión meteorológica–, lloverá también el resto del día y los venideros. A los dos nos gusta pasear por cementerios. Lo hemos hecho ya por el de Montparnasse, rindiendo homenaje de admiradores a las tumbas de Susan Sontag, a la compartida por Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre, la de Marguerite Duras, con su cubo de lápices y bolígrafos, la tumba compartida por Julio Cortázar, Aurora Bernárdez y Carol Dunlop.

En el Père-Lachaise no peregrinamos de tumba en tumba sino que buscamos el nicho de Raymond Molinier. Tenemos el número, también el del nicho de Pierre Frank e informaciones contradictorias: que los dos están muy cerca uno del otro –descubriremos que no es así–, que el de Raymond ya no existe porque no se pagó la cuota...

En el patio del columbario rodeamos una comitiva que está celebrando un funeral. Examinamos la secuencia numérica de los nichos que se encuentran en el exterior. El número de Raymond es de cinco cifras y allí fuera solo hay de cuatro o menos; de hecho, más tarde encontraremos el nicho de Pierre Frank en esta sección. Intentamos bajar unas escaleras que conducen al subsuelo pero la reja está trancada, rodeamos el edificio y por fin encontramos un acceso. Recorremos, cada uno por su lado, el primer piso del subsuelo, apenas iluminado y sin otra presencia que la nuestra. Los pasos resuenan por los corredores desiertos como en una película de suspense. Es un buen lugar para una cita de espías. Damos vueltas y vueltas

porque no desciframos la lógica de la numeración. Bajamos al segundo sótano, igualmente desierto. Por fin descubrimos la secuencia que debe llevarnos al nicho de Raymond, si es que existe.

Existe. Nos emocionamos.

Es extraño: ninguno de los dos cree que allí dentro quede nada de Raymond. Nos incomodan eufemismos como «aquí reposa», o «descansa en paz». Allí solo hay un puñado de ceniza, que podría ser de cualquiera. Pero si nos emocionamos en su momento tocando sus cartas, hojeando su pasaporte, escuchando su voz, contemplando su sonrisa pícara, paseando por las calles que él transitó, cómo no hacerlo ante esa última huella material de su vida. Además, para nosotros este momento supone el final de un largo proceso, creativo y personal.

Estamos en el columbario del cementerio del Père-Lachaise ante el nicho de Raymond. No está rematado con granito o mármol, como la mayoría. El yeso queda al descubierto. Pegado a él, con cola y celo, una chapa de metal dice:

RAYMOND MOLINIER

PARIS

1904-1995

EL VIEJO REVOLUTIONNAIRE DE LA IV^e INTERNATIONALE

SUS HIJOS RAYMOND-MARCOS-JUANA-ENRIQUE

Más abajo, dentro de un marco marrón, en el propio yeso, escrito a mano con rotulador negro:

MOLINIER LOUIS

1904-1995

A él le habría gustado la falta de solemnidad del nicho, su apariencia provisional y a medio hacer. También le hubiera divertido que la confusión

en torno a su figura se haya mantenido hasta el final: dos nombres diferentes, ambos incompletos, y un error en la fecha de su muerte. Murió en 1994, aunque el funeral se celebrase en el 95. En la placa inferior alguien ha corregido equivocadamente la fecha: sobre el 4, han dibujado un 5.

Nos agachamos a sacar una foto. La iluminación es muy tenue, con lo que tenemos que usar el flash. El fogonazo provoca reflejos sobre el metal; por muchas tomas que hacemos para evitarlo, nuestros rostros aparecen en él, dando la impresión de que nos asomamos desde el interior del nicho.

Iniciamos la escritura de este libro con el deseo de rescatar un mundo que se desvanece, al que nos acercamos desde una distancia inevitable. Creíamos que estábamos abriendo una ventana al pasado y ahora, ante este nicho, en este punto y final, nos damos cuenta de que la ventana es también espejo.

Agradecimientos

Algunas personas han demostrado una generosidad excepcional cuando les hemos preguntado sobre Raymond Molinier y su entorno. Mariana Sánchez Bielsa compartió con nosotros sus recuerdos de los años ochenta, cuando ella era una joven militante exiliada en París y Raymond un anciano obstinado en continuar su trabajo revolucionario. También nos puso en contacto con numerosas personas que conocieron a Raymond, como Hubert Krivine y Catherine Samary, que nos abrieron las puertas de su casa. Catherine cocinó un pato delicioso y nos enseñó una reproducción del retrato que Renoir pintó de su abuela Jeanne Samary. También nos contó que se especializó en la política yugoslava porque así lo necesitaba el trotskismo francés. Hubert Krivine nos ilustró, no sin cierto sentido del humor, sobre la relación de la Cuarta Internacional y los movimientos revolucionarios latinoamericanos, sobre todo argentinos, a partir de su amplia experiencia.

Aunque ya hayamos hecho referencia a Silvia Soro, viuda de Enrique Droeven, nos queda por decir cuánto le agradecemos que nos recibiera con cariño aquella tarde en su piso de Barcelona y compartiera con nosotros recuerdos y documentación.

Con Vera Fogwill tuvimos varias conversaciones intensas y divertidas en las que nos habló de su abuelo Raymond, que la llamaba camarada Vera, de su abuela Suzanne y de otras memorias familiares. Es la única que nos transmitió de primera mano impresiones sobre Vera Lanis, de quien guarda un recuerdo amoroso. También nos puso en contacto con varias personas, entre ellas Silvia.

A Juana Droeven, hija de Raymond y Suzanne, por atender con amabilidad a nuestras preguntas a raíz de la lectura de su libro *La nieta de Trotsky*. A Sergio Bufano, por su generosidad y calidez a la hora de hablarnos de Raymond y compartir con nosotros el recuerdo de Elisabeth Käsemann; somos conscientes de lo doloroso del ejercicio. Su libro *Apuntes de un hereje* también nos abrió una ventana a los años de militancia en los sesenta y setenta en Argentina. Otros testimonios sin los cuales muchos aspectos de la vida de Raymond Molinier hubieran quedado en la sombra y que agradecemos son los de Laura Ramos, Horacio Tarcus, Michelle Dospital, Alejandra Rojo, Alejandro Grimson, Eduardo Lucita y Paulo Antonio Paranaguá.

También agradecemos a Marcelo Gioffré y a Eduardo Anguita por habernos puesto en contacto con varios testigos de los acontecimientos aquí narrados.

La investigación histórica hasta los años cuarenta del siglo xx hubiera sido imposible sin la facilidad con la que pudimos acceder a dos archivos. El primero, la Houghton Library de la Universidad de Harvard, donde se custodia la mayoría de la correspondencia de Trotsky y sus colaboradores. Nuestro agradecimiento a Mary Haegert, Coordinadora de Digitalización, por la eficacia y paciencia al hacernos llegar los cientos de cartas que requerimos y por atender a nuestras consultas con extraordinaria amabilidad.

El segundo archivo es el del Internationaal Instituut Voor Sociale Geschiedenis de Ámsterdam, donde se encuentra, entre otros papeles relativos a Trotsky, la documentación que Molinier quiso poner a salvo de los nazis y de los estalinistas antes de huir a Inglaterra.

A Andrei Kozinets por descifrar la caligrafía de Vera y traducir sus palabras del ruso; también las que escribió Jeanne en la postal que envió a Natalia.

A Ana Cabanes Martín, Jefa de Patrimonio Documental del Museo del Ferrocarril de Madrid, por la información sobre los horarios y recorridos del Orient Express y por escanear para nosotros mapas y guías que nos han ayudado a reconstruir los viajes de París a Estambul.

Como siempre, agradecemos a nuestro querido editor, Joan Tarrida, la confianza y el cariño. Y, en este caso tal vez más que nunca, la lectura inteligente del manuscrito en el momento en que más dudábamos y más necesitábamos su mirada crítica. A Lidia Rey por la paciencia infinita (ella sabe), la profesionalidad y el entusiasmo para convertir el manuscrito en el objeto precioso que tienes en las manos. A todo el equipo editorial de Galaxia Gutenberg, por acompañarnos siempre con tanto cariño y a Blanca Navarro que ya desde muchos meses antes de la publicación de este libro estaba ideando, con su creatividad y empeño habituales, cómo presentarlo y darlo a conocer.

Tenemos el gran privilegio de ser autor y autora de Galaxia Gutenberg desde hace años cada uno por separado y de que ahora nos acoja con esta novela compartida.

Bibliografía

- ALBA, Víctor y SCHWARTZ, Stephen, *Spanisch Marxism versus Soviet Communism. A History of the POUM in the Spanish Civil War*, New Brunswick y Londres, Transaction Publishers, 1998.
- ANGUITA, Eduardo y CAPARRÓS, Martín, 1998. *La voluntad: El valor del cambio (1966-1969)*, Buenos Aires, Random House, 2021.
- , 1998, *La voluntad: El cielo por asalto (1969-1973)*, Buenos Aires, Random House, 2021.
- , 1998. *La voluntad: La patria socialista (1973-1974)*, Buenos Aires, Random House, 2021.
- ANÓNIMO, «Dentro de cinco días debutará el nuevo circo “Las águilas humanas”», Santiago de Chile, *La Nación*, 29 de agosto de 1955.
- ANÓNIMO, «Balayer Daladier par la grève générale», *La Commune*, 154 (1938: noviembre).
- ANÓNIMO, «La grève générale du 30 novembre», *La Commune*, 155 (1938: diciembre).
- ANÓNIMO, «Renault, 23 novembre 1938», *La Commune*, 156 (1938: diciembre).
- AZCÁRATE LUXÁN, Blanca y RODRÍGUEZ, José Julio, 2017, *Pasajeros de tercera clase*, Madrid, Subdirección General de Información Administrativa y Publicaciones, 2019.
- BAER, Willi y DELLWO, Karl-Heinz (eds.), *Dass du zwei Tage schweigst unter der Folter!*, Hamburgo, Bibliothek des Widerstands, Laika Verlag, 2010.
- BENSAÏD, Daniel, *Una lenta impaciencia*, Barcelona, Editorial Sylone, 2019.
- BROUÉ, Pierre, «La “Réconciliation” avec Raymond Molinier», *Cahiers Léon Trotsky*, 9 (1982), pp. 61-68.
- , *Trotsky y la guerra civil española*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1966.
- BUFANO, Sergio, *Apuntes de un hereje. Nacer con el peronismo*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2022.
- BURDMAN FEFERMAN, Anita, *From Trotsky to Gödel. The Life of Jean van Heijenoort*, Boca Raton, 3 Press, 1999.

- CARMICHAEL, Joel, *Trotsky, An Appreciation of his Life*, Londres, Hodder and Stoughton, 1975.
- CASA STEFAN ZWEIG (ed.), *Biographical dictionary of refugees of nazi fascism in Brazil*, Imprimatur, 2022.
- CHARPIER, Frédéric, *Histoire de l'extrême gauche trotskiste. De 1929 à nos jours*, Paris, Éditions 1, 2002.
- COGLIOLA, Osvaldo, *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2006.
- CORMICK, Federico, *Fracción Roja. Debate y ruptura en el PRT-ERP*, Buenos Aires, El Topo Blindado, 2012.
- COURTOIS, Stéphane y LAZAR, Marc, *Histoire du Parti Communiste français*, Paris, Presses Universitaires de France, 2022.
- CRAIPEAU, Yvan, *Mémoires d'un dinosaure trotskyste. Secrétaire de Trotsky en 1933*, Paris, Éditions L'Harmattan, 1999.
- DESNOTS, Jacques, «La visite de R. Molinier et J. Desnots a Hønefoss», *Cahiers Léon Trotsky*, 9 (1982), pp. 92-99.
- DEUTSCHER, Isaac, *Trotsky: El profeta desterrado*, México, Ediciones Era, 1969.
- ELISABETH-KÄSEMANN-STIFTUNG (ed.), *Desaparecidos y asesinados. Víctimas europeas del centro clandestino de detención y tortura El Vesubio en Argentina*, Buxus Edition, 2023.
- FEITLOWITZ, Marguerite, *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- GUERRIERO, Leila, *La llamada*, Barcelona, Anagrama, 2024.
- GRIMSON, Alejandro, *¿Qué es el peronismo?*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2019.
- HATRY, Gilbert, «1938, l'année noire», *Bulletin de la section d'Histoire des Usines Renault*, 30:5 (1985), pp. 187-199.
- HEIJENOORT, Jean van, *Con Trotsky de Prinkipo a Coyoacán. Testimonio de siete años de exilio*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2014.
- , «Propos recueillis par Rodolphe Prager», *Cahiers Léon Trotsky*, 1 (1979), pp. 87-94.
- LOW, Mary y BREÁ, Juan, *Red Spanish Notebook. The first six Months of the Revolution and the Civil War*, Londres, Martin Secker and Warburg, 1937.
- MAITRON, Le, *Dictionnaire Biographique. Mouvement ouvrier, mouvement social*.
- MARTIN DES PALLIÈRES, Jeanne, «DOCUMENT: Une lettre de Jeanne Martin adressée “aux rédacteurs, aux responsables et aux gérants de la Lutte ouvrière”, datée du 19 octobre

- 1938), (d'après La Commune, n.º 148, 21 octobre 1938)», *Cahiers Léon Trotsky*, 4 (1979), pp. 60-63.
- , «Lettres à Jean van Heijenoort», *Cahiers Léon Trotsky*, 4 (1979), pp. 3-20.
- , «Léon», *La Vérité*, 2 (1938), pp. 5-10.
- MICHEL, Alain P, «La reconstitution virtuelle d'un atelier de Renault-Billancourt : sources, méthodologie et perspectives», *Documents pour l'histoire des techniques*, 18: 2 (2009), pp. 23-36.
- MOLINIER, Jeanne (Juana Droeven), *La nieta de Trotsky*, Buenos Aires, Voria Stefanovsky Editores, 2020.
- MOLINIER, Raymond, *Trotsky vive 50 años después. Memorias de un militante trotskista*, trad. Tununa Mercado, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1992.
- MOLINIER, Raymond y FRANK, Pierre, «À propos de la crise du mouvement trotskyste en France dans la période d'avant-guerre», *Cahiers Léon Trotsky*, 9 (1982), pp. 69-74.
- PRAGER, Rudolf, «Une lettre de Rodolphe Prager», *Cahiers Léon Trotsky*, 4 (1979), pp. 59-60.
- RATNER, Harry, *Reluctant Revolutionary. Memoirs of a Trotskyist 1936-1960*, Londres, Socialist Platform, 1994.
- ROJAS, Diego, *La izquierda: Héroes, rebeldes y leyendas de la revolución socialista en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2020.
- ROSÉS CORDOVILLA, Sergi, *Els revolucionaris marxistes a l'Espanya dels anys 30*. Tesis de doctorado. Universitat de Barcelona, 2017.
- ROSÉS CORDOVILLA, Sergi y GUILLAMÓN, Agustín (eds.), *Correspondencia de Andreu Nin con Lev Trotsky y Ersilio Ambrogi*, Barcelona, Balance, cuaderno 37, 2013.
- SCHACHTMAN, Max, «Déclaration sur la visite de R. Molinier et Le Ricard à Hønefoss, 15-16 juillet 1936», *Cahiers Léon Trotsky*, 9 (1982), pp. 100-104.
- SEBRELI, Juan José, «Juan José Sebreli entrevista a Nahuel Moreno. El trotskismo argentino ante la emergencia del peronismo», *Políticas de la memoria*, 21 (2021), pp. 167-182.
- SEIDMAN, Michael, «The Birth of the Weekend and the Revolts against Work: The Workers of the Paris Region during the Popular Front (1936-1938)», *French Historical Studies*, 12:2 (1981), pp. 249-276.
- SERGE, Victor y TROTSKY, Natalia Sedova, 1973, *The Life and Death of Leon Trotsky*, Chicago, Haymarket Books, 2015.
- TARCUS, Horacio, «Bacal, Mercedes», en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, 2020. Disponible en <http://diccionario.cedinci.org>.
- TROTSKY, León Davidovich, 1935, *Mi vida*, Madrid, Editorial Verbum, 2019.

- , *La fuga de Siberia en un trineo de renos*, Madrid, Siglo Veintiuno Ediciones/Clave intelectual, 2022.
- , «Léon Sedoff, le fils, l'ami, le militant», *La Vérité*, 2 (1938), pp. 11-22.
- , *Trotsky's Diary in Exile, 1935*, trad. Elena Zarudnaya. Prólogo Jean van Heijenoort; Cambridge, Harvard University Press, 1976.
- VV. AA., *Cahiers Léon Trotsky: Léon Sedov (1906-1938)*, 13 (1983).
- VV. AA., «Los alemanes iniciaron su ofensiva de primavera», Santiago de Chile, *La Nación*, 13 de mayo de 1942.
- WEISSMAN, Susan, «Mark “Étienne” Zborowski: Portrait of Deception—Part 1», *Critique: Journal of Socialist Theory*, 39:4 (2011), pp. 583-609.

PELÍCULAS

- COLLECTIF CINÉ-LIBERTÉ, *Grèves d'occupation*, 1936. Duración 13 min.
- FRIEDLER, Eric (dir.), *Das Mädchen. Was geschah mit Elisabeth Käsemann*, 2014. Duración 75 min.
- INÉDITO (autor desconocido), videoentrevista a Raymond Molinier, sin fecha. Cortesía de Silvia Soro.
- WAGNER, Frieder (dir.), *... und dass du zwei Tage schweigst unter Folter*, 1991. Duración 45 min.
- WAGNER, Frieder y OCHOA, Elvira, *Todesursache Schweigen*, 2003. Duración 45 min.

Índice

I EUROPA

1. Paseos por Le Marais
2. El demonio soy yo
3. El encuentro y el desencuentro
4. Los días de Prinkipo
5. Me llamo Vera Lanis (I)
6. El arte de hacer maletas
7. Ocúpese de Sieva
8. El camino a Canossa
9. En el túnel
10. La huelga de la Renault
11. Y llegó la muerte
12. Una estafa, un sortilegio y un circo

II TIERRA DE NADIE

13. Consideraciones sobre Jeanne
14. Consideraciones sobre Raymond
15. El desmoronamiento

III AMÉRICA

16. Juegos malabares

17. Las pequeñas prisiones de Suzanne Demanet
18. Tu capital es mi revolución
19. Fragmentos de un diario (17 a 28 de julio de 2024)
20. Me llamo Vera Lanis (II)
21. Elisabeth, Raymond y la lucha revolucionaria
22. Escenas de la vida guerrillera
23. Un álbum para Elisabeth Käsemann (fragmentos de otro diario)
24. Consideraciones sobre Elisabeth Käsemann

IV

LOS HUESOS. EL CORAZÓN

25. Los últimos rugidos
26. Qué nostalgia
27. Los huesos. El corazón
28. Epitafio

Agradecimientos

Bibliografía